

# La Mano de la diosa

A photograph of a bird's nest, likely a toucan's nest, built on a branch. The nest is made of twigs and is partially covered with a white, ethereal, hand-like shape that appears to be made of thin, white threads or fibers. The background is a dark, dense forest with green foliage. The overall mood is mysterious and ethereal.

Juan Antonio Pizarro Martín  
El Turiferario



## ÍNDICE

<b>CAPITULO I. Desde la periferia</b>	<b>1</b>
(...) Sucede, sin embargo, que me siento responsable de que ciertas informaciones y circunstancias alcancen a ser develadas, sean cuales sean las consecuencias.	1
<b>CAPITULO II. Mila</b>	<b>5</b>
“Zahir, en árabe, quiere decir notorio, visible; en tal sentido, es uno de los noventa y nueve nombres de Dios...” (J. L. Borges)	5
<b>CAPITULO III. Sereira</b>	<b>13</b>
Como precaución elemental, había dejado de contestar mis cuentas de correo electrónico.	13
<b>CAPITULO IV. Eugène</b>	<b>19</b>
Resultó que Sereira era Eugène.	19
<b>CAPITULO V. Pedanía</b>	<b>27</b>
Los sótanos o bodegas existen en todas las construcciones antiguas de Aranjuez, y la leyenda popular hace comunicar los edificios importantes mediante una red de túneles.	27
<b>CAPITULO VI. La Bodega</b>	<b>35</b>
Nuestro famoso viticultor carece de conocimientos enológicos, pero anda sobrado de imaginación, para nuestra suerte.	35
<b>CAPITULO VII. Ángel</b>	<b>43</b>
Tenía que reconocer que me estaba divirtiendo, a pesar de mi papel pasivo.	43
<b>CAPITULO VIII. Iniciación</b>	<b>51</b>
Mis buenas intenciones laborales se vieron pronto interrumpidas por una llamada de Eugène que, extrañamente, no me molestó.	51
<b>CAPITULO IX. La Corrala</b>	<b>65</b>
Carlos, el pajarero como Mila nos dijo, tenía tienda abierta dos manzanas más abajo.	65
<b>CAPITULO X. El Tubo</b>	<b>77</b>
-Es increíble Mila –comenté.	77
<b>CAPITULO XI. El documento</b>	<b>83</b>
Martes, a tantos de tantos... Lo que contenía el tubo.	83
<b>CAPITULO XII. La escalera del jardín</b>	<b>89</b>
La escalera era una idea obsesiva de Eugène.	89
<b>CAPITULO XIII. Buda</b>	<b>97</b>
-“Buda” parece remitir a la India, al Tibet, al oriente, en cualquier caso.	97

<b>CAPITULO XIV. Cámara térmica</b>	<b>107</b>
Con una pequeña bolsa de piel, muy usada, al lado, encontramos al doctor esperándonos junto al portal de mi apartamento.	107
<b>CAPITULO XV. Lesbos</b>	<b>117</b>
Parecía que yo andaba de suerte.	117
<b>CAPITULO XVI. Resaca</b>	<b>125</b>
El cactus destinado a absorber las malas vibraciones del ordenador parecía mustio, o yo lo veía así.	125
<b>CAPITULO XVII. Reencuentro</b>	<b>129</b>
Estábamos físicamente enfrentados, como para evidenciar un cierto distanciamiento.	129
<b>CAPITULO XVIII. Gema</b>	<b>135</b>
Apareció aquella mañana en mi piso, temprano, pero no lo bastante como para que no se enteraran todas las vecinas.	135
<b>CAPITULO XIX. Interludio; aclaraciones confusas</b>	<b>145</b>
(Del gr. κατλυσις, disolución, acabamiento). Transformación química motivada por sustancias que no se alteran en el curso de la reacción.	145
<b>CAPITULO XX. Sereira / Dolphins</b>	<b>149</b>
No es exactamente como ella lo contó, pero quise conservarlo como un preciado regalo.	149
<b>CAPITULO XXI. Hugo</b>	<b>153</b>
Le mauvais goût mène au crime: El mal gusto conduce al crimen.	153
<b>CAPITULO XXII. Consecuencias</b>	<b>165</b>
-Hay que reconocerle una gran capacidad de recuperación –oí que comentaba Eugène con alguien, antes de abrir los ojos, y tratar de enfocar lo que quise suponer su sonrisa-	165
<b>CAPITULO XXIII. Regajal: Lugar de regajos.</b>	<b>177</b>
regajos: Charco que se forma de un arroyuelo. El mismo arroyuelo.	177
<b>CAPITULO XXIV. Una interferencia</b>	<b>191</b>
Existen planos que se cruzan y planos paralelos.	191
<b>CAPITULO XXV. Araxis, Time machine</b>	<b>203</b>
El mecanismo funcional del viaje en el tiempo es muy simple, realmente. Precisa de un pequeño entrenamiento que no es comparativamente mayor que aprender a montar en bicicleta, por ejemplo. Todo ello contando con la Máquina.	203
<b>CAPITULO XXVI. Avanzadilla</b>	<b>209</b>
Nunca me había preguntado dónde vivía Eugène.	209

<b>CAPITULO XXVII. Trampa</b>	<b>219</b>
Llegar a la sala subterránea se había convertido en una operación tan repetida, que es probable que los patos estuvieran ya habituados a nuestras excursiones nocturnas.	219
<b>CAPITULO XXVIII. ¿Dónde está Mila?</b>	<b>223</b>
Al llegar a mi apartamento, el doctor se apresuró a dirigirse al ordenador, impaciente ante la tardanza en arrancar de mi máquina, que con anterioridad había alabado tanto.	223
<b>CAPITULO XXIX. Un juego...</b>	<b>233</b>
Hasta ahora, todo había sido un juego.	233
<b>CAPITULO XXX. Capítulo inconcluso</b>	<b>238</b>
¿Y de qué forma crees que puede ser esto útil para la sociedad?	238
<b>CAPITULO XXXI. Sueño</b>	<b>239</b>
Eugène no había llamado después de sus retorcidas explicaciones, ayer.	239
<b>CAPITULO XXXII. La Interpretación de los sueños</b>	<b>249</b>
Me sorprendió el interés de Eugène por conocer mi sueño. Tanto como verla aparecer por mi apartamento tan temprano.	249
<b>CAPITULO XXXIII. Venus</b>	<b>259</b>
-Lo más importante es la Venus.	259
<b>CAPITULO XXXIV. E-mail</b>	<b>265</b>
from sereira@yole.com to insacular@coldmail.com.	265
<b>CAPITULO XXXV. L'Anneau tournant</b>	<b>267</b>
Villleroy trouve pour Louis des compagnons plus adaptés à son rang. Ils jouent ensemble à l'anneau tournant et au volant, il tire aussi des pétards et de petites fusées.	267
<b>CAPITULO XXXVI. La clave</b>	<b>275</b>
Finalmente, ante la afasia de la maciza torre, optamos por sentarnos en uno de los bancos de piedra cercanos a la fuente, a la sombra de los arcos.	275
<b>CAPITULO XXXVII. La Puerta / Ciencia ficción</b>	<b>279</b>
Inopinadamente, encontré a Eugène en mi apartamento, delante de la pantalla del portátil, leyendo.	279
<b>CAPITULO XXXVIII. Alquimia</b>	<b>287</b>
La proyección de la torre, de unos determinados relieves de la torre, en su centro geométrico, alineados con el sol en el ocaso de su solsticio, determina una posición de las doce posibles del Anneau-Tournant, con una declinación, ascendente o descendente con respecto a las otras.	287

<b>CAPITULO XXXIX. Puesta de sol</b>	<b>293</b>
Teníamos que esperar a la puesta del sol, para la que aún faltaba una media hora.	293
<b>CAPITULO XL. Recepción</b>	<b>299</b>
Tanto el paisaje como la situación resultaban asombrosos.	299
<b>CAPITULO XLI. Se me hace un nudo...</b>	<b>307</b>
Se me hace un nudo en el estómago, que no se deshace con nada.	307
<b>CAPITULO XLII. Eugène Kaputt</b>	<b>313</b>
Mi sentimiento de culpabilidad era evidente, aunque irracional.	313
<b>CAPITULO XLIII. La diosa</b>	<b>321</b>
Sobre la pantalla del procesador de textos parpadea...	321
<b>CAPITULO XLIV. ¡La física cuántica es algo doméstico!</b>	<b>325</b>
-Haz el favor de mirar en la base de datos: ¿Te suena Juan T. Volta?	325

## CAPITULO I. *Desde la periferia*

*(...) Sucede, sin embargo, que me siento responsable de que ciertas informaciones y circunstancias alcancen a ser develadas, sean cuales sean las consecuencias.*

Y para hacerme entender por medios convencionales -que ahora encuentro tan primitivos- he de primero suavizar lo que, por experiencia directa que deseo compartir, ha cambiado mi forma de entender la vida; por eso he querido hacerlo pasar por ficción, literatura comercial que exige dar al lector lo que pide, lo que ya sabe, algo que no sorprenda ni alarme: la trascendencia ha de ser evitada. Por eso he querido darle un barniz humorístico, irrespetuoso.

Y no será fácil. Aunque soy un profesional interesado en vender -es mi medio de vida obtener un valor económico a cambio de exponer desnudas ideas y vivencias-, mi intención, a pesar de todo, es la arriba indicada, la de comunicar aquello que fue decisivo para mí y que quizá puede serlo para alguien más: Involuntariamente estoy implicado en lo que escribo, y no quiero confundir ni engañar.

Por eso voy a usar algunas técnicas irregulares:

Unas estéticamente poco arriesgadas, convencionales; otras -entresacadas de mi diario, que no existía hasta ahora-, pueden resultar extrañas o pesadas, pero no quiero, no debo prescindir de lo aburrido, porque me siento responsable, insisto, y no querría por doblegarme a la estética privar de información a quien pudiera extraerla cuando yo no he sabido ser suficientemente claro o expresivo.

(Aunque intentaré advertir cuando la historia derive en lo que pueden parecer divagaciones fuera de contexto, para respetar en lo posible lo que sería un argumento clásico: A juicio del lector queda eludir tales reflexiones. He incluido un anexo explicando cómo puede hacerse).

Tengo además necesidad de advertir que los personajes, situaciones y lugares descritos están falseados intencionadamente por dos razones:

La primera, relacionada con el natural pudor del autor, no precisa explicación adicional. Naturalmente, no es mi diario real, que sólo está dentro de mí. A nadie (ni siquiera a Eugène) se lo mostraría.

La otra, relacionada con la propia historia, con las situaciones geográficas y las descripciones, falsifica a propósito algunos datos que sólo serían revelados, como en la antigua Alquimia, por la relación personal: no se pretenda exactitud.

Así que las descripciones no se ajustan a la realidad, aunque son y significan datos.

Mi criterio ha seguido la misma pauta a la que se ve abocado cualquier artista descriptivo -pintor, escultor- cuando un elemento fácilmente localizable –una construcción, un árbol, una figura-, no se encuentra donde la composición lo pide, o no tiene la forma precisa: le obliga a que se la reelabore, desplace o falsee, situándola en su lugar ideal, variando su forma y su textura hasta que adopta la Forma Arquetípica, que no es menos real que aquella a que se ha visto relegada.

Aclarado esto, permíteme lector, quizá superficial –no me importa-, tratar de darte algunas pistas revelándote mi situación actual que, aunque he de reconocerlo, no es la más adecuada en cuanto a claridad de ideas, te sitúen lo más cerca posible de mis vivencias.

Quizá comprendas finalmente, tras explicarte más detalles, por qué he recurrido al alcohol, en última instancia, para introducirme. Disculpa mi vaguedad: No es nada educativo, pero no he podido evitarlo.

Trataré, sin embargo, de establecer algún orden haciendo uso de mis desmañadas anotaciones: las tomo pensando en mi profesión, pero eso no resta validez ni veracidad a los apuntes. Y tras toda esta irregularidad, creo que lo mejor es, lógicamente, empezar por el final:

(Y sin embargo, ya estaba escrito. Cortar y pegar...)

“Cuando se alza la mano de la diosa: A su través se genera la Puerta.

Como el arco iris, su fluctuación es la prueba del acuerdo con los dioses.

No tiene color para los humanos, sus colores son el octavo y el noveno del Arco Iris: Sólo un iniciado lo puede ver(...)

El iniciado puede ver la Puerta y su dintel, y traspasar su Umbral.

El iniciado conoce la Marca: El iniciado tiene la Marca.

El peligro acecha al profano: Podría traspasar el umbral y perderse para siempre en los Tiempos; El iniciado traspasa el Umbral y encuentra el Camino en el Tiempo.

Las Claves para encontrar el camino son gracia de la diosa.

La diosa se llama...”

(Extraído de una traducción libre de un texto sin título, dudoso en cuanto a autoría y época; el origen se explica posteriormente.)

Sobre la pantalla de mi procesador de textos parpadea:

...“falta poco para el amanecer.

Antes de que asome el sol, tras la noche más corta, en la línea del Lucero del Alba, girar hasta enfrentarla; cuando el Reloj marque la Hora; cuando el reflejo de la Torre alcance su máxima concentración: De entre la vegetación llegará la luz invisible.

Cuando el tamaño de la Puerta sea el adecuado, cuando el borde oval sea tangente al enlosado, avanza. No sentirás nada.

Tras el Umbral serás otro ente, otra persona, otro ser, con otros recuerdos y pensamientos, otras intenciones, sin dejar de ser lo que eres, que es lo que eras.”

Sobre la pantalla del portátil...

“... de la noche de San Juan, corregir con el primer reflejo más allá del punto, avanzar hacia la mano de la diosa, a la luz invisible, tangente al piso.

Si estas preparado, avanza sin miedo, no mires atrás, no te puedes perder.”

(¿Cuándo anoté todo esto? Es coherente con el argumento; irremediable. No se entiende la trama sin llegar a este punto, pero se supone que yo inventaba: No recuerdo cuándo lo escribí, ni qué significa; si lo escribí o lo copié. Lo siguiente, me temo, sí es mío, y sí recuerdo haberlo tecleado).



## CAPITULO II. *Mila*

***“Zahir, en árabe, quiere decir notorio, visible; en tal sentido, es uno de los noventa y nueve nombres de Dios...” (J. L. Borges)***

La primera vez que tuve conciencia del Zahir, como quise identificarlo, fue al ir a comprar el pan, en salida programada de las escasas a las que mis necesidades me obligaban.

Pero habituado como estaba -sin dejar de ser estúpidamente educado-, a no prestar atención a lo que sucedía a mi alrededor y olvidar lo máximo posible, el hecho permaneció en el borde de mi inconsciente hasta varios días después.

Me engañaba, claro, en cuanto a mi capacidad para olvidar, porque ahora mismo puedo -y voy a hacerlo-, reproducir casi palabra por palabra y gesto por gesto todo lo que pasó en aquellos pocos minutos.

Lo hago porque deseo que la repetición de hechos triviales me ayude a quitarle importancia a la cadena de sucesos que siguió, y quizá me influya a mí mismo a la hora de tomar una decisión que ya no puedo retrasar; para lo que no me siento capacitado en soledad.

(¡Cómo echo de menos a Eugène! Su estrambótico análisis de las situaciones para llegar a la que consideraba la mejor de las soluciones, transmitiendo seguridad; su intrépida decisión, que añoro ahora; su osadía irresponsable... ¡Cómo tornan recuerdos de algunas largas, lentas, escasas noches compartidas con su cuerpo y su olor, y su piel suave, sus revelaciones increíbles, sus fábulas, sus comentarios socarrones, su risa pícaro cuando ponía en evidencia mi ignorancia... ¡¿Dónde estará ahora?).

Ahora son las ocho de la tarde; demasiado temprano para mis hábitos.

Mi rutina ordena que no me siente ante el ordenador antes de las diez, ya de noche; revisar antes alguna nota que pretendo necesitar en Google, perderme cuando encuentro detalles que no me interesan en absoluto, pero que me sorprenden o enganchan, navegar...

Pero sin prisa; sobra tiempo para llegar a mi objetivo, si existe tal.

Si no existe, aún mejor: probablemente he dado con alguna clave interesante.

Juego con el solitario que trae el sistema operativo, marcándome retos complicados (No se puede colocar un rojo si no existen tres negros de picas antes,...) para que la distracción nirvánica dure más.

La radio, siempre encendida, marca la hora exacta de relegar el PC, la sintonía para pasar al trabajo en el portátil, donde sólo habita un editor bastante caro, propiedad de la editorial, y la conexión remota que garantiza que no voy a cometer ninguna torpeza informática: donde se ocultan mis personajes al acecho de adquirir vida propia.

¡Bendita rutina!

Sólo rota cuando Eugène decidía llamar, a cualquier hora después de las diez, para alguna urgente consulta que normalmente requería frenética actividad hasta bien entrada la mañana.

¡La vida del escritor profesional es dura a veces!

Pero a las cinco de la mañana de este próximo 24 de junio, tras la fatídica Noche de San Juan, y sabiendo que Eugène no llamará, algo o alguien puede llamarme.

Cuando ese momento llegue debo estar listo. Debo tener terminado este documento.

O esta novela, si mi decisión es huir:

Enviaré a mi editor la versión expurgada, (marcar, cortar, pegar, copiar...) y pretenderé que se trata de una nueva producción de Juan T. Volta; aunque en la editorial sospecharán cuando les explique que el original está acabado tan pronto.

Da igual: Si decido publicar, mejor me pierdo por las Rías Bajas unas semanas más, y envío luego el archivo de la novela, para dar apariencia de normalidad; definitivamente enviarla ahora resultaría tan sospechoso como increíble.

Entonces esperaré, angustiado, no ser localizado antes de tiempo.

Si decido confiar en el Zahir, en la marca y en sus implicaciones, vaciaré e inutilizaré el disco duro del portátil, el de la editorial, sabotearé las protecciones, me prepararé un té negro cargado y sin azúcar, abriré la botella de JB que me llevó Ángel a la estación, y esperaré, de nuevo, ligero de equipaje, a que pasen a recogerme (¿me paso la vida esperando?)...

Pero ya basta de auto compadecerme; estábamos en la panadería, en realidad pequeño supermercado de barrio.

Físicamente pequeño, aunque repleto de las cosas más insospechadas, con sus refrescos, su leche, sus condones, sus cuchillas de afeitar y sus chicles por si se acaba el cambio, junto a la caja registradora, siempre abierta.

Y su cajera, a la sazón hija de la propietaria, tras la registradora cargada de céntimos sobre el abigarrado mostrador.

Aprendí de oídas que se llamaba Mila, aunque no llegué a usar su nombre con suficiente confianza hasta estos últimos días, que nos han unido con extraños lazos íntimos...

Como mi capacidad de concentración es todavía buena, a pesar de todo, almacené en mi inconsciente el dato fotográfico que después me asaltaría, sin dejar de perfilar mentalmente algunos detalles relacionados con la historia que ocupaba casi toda mi atención.

Ahora entiendo por qué la parte del argumento de la novela que se desarrollaba en mi imaginación iba a ser posteriormente el desencadenante de mi recuerdo, al reproducirse en la realidad la escena que yo había pergeñado. Hace unos meses.

Varios meses ya oculto voluntariamente, cerca de Madrid, pero suficientemente lejos. Aislado de amigos y conocidos que me distrajeran, mi trabajo avanzaba satisfactoriamente, a mi juicio, y en lo social ya había formado mi círculo de amistades superficiales, fomentadas por la evidente provisionalidad (yo había dejado claro que no pensaba permanecer mucho tiempo en Aranjuez, el pueblo que me convino porque era allí un desconocido, al igual que el pueblo y sus gentes lo eran para mí, aunque no había explicado el motivo de mi estancia, para no alentar la desbocada imaginación de sus despreocupados vecinos).

Un par de meses largos de concentrado trabajo que habían perfilado mi nueva producción, superadas ya las etapas de recopilación de datos, ambiente y personajes, que traía abocetadas desde Madrid, encontrándome de nuevo, como en otras ocasiones, materialmente dentro de la historia, participando de forma enfermiza de las vicisitudes y temores de sus personajes, que ya me reclamaban independencia, teñían la realidad y me invadían con exigencias a las que no siempre me podía negar, y me retrotraían a aquella sensación placentera y febril que ya conocía.

En realidad, flotaba ajeno a la realidad. Me era imposible discutir con nadie, y mi estúpida sonrisa debía ser notable: pero a mí esto me servía de tapadera.

Los ratos perdidos en que, por obligaciones domésticas, no podía seguir escribiendo -hacer la cama, al menos una vez a la semana, afeitarme (eso lo podía dejar correr), comer, comprar el pan y la leche,...- eran los peores, porque los personajes se revelaban con mayor fuerza, sabiéndose dueños de la situación; porque no podía argumentarles u obligarles a actuar según mis órdenes: A menudo me modificaban el argumento aprovechando, por ejemplo, que yo me confundía con el cambio de la barra de pan, intentando hacer cuentas con esas monedas de cobre tan poco intuitivas.

Y la sonrisa turbadora de Mila, la panadera, me perdonaba la vida, que yo evidentemente había puesto en sus mórbidas manos.

La conciencia de que eso no era del todo cierto yo la interiorizaba, y al exterior tornaba aquella sonrisa estúpida de "guiri" indicando agradecimiento, con lo que Mila, aparentemente, se daba por satisfecha y me volvía a perdonar mi despiste y mi vida, tan "misteriosa", parecía insinuar burlona.

Como ya conozco la sensación que me produce escribir, pensé con satisfacción profesional que si yo disfrutaba el resultado interesaría hasta el punto de que el producto fuera vendible. Viendo el relato crecer y desarrollarse, era muy probable que al futuro lector le agradara; desde ese punto de vista, estaba tranquilo, y la historia me mantenía en tensión.

Pero me he vuelto a despistar, disculpa...

La panadería estaba en una calle estrecha y formaba parte de un antiguo edificio con corrala, similar a muchos otros de los que abundan en Aranjuez.

-Hola. Por favor, una barra de pan -casi supliqué, como si no fuera conocido de al menos otras veinte barras más-.

Mila, sin contestarme, hablando con la parroquiana que se apoya en el mostrador -a la que mira con sonrisa cómplice-, continúa con el cotilleo local, en voz innecesariamente alta.

Mientras, me alarga ya envuelta en papel gris la barra de pan que había preparado cuando me vio llegar a la misma hora de todos los días a través de la ventana de barrotes de hierro fundido que daba a la calle, justo al lado de la máquina registradora. Y con un gesto me pregunta, sin interrumpir su conversación con la vecina, si también quiero leche. A lo que asiento.

-(...) ... la novia que le han encontrado!, ¡Qué morro!, ¡Está el chico más perdido! "¡Hermoso, vas peor qu'el reloj de la esquina del matadero!", le dije...- chismorreaba Mila, alargándome el pan y la leche más allá del mostrador, en el rincón cercano a la pared donde yo trataba de evitar quedar encerrado entre la ventana, el expositor de refrescos -"Hay botes fríos"- y la vecina, cuyo amplio aunque poco elevado volumen acaparaba casi totalmente el escueto mostrador.

-¡Ay, hermoso, perdona! -La vecina (negro de pies a cabeza indicando quizá su viudez) simula que me hace hueco en el mostrador, sin conseguirlo, y sin renunciar a su puesto privilegiado.

Ella y su bolso de la compra, del que asoman unas escarolas de un verde muy intenso y que ha desplazado unos cinco centímetros hacia sí, mientras un instante me sonrío, para lo que tiene que mirar hacia arriba, e inmediatamente vuelve a bajar al nivel de los negros y chispeantes ojos de Mila

-Es que la chica no es de aquí, no sabía que... -Continúa la parroquiana de negro.

Entretanto yo me concentro en extraer de mi bolsillo una cantidad indeterminada de monedas que elevo sobre la cabeza de la vecina hacia el brazo moreno que Mila -sin dejar de hablar y mirar a la vecina y sin mirarme a mí más que de soslayo-, eleva a su vez en dificultosa maniobra sobre las cajas de “chuches” del mostrador para recoger lo que sea en su palma semiabierta, la del anillo plateado, su mano derecha.

Aunque la vecina sí que me mira descarada aprovechando la interrupción -sonrisa forzada-, en un escrutinio disimulado con poca eficacia.

Mila ha recogido varias monedas, que evalúa en un vistazo, selecciona una parte que deja caer tintineantes sobre el cajetín abierto de la registradora, recoge otras monedas, las une a algunas de las que yo le envié, y me devuelve el conjunto que yo, sin mirar, vuelvo a meter en el bolsillo: Sigo sin saber lo que vale una barra de pan, aunque ha de ser una cifra muy compleja en céntimos, porque revisando el bolsillo he descubierto muchos tipos y valores de monedas de insospechada procedencia.

Otras veces, para eso sirven al parecer, me devuelve un paquete de chicles o caramelos, que deben corresponder al cambio de alguna moneda de excesivo valor que yo no había supuesto, o a que no han tenido tiempo ni Mila ni su madre de conseguir los necesarios céntimos para el cambio, supongo que en el banco, o en alguna de las expendedoras de refrescos.

(Aquella mañana sí había cambio, lo verifiqué luego, pero no encontré ninguna moneda especial: Pienso en un Zahir).

Me apresuro a salir, cargado con el periódico adquirido con anterioridad, el pan y la leche, pero antes vuelvo la cabeza, no hacia la ventana exterior, sino a la que da al patio de la corrala, interior.

Allí estaba mi Zahir: Sobre la pared enjalbegada, a pleno sol, justo debajo de un ventanuco enrejado en cruz.

Una inocente mancha oscura y mate, informe, demasiado grande, en una vertical imposible: ¿Una gota de sangre estrellada contra la pared? ¡Qué idea más novelesca!

¿Reciente? No lo podía saber; por la distancia, y porque esa ventana que daba a la corrala estaba habitualmente tapada por una fila de expositores que marcaban dos estrechos pasillos oscuros cuyo contenido no puedo ni sospechar, estantes que se intuían al fondo, pegados a la pared, una cámara frigorífica ( otra vez “Hay botes fríos”, y una flecha dibujada con bolígrafo señalando la cámara) y una torre de cajas de botellas vacías de refrescos, que aquel día no estaban.

Éstas habitualmente tapaban la ventana y sumían el pasillo interior en oscuridad perenne, mitigada tan sólo por la débil luz de una única bombilla desnuda.

Por otro lado, estábamos en junio, cerca del solsticio de verano, para el que faltaban unas dos semanas: El sol se aproximaba ahora a su máximo recorrido, y quizá antes no podía iluminar ese lienzo de muro en forma directa.

Era la inhabitual luz solar lo que atrajo mi vista; tuvo que ser eso.

Aquella pared corta formaba un estrecho entrante dentro del patio. Un pasillo interior descubierto al que asomaba en su fondo cegado la ventana de la tienda, que se adosaba a otro amplio pasillo -cubierto éste- acceso por la puerta principal de la calle al patio comunitario de la corrala, de la que formaba parte la tienda.

El oscuro tragaluz bajo el que el coloreado Zahir había llamado mi atención no mostraba el pasillo de entrada a la corrala, que no poseía más iluminación que la del portón principal y la luz del patio por el otro extremo, y sólo disponía en sus paredes encaladas de dos postigos estrechos, enfrentados, que daban a sendos trasteros o almacenes; sin duda no a viviendas por la escasez de superficie.

A uno de ellos, el izquierdo, correspondía el ventanuco que daba al recodo interior del patio que se veía desde la tienda.

Luego supe qué había dentro.

En cualquier caso, estoy ya hablando de hechos que comprobé posteriormente, porque nunca se me había ocurrido traspasar el umbral de la corrala, ni encontraba motivo alguno para hacerlo, ya que tampoco era diferente de muchas otras.

Aquella mañana, como siempre, salí rápidamente con mi carga de pan del día. Sospecho que ante la mirada divertida de Mila y su vecina, a las que murmuré un tímido-“Hasta luego”- que se vio correspondido en forma apresurada, cantarina y chillona, en dueto: -“¡Hasta mañana!”-, casi sin interrumpir su charla:

-()... pero ese chico, ¿no estaba estudiando en Madrid?, pues por eso!- seguía Mila. -Ay, Hermosa! ¡Cómo sois ahora!...- la vecina.

¿Por qué, me pregunté, si yo dije hasta luego, que quiere ser indefinido, me contestan con un hasta mañana, que ya presupone una seguridad que yo, desde luego, no tengo? Me halaga, sin embargo, aunque me confunde.

Creo que aquí me miraron las dos, porque sentí sus ojos sobre mi espalda,... y por un sospechoso silencio momentáneo, pero yo ya estaba en la calle, buscando la corta sombra de los edificios para aliviar el camino de retorno por la terrible estepa castellana a lo que mi casera definía -para elevar el alquiler-, como apartamento amueblado.

Con una obsesión inconsciente, aún sin desencadenar.

Aún no había caído bajo el influjo de la marca, del Zahir, pero indudablemente se había instalado en mi interior, al acecho de ser invocado.



### CAPITULO III. *Sereira*

*Como precaución elemental, había dejado de contestar mis cuentas de correo electrónico.*

Las oficiales -bancos, editorial-, estaban hábilmente desviadas a mi gestor particular, Ángel, que en lo profesional es muy fiable; a las particulares solía echarles un ligero vistazo, con objeto de borrar "spam" y que no se llenaran, aunque no era una preocupación cotidiana, y podía permitirme que quedaran inactivas por un tiempo, bloqueadas por falta de espacio o por conveniencia del servidor.

Había anulado la suscripción a los boletines diarios, sabiendo que no los iba a consultar.

Además, me había impuesto bajar a diario a por el periódico, aunque sólo las noticias internacionales y los crucigramas atraían mi atención.

El único correo atendido con cierto interés -no sólo profesional-, era el "insacular", que corresponde a la dirección que uso como herramienta de trabajo, para contactar en foros, hacer o recibir dictámenes y, esporádicamente, conectar con tres o cuatro amigos de los que únicamente es conocida, y que actualmente me suponen en las Rías Bajas, porque es mi refugio habitual.

Estos correos -de Marta, de Ángel-, eran simplemente archivados u olvidados: no me apetecía perder el tiempo en divagaciones sobre sus comentarios socarrones o sus chistes de mal gusto sobre mi soltería. La norma era, simplemente, no contestar, lo que ellos sabían que iba, con seguridad, a hacer.

Por otro lado estaba pendiente de la posibilidad de respuesta a algunas dudas que me interesaba solventar para documentar ciertas suposiciones arriesgadas que estaba haciendo sobre mitología griega que iban a adornar mi novela, para dar un margen a la pedantería.

Hay que ser serios con estas cosas, porque los lectores suelen saber mucho más que el autor tanto sobre los temas como sobre las propias intenciones del autor -que éste mismo desconoce, sin duda-. Si tienes la fortuna de contar con un gran número de lectores, las posibilidades de ser puesto en evidencia en cuanto a exactitud se multiplican en forma exponencial; por suerte, esto es un problema con el que tengo que contar.

Por eso, después de subir de comprar el periódico, el pan y la leche, eché un vistazo al correo, encontrando uno de Marta -que archivé-, y, con infantil satisfacción,

una respuesta de Sereira a una cuestión que me interesaba, y que había colocado en un foro helénico que no me era muy conocido, entre otros más especializados.

Abrí, entre impaciente y escéptico, el mensaje de Sereira.

(Traduzco del inglés, que era el idioma de contacto, aunque me resultó demasiado fácil la traducción, lo que podía tener un significado)

from ATHEN/ Ser-00696AE-fr@yole.com to insacular@coldmail.com.

Referente a "Trofonio", ciertamente se trata de un arquitecto,

hijo de Apolo y Epicaste (¿una ninfa?)

lo que justifica el oráculo.

La relación con Leteo, (el pozo), no existe, salvo que se haya confundido Leteo con Leto o Latona, madre de Apolo.

Leteo, cito de memoria, aparece en relación con un "río del olvido", "las aguas del Leteo" en ediciones de "Las Metamorfosis" de Ovidio.

Un fragmento del libro I de las Metamorfosis de Ovidio narra la

Lethaeus, del Leteo, río del Averno, cuyas aguas provocaban el olvido.

Esperando haber sido útil, le saluda,

Sereira.

Me era difícil contrastar en aquellas circunstancias la información. Podía recurrir a la biblioteca de Aranjuez, aunque sospechaba que sería más rápido y eficaz recurrir a Google, donde sin duda estaría Ovidio.

Me puse inmediatamente.

Lógicamente, no busqué Ovidio, ni Leteo, sino Sereira.

No era un morfema inventado: significa sirena, en lengua portuguesa.

Empecé a buscar una excusa para contestar a Sereira. ¿Sería una mujer? ¿Una sirena? ¿De donde procedían sus amplios conocimientos de mitología griega? ¿Por qué, por otro lado, contestar a una cuestión tan impersonal como la planteada por mí? ¿Por qué, en definitiva, me interesaba tanto averiguar algo que no estaba relacionado con mi trabajo?

*Sereira*,... es sonoro.

Mucho más que Insacular, que me vino impuesto por la dificultad de encontrar un alias suficientemente corto como para poder recordarlo y que no diera indicación de la procedencia: Sólo conocido ese nombre no se puede llegar a ninguna conclusión, ni sobre sexo, ni sobre intenciones.

En cambio *Sereira*... suena. Es musical y sencillo.

¿Y si se trata de un viejo y desagradable catedrático de Oxford, que mejor que no me conozca y se moleste con el uso que voy a dar a su información?

*Sereira*... no le cuadra al viejo catedrático; y si es joven, tampoco estoy interesado en una sesuda discusión sobre un tema que, con seguridad, ya me plantearán y resolverán mis lectores, a parte de poner en evidencia mi atrevida ignorancia.

¿Y una vieja catedrática...? ¡Ya le cambié el sexo, antes de averiguar! No tengo remedio.

-Supongamos –elucubraba, al tiempo que contemplaba distraído un curioso dibujo coloreado perteneciente a un cuento infantil escrito en portugués que protagonizaba una simpática *Sereira*- que insisto en el tema, entrando en alguna precisión “sobrevenida”: Quizá resulte sospechoso pero ¿Cómo averiguar sin declararme? ¿Qué había despertado mi interés en una respuesta tan aséptica, aparte de la firma?

Decidí volver al texto y analizar cuál era el dato que había hecho saltar las alarmas de mi inconsciente.

Trofonio -el objeto de mi consulta-, era, según confirmación, conocido como arquitecto en vida, y también famoso oráculo posteriormente, como ya tenía yo anotado. Era la conexión de historia ficción que enlazaba con mi inventado arquitecto ingeniero del siglo XVI, (Juan de Herrera, Juan Bautista de Toledo, Juanelo Turriano = Giovanni Torriani) sabido el conocimiento que se tenía en aquella época del mundo helénico, y que solía marcarse simbólicamente en claves olvidadas.

Aunque, ciertamente, no hubiera cambiado gran cosa si yo hubiera inventado tal arquitecto helénico, igual que había hecho con el moderno...

Desde luego, era una pedantería.

*Lethaeus*, el pozo de Leteo... No veía la relación. Creo que habría costado encontrarla. El buscador no lo habría detectado por cuestiones fonéticas, como me ha sucedido en otras ocasiones, o a lo sumo hubiera entrado en cuestionar: "¿quería usted decir Leto, Lito, Loto,... ?".

Por otro lado, no recordaba dónde, en mi consulta, aparecía el tal Leteo.

No tenía copia de mi propia consulta. Era una precaución que olvidaba por norma.

Confiaba en poder recuperarla del mismo foro donde la envié, para ver dónde estaba el cruce de datos ¿Había pasado a favoritos el foro, o lo olvidé, como de costumbre, y me costará reencontrarlo?

Estaba en favoritos. Qué suerte.

Una página redactada en caligrafía griega de las abundantes en las embajadas. Mapa de Atenas, agencias de viajes, ofertas de cruceros,... un foro muy vulgar. ¡Pensé que había consultado en un sitio más serio!

Helenic Foro,... aquí,... consulta de J\_Smithern sobre la posibilidad de viajar a Salónica en noviembre, en inglés,... -¡Vaya fechas!-,... consulta sobre horarios de autobuses interurbanos entre Atenas y El Pireo, de Mrs Daisy,... ¡Insacular!, aquí,... una sola respuesta a mi imperfecta redacción inglesa:

“Permítaseme preguntar sobre la existencia real de un antiguo arquitecto griego de nombre Trofonio y su genealogía mitológica, si existe. Leteo. Para completar un estudio comparativo me interesa el tema. *Insacular*. Ref. Ins-00875AE-es”.

Ahí estaba, en medio, de forma injustificada a mi parecer, Leteo.

¡Ya comprendo qué pasó!

Cuando -con prisa o desmañadamente- escribo en el ordenador, acostumbro a no borrar, sino arrastrar, las correcciones dactilográficas, cambios de opinión o errores que voy detectando -por supuesto sin mirar a la pantalla, como los inexpertos-, para eliminarlos en bloque al acabar. Había iniciado mi escrito con "Let", fórmula que de inmediato entendí que no resultaba demasiado formal sino más bien algo agresiva en la etiqueta postal inglesa, por lo que lo sustituí por "Allow", sintiéndome mejor. Pero desplazé hasta el final de la línea la sílaba fatídica, siguiendo mi norma habitual, y olvidé borrar.

Alguna otra confusión, o quizá el propio editor de textos en su proverbial sabiduría confundido por la mezcla entre el teclado en castellano y el vocabulario sajón, hizo completar la palabra, porque mi inglés no es suficientemente bueno, como ya se habrá adivinado, y los molestos subrayados de la herramienta ortográfica del maldito programa despistan más que ayudan, quedando allá intercalado “Leteo” encerrado entre dos puntos.

Conque yo envié casualmente un problema añadido donde sólo existía un error de transcripción.

Bien. Ya está detectado el error: ¿Ahora qué?

Basta agradecer la respuesta e insinuar un contacto, para mantenerlo o no posteriormente. (Noto que me estoy metiendo en algún lío inoportuno).

¡Qué más da!

from insacular to sereira, al correo particular de la referencia Ser-00696AE-fr:

¿Formal? No. No hay motivo para no arriesgar. Probaré a introducir algún giro en castellano, porque me pareció que el inglés de Sereira tampoco era muy correcto. Había notado demasiado sencilla la traducción.

Gracias por la información, (...) me gustaría conocer algo más sobre Trofonio, (...) Leteo había sido un error, (...) perdona mi inglés, y tal, (...) me puedes contestar directamente a...

Eran las doce de la noche. No podía esperar una respuesta inmediata, si es que la había.



## CAPITULO IV. *Eugène*

### *Resultó que Sereira era Eugène.*

Y residía, por el momento, en Aranjuez.

Había elegido su "Nik" en un reciente viaje al castillo de Tomar, en Portugal, siguiendo el argumento de una novela de Umberto Eco sobre los templarios.

Llevaba varios meses en Aranjuez y pensaba viajar luego a Grecia, por ello coincidimos en aquel foro de la embajada de Atenas.

Había detectado el .es de la referencia, como yo no lo había hecho con el .fr de la suya: No tenía acento, porque era francesa de padre español.

Su principal obligación era viajar, porque su padre había hecho dinero importando trufas desde Soria a París, vía Burdeos, y su hija pequeña, Eugène, estaba viendo mundo, previo obligado a conseguir su doctorado en una prestigiosa universidad inglesa, para la que estaba preparando su Tesis.

Despreocupada, en general, tenía una memoria admirable para los datos y por lo que pude apreciar nefasta para las citas: Nos habíamos citado en la terraza del restaurante italiano que hay frente a la biblioteca -un sitio muy céntrico para mi gusto, aunque desierto a aquella temprana hora de la tarde-, y acababa de llegar tan sólo cuarenta minutos después de lo acordado, como atestiguaba una pinta de cerveza casi vacía sobre mi mesa.

Se sentó, sin preguntar quién era yo, me evaluó en un vistazo y empezó:

-Hola insacular. He buscado insacular en el diccionario, y la ocurrencia es divertida, aunque poco musical. Me llamo Eugène, Eugenia vamos. Me gusta más Eugène, pronunciado Euyin.

-Hola. Me llamo Juan. Suena bonito "iullín"... -Dí mi nombre verdadero. Mi nombre editorial era conocido, pero no así mi imagen. Intenté con cierta pereza -consecuencia de mi aislamiento-, añadir algo más, tratando de ser simpático, educado, pero...

-Bueno, tu inglés no es tan malo como tu francés

Puso un pequeño bolso negro de tela, quizá seda, que parecía contener algo pesado, a su izquierda. Volvió a mirarme de cabeza a cintura, sus dos brazos desnudos sobre la mesa, sin dejar de sonreír de forma algo burlona, que yo no supe interpretar, o preferí no hacerlo.

Se había sentado frente a mí, de forma que sus senos, mostrados generosamente, eran mi visión más obvia, bajo su cara -porque no era muy alta-, y la hendidura de su busto, que asomaba tras su camiseta negra con tirantes por hombreras (evidentemente no llevaba sujetador), era visión obligada desde mi altura, sentado.

Pensé que era muy joven; me esforzaba en mirar a sus ojos, pero no era fácil. Se movió para acomodarse, hizo seña al camarero, que no estaba muy ocupado, y no paró de hablar:

-Mi madre dice que prefiere Atenas. A menudo pasa allí semanas, lejos de la temporada turística -pidió un refresco "light", que yo no conocía, pero que no sorprendió al camarero-. Yo la encuentro un poco agobiante. Menos que Nápoles, de todas formas...

-¿Cómo me has localizado? -pude intercalar, con poca fe en ser escuchado.

-¡Ah! Te había visto por aquí -sonrió ante mi cara de sorpresa-. Este pueblo es muy pequeño para ocultar a alguien tan chocante.

Fruncí el ceño, mirándome hacia abajo, hasta las sandalias, no encontrando a qué se refería. Volví a mirar a Eugène, aún con el ceño fruncido.

Ella rió un momento, y siguió hablando sin dar explicaciones.

-... claro que en Nápoles están Capri, Sorrento, Amalfi...

-¿No serás periodista? -interrumpí algo alarmado.

-No ¿Por qué? -ahora sí levantó un poco el arco de sus cejas-. Pero no me has dicho quién eres tú.

Ahora no sabía si enfadarme o reírme: Al fin lograba una pequeña ventaja.

-¿No lo sabes? -deshice el rictus de enfado.

-Sé que eres muy discreto -me espetó mientras movía levemente hacia los lados su redonda cabecita, marcada por un corte de pelo bastante apurado que mostraba con orgullo sus pequeñas orejas, dirigiendo alternativamente al extremo correspondiente de sus redondos globos oculares un iris de tono avellanado brillante, en forma exagerada, como si alguien que nos vigilara nos pudiera escuchar.

No había nadie en cien metros a la redonda, salvo el camarero, aburrido, que charlaba con alguien que había tras una ventana con mostrador que le servía de comunicación con el interior del bar sin necesidad de entrar y salir por la puerta, al otro lado de la carretera; porque la terraza ocupaba el centro peatonal de una de las avenidas arboladas típicas de Aranjuez, y al camarero le era preciso cruzar entre la circulación -ahora casi nula-, para atenderla.

Acabada la broma, enfrentó mis ojos, entrecerrando los suyos en gesto de adivina, con los brazos cruzados sobre la mesa.

-Sé que te interesa la mitología, porque te he visto pasear por las fuentes del jardín. O lo he supuesto, y no me equivoqué –puntualizó-.

-Sí. En forma circunstancial... -dije, sin comprometerme-.

Apoyó su codo derecho sobre la mesa de resina, que se movió peligrosamente, y su mano en su barbilla, en papel que quería ser de investigador. Su brazo izquierdo colgando. Su busto -muy cercano ahora-, mostró un pequeño lunar sobre su seno izquierdo, casi dentro del canalillo que delimitaban ambos...

Instintivamente, me eché ligeramente hacia atrás, miré también a los lados (seguía sin haber nadie), con menos gracia que ella, eso sí; volví a adelantarme y a tratar de mirar hacia sus ojos brillantes. Pretendía decir algo, opinar sobre sus impertinentes pesquisas, buscando una aguda respuesta a su avance físico, balbuceé algo...

-Veamos -se me adelantó ella, obviando mi descarada inspección de su físico:- Alguien interesado por la mitología griega, y sin embargo preocupado por los periodistas. No eres un catedrático, ni estas relacionado con la educación. Ni un espía. Los espías intentan pasar desapercibidos...

-¡Pues mi intención era... ! –tampoco pude concluir esta vez mi explicación.

-Si fueras un espía -concluyó-, hubieras sido denunciado hace mucho tiempo. Además, por aquí no hay gran cosa que espiar. Más posibilidades: ¡Eres escritor!

Mis cejas se elevaron en forma elocuente.

-¡Vale! Eres escritor -sonrió-. Conocido, porque lo de los periodistas...

-¿Pero quién eres tú? –quise cortar con un principio de molestia creciente. No me agradaba el juego de las adivinanzas: Tenía la sensación de una situación infantil, y su apresurada biografía no sonaba satisfactoria.

¿Cuántos años tendría ella? ¡Sólo me faltaba ser denunciado por una menor! Esto complacería, supuse, a mi editor, pero no era mi idea sobre como conseguir publicidad gratuita. Antes de que pudiera alcanzar ninguna conclusión que aclarara mis dudas ella adoptó un curioso tono serio en su voz y en su semblante, como dando por suspendidas abruptamente las presentaciones para entrar en materia, lo que me obligó a escuchar, con la atención dividida entre sus explicaciones y sus... ¡que no sabía bien dónde mirar!; sus ojos poseían una cualidad suavemente penetrante.

En resumen, me contó una historia -bastante incoherente-, sobre una Tesis referente a la crónica local que quizá me interesara, y me invitó a participar en su investigación.

Según su desquiciada mente -aspecto éste de su desvarío que noté enseguida-, yo estaba de alguna forma marcado para seguir la pista que condujera a cierto conocimiento oculto sobre cuyas huellas ella se hallaba.

En otras circunstancias anímicas más normales, la hubiera mandado, educadamente o no, a paseo.

Pero no lo hice, error que todavía estoy pagando.

(...)

-¿Y por qué piensas que te voy a ayudar a encontrar... esa pista? -mi tono no era relajado.

-Ya te dije que tienes la marca.

-¿Otra vez? -Y sin embargo, el Zahir atravesó fugazmente mi mente. Lo que no evitó que mi cabreo aumentara. Empezaba a pensar que me había equivocado buscando a Sereira; al principio me pareció buena idea, una aventura inocente que me podría ayudar con mi novela.

Ahora no le veía encaje: Este personaje no pertenece al mundo de Ginger, es demasiado independiente y seguro; me está apartando de mi argumento, para llevarme a otro dudoso.

De momento, había quebrado mi rutina -y mi siesta-, a cambio de una complicación ridícula: Deseaba encontrar una excusa urgente y eficaz para irme de allí y no volver a tropezarme con ella. Era demasiado joven para mí. Esta chiquilla no debiera estar conmigo, ni aquí, ni a esta hora, ni a ninguna. Y yo tenía cosas más importantes que hacer que atender a su incipiente paranoia.

Debiera mostrarme brusco y desagradable, para que se sienta ofendida, poder discutir, levantarme e irme sin despedir.

Lo intenté:

-¿A qué hora dices que quedamos?

Me sorprendí a mí mismo. Es lo que, imprudentemente, me salió, en contra de mis supuestamente firmes intenciones, como contestación a su argumentación, según la cual sus estudios conducían a una construcción subterránea que se hallaba en una pedanía cercana a Aranjuez...

-Como a unos cinco kilómetros –precisó ante mis convencionales y desinteresadas indagaciones sobre la situación de aquel remoto lugar.

-Para llegar allí, necesitaríamos un vehículo –una parte de mí aún intentaba eludir el compromiso.

-Claro –No levantó la vista- Cogemos el mío.

-¿Tienes coche aquí? –se suponía que estaba de turismo cultural. No pensaba que la situación económica de los Erasmus fuera tan desahogada...

-Tengo alquilado un Golf. Para andar por los alrededores.

-Yo tengo carné... –la miré dudoso: Un Golf habla de quien lo prefiere-. Pero hace años que no ejerzo. Lo evito siempre que puedo.

-Lo hubiera adivinado –sonrió. No sé que quería insinuar-. A mí me gusta conducir.

-¿Dónde tienes la “máquina”? –pregunté para ganar tiempo, en un patético intento de acercarme a lo que supuse un lenguaje acorde a su edad, mientras meditaba qué podía significar exactamente “ a mí me gusta conducir”.

-¿Es que quieres ir ahora mismo? –se extrañó, considerando mi evidente majadería-. No parece buena idea. Está fuera de la población y se hará de noche pronto. Son ya las nueve.

Se me había pasado el tiempo volando...

Ni siquiera había advertido cómo la terraza, al frescor del atardecer, se había llenado de gente que nos rodeaba en ascendente algarabía.

-Parece que conoces bien el lugar –comenté sin pensar, mirando alrededor, tratando de situarme, haciendo más notoria mi estupidez-.

-Forma parte de mis obligaciones académicas –su seriedad ahora pareció algo artificial-. En estos momentos conozco este pueblo y su historia mejor que el Cronista Oficial de la Villa.

-¡Me alegro! –mentí; pero mordí el anzuelo-: ¿No habías tropezado con esta pista antes?

Me miró misteriosa, pero sonriente.

-Te estaba esperando. Estaba sobre la pista, pero necesitaba que vinieras. He estado estudiando posibilidades, y esa era la mejor.

-¿Me estabas esperando? –Eso no me gustó nada-. ¡Explícame eso!

-Sabía que aparecerías –miró alrededor, retóricamente porque podía estar segura de que nadie nos prestaba atención-. Tienes la marca.

-¿La marca?¿Otra vez? Tu no esta bien de aquí... –hice un gesto explícito con el dedo sobre mi sien- ¿Has venido a reírte de mí?

-No. Lo que pasa es que a lo mejor no debería hablar antes de tiempo – arguyó, como arrepentida- ¡Da igual! –decidió finalmente-. Me fío de ti.

Cuando yo iba a contestar un “¡gracias!” que pretendía que sonara irónico, sorpresivamente, puso su mano sobre la mía, encima de la mesa.

Esto me desconcertó.

Noté un poco de frío al principio. Enseguida la volvió a quitar. Bajó la cabeza, dirigiéndose a su busto, pero levantando a la vez la vista, bajo sus pestañas, hacia mis ojos, con aquella expresión un poco pícara que me iba siendo familiar: Mis ojos que hacía rato no podían evitar el vistazo inconsciente hacia sus senos, que evidentemente ella no intentaba ocultar.

Indicaba, desde luego, el lunar que destacaba sobre su seno izquierdo.

-¿Eso es la marca? –dije entre divertido e incrédulo. Empezaba a cansarme un poco esta muchacha que pretendía saber tanto y controlar en exceso. Empezaba a dejar de ser divertida.

-Tu marca no es visible –se puso seria otra vez-. Es más bien una actitud, unas circunstancias... Sé que no me equivoco.

Me empezaba a cargar la situación, y el hastío se reflejaba en mi expresión, sin duda. No era lo que yo había esperado.

Evidentemente, me repetía en plan defensivo, había sido un error haber buscado a Sereira.

¿Y si, como insinuaba, yo había sido inducido a encontrarla?

No era posible.

¿Y qué si era así?

Mi cara debió reflejar todas estas dudas: Según Marta, la secretaria de Ángel, el disimulo no es mi especialidad. Y lo creo.

Sereira (Eugène), se percató de todas mis reflexiones, y pareció adivinar mis preguntas que, de alguna manera, empezó a contestar.

-No me río de ti, si eso es lo que piensas –continuaba seria. Siguió:-. Aunque sí resultas un poco gracioso. Te he buscado y te he encontrado. Lo de la marca puedes considerarlo, si quieres, una forma de hablar, una broma simpática...

No le veía la gracia. Hice amago de decir algo. Incluso inicié un taco: Me hizo callar presionando suavemente con su dedo índice sobre mis labios, que se habían acercado a ella en un impulsivo arranque de indignación. (Marginalmente, anoté que era zurda, como si eso supusiera una ventaja para mí).

Yo me había alterado y avancé sobre la mesa, empujando su mano hasta que la retiró, hasta enfrentar su cara desde bastante cerca.

Durante un instante, noté algo de prevención en su expresión. Pero enseguida volvió a su actitud de seguridad. Tras un breve silencio tenso por ambas partes, ella prosiguió, como si tal cosa:

-Hubiera podido localizarte y contactar contigo directamente, como estudiante o colega. No hubiera sido extraño. Pero tenía la opción de conseguir que fueras tú quien me buscara. Al fin y al cabo, a las mujeres nos complace más esa situación...

Traté de simular que no estaba molesto, con poco éxito. Pensé, otra vez, en levantarme e irme sin despedir ¡Sí que me molestaba!

Pero callé, y no me levanté.

Pudo la curiosidad. Y como ella permanecía callada, al fin pregunté:

-Pero ¿Cómo pudiste... ?Además –cabreado- ¡Tú no eres una mujer! ¡Eres una cría!...

-Es más sencillo de lo que piensas –No pareció ofendida, sino pensativa, mirándome a los ojos- Tengo,...”amigos”,... para los que interceptar un correo electrónico es un juego de niños. Sólo había que esperar la oportunidad, que no podía faltar, y confiar en que picaras el cebo. Insisto en que no era la única forma. Pero, ahora en serio, era mejor así. Y es cierto que me gusta más.

-¡Juegos de niños! –elevé la voz- ¡Lo que yo decía! ¿De verdad tenéis interceptado mi correo?

-No exactamente. No hace falta llegar a eso, aunque no hay dificultad para quien sabe hacerlo. Tu correo, además, es de los gratuitos, con una privacidad casi nula.

-¿Esa es la privacidad que prometen las compañías? –me pregunté a mí mismo, aunque en voz alta.

Ahora yo estaba preocupado. Calculaba cuánto podían saber de mí a través de mi correo electrónico esos “amigos” de Eugène. No gran cosa. Noté que el blanco de mi

enfado estaba cambiando hacia aquellos indiscretos desconocidos, y estúpidamente me alegré.

-Confórmate con saber –continuó- que es fácil. Lo complicado fue organizar un encuentro como éste en forma que pareciera que lo habías provocado tú. Ya da igual; lo prefiero así. Pero como ves, tampoco el sistema era importante: Sólo era un juego que sugerí yo.

Ante su contrita confesión, simulé mi enfado, aunque sentía que iba remitiendo. En cualquier caso, ante lo que quise entender como una recién adquirida ventaja, insistí:

-¡Conque jugando! ¡Vaya cría descarada! –Quería ser ofensivo.

-Lo siento. Lo encontraba divertido, pero disculpa si te he ofendido. Pensé que sería más fácil así. Ahora veo que era una tontería, pero no me arrepiento: Si hubiera sido yo quien te hubiera abordado, ahora estarías más prevenido contra mí, y no estaríamos hablando como lo estamos haciendo. Como ves, al final era la mejor solución.

Me sabía manipulado, pero su actitud en tono de disculpa me desarmó; ahora la curiosidad empezaba a superar a la ofensa.

Volví a mirarla, con ojos de varón.

Ella me observaba atentamente, como si de nuevo quisiera adivinar el encadenamiento de mis pensamientos.

Espero que no tuviera éxito, porque, extrañamente, había retornado Sereira, y me avergonzaría que se diera cuenta de por dónde evolucionaban. Aunque quizá me volví a detener en exceso sobre sus senos, su “marca”,...

En cualquier caso, pareció satisfecha con su propia interpretación de la situación.

Volvió a sonreír, volvió a tocar mi mano, como acariciando a alguna fiera peligrosa.

Ladeó la cabeza hacia su derecha, ofreciendo su cuello largo y delgado en señal de sumisión, como el lobo que, perdida la batalla, ofrece su cuello al vencedor, sabiendo que así será perdonado...

Pero ¿quién había perdido qué batalla ?

La adulación puede hacerse abiertamente, siempre y cuando se trate de un hombre, recordé, para disculparme a mí mismo.

La cita quedó en pie.

## CAPITULO V. *Pedanía*

*Los sótanos o bodegas existen en todas las construcciones antiguas de Aranjuez, y la leyenda popular hace comunicar los edificios importantes mediante una red de túneles.*

Sin embargo el paso del tiempo ha hecho que se perdieran o cegaran la mayoría de los habitáculos subterráneos por diferentes causas:

El deterioro, que imposibilita su uso, ya que el terreno donde se asienta Aranjuez es necesariamente húmedo, el agua discurre hacia el río por debajo del pueblo y geológicamente el terreno es gredoso, lo que hace poco prácticas estas estancias, salvo para el cultivo del champiñón, supongo.

Por otro lado en ocasiones su existencia ha sido simplemente olvidada -también por falta de uso-, especialmente cuando el acceso no se encuentra dentro de una vivienda sino que, siendo comunales, se localizan en un rincón de un patio o corrala de difícil acceso.

En cuanto a los hipotéticos túneles, todo el mundo habla de ellos, añadiendo que alguien a quien conocen -nunca ellos mismos-, los han visto y recorrido:

Se trataría de pasadizos subterráneos que comunicaran edificios importantes, palacios, iglesias, cocheras de carruajes, casas de Postas, dependencias de la corte,... por motivos estratégicos obligados al secreto. O por motivos banales y escandalosos, que obligaran a mayor secreto aún.

Su existencia es dudosa, al menos en la magnitud en que es imaginada, aunque la idea es muy popular en la historiografía local, porque para los autóctonos explican u organizan historias truculentas o indecentes referidas a la nobleza, la realeza, la clerecía, la corte en general que siempre habitó el pueblo, donde caben relatos de amores, guerras, infidelidades, conspiraciones, complots; actividades que requieren del ocultamiento, historias a las que en Aranjuez las gentes son muy aficionadas y -*se non e vero, e ben trovato*-, dan pistas sobre hechos reales, simpatías y antipatías del pueblo.

Y como Eugène ha logrado entusiasmarme en alguna forma perversa -me temo que no muy científica-, acepté la posibilidad que me planteaba, sin discutir. A costa de algunas páginas de mi novela.

Aquella pedanía de Aranjuez, punto que parece indicar su misteriosa pista, es de construcción relativamente reciente en todo caso, y muy reciente considerando las pretendidas indicaciones del mensaje que presuntamente contiene.

No es óbice ello, sin embargo, si consideramos una cadena que se desplaza a lo largo del tiempo -en paralelo con el tiempo-, ¡y vuelta a empezar!...¡Qué imaginación desbordante la suya!

-Todo ello suponiendo que no se trate de un mensaje apócrifo –trataba de explicarme.

Yo me dejaba convencer, íntimamente avergonzado por ello.

(...)

Nos dirigimos a la bodega en su coche, para encontrar que se halla actualmente en funcionamiento comercial.

Sobre su forma de conducir, me reservo la opinión, por el momento.

El Cortijo está a unos cinco o seis Kilómetros de Aranjuez, por carretera descuidada, a unos diez minutos en automóvil. Cinco minutos en el caso de Eugène...(dije que no iba a opinar).

La bodega formaba un todo con la iglesia y las casas bajas de la pedanía, habitada en su mayoría por colonos llegados en diferentes oleadas.

Se trata -como el casco viejo que la cubre en toda su extensión-, de una construcción neoclásica situada en una de las pedanías de Aranjuez, repoblada ex-profeso por la monarquía para atender las necesidades de la cocina de la corte mediante sus huertas regadas por el río y sus azudes o acequias, sus ganaderías autóctonas y exóticas y los aborígenes cultivos de secano en la meseta, como la sandía y el melón, traídos de Levante, probablemente.

Y por supuesto, sus viñas ancestrales, con especies escogidas y reconocidas.

La bodega, como dije, había sido recientemente re abierta como tal, habiendo permanecido olvidada durante cien años, siendo tan sólo utilizada esporádicamente para el cultivo del champiñón, como acertadamente supuse.

Es de obra sólida, bien diseñada y planificada para su uso, y sirve de base a todas las construcciones originales de la pedanía, teniendo comunicación con alguna de las casas, alguna abertura exterior que sirve de respiradero, y dos entradas importantes, una de ellas principal, porticada, a pie del suelo, aprovechando el desnivel entre las tierras bajas de la ribera y las más elevadas donde se asienta la pedanía.

Esta entrada, a la derecha de la iglesia y por debajo de ella, según se viene de Aranjuez, es de factura cuidada, de estilo barroco, y suficientemente grande para permitir a la vez el paso de dos carruajes de caballos de los de la época de su construcción.

La bodega se podía visitar: Era una táctica comercial acertada.

Efectivamente, existía la galería cegada.

No estaba realmente oculta. Simplemente no se imaginaba a dónde pudiera llevar. Nadie la recordaba ni figuraba en los planos, que se habían elaborado recientemente. Si no se sabía que estaba allí, o se buscaba, no había señales que la indicaran.

Aparentaba otro muro de ladrillos más de los que interrumpían la galería abovedada.

Enladrillada, si se prestaba atención, en época más reciente que el resto de las paredes.

Tampoco ahora era sencilla su localización, porque lógicamente el muro liso se había aprovechado: como apoyo de una gran tinaja, muy alta y ancha en el centro, sin duda un adorno, por no ser accesible, pues su boca rozaba el techo, a pesar de la altura de éste -Esta clase de tinajas solía situarse, como me explicó Eugène, usando un segundo piso sobre cuyo suelo aparecía la boca, porque su altura era superior a un piso de edificación normal, y su volumen proporcional, medido en arrobas. Su factura era de un pueblo de la zona muy conocido por este tipo de alfarería-, y una gran cuba de madera de roble que descansaba horizontal sobre un trípode, también de madera, donde reposaba uno de los reservas de la marca del actual propietario.

Estos detalles dan una idea de la amplitud y grandeza de la construcción.

Al dirigirnos directamente allí, siguiendo las indicaciones del documento que ella portaba -que evitó enseñarme-, y verificar los datos, con un golpe seco y comparando con las paredes adyacentes se apreciaba nítidamente el sonido a hueco esperado: El muro no aparentaba ser muy grueso, a juzgar por el eco.

Nos preguntamos -me pregunté-, qué íbamos a contar al propietario para poder averiguar qué había detrás de la pared.

En mi novela, pensé, lo resolvería sin dificultad: calculando una hora nocturna adecuada para asaltar, sin testigos y armados de herramientas adecuadas, la pared. Derribarla a la luz de una linterna y descubrir el gran misterio...

Eugène pensó con más rapidez, o ya había premeditado una solución mejor.

Simplemente se dirigió al dueño de la bodega, que acompañaba a otros visitantes, le abordó y le explicó que, según un plano consultado en la Biblioteca Nacional, que le mostró, tras esa pared -y señaló la interfecta-, había otra galería y otra estancia amplia.

Que ella se lo explicaría con detalle y le gustaría colaborar en el descubrimiento, para complementar su Tesis doctoral.

Y que el negocio se vería incrementado económicamente.

Para mi sorpresa, el propietario se interesó de inmediato y quedaron en dos días para proceder al descubrimiento.

Evidentemente, Eugène era experta en muchas cosas.

En este caso, mostró su naturaleza francesa, hablando el castellano con un acento que yo no reconocí, pero que tuvo su efecto.

Diciendo la verdad a medias, si es que a mí me la había dicho, se presentó como enóloga experta de una firma vitícola de Burdeos que nombró con mucha naturalidad y al propietario no debió sonar mal, o eso dio a entender.

En una rápida charla entre “connasseurs”, de la que no entendí gran cosa, hablaron de diferentes tipos de uvas, francesas, españolas, híbridas, las de esa misma pedanía,... hasta que Armando se convenció, demasiado rápidamente, a mi juicio, de que valía la pena escuchar a aquella francesita.

Yo no sabría decir si es que Eugène realmente entendía de vinos, uvas, aromas, bouquet, o es que Armando se dejó guiar por el marcado acento que ella utilizaba.

Eugène me comentó luego que Armando no sabía gran cosa, porque le colocó con naturalidad varias tonterías que él no detectó y aceptó como la Biblia.

Tampoco él se sorprendió de la juventud y buena figura de tal aspirante a doctorado.

O más bien tuvo un peso importante tal circunstancia. La de la figura, no la del doctorado, a juzgar por las miradas de reconocimiento que el tal Armando le dirigía.

Yo actué -involuntariamente y molesto por ello-, de convidado de piedra.

Ni siquiera fui presentado (digamos que Armando me tomó por otro francés, impedido en tal medida por la dificultad insalvable del idioma como para ni siquiera intercalar una palabra; no sabía decir nada en castellano, y por eso no hablaba, pudo suponer).

Pero a mi pesar -y me preguntaba por qué-, cada vez que ella miraba o señalaba la pared en cuestión, la bóveda, la cuba, la tinaja gigante, dándole la espalda visual, la

vista de Armando se dirigía a sus pechos, su cadera, su cintura,... aunque siempre asentía, seriamente convencido.

El caso es que pasado mañana colaboraremos activamente en el descubrimiento de la sala que Eugène bautizó -sin ningún fundamento y con todo descaro-, la Cripta Privada de Godoy, denominación -de origen-, que a Armando le pareció deliciosa, más que perfecta. Y científica. Genial también, dijo.

Por suerte, Armando estaba muy liado con unos clientes japoneses, presuntos compradores de un cierto volumen, que evidentemente eran una competencia excesiva a los encantos de la futura doctora, por lo que hubo de abandonarnos, muy a su educado pesar, con la promesa de concretar telefónicamente la cita, usando el número de móvil que Eugène le facilitó.

Arriesgado, pensé, dar tal teléfono al tal Armando.

Desde luego, yo no era objetivo en ese momento.

Lo comenté después, algo picado por mi papel nulo en la maniobra.

-Le he dado el móvil de mi profesor de filología griega, *bête* –me comentó, mientras volvíamos al coche-. Un tipo muy simpático.

-¿Uno de tus amigos? –traté de molestar. Tampoco quise saber qué significaba “*bête*”.

-Sí –me miró divertida-. Debiera estar jubilado, pero no sabría qué hacer fuera de la cátedra. Y muchos jóvenes envidiarían sus ganas de vivir.

-¡Ah! –fingí sentirme más tranquilo.

Había sacado su móvil y llamaba a un número de su agenda, mientras volvíamos hacia el Golf.

-¿¡Don Simón!? -gritó al auricular- ¡Aquí Eugène!....Sí.... Pasado mañana... Asegúrese de coger los detalles, aunque yo los controlaré por mi cuenta en cualquier caso. (Pausa larga) No. Mejor no venga. Creo que es una pista falsa -pausa, sonrisa-. ¡Hasta pronto!

-Es algo sordo –se disculpó-. Pero su cerebro funciona mejor que en sus ochenta anteriores años.

-¿Don Simón? –No se me ocurrió otra cosa: Existía una marca de vino de mesa con ese nombre- ¡Entenderá de vinos también!

Me avergoncé de mi chiste malo y forzado. Estaba celosillo.

-No seas majadero –puso ella cara de enfado-. Don Simón solo bebe Drambuie.

(...)

-¿Por qué piensas que es una pista falsa?

Volvíamos a Aranjuez, en su Golf. Conducía como un piloto de fórmula uno con fiebre. Es decir, a gran velocidad, pero con poca pericia, con voluntad, pero sin reflejos, pero con una convicción indiscutible...

No había comentado nada referente a su forma de conducir al venir, temiendo que fuera peor, aunque mi mano derecha sobre la sujeción lateral debía ser ilustrativa. Ahora tampoco me atreví... La carretera, además, era realmente nefasta.

-Por la construcción –dijo Eugène- No cuadra con la época.

-¿Pero vamos a comprobarlo?

-¡Por supuesto! –asintió vehemente-. Cabe una remota posibilidad. Puede haber habido una manipulación, en el tiempo –pegó un volantazo y derrapamos sobre la gravilla del arcén-. También puede tratarse de una maniobra para confundir, para evitar indeseables.

-¡Una auténtica pista falsa! –quería ser ingenioso.

-Sí –mi paradójica ironía no fue apreciada. No se la notaba familiarizada con la supuesta sutileza de mi improvisado oximorón.

Enfiló la recta arbolada a una velocidad inadecuada, por exceso. El coche parecía despegar en cada bache.

-¿Tenemos prisa? –intercalé, tratando de parecer casual.

-Disculpa –Me entendió, menos mal. Relajó la presión sobre el pedal de aceleración- Es ese Armando, un estúpido con suerte.

-Olvídalo –me relajé en parte. Mis celos se esfumaron.

-Es que le he hecho pasar un tinto de Bourdeaux por un blanco del Rhin, en una zona imposible hasta para un aficionado –nuevo acelerón-. ¡Y me ha dicho dónde lo probó!

Me agradó su curiosa inocencia. Me tranquilizó en parte. ¡Si no estuviera preocupado por mi integridad física, me sentiría, por un instante, feliz!

-Bueno -nuevo sobresalto automovilístico-. No sabía que fueras tan sensible con el vino.

-Lo llevo dentro -frenazo brusco, derrape, y enfilan la cuesta por el arcén-.

-Pensé que eras las setas, o los tartufos esos -murmuré para mí-. ¡La automoción también, al parecer! –Ahora tampoco me oyó-.

-¿Qué? –aflojó un poco al entrar en población-. Estaba pensando en otra cosa...



## CAPITULO VI. *La Bodega*

*Nuestro famoso viticultor carece de conocimientos enológicos, pero anda sobrado de imaginación, para nuestra suerte.*

-Esta noche a las diez.

-El espectáculo debe continuar -comenté al teléfono con cierta acritud en mi expresión, invisible para Eugène.

Me fui preparando mentalmente para un nuevo rally. Menos mal que duraba no más de diez minutos. Bastante menos con Eugène al volante; no iban a faltar las emociones en el trayecto: De noche, temía que el circuito aumentara su peligro.

-¿Va a venir el doctor? -pregunté para ganar tiempo, tratar de olvidar el inmediato rally y buscar rápidamente alguna excusa para no ir, que no encontraba.

-No. Es muy escéptico en cuanto a los resultados. Hay que probar, sin embargo.

-Entonces, a las nueve y media en mi casa -dije resignado, sabiendo que hablábamos de las diez menos cinco, con suerte.

-Bien. Paso a recogerte.

Y colgó.

(...)

El viaje fue indescriptible.

Entre otras cosas porque yo en seguida dejé de mirar.

Me concentraba al principio en las casi inexistentes líneas de la carretera comarcal, que se abrían y cruzaban delante de los focos del vehículo como si fueran continuas, bajo la elevada arcada de los plátanos centenarios, en una recta que me pareció interminable, pero que fue superada (más sobre la calzada que pegados a ella) en muy pocos minutos. Los badenes artificiales que el ayuntamiento había colocado para reducir la velocidad de los conductores resultaban ineficaces: Más bien un reto para conductores suicidas.

Por supuesto, íbamos atrasados. Mi cálculo de las diez menos cinco había resultado optimista, aunque no me pesaba por el estúpido de Armando, sino por la coartada de Eugène para acelerar.

Traté de no mirar el cuentakilómetros, y me centré en la guantera -marrón y anodina-, del frontal del Golf, que vibraba rítmicamente y se abrió en un par de ocasiones, lo que me evitó mirar continuamente al frente.

¡No nos cruzamos con nadie, por suerte! Hubiera empeorado mi tensión.

Estrechamiento de calzada al final de la recta para salir del túnel arbolado y cruzar el río sobre el viejo, histórico e incómodo puente, y giro de noventa grados, con derrape, a la izquierda.

Ultima recta en pendiente ascendente hacia la pedanía, y ya estábamos.

Mentalmente hacía de copiloto, silencioso, consciente de ser ignorado en cualquier consejo, o peor, ser atendido y que ella me preguntara cualquier cosa, abandonando el control de la máquina...

Ella parecía, en cualquier caso, disfrutar de estas salidas, y mi silencio y mi palidez le provocaban una permanente sonrisa. ¡Bueno!

Aparcamos -es un decir-; frenó y dejó el coche parado de cualquier manera cerca del Mercedes de Armando que nos esperaba puntual junto a la puerta principal de la bodega, con la única iluminación de un par de farolas fernandinas de luz amarilla atenuada que estratégicamente flanqueaban el portón.

Las diez y diez. Espectacular. Hacía menos de cinco minutos que Eugène pasó a recogerme. A salvo, pensé. No estaba mal. Eludí un primer impulso de besar la tierra porque estaba Armando delante, aunque no me prestaba ninguna atención.

Armando, vestido como si acudiera a una fiesta de etiqueta, se apresuró a abrirla a ella la puerta del Golf, obviándome.

Decididamente me caía mal, no sé por qué.

Después de la recepción formal, y dado que nuestro atuendo resultaba, comparativamente, demasiado informal, decidió por su cuenta rebajar el tratamiento hasta el de amigos de toda la vida, y no dejó de observar, cada vez que tuvo oportunidad, los shorts blancos de Eugène, por su parte de atrás, según le iba cediendo el paso, en el portalón y galería tras galería, hasta la sala del fondo, donde ya se habían retirado la gran cuba que se apoyaba en la pared y todo otro obstáculo, quedando la pared limpia, con evidentes síntomas ahora de un tapiado más o menos reciente.

Un operario de la construcción, pertrechado de herramientas contundentes propias de su oficio, con aspecto somnoliento y aire desinteresado, nos esperaba sentado sobre la artesa de amasar yeso, boca abajo. La artesa.

El albañil se levantó sin prisa, tirando al suelo el cigarrillo que sujetaba en sus labios, y apagándolo con la suela de sus deportivas -que fueron blancas-, mientras esperaba órdenes de Armando, piqueta en mano.

-Todo suyo -mostró Armando con su mano, dirigiéndose a Eugène. A mí me ignoraba sistemáticamente.

Eugène extrajo de su bolsa-bolso unos planos que miró con atención; luego a la pared; de nuevo los planos.

Finalmente, optó por acercarse al muro -planos en su mano derecha-, y escuchar no se sabía qué, pegada su oreja a la pared, mientras con su mano izquierda la exploraba, como acariciándola. Así recorrió la totalidad del lienzo de obra a media altura, y luego, agachada, más abajo, hasta el piso.

Al llegar a la esquina derecha, aún agachada, se detuvo un instante, y se levantó.

Los tres habíamos seguido la operación sin decir palabra, y ahora la mirábamos expectantes, mientras se aproximaba, consultando con interés reflejado en su ceño fruncido, de nuevo, los planos.

Se dirigió al albañil, y, sin hablar, le señaló una zona, a media altura y escorada hacia nuestra izquierda, que no se distinguía, a simple vista, del resto del enladrillado.

Dibujó un círculo en el aire que abarcaba no más de medio metro cuadrado, y caminó despacio de espaldas, sentándose después sobre la espuerta que había usado el albañil, inútil herramienta por el momento, detrás de nosotros.

El albañil en cabeza, seguido de Armando y de mí -por este orden geográfico-, nos acercamos a la zona de la pared señalada.

El experto había encendido otro cigarrillo que sujetaba en los labios, cigarrillo que por algún extraño misterio expelía un abundante humo que solamente evitaba sus ojos, teniéndonos a Armando y a mí asfixiados. Parado meditabundo, miró con ojo profesional, piqueta en mano, la zona aludida.

Hizo amago de tirar el cigarro con su mano izquierda, pero advirtió a tiempo que estaba recién encendido, y rectificó, sin dejar de mirar concentrado a su objetivo.

Sin dejar de expeler humo -porque el cigarro solo podía mantenerlo con los labios-, levantó entonces la piqueta y, en pocos y rápidos movimientos, marcó sobre la pared una circunferencia bastante regular, volviéndose hacia Eugène, sujetando, ahora sí, el cigarro con la mano izquierda, por lo que Armando y yo hubimos de retroceder, a su izquierda y derecha respectivamente, para que Eugène, sentada, pudiera apreciar el resultado.

Ella aprobó asintiendo con la cabeza, y el albañil, por fin, decidió tirar el cigarro y apagarlo sobre el suelo, mientras procedía a arremangarse un poco más la camisa, por encima de los codos, con hábil maniobra de traspaso de piqueta izquierda-derecha.

Se volvió bruscamente hacia el muro, como retándolo, y sin más preámbulo, como para sorprenderlo, dirigió tres fuertes golpes hacia el centro del círculo marcado, que obtuvieron rápida respuesta en forma de tres profundos agujeros.

Evidentemente no se trataba de los primitivos ladrillos macizos, sino de rasillas huecas. Un par de golpes más, y apareció la caja interior de la rasilla más centrada, que ahora procedió a limpiar por dentro cuidadosamente, usando horizontalmente el filo de la piqueta, con un chirrido bastante desagradable que parecía interesado en amplificar.

Luego se detuvo, dejó caer el brazo que sostenía la piqueta sobre su costado, pero sin ceder en la tensión, e hizo amago de ir a coger el cigarro de su mano izquierda, aunque se percató a tiempo de que ya lo había tirado, y rectificó, pasándose la mano por el escaso pelo.

Miró apreciativo a la pared, y pareció tensar aún más los músculos. Pero no hizo nada.

-¿Qué pasa, Anselmo? -rompió Armando el silencio tenso, que se prolongaba ya demasiado.

Eugène contempló atenta la escena:

Anselmo, el albañil, miraba ahora como con odio la pared. Armando, perplejo.

Armando había hecho intentó de poner la mano sobre el hombro de Anselmo, para poder ver lo que éste veía, pero cambió de idea al observar el polvo de yeso que cubría su camisa. La de Anselmo.

Así que colocó su cara en paralelo con la de Anselmo, sin más, con cierta estupidez reflejada en ella. O eso me pareció.

Yo, detrás de ambos, quise mirar sobre sus hombros, sin observar nada especial.

Eugène seguía sentada, silenciosa, mirándonos a los tres, como quien observa un complicado grupo escultórico.

Por fin habló Anselmo.

-Va a salir gas, probablemente -Su voz sonaba segura, y se dirigía indudablemente a Eugène-.

Ésta asintió y extrajo del bolso tres mascarillas de las que usan los pintores, que yo recogí y repartí.

Al volverme, comprobé que ella se había ajustado a boca y nariz la suya, mientras observaba los faroles fernandinos que iluminaban la sala sujetos en las paredes laterales.

-Hay que apagar la luz –dijo Anselmo, como leyéndole el pensamiento a Eugène- Espere un momento mientras forro la piqueta para que no salten chispas.

Armando se dirigió a la arcada que daba entrada a la sala, donde estaba el interruptor, y esperó a que Anselmo forrara cuidadosamente su herramienta usando una larga tira de algodón basto que extrajo de uno de sus bolsillos, que fue cubriendo todas las zonas metálicas de la piqueta hasta el astil de madera. Con un atado final que hizo rasgando verticalmente el fleco de la venda para apretar un fuerte nudo, todo el metal de la piqueta quedó perfectamente vendado. Agradecí, mentalmente, aquel silenciador.

Al acabar hizo una seña a Armando, que apagó la luz después de estudiar con detenimiento el camino que, a oscuras, seguiría para retornar lo más cerca posible de la pared.

Sonaron unos golpecillos sordos, cortos y rápidos, el roce del arrastre de los residuos -molesto a pesar del vendaje-, y una abertura rectangular se dibujó sobre la pared, en rojo apagado. La luz que se filtraba por la rendija iluminaba el torso de Anselmo y a mi izquierda comprobé con el rabillo del ojo que Armando había alcanzado su objetivo sin problema -cosa que no sé por qué dudaba yo-. Mi curiosidad se unió a las suyas.

Se trataba de luz artificial, sin duda potente, pero indirecta, como lejana.

Anselmo se había quitado la mascarilla, que ahora colgaba sobre su pecho, cuando se flexionó para mirar al interior descubierto, dejándonos un momento a oscuras al tapar la fuente luminosa. Luego se apartó sin hacer comentario alguno, permitiendo que Armando pudiera a su vez mirar por la rendija.

Éste se apoyó en la pared, para mirar de frente, levemente inclinado, dejándonos de nuevo a oscuras como un minuto, me pareció.

Al apartarse Armando, observé que Anselmo se había retrasado hasta situarse al lado de Eugène, y que sostenía un gran pico, como sopesando su uso inmediato.

Me pareció que comentaba algo con Eugène en voz baja, aunque no pude entender nada, si así era. Quizá lo había imaginado, pensé, como si hubiera sorprendido algo que no debiera.

Armando, viendo a Anselmo dispuesto, dijo simplemente:

-¡Proceda!

Y se apartó, arrastrándome a mí también, sin saber, por el momento, qué es lo que todo el mundo había visto, menos yo.

Y Eugène, que no pareció muy interesada.

De lo que no cabía duda es de que la luz que se filtraba por la rendija era artificial.

El albañil había estado esperando a que le fuera indicado que ampliara la comunicación, puesto que ya era evidente que no se había presentado ninguno de los problemas que hubieran dificultado nuestra operación: Ni cámara de gas -lo que hubiera resultado lógico si el espacio que en su momento pudo estar dedicado al cultivo del champiñón había permanecido cerrado durante un tiempo que considerábamos elevado-, ni reacciones imprevistas, de una índole que yo no intentaba imaginar.

Aunque yo no había llegado a mirar por el boquete, porque no me había sido permitido (mi opinión, evidentemente, no tenía ningún interés para nadie), tampoco Eugène había puesto un interés especial, escepticismo el suyo que me consoló algo.

Sin embargo la actitud de Armando y la de Anselmo resultaban elocuentes: No había peligro en continuar.

Ante la imperativa indicación de Armando, el albañil hizo señas con las manos para que le dejáramos espacio, cogió con decisión el pico grande, y en poco tiempo echó el muro -que no pareció sólido ni grueso- abajo, con estruendo proporcional a la abundancia de frágiles rasillas, llenando de cascotes, yeso y cemento una amplia estancia que se veía perfectamente iluminada a través del polvillo blanco que flotaba en remolinos alrededor de una sencilla lámpara central -cuyas bombillas a la vista parecían atraerlo- y sobre un tresillo que nos daba la espalda y que miraba a una televisión apagada.

Cerca de la lámpara, una luz más débil entraba por uno de los respiraderos que daban a la superficie, sin duda procedente de alguna farola en la calle.

El paisaje iba tomando coherencia.

Se notaba que la estancia -amueblada de forma utilitaria-, se hallaba en pleno uso. Y hasta hacía escasos segundos, había estado limpia y cuidada. No había más suciedad que la que nosotros habíamos volcado sobre ella.

Enseguida nos llamó la atención (Eugène, finalmente, se había levantado, y miraba, detrás nuestro, entre curiosa y divertida), casi en una esquina, una escalera de caracol, de hierro fundido, rematada en bolas de bronce pulido su barandilla, que subía, o bajaba, según el punto de vista, desde o hacia el piso superior.

De hecho, pese a su elegante sencillez, llamó nuestra atención de inmediato no solamente por el brillo de las cuidadas esferas de bronce, en contraste con el negro mate de la pintura de la barandilla, sino porque unos zapatos grandes, robustos, negros, de cordones gruesos, se apresuraban a descender por ella.

Tras ellos -sobre ellos-, un faldón negro, gastado, que sólo dejaba sugerir el arranque de unos calcetines, también negros, aunque de otra textura y tono; de inmediato la botonadura de una sotana y por fin, ya no nos podía sorprender, la cara de susto del cura de la Iglesia, destocado, y ligeramente despeinada su rala pelusilla, por la urgencia probablemente.

Su boca abierta duró más que la nuestra porque como la luz procedía de su cuarto no podía ver con claridad qué o quién estaba tras el muro, que en principio supuso derrumbado por causas no sabía si terrenales o divinas.

Nosotros en cambio sí le veíamos, de pie, mirando incrédulo a izquierda y derecha, sin capacidad para tomar una decisión inmediata.

Anselmo desapareció hacia atrás, como sintiéndose culpable involuntario del allanamiento, hasta la altura de Eugène, que hasta ahora había sido su guía, cediendo el primer plano, y la responsabilidad, a Armando. Yo pasé a un segundo plano -lo que no me costó mucho-, y Armando debió asumir, como propietario y causante del desaguisado, que la iniciativa le correspondía.

Prudentemente, no elevó demasiado la voz. Quizá debió hacerlo, pero le salió así.

-¿Padre? ¿Padre Mariano? –preguntó, como si no le conociera.

El cura se dio por aludido, pero no avanzó. Tan sólo frunció el ceño.

Ya se había percatado de que alguien, de este mundo, y que conocía su nombre, era el causante de su sobresalto, porque podía ver, al menos, una silueta oscura tras los cascotes que cubrían su sillón, perteneciente a alguien que además parecía conocerlo a él. Empezaba a pasar del susto al enfado, cuando Armando, rodeando el tresillo, caminando con precaución sobre los cascotes, se dio a conocer.

-¿Usted? –acertó a decir el cura.

Armando finalmente no había podido evitar mancharse, y trataba de solucionarlo, al tiempo que iba diciendo:

-Disculpe, don Mariano, ¿Podemos subir a explicarle...? – y señaló hacia la escalera.

Armando ya había recuperado su aplomo de empresario avisado, y nos invitó a seguirle; también a Anselmo, que todavía portaba el pico. Éste se deshizo, con escaso disimulo, del arma homicida, y salió el último, aunque no el menos importante...

Mientras Armando cogía por el hombro a don Mariano, guiándole hacia arriba hasta donde la escalera se lo permitió, empujándole con descaro para vencer su resistencia, Eugène y yo, y Anselmo detrás nuestro, saltamos sobre los cascotes e hicimos la misma ruta hacia lo que debía ser la casa parroquial.

Don Mariano resultó más comprensivo de lo que su atuendo clerical podía hacer imaginar.

Le convenía, por otro lado, llevarse bien con Armando.

Y al final acabamos, en su rústica mesa, en un aperitivo nocturno de cecina de ciervo, de la que tenía el restaurador de enfrente, regada con reserva de la marca de Armando.

Sólo Anselmo se retrajo un poco, pensando que don Mariano no olvidaría que era, sin duda, el ejecutor del desastre.

Pero como don Mariano no comentó nada al respecto, tras breve reflexión sobre la situación, acabó, como uno más, a nuestra mesa redonda, escuchando con poco interés viejas historias que justificaban el aprovechamiento particular que don Mariano hacía de aquella habitación, y haciendo gasto de la cecina y del vino.

Cuando nos despedimos de Armando, saliendo por la puerta de la vicaría, Eugène y yo ya habíamos sido víctimas de la graduación del reserva de Armando, y volvíamos, con cierta cara de felicidad estúpida, hacia el Golf, que se veía aparcado más abajo de la casa parroquial, iluminado por las farolas fernandinas de la entrada a la bodega, mientras Armando quedaba haciendo planes con don Mariano, al que empezaron a sonar bien los proyectos del bodeguero -que sin duda improvisaba-, sobre una utilidad más lucrativa de la Cripta Privada de Godoy, y Anselmo, que, al no tener otra misión inmediata, daba cuenta de los restos de cecina y vino tinto, mientras esperaba la ocasión de desaparecer, después de encontrar la ocasión de ser pagado, a poder ser de inmediato, por su dura tarea nocturna.

Eugène rió cuando nos subimos al coche, y no abandonó su cara sarcástica. Pero no dijo nada más durante todo el corto viaje.

Me abandonó en el portal de mi apartamento, y dijo hasta pronto.

Yo me subí, sólo a mi pesar, a dormir.

## CAPITULO VII. *Ángel*

*Tenía que reconocer que me estaba divirtiendo, a pesar de mi papel pasivo.*

Pero al no disponer de ulteriores motivos para comentar nuestra estrambótica aventura (Eugène no había llamado), decidí finalmente volver a la rutina, bendita rutina: el pan (Mila), el periódico, el trabajo...

Que tuvo como consecuencia la conclusión de un capítulo que ya no pensaba repasar, y el perfilado de otros dos, que ya tenía bastante acabados, a falta de detalles.

Detalles que me venían sugeridos por la propia presencia de Eugène en mi rutinaria vida. De algo había de servir.

Mi optimismo no estaba justificado en ningún sentido, pero mi percepción acerca de su inocencia -ante la “patinada” de que había sido testigo-, me satisfacía. Aunque ella pareciera sospecharlo con antelación.

Mi rol de espectador parecía otorgarme una cierta ventaja, en cualquier caso. Aquella chiquilla no me iba a complicar la vida, como parecía pretender.

Y todo ello me impulsó a adelantar trabajo.

En el literario, me encontraba cubierto, según mi propia opinión.

Y era un buen momento para afrontar las desagradables pero ineludibles cuestiones técnicas y mercantiles inherentes a toda obra de este tipo.

Decidí llamar a Ángel.

Mi amigo es un cínico, misógino, que se acuesta con todo lo que se le pone por delante -si tiene tetas-, sin ningún escrúpulo, aunque él, inocentemente según mi opinión, pretende que elige cómo, cuando y con quién.

Y que adora con entusiasmo al becerro de oro: Ese ridículo mundo infantil donde la gente pretende amar, odiar, y tan sólo destroza sus corazones.

Marta no opina lo mismo con respecto a la elección-, pero no se lo dice a él, sino a mí, sospecho que con intención de hacerme cómplice de su supuesta deslealtad.

Su situación profesional, la de Marta, hacía tiempo que superaba ese ámbito estricto de lo laboral, no sólo en cuestiones domésticas, pero Ángel no se daba por aludido, y aceptaba la presencia de Marta en su vida personal como algo tan

irremediable y habitual que no se daba cuenta, pensaba yo, de lo importante que ella era. Y, claro, no lo valoraba. No sólo en el aspecto económico...

Pero como no entendí que Marta le diera tal importancia -o bien ella seguía su particular criterio, que no compartía sino raramente conmigo-, nunca comentaba yo nada, menos aún estando los tres presentes.

Su juicio personal sobre mí, el de Ángel, puede ser acertado; según él, sincero.

A mí me resulta difícil admitir su filosofía cínica y a la vez su sinceridad; una de las dos es falsa, lógicamente.

He de admitir por otro lado que, desde un punto de vista profesional, Ángel resulta competente e irreprochable: Mis papeles y mis cuentas están siempre correctos y al día, y sus consejos parecen acertados y lucrativos, sin rozar -como le tengo encarecidamente advertido- la especulación, la ingeniería económica, el truco. Sin atender a su dios, que no es el mío.

Yo no lo necesito, y mis principios me lo impiden. Él lo sabe, y me consta que cumple.

Fuera del despacho, con nosotros, parece otra persona; aquella otra persona.

Nos conocemos desde poco antes de secundaria, y a menudo me cuesta reconocer en el serio y elegante abogado del despacho de la calle Orense a mi compañero de tantas trastadas impresentables.

Probablemente lo que sucedía entre Ángel y yo es que sosteníamos una mutua envidia, por expresarlo de alguna manera.

Estábamos juntos desde el colegio, y ya entonces, aunque no fuéramos totalmente conscientes de ello -especialmente yo, que siempre he tendido al autismo-, competíamos, al tiempo que manteníamos una amistad que para nosotros era más necesaria que emotiva, porque sólo entre nosotros podíamos tratar ciertos temas o plantearnos determinados retos, aun cuando nuestros puntos de vista acerca de la vida ya entonces eran muy distantes. Yo competía deportivamente, incluso cuando me constaba que a él le movía el interés, y sus escrúpulos resultaban muy limitados para mi gusto.

La competencia en realidad la solía plantear él -porque a mí no me agradaba- en todo campo, dentro y fuera de lo puramente académico, y así continuábamos igual: soportándonos y necesitándonos irremisiblemente.

Pero sí es cierta -al menos por mi parte-, la envidia. No tanto de los logros económicos y sociales, que nunca me han movido y en los que, en alguna forma,

estamos a la par, sino por su actitud cínica ante la vida, que en ocasiones me gustaría adaptar con objeto de ahorrarme sufrimientos probablemente inútiles.

Oficialmente, desprecio su forma de entender su relación con el otro sexo, aunque sospecho que el lobo que habita en mí -que quizá tenga la cara de Ángel-, le envidia en este terreno. A la vez, y por su tono exaltado, que seguramente oculta un intento de disculpa, deduzco que Ángel tampoco está tan satisfecho con su situación como quiere dar a entender; y por eso la defiende ante mí, cuando lo que hace es hablar consigo mismo y de nuevo compararse conmigo como referencia ineludible, como modelo improbable.

Dispone de lo que el dinero y el poder pueden dar, como siempre deseó. Y hace uso de esa disposición en todos los aspectos. Pero las apariencias sólo satisfacen el ego un corto tiempo y, como la droga, saturan, siendo necesario elevar la dosis para conseguir el perdido placer, buscar sensaciones nuevas que se superen a sí mismas, aquellos paraísos artificiales o perdidos que soñaba Baudelaire.

No sé hasta qué punto ha llegado Ángel en esa batalla contra sí mismo. Me consta que sus cambios frecuentes de secretaria -de segunda secretaria, porque Marta siempre está ahí-, obedecen a la búsqueda de esas nuevas sensaciones, para nada relacionadas con el trabajo, porque Marta cubre sobradamente sus necesidades en este sentido, en mayor medida de lo que él puede alcanzar a sospechar.

Aunque tengo la sensación, por algunas insinuaciones que él me ha hecho, que quizá haya entrado o esté meditando entrar en terrenos donde lo heterosexual se diluye en tierra de nadie, con el sólo afán de experimentar. O quizá se trata de algo metafórico, porque se muestra vago, y no me cuadra en la imagen de Ángel, que tengo tan asumida, el recurso a probar, porque sí, en un terreno que me consta que le desagrada profundamente.

No lo puedo entender en cualquier caso porque es un camino en el que -a falta de la experiencia directa que él posee-, yo ando completamente perdido. Mi visión del mundo es platónica, y la suya, evidentemente, aristotélica. Así, él parece estar perfectamente integrado en el mundo en que vivimos, mientras que yo, desfasado, levito en la nada, aunque en una situación relativamente cómoda: No necesito pelear por un dinero que no me hace falta, y me satisfacen mis escasas pero intensas experiencias heterosexuales.

Un factor que destruye toda esta simplificación que estoy haciendo es Marta.

Su papel aparentemente arbitral, inocuo, es determinante en alguna forma que no acabo de comprender.

Aparentemente ella eligió casarse con Ángel, y lo logró. Pero parece reprocharme a mí el desinterés en esa batalla donde ella era el trofeo. Y luego lo admite comprensiva. En cierta forma, tampoco me ha perdido. Ni ganado, quiero pensar. (Aunque aquella tarde,... Pero yo estaba muy borracho).

La he visto de reojo observarnos con interés, como desde una posición más elevada, cuando teorizamos sobre esto, o sobre algún otro tema, llegados a una cierta alteración provocada casi siempre por el alcohol, alteración a la que sólo Ángel sabe llevarme.

Ella nos observa y quizá nos controla: He observado que, de una u otra forma, siempre se acaba haciendo lo que ella había de antemano decidido.

Brigitte, su hija, es quizá su gran logro, y cuando la obtuvo, en cierta medida se hizo a un lado para seguir observándonos y decidiendo en gran medida sobre nuestro futuro: Ni se le ocurrió plantear batalla cuando Ángel le pidió el divorcio. Le constaba que la causa no era otra mujer, otra chica. Y ella permaneció donde quería, con Brigitte.

Su control llega también a mí, cuando yo no debiera tener nada que ver, ni ser de su incumbencia. Pero estoy convencido de que muchas de las sugerencias de Ángel -en general acertadas- proceden de su inspiración. De la de Marta. Que se ocupa de hacérmelo saber discretamente, por otro lado.

Comprendo que para Ángel la relación con Marta es especial, de dependencia, molesta, aunque él insiste en que ella, desde lo de Brigitte, simplemente lo tiene chantajeado.

Puede ser. Pero eso sólo explica parcialmente el asunto.

Mi papel es menos claro.

Yo, al menos aparentemente, no mostré interés en disputársela a Ángel, y quizá es lo que ella parece reprocharme.

Con lo que nuestra interconexión resulta bastante extraña. Y, por supuesto, por mi parte, platónica, como no podía ser de otro modo. Salvo aquella vez...

Ante la extrañeza que a menudo me provoca toda esta situación, reconozco que yo también he cambiado de alguna manera, y de forma tácita nos comportamos como cliente y comerciante obsequioso, al menos delante de sus empleados.

Marta es diferente. Ella sabe, o cree saber.

Pero raramente coincidimos en su trabajo; y si se da el caso, que los tres tratamos de evitar, nadie reconocería a los clientes habituales de un club madrileño caro

y reservado donde somos discretamente conocidos, y no por separado: Estamos muy bien educados en nuestra común hipocresía social.

Gema, la joven secretaria que contrató recientemente Ángel (con la supervisión de Marta, aunque él simule ignorarlo), nunca es invitada a tal club, como ninguna de sus predecesoras lo ha sido; existen otros sitios discretos que, aunque me son sugeridos o podría intentar adivinar, al menos yo no conozco personalmente, ni me atraen.

Gema es una de sus contrataciones típicas. Tendientes al abuso en todos los sentidos, según mi punto de vista.

Por algo, me cayó simpática (me gustó) ella, Gema, y por eso traté de incidir ante Ángel en su relación, en una ocasión.

-Pero Juan –Ángel no suele utilizar diminutivos ni motes, aunque no le sean desconocidos. Lo que no le impide ser impertinente cuando quiere-, simplemente gasto mi dinero negro en lo que me da la gana. ¡Lo que pasa es que tú eres un “pringao”! ¡Es que eres muy inocente!.

Él quería no parecer enfadado por mi intromisión. Aproveché para insistir.

-Esa muchacha –trataba de hablar en serio- tiene la edad de tu hija.

-Mi hija está en la universidad –pensativo. Y enfadado-. ¡No me la recuerdes!

Marta, aquí, guardaba silencio. No le interesaba entrar en ese terreno, y sabía que una maniobra elusiva en este momento sería más eficaz. En una especie de imaginario juramento “sub rosa”, que nunca tuvo lugar, nos permitíamos olvidar quién era quién durante unos cortos pero imprescindibles periodos, y yo había transgredido la regla, aunque Marta no me lo reprochó.

Mi papel allí, no asumido, resultaba un poco extraño, y ni yo mismo lo comprendía. Ni que admitieran de mí intromisiones personales que yo no hubiera aceptado, viniendo de ellos.

(Ese papel, que no pude definir en el momento, quedó sin embargo interrogando mi subconsciente, en espera de mejor momento...)

Pero me había motivado Gema.

Quizá me recordaba a alguien.

¿A Brigitte?...

Claro, yo sabía que la hija de Ángel y la de Marta eran la misma persona, aunque en sus conversaciones agrias parecieran dos diferentes.

Conocía su historia con detalles que probablemente ninguno de ellos, por separado, sospechaban. Incluso la conocía a ella, a Brigitte, cosa que quizá sus padres...

Pero no tenía derecho.

Y cambié de conversación, con evidente alivio de Marta, y cierta molestia de Ángel: Tenían, evidentemente, los papeles cambiados.

Había muchas otras cosas, importantes, que tratar.

Esta última escena, entre tantas otras que había ido encadenando -quizás menos vívidas-, fue la que, por una asociación de ideas cuyo nexos no pude detectar, pasaba por mi mente mientras me decidía a llamar a Ángel.

Incompleta, fallida escena. Sugerente, en algún sentido que se me escapaba.

En una leve inspiración, se me apareció la “marca” que Eugène decía que me era característica. Existía una relación, que se me escapaba...

Pero ya había marcado, el pitido de llamada sonaba. Ángel me atendería, como siempre, allá donde estuviéramos.

-¿Ángel?... Sí, Juan... Pues aquí, en las Rías Bajas, abusando del marisco,... No, la Queimada la reservo para San Juan, que es pronto. Hay otras cosas,... Sí, verás, es que te quería comentar,... Sí, la fecha de entrega la tengo grabada a fuego en..., Ya, pero lo que yo quiero es que discutas el volumen,... Menos páginas..., Es que me han surgido algunas ideas que prefiero aprovechar en otra novela,... Claro. Pero sí puedes discutirlo, negociarlo con el editor,... ¡A mí no me hace caso! Bueno, yo te cuento, y tú se lo explicas, y me lo solucionas... Mi idea es terminar,.. ¿Qué dónde? En O Grove, -mentía con una naturalidad asombrosa en mí-, como siempre. Sabes que esto me inspira. Lo que yo quiero es acabar antes esta entrega, para empezar otra, que ya tengo pergeñada, casi,... Ya. Por eso te llamo a ti... No, el tiempo es excelente. Por la mañana temprano niebla, y luego sol casi todo el día... Orvalla, no es lo mismo... ¡No!, ¡No! No mandes papeles. Arréglatelas... Sí, las gallegas, como siempre, con su acento delicioso,... ¡No, que va!... ¿Y Marta? -Yo sabía que por aquí íbamos a cortar- Claro, claro...Pues lo dicho... Que sí, que yo sé que tú,...¡Hasta pronto! ... No, no llames, porque suelo desconectar... Sí. Lo mandas a “insacular”, y ya lo veré... ¡Gracias! ¡Lo mismo para ti!... Pronto.... ¡Déjame en paz!.

Y colgué.

Repasé mis necesidades, por si había olvidado dejar claro algún punto:

Reducir el tamaño de la novela, sin adelantar su entrega, a cambio de la promesa de otra nueva en un breve plazo. Creía hacerme entender. Y a mi editor sabía que le convendría. Tendría que aceptar. Me sentía satisfecho.

Por una vez, parecía tener las ideas claras.

Parecía que Eugène había venido acompañada de la suerte.



## CAPITULO VIII. *Iniciación*

*Mis buenas intenciones laborales se vieron pronto interrumpidas por una llamada de Eugène que, extrañamente, no me molestó.*

Supongo que me hacía a la idea de que ella iba, involuntariamente, a escribirme unos cuantos capítulos, lo que lógicamente me satisfacía, aunque no pensaba solamente en el trabajo.

Entre otros conocimientos, dispersos o profundos, que Eugène tenía sobre Aranjuez, y que quiso compartir conmigo, estaba la vida nocturna de la localidad, que yo apenas había explorado, sobre todo porque este ecosistema iniciaba su actividad más o menos a la misma hora que yo iniciaba la mía, particular, casera, y leit motiv de mi estancia en Aranjuez.

Sin embargo, al verme envuelto en sus actividades diurnas -o nocturnas-, se hacía casi obligatorio comentar algunos puntos que no habían podido ser tratados sobre el terreno, para no interferir con la avifauna bajo observación, y por otra parte poder ir elaborando un cuaderno de campo que pudiera sernos útil en el futuro.

En cuanto al cuaderno de campo, espero que lo llevara ella. Yo tenía otras obligaciones...

Los comentarios, o puestas en común, era algo que yo necesitaba para conservar un mínimo de salud mental. Para no acabar desquiciado, quiero decir. Aunque tengo que reconocer que hasta ahora, salvo en los trayectos motorizados, yo me divertía.

Ella conocía varios locales que, especialmente en el periodo que no coincidía con fiesta o fin de semana, eran tranquilos y acogedores.

A juzgar por la forma en que solía ser recibida en los que tuve ocasión de acompañarla, no resultaba una extraña. Y aunque bebedora ocasional y moderada, al menos mientras estuvo conmigo, o por ello, no apreciaba yo motivos para achacar al alcohol sus razonamientos complejos o sus actividades sospechosas.

En especial, yo prefería un local grande, acondicionado en lo que fue una planta baja de una corrala céntrica, y que estaba especializado en infusiones de té, más otras diversas, conocidas o no, que se servían con todo el cuidado y la parafernalia precisos, con la original denominación de “la Tetería”.

Un auténtico narguile marroquí presidía la barra principal, y las teteras, normalmente para dos personas, también habían sido adquiridas en Marruecos.

La inspiración islámica se reducía a estos excelentes té, y a algunos adornos más, porque las recomendaciones del Corán respecto del alcohol no eran seguidas en absoluto, y los gustos musicales de los propietarios no se inclinaban hacia el exotismo.

Además de la barra habitual, por lo demás convencional, el local aprovechaba lo que fueron las diversas habitaciones de la casa, ambientadas con ornamentos y mobiliario norteafricano, para establecer apartados más o menos reservados que, cuando el local no estaba abarrotado, podían pasar por lugares tranquilos, íntimos, salvando la cuestión de la música, que era común a todas las salas y que, como resulta curiosamente habitual, solía tener un volumen excesivo. (Como el público en general demanda, parece ser).

La música también suministra intimidad, aunque obligue a elevar la voz cuando la conversación no se da con la suficiente cercanía física.

En un par de visitas con Eugène, también yo fui admitido como conocido si esporádicamente pasaba sólo por allí, lo que tenía la ventaja de poder preguntar si ella había estado, y cuándo, con una cierta seguridad. Y aguantar alguna broma, que nunca subía de tono.

Por eso no era raro que hubiéramos elegido “la Tetería” para cambiar impresiones.

La elección del rincón más lejano del salón más perdido sí era nueva.

Pero era su elección, y yo discutía poco. Sin embargo aproveché para tranquilizar mi conciencia al menos, en cuanto a mis inconfesables intenciones, haciendo dejación de mi escasa responsabilidad.

Con que encargamos bebida, y tras ser servidos, quise parecer interesado.

Yo exponía mis dudas sobre algunos de los cuentos -me inclino por este calificativo sobre su verdadera índole-, e informaciones que me habían sido narrados y/o escamoteadas por Eugène. Y de mi sensación de estar perdiendo el tiempo lastimosamente. (Sin considerar que uno de los mejores usos que se le puede dar al tiempo es éste de perderlo: Mi editor no aprobaría esta opinión, pero yo me podía permitir el lujo).

Sea como sea, por la cuestión del tiempo, y por otras circunstancias, yo estaba algo mosqueado, y lo hice notar.

-Es que tú eres muy inocente, Juan.

Me sentí un poco ofendido. ¡Yo! ¡Inocente! ¿Un “pringao”? Además, eso me sonaba...

-Sí -me puso el dedo en la frente- No frunzas el ceño.

-¡Lo que pasa es que tú eres muy lista! -estallé.

-Bueno, es cierto que tengo alguna información que tu no...

-¡Pues podías darme alguna explicación!

-Sí -volvió a afirmar. Había dejado de sonreír-. Va siendo preciso.

Esperé que continuara. Se había puesto seria, pensativa.

-No sé muy bien por donde empezar,... ni hasta donde llegar -dijo al fin.

-Podías empezar por explicarme la verdad sobre ti. No me creo nada de lo que me has dicho- dije tratando de parecer sarcástico, cínico, aquello que se me daba tan mal.

Ella empezó, mirada perdida: Como si hablara para otro.

-“Me llamo Eugène, por mi abuelo materno. Esto es verdad. Mi padre, Jaime, es español de nacimiento. Desertó del servicio militar y pasó a Francia, a Bordeaux,... Burdeos (oído bogdox, o algo así, la primera). Era huérfano, sólo dejó atrás algunos amigos del colegio”.

“Al principio, era imposible volver a España. Luego, cuando sus papeles estuvieron en regla, ya no quiso. Ahora lo evita, cuando puede, aunque mantiene buenas relaciones en Soria, y las imprescindibles en Madrid y Barcelona”.

“No ha renunciado a su nacionalidad, pero se siente francés porque es su patria adoptiva, que le ha tratado mejor que la natural”.

Pausa. Su voz sonaba algo monótona, como si recitara algo aprendido. Pero miraba pensativa al infinito y aparentaba sinceridad. Suspiró, como si algo le doliera, y continuó.

-“Mi madre lo conoció en París, mientras ella, provinciana, intentaba sobrevivir a la universidad, que finalmente no aguantó. Mi padre no pasó de los estudios primarios, pero nunca le ha faltado el sentido común. Resultó que ambos, Silvie y Jaime, vivían en Bordeaux,... Burdeos, lo que, dado el carácter de mi madre, fue una recomendación para ella. He querido mentirte en este punto. Ella no es como te he querido dar a entender. Y yo soy hija única, pero era un cuento que me apetecía probar”.

Puso su dedo sobre mis labios, para evitar una posible interrupción.

-“Mis abuelos tenían una pequeña bodega allí. Pequeña pero prestigiosa, rentable y bien cuidada. Mi abuelo me enseñó todo lo que sé sobre especies de uvas, vinos, bouquet”,...

-¡Ya me di cuenta! -comenté. Ella pareció no oír mi maldad, siguió...

-“Cuando mi padre se hizo cargo de la bodega, por la jubilación de mi abuelo, ya había contactado con sus amigos de Soria”.

“Ellos tenían más dinero que sentido comercial. Mi padre se ocupó de la importación de trufas provenientes de sus bosques”...

-Yo pensé que eso lo habías inventado para desconcertarme.

-No, en absoluto -se volvió un momento hacia mí, y luego volvió al infinito-. Papá no tenía dinero, al principio, para apoyar un negocio tan a largo plazo. Pero a sus amigos eso no les preocupó nunca; ni el dinero, ni los plazos. Se trataba únicamente de preservar vírgenes algunas hectáreas de encinares. Vírgenes no, en realidad, sino fecundadas por algunas circunstancias que se suponía que, al cabo de unos años, favorecería la aparición de aquellas trufas. Nunca se ha sabido con certeza por qué aparecen las trufas. Sólo que se buscan usando cerdos o perros amaestrados. Son mejores los perros, porque los cerdos se resisten a abandonar su presa cuando la localizan...

-Experta micóloga, también -quise bromear.

-“En realidad, he aprendido mucho. Más de lo que era consciente. Jaime, mi padre, me hablaba en español. Yo le contestaba en francés, al principio, pero pensaba en español. Mi padre siempre me trató como un futuro socio. Me contaba sus proyectos con sus amigos de Soria: importar trufas para toda Francia, toda Europa. Al crecer, acabé por creer que se trataba de un sueño común, un secreto compartido. Lo que veía era a Jaime y a Silvie trabajando para mi abuelo, sin problemas económicos graves, pero sin lujos de ninguna clase”.

“Me trataba como a un socio” -meditaba-. “Quiero decir que a menudo parecía preferir que yo hubiera sido su garçon, su chico. No es que no me quisiera como era, pero a veces se confundía,... ¡garçon!,... y yo no le corregía”.

“Pero me amaba, y siempre ha hecho todo lo posible por mí” -Miró al suelo, mordiéndose un instante los labios. Volvió a levantar la cabeza, y continuó.

-“Cuando me dijo que había escrito a sus amigos de Soria, me alegré, pues mi edad era suficiente para percibir la ilusión. Pero también para tomarlo con escepticismo, y estaba preparada para todo”.

“Al poco tiempo, su amigo se presentó en Burdeos, con su mujer, haciendo un "tour" con su Mercedes impresionante por los Chateaus del Loira”.

“Mi abuelo se quedó impresionado. Mi padre no se veía con Santiago desde el colegio, pero parecían entenderse muy bien”.

“Cerraron el trato en dos días, y Santiago y Pilar continuaron con su "tour"”.

“Mi abuelo, en el fondo, fiaba en la capacidad de mi padre, que había trabajado bien en la bodega, y le apoyó económicamente en los inicios, de lo cual no tuvo que arrepentirse; se fiaba de él y llegó a apreciarle”.

“Además Pierre, mi abuelo, me quería a mí. Le recordaba a su mujer, decía”...

-¿Hablas en pasado?.

-“Mi abuelo murió. Cuando me fui a La Sorbonne, a París, muchas cosas habían cambiado”.

“Mi padre se hizo cargo de la bodega y continuó con su negocio de trufas, trabajando más que nunca, pero podrido de dinero”.

“Silvie, mi madre, siempre me adoró, porque adoraba a mi padre, pero su espíritu distaba mucho del de él”.

“Además, las mujeres nos enamoramos de nuestro padre, dicen” -me miró de soslayo, sonriendo. Supuse que algo en mí le recordaba a Jaime-. “Ella lo adoraba, aunque pensaba que era un "viva la viggen", como ella pronunciaba sus escasos conocimientos de español”.

“Mi madre eso lo llevaba mal. Era bastante celosa, aunque no tuviera motivos”.

“A mi padre le interesaban más los negocios. Pero ella no entendía que tuviera que viajar tanto a París, si las viñas estaban en Burdeos”.

“Y ahora España”.

“Y tampoco quiso nunca acompañarle”.

“A París no había vuelto desde su corta estancia en la universidad”.

“Prefería suponer y sufrir con sus suposiciones, que nunca pudo ni quiso confirmar”.

“Fue un drama para ella cuando me fui a La Sorbonne, aunque no dejó de decirme, a última hora, cerrando las maletas y mirando a su Jaime, que a lo mejor era para bien”.

“Eso no le impidió llorar, como procedía. Yo no le prestaba ninguna atención”.

“Me adapté rápidamente a París” -noté que le brillaban los ojos ahora-. “Al menos a cierto París, La Sorbonne, algunos barrios, algunas lecturas, amigos y profesores”.

“Ciertos ambientes, entre bohemios y académicos”.

“Nos veíamos en cafés y bistros de mala muerte, como tapadera”.

“Teníamos la sensación de hermetismo, de secreto críptico, por eso buscábamos las criptas más malolientes, cuando no era posible la terraza de una esquina, por el clima, que era casi siempre”.

“Conocí a Ramon Llull, a Prisciliano, a Fulcanelli, a antiguos druidas, herejes y alquimistas que se ocultaban en la facultad, en forma de profesores, de compañeros, de libros. Algunos se hacían llamar así, eran así”.

“Algunos me influyeron muy profundamente; estaba absorbida por el ambiente, dejé de prestar atención a la familia. No me arrepiento, aunque siento que perdí algo importante”...

-Estas hablando de tus “amigos” –interrumpí su reflexión-.

- Sí, bueno –meditó- algunos. Otros los he conocido aquí.

-¿Tu catedrático?

-Sí. –me miró a los ojos-.Creo que te estoy contando algo que no te interesa.

-Al contrario... –empecé.

-No –Me puso su dedo índice izquierdo sobre los labios, como solía hacer- No entiendes. No quería contarte mi vida, sino situarte. No estoy en viaje de estudios, sino en misión. Sereira es algo más que un nombre. También significa algo: Que no pertenezco a un solo medio. De alguna manera soy anfibia. Esto a veces es una ventaja; otras un inconveniente.

-¿Para qué? –No entendía nada-.

-Espera –no había apartado su dedo, y volvió a presionar suavemente-. Te voy a contar todo lo que puedo. Todo a lo que estoy autorizada, de momento.

Me volvió a impedir hablar cuando fui a decir algo.

-Puedo darte explicaciones. Podría no dártelas. Me siento personalmente implicada contigo, no me preguntes por qué. Prefiero que sepas y me comprendas.

Me contó.

Su alias era Beatriz (¡otra!), la guía de Dante por el cielo. Esperaba, me dijo, no tener que acompañarme a otros lugares más inconvenientes, pero estaba preparada para

esa eventualidad. Su misión era localizar la Puerta conmigo. ¿Por qué conmigo? Era una elección calculada en la que su voluntad contaba. Podía haber elegido a otra persona, podría intentarlo sola. Me confesó que yo no era su primera elección aunque, por el momento, no me podía decir cuál había sido anteriormente y por qué fracasó. Me confesó su miedo a estar equivocada, pero prefería confiar.

Lo que yo debía saber por el momento es que existía un grupo multinacional heredero por diferentes caminos de un mensaje ancestral que indicaba un camino. Lo llamaban la Puerta, en una simplificación convencional, y era un acceso al tiempo que, al ser traspasado, revela el pasado y el destino de la humanidad. Como de pasada, señaló que otros particulares estaban sobre la pista, que sus intenciones eran egoístas y sus métodos no conocían límites. Por eso eran peligrosos.

Que en Aranjuez se daban ciertas características, y aquí conducían ciertas pistas. Que por eso estaba ella aquí, y había inducido mi venida. Que le constaba que el enemigo la había seguido. Había visto su marca.

No creí nada en absoluto.

Es más, estaba evaluando qué tipo de enfermedad mental correspondía al presente cuadro clínico.

Me miró, como leyendo mis pensamientos, como siempre.

Me atrajo hasta el rincón donde se sentaba, me tomó las manos por las muñecas como punto de apoyo para elevarse de puntillas hasta mis labios, a la vez que colocaba mis manos sobre su cintura, de forma que no obstaculizaran el contacto entre nuestros cuerpos, que sentí tibio.

Rozó mis labios con los suyos, y luego se desplazó lentamente sobre mi mejilla hasta mi oído, y empezó a susurrar despacio, primero en francés, luego en un idioma que no entendí y que sonaba a veces musical y a veces áspero. Repetía algunas palabras o fórmulas como mantras, y mi voluntad, poco a poco, dejó de pertenecerme.

Entonces escuché su voz, un tanto diferente, distinta de la suya habitual.

Pero no a través de mi oído. Era como si llegara directamente a mis terminaciones neuronales, nítida, clara y distinta, sin volumen, sin interferencias.

Al principio no entendía el significado de sus palabras, no tenían significado, pero continuaban, sin repetirse, en una cadencia hipnótica, alternativamente placentera e instructiva, como sabio y afable discurso, cariñoso con mi ignorancia.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Mi sentido temporal se había alterado. Mi voluntad intelectual estaba anulada. No así mi cuerpo físico, que reaccionaba como varón a su cercanía, como complemento necesario a una sensación de placer cerebral.

De pronto, todo tuvo sentido. No es que empezara a entender una palabra aquí y otra allá, hasta alcanzar una coherencia, sino que de golpe todo tenía un sentido pleno y completo. Las palabras, o conceptos -no sé como explicarlo-, se explicaban a sí mismas por su propio sonido. Era como recuperar el nombre auténtico de las cosas. El redescubrimiento del nombre que Adán, por encargo de Dios, le dio a todas las cosas, a todos los animales, a todas las circunstancias. El concepto del que hablaba Aristóteles donde el símbolo y el objeto forman un todo inseparable.

De pronto, todo cesó, igual que empezó.

Me sobresalté. Miré a Eugène, que sonreía.

-¿Qué.. era... eso...? -pregunté lentamente, como si hubiera perdido la capacidad de hablar, y la recuperara despacio.

-No te preocupes ahora.

Fue a poner el dedo índice sobre mis labios, pero dudó, y optó por sellarme los labios con los suyos, húmedos.

Lo cierto es que, para mí, la separación fue físicamente dolorosa, lo que pareció divertirse.

Yo no le veía la gracia. En realidad, estaba confusamente cabreado.

Se invitó a mi apartamento, donde me prometió darme más detalles.

Me tomé, en cualquier caso, un tiempo, para rebajar mi excitación con alcohol. Para asumir, también, mi confusión.

(...)

Es sencillo de explicar, aunque la práctica requiere un poco de fe.

Se trata de utilizar energías que escapan a nuestro entendimiento.

El mecanismo supera nuestros conocimientos científicos actuales, aunque la evidencia empírica demuestra su realidad, y es posible.

Hemos aprendido a controlarlo.

En cuanto a su utilidad, en el fondo es simplemente una forma de comunicación más, no dependiente de la tecnología ni del lugar.

Es práctico, pero no va más allá, aunque resulta impresionante la primera vez, porque escapa claramente del mundo que nos hemos construido para vivir, y eso asusta, y molesta.

-¿Quieres decir que se trata de una técnica? ¿Telepatía?

-En realidad, sí. Existe una propensión, que facilita el entrenamiento, pero, salvo mentes excesivamente cerradas o anuladas, cualquiera puede adquirir la habilidad suficiente.

-¿Mentes anuladas? ¿De forma natural?

-Hasta donde admitas que lo natural es estar alienado. La sociedad en que nos movemos tiende a ello.

-Entonces no es tan sencillo –afirmé–.

-Sobre todo requiere voluntad, y un poco de fe, ya dije.

-¿Me puedes enseñar?

-Lo voy a hacer. Es parte de mi cometido.

-Resulta agradable. Podemos empezar cuando quieras –manifesté, dispuesto a repetir la experiencia en toda su extensión.

Ella se rió. Y me miro, pícara.

-Bueno. Tengo que advertirte que, en tu caso, he establecido por mi cuenta ciertas modificaciones en el procedimiento que, desde luego, no son imprescindibles, aunque sí aconsejables.

-¡Ah, ya!... –un poco defraudado.

-¿Te gustó el método?

-No te puedo engañar.

-Nada nos impide, pues, continuar con el mismo sistema.

Me abrazó sobre mis hombros, se acercó a mi mejilla, hasta mi oído, y empezó de nuevo.

-El contacto físico no es imprescindible. Primera lección –susurró– pero facilita la comunicación.

Y siguió en francés.

-Me... gusta... así... – pude balbucear.

(...)

(Esta conversación no es hablada, sino telepática. Lo que sigue es una especie de traducción).

-La telepatía es solo un medio de comunicación, conocido hace mucho tiempo, que empleamos por seguridad. No tiene mucho de misterioso. Únicamente se trata de aceptar o interpretar las ondas magnéticas que de forma intencionada intercambiamos.

Como la comunicación se da directamente de cerebro a cerebro, el lenguaje como intermediario es inútil. Los idiomas desaparecen porque se envían ideas, imágenes, sensaciones completas, sin intermedio de signos acústicos, visuales o convencionales.

Pero no sirve para leer el pensamiento, como parece querer interpretar, porque se precisa una intención en la emisión y la recepción. Lo más que puedes captar en una persona no entrenada son interferencias, sensaciones difusas, inconcretas, que te pueden confundir con facilidad. Mejor no lo intentes.

-Pero si consigo el control necesario ¿Puedo intentar el contacto con cualquiera?

-Sí, pero no es recomendable si no conoces a la persona. Quizá es el momento de hablar de otras cuestiones. Existen personas interesadas en el uso de este mecanismo y otros más potentes, como te comenté, en forma egoísta. Esto significa que podrías contactar con uno de ellos y quedar al descubierto, y te podrían utilizar, engañar, causarte daño...

-¿Daño?¿Daño físico?

-Dependiendo de su poder, puede llegar a dañar tu cuerpo, tu mente, ambos.

-Eso suena peligroso.

-Lo es. Todo es peligroso. Yo soy peligrosa. ¿No sientes cansancio?

-A decir verdad, sí. Noto el esfuerzo.

-Es así. El desgaste que se produce es muy elevado. El riego sanguíneo se concentra en el cerebro, faltando, lógicamente, en otras zonas.

-¿Por eso estamos en la cama?

-Por eso, y por otras razones más personales. Si enmudeces ahora, notarás que recibes más ración de sangre en otros órganos no menos importantes que el cerebro, y el placer se incrementará a niveles... más elementales.

-Estoy deseando probar. Hasta pronto.

-Hasta pronto. ¡Así no vamos a terminar las prácticas nunca!...

Y nos abrazamos más fuertemente, desnudo contra desnudo.

Se me había pasado el enfado.

(...)

La marca es algo que ha de pasar desapercibido si no es buscado. Tiene que parecer casual. Por otro lado es preciso que ni el tiempo ni un accidente lo puedan

borrar o trastocar, o la acción humana modificar. Esto en la práctica es imposible con sistemas convencionales.

Lo importante es, pues, la forma, la textura, la capacidad.

Es como las caras de Bélmez, que si las borras reaparecen, si las anulas cambian de lugar.

No indica un sitio geográfico, ni un tiempo concreto, sino una conjunción espacio-tiempo donde se den (todas) las circunstancias.

Aparece donde tiene que aparecer y cuando tiene que aparecer, como magia. Se puede invocar, pero eso sólo está al alcance de muy pocos. Se puede uno poner en su camino / corriente, y esperar que pase, como hacen los alquimistas, que repiten y repiten hasta que sucede.

La marca señala dónde, en un cierto momento, se encuentra la invocación de la Puerta. La marca y la invocación viajan a la par por el tiempo. ¿Puede o no puede estar en dos lugares a la vez, en dos momentos diferentes a la vez? Esta es una cuestión filosófica. Técnica.

La marca es siempre superficial, solar; la invocación es siempre subterránea, lunar.

Su viaje a través del tiempo y el espacio no está predeterminado, sino que su servo-mecánica se auto controla, es adaptativa y se corrige mediante feedbacks procedentes del exterior. Posee inteligencia artificial.

Su forma es constante, pero su contenido es variable.

Su aspecto externo es continuo, circula como energía en forma de masa definida, pero su contenido admite diferentes interpretaciones y formas. La forma ha de ser válida en cualquier instante del tiempo, por eso considera todas las posibilidades de evolución y las muestra (todas a la vez) al unísono.

La información puede ser inducida a una mente iluminada, porque en el cerebro existe pre-programado el mecanismo para su interpretación, comparten un tipo de inteligencia similar, con un origen común. La inducción se produce superando un umbral de circunstancias en presencia de la marca, que puede ser forzado por proximidad, o asumido naturalmente.

La mente receptora ha de ser pura, virgen en un sentido no físico.

¿La mente está predestinada a ello, o evoluciona hacia ello?

Es otro problema filosófico, sin solución, que plantean las religiones entre destino y libertad, fatalismo y libre albedrío.

Detrás de la invocación, está Dios.

(...)

Me sorprendió que Eugène considerara con seriedad mis desvaríos sobre el Zahir.

Yo me sentí obligado por sus confidencias, quise aportar algo que estuviera en su línea y recordé a Mila. La panadería. La corrala.

Tengo que confesar que encontraba divertida su estrambótica búsqueda, por lo que me sorprendió su seriedad y su exhaustivo interrogatorio.

Sin entrar en mis razones personales en torno a Mila, que ella no hizo ningún esfuerzo por hacer aflorar -lo que le agradecí-, pude intercalar mi sensación, en el terreno de lo anecdótico.

Me acompañó, esa misma mañana, a por el pan.

(...)

-Sí. Cuando encalamos la pared, de allá p'a cuando, la mancha vuelve a salir...

-¿Siempre ha estado ahí?

Pausa valorativa ¿O duda?

-Yo la recuerdo, de muy niña, mientras jugaba a lanzar la pelota contra la pared. A veces jugaba a darla...

Eugène y yo nos miramos, en señal de entendimiento, ante el tiempo, excesivo, que Mila, la panadera, había empleado en recuperar (inventar) ese recuerdo. Eugène, sin embargo, siguió preguntando como si nada hubiera sucedido...

-¿Qué hay detrás del muro?

El recuerdo era más reciente, o habíase completado la "carga".

-La pajarería.

-¿Y tiene sótano?

-Debe haberlo, aunque yo no lo he visto. Hay sótano en todas las casas. En todos los bajos.

-¿Es eso una casa? -Eugène valoraba el escaso volumen permitido a la estancia.

-No exactamente. Digamos que es una dependencia comunitaria, obligada por la construcción irregular de la corrala. El pajarero la tiene alquilada, y el alquiler revierte a la comunidad. No tiene un propietario, sino que pertenece a la corrala.

-¿Se puede pasar?

-Podemos hablar con el pajarero. Lo conozco, y es buena gente. Yo he pasado muchas veces a escuchar a los canarios, los verderones, los jilgueros. Pero no aguanto el olor.

-¿Podemos hablar con él?

-¡Claro!¿Ahora, quieres decir? Tiene una tienda de animales dos manzanas más abajo. La habréis visto. Podéis decirle que vais de parte de Mila. Se llama Carlos.

-¿No nos puedes acompañar tú?

Dudó un momento. Le apetecía.

-Si esperáis media hora a que vuelva mi madre...

Nos miramos complacidos.

-¿A qué hora vuelve?

-Hacia las doce y media.

-A esa hora estamos aquí, y te invitamos a algo. Hasta ahora.

-Hasta luego...



## CAPITULO IX. *La Corrala*

*Carlos, el pajarero como Mila nos dijo, tenía tienda abierta dos manzanas más abajo.*

Abarrotada de diferentes especies y géneros de animales andantes, reptantes, voladores, nadadores, predominando los plumíferos.

Locuaces y nerviosos algunos, silenciosos y lasos otros, en mezcla imposible, sonido de orquesta afinando y olor a una mezcla de metro de Sol, piscifactoria y feria del ganado.

Allí Carlos, en el buen sentido, parecía un animal más.

Se apreciaba el amor a su trabajo.

De camino, habíamos tomado un vermú casero, especialidad de la tasca de la esquina. Digo esto, y remarco lo de uno, porque, al menos en mi caso no es una dosis suficiente como para delirar.

Llegamos justo a la hora de cerrar, asesorados por Mila.

Él rechazó la oferta de otro vermú, y nos explicó que no había inconveniente en pasar ahora por su pajarera particular, porque en cualquier caso debía atender obligaciones diarias allí. Aunque sólo podríamos echar un vistazo, porque debía volver a casa a comer, antes de abrir de nuevo por la tarde su tienda.

Por el camino nos fue comentando que, efectivamente, existía una trampilla que conducía al sótano de su inmueble, pero actualmente se hallaba debajo de alguna de sus grandes pajareras. No de imposible acceso, pero sí complicado.

Hacía mucho tiempo, años quizá, que él no bajaba, porque no lo necesitaba, si bien recordaba haber almacenado algún cachivache allí.

La recordaba amplia, porque abarcaba bastante más que la planta del pequeño habitáculo que usaba. Hay que tener en cuenta que debía ocupar no sólo esta planta, sino además una parte del pasillo de entrada y del patio.

Era cierto lo que dijo Mila con respecto al olor penetrante, además de la suciedad que, a pesar de la limpieza diaria, se acumulaba, y el griterío increíble de toda clase de pájaros diferentes, de raza, híbridos, en rara competición.

Carlos estaba entusiasmado con sus logros, que nos iba explicando, y las pequeñas aves parecían conocerlo y alegrarse de su llegada, a juzgar por la subida de tono; también puede ser que, puesto que tan sólo un ventanuco –el nuestro- daba luz al

refugio cerrado, y la puerta suministraba un extra de luz, tampoco grande, pero suficiente para notarlo, los habitantes de las pajareras apreciaran esa luminosidad extra.

Bajo una vieja cómoda asomaba el borde de una trampilla de madera que era, al parecer, la entrada a la estancia o hueco subterráneo.

Sobre la cómoda había gran cantidad de jaulas apiladas hasta casi tocar el techo, no muy alto, con sus correspondientes habitantes plumíferos. Era evidente la dificultad de acceder al sótano de forma inmediata.

Todavía no habíamos justificado nuestro interés y para poder seguir adelante era claramente menester dar una explicación convincente al pajarero sobre nuestras intenciones.

Yo miraba con mucha atención el reborde de madera sobre marco de hierro que se dejaba vislumbrar, como si me fuera a suministrar un buen alibí, cuando advertí que Eugène hablaba animadamente con el pajarero, al que por lo visto había convencido para, esa misma tarde, después de cerrar su tienda, proceder a la descubierta de la entrada, y estaban ya calculando qué debían trasladar y dónde.

Al final sí que íbamos a tomar ese segundo vermú, con Mila y el pajarero, de inmediato.

¿Qué había pasado?

(...)

Mientras el pajarero hablaba con Mila, en la tasca, me dirigí a Eugène en un aparte.

-¡No me digas que sabes de canaricultura también!

-¿De qué? ¡Ni idea!

-¿Entonces?

-Le he dicho que eres ayudante de dirección de Amenabar, buscando exteriores y escenarios para su próximo corto.

-¿Y se lo ha creído?

-Por supuesto. Lo has hecho muy bien.

-¡Pero si no he hecho nada!

-Exacto. Tu papel perfecto de ayudante de dirección.

-Ya ¿Y qué va a pasar cuando se dé cuenta de que no es verdad?

-¿Y por qué se va a dar cuenta?

En este punto, el pajarero, al que Mila se refería como Charlie, se dirigió a mí.

-Yo bajé hace tiempo... –empezó.

Fui a decir algo, pero Eugène se adelantó, para mi suerte.

-Juan necesita verlo con luz natural y artificial. Necesitaríamos ver la iluminación por la mañana, por la noche...

-Bueno, os puede acompañar Mila. Yo os abro. No me alborotéis a mis pájaros. En poco tiempo estará despejado.

-Perfecto. Luego hablamos con el productor ejecutivo para ver un alquiler por una semana, prorrogable. No es necesario molestar a los pájaros. Aunque sería interesante que aparecieran en la filmación, como fondo.

Charlie estaba complacido con la perspectiva, aunque a la vez algo preocupado por el estrés a que íbamos a someter a sus aves.

-Es una pena que no pueda estar. Puedo decirle a mi chica que abra la tienda, pero ahora tiene colegio...

-No te preocupes -le tranquilizó Eugène- Mila nos acompaña, ¿verdad?.

Mila asintió.

(...)

-¡Tienes una cara impresionante!- comenté a Eugène después que Charlie se hubo marchado-

-Le hace mucha ilusión-. Mila no me hacía ni caso-

-Luego le decimos que no ha podido ser-.traté de arreglarlo-

-No. Le diremos que es una co-producción con Canadá para varios cortometrajes de diferentes directores con distribución restringida a salas especiales. Y le mandaremos una copia.

-¿Vamos a filmar de verdad?

-Por supuesto. Llamamos a Amenabar, que me hará ese favor...

-Ya. También conoces a Amenabar.

-Coincidimos en la facultad.

No distinguí si bromeaba, o hablaba en serio. Preferí dejarlo ahí.

(...)

Cuando conseguimos levantar, con un empujón conjunto, la trampilla -en realidad más grande y pesada de lo apreciado-, una fuerte vaharada de humedad inundó el pequeño habitáculo. Los pájaros se alteraron ante tal novedad, estallando en un coro descoordinado, y los tres a la vez mostramos nuestro correspondiente gesto de desagrado retrocediendo en forma automática, antes de mirar, por turno, hacia el agujero negro, prácticamente cuadrado, que se abría a nuestros pies.

Habíamos dejado el portillo apoyado tan solo en las bisagras, por encima de los noventa grados respecto de nuestro plano, al retroceder por causa del húmedo y denso vapor invisible.

Prácticamente a ras del piso aparecía un primer escalón -marco de hierro y base de madera, bien ajustada-, intuyéndose el declive tras la absoluta oscuridad.

Adelantándome, y apoyado en este primer escalón, que me pareció suficientemente sólido, y con la ayuda de Eugène y Mila desde el exterior -una linterna potente en mi mano derecha, y un pañuelo sobre mi boca y nariz-, inicié el descenso, despacio, porque no me fiaba de la solidez de la escalera.

Aproveché para preguntarme a mí mismo por qué iba yo delante, si no sabía qué buscábamos, ni mi interés sobre lo que fuera era grande. Me contesté que Mila -su presencia-, tenía algo que ver con esta decisión mía. Pero mi respuesta no me satisfizo del todo.

Cuando la boca de entrada estuvo a unos cincuenta centímetros de mi cabeza, toqué el piso de piedra u obra, asegurándome que no estuviera resbaladizo. Olvidé mis capciosas preguntas, para concentrarme en la exploración.

Había descendido bastante cómodamente, apoyándome en una barandilla de hierro adosada al lateral derecho de la escalera, aún con la linterna bien sujeta, que todavía me resultaba inútil, puesto que sólo estaba verificando la solidez de los peldaños, sospechosos de podredumbre en la madera sometida a tal ambiente húmedo. No aprecié, sin embargo, nada que confirmara mis sospechas. Por el contrario, la bajada resultó sencilla.

Me pareció, y así era, que el otro lateral carecía de barandilla, lo que comuniqué a mis chicas, arriba, junto con la seguridad del trayecto, después de barrer de arriba abajo la escalera con la linterna.

Se trataba de una armadura de hierro que formaba una pieza soldada con la barandilla, armadura en la que se encajaban con precisión los tablones, lisos y sujetos con tornillos a la base metálica. Evidentemente, una obra relativamente reciente.

Su aspecto era bueno y sólido, y sólo leves crujidos delataban la madera en la zona central de los escalones, cuando apoyaba mis precavidos pasos allí donde el piso no tenía sujeción ninguna.

Mientras enfocaba lo que pensé sería la pared del fondo del recinto -que no logré alcanzar-, escuché cómo Eugène me seguía, y pronto noté sus brazos sobre mi cuello, como si hubiera tropezado.

Pesaba poco. Estas muchachas de ahora no comen. Así que me volví para ayudarla a bajar, lo que hice trasladándola por el aire, como una niña juguetona, sin gran esfuerzo. Y esperé para realizar similar operación con Mila, que ya se recortaba sobre el cuadrado de luz de la salida.

Se me ocurrió, mientras bajaba Mila, qué pasaría si ahora, por cualquier motivo, se cerraba la puerta del sótano.

Podríamos levantarla sin dificultad, siempre que nada desde el exterior lo obstaculizara.

Me pregunté por qué me estaban pasando por la mente tales posibles accidentes o problemas. Me estaba volviendo paranoico. Me estaban volviendo a la cabeza, en forma de amenaza, las ideas que Eugène me venía insinuando sobre personas malas, enemigos indefinidos.

Pensé que hubiera sido mejor que alguno de nosotros se quedara fuera, pero al parecer no había voluntarios para tal misión.

Decidí, en cualquier caso, volver a subir para dejar asegurado el portillo, ya que ni Eugène ni Mila, adentrándose ya en la sala, sin miedo y sin linterna, quisieron oír hablar de la posibilidad de esperar arriba.

Tampoco yo estaba dispuesto a perderme nada, por lo que comprendí su punto de vista.

-¿Dónde vas? -oí mientras volvía a subir, dejando a mi espalda la oscuridad.

-Voy a asegurar la puerta, para que no se cierre sola.

Silencio valorativo.

-Vale -y de inmediato- ¿Por qué no te quedas arriba?

-Ni de coña. ¿Por qué no te quedas tú?.

¡Menuda banda de inconscientes formamos!, pensé.

-Correremos el riesgo -dije, mientras atravesaba un listón entre la trampilla y el marco de la puerta, que encajó de tal manera que me hizo concluir que esa era la misión de tal listón; por eso lo encontré con tanta facilidad.

Los pájaros parecían haberse habituado al ambiente, porque hacían menos escándalo del normal. Al salir del sótano, observé que la humedad se notaba menos, lo que se justificaba por estar abiertos de par en par tanto el ventanuco que daba al patio de la corrala -bajo cuyo marco sabía resaltaba la marca granate, el Zahir bañado por el sol-, como la puerta de entrada que daba al pasillo de entrada al patio. Lo que de nuevo me hizo meditar sobre nuestra inconsciencia.

Para confirmarlo, una vecina se asomó, atraída por la puerta abierta, y husmeando el olor a humedad que salía. Aunque sin decir nada, me echó un vistazo, como valorando mi atuendo veraniego, y luego siguió hacia su casa, con un juicio no muy positivo sobre mí, pensé, por su gesto despectivo.

Mientras cerraba la puerta, decidí para mi conveniencia que debía ser alguna de las cotillas de la vecindad, y todas ellas nos conocían ya a Eugène y a mí, aunque a mí me resultaba difícil distinguirlas a ellas, por lo que no quise darle importancia.

Pero en mi inconsciente seguía acechando el presentimiento de la presencia de algún enemigo ajeno a la vecindad, con aviesas intenciones respecto de nosotros.

-¿Bajas? -oí desde el fondo del sótano-. ¡Que no tenemos luz! ¡Estoy oyendo ruidos!

Serán ratas -pensé.

-¡Será el edificio, que cruje! -grité.

-¡Serán ratas! -dijo Mila, muy cerca de la escalera.

¡Vaya! ¡Qué chica más lista! -pensé.

A mí tampoco me gustan las ratas.

-Noto como un zumbido -escuché a Eugène, más lejos.

-¡Ya bajo! -dije mientras estaba en ello, enfocando con seguridad; olvidado el ahora inútil pañuelo.

-¡Espera! -dijo Eugène de pronto- ¡Párate ahí! Noto un zumbido, y como un aura leve, que no veo de dónde viene. No traigas la linterna.

No le hice caso en nada, y volví a bajar con la linterna.

Mila -a la que deslumbré-, estaba agarrada con fuerza a la barandilla, con los ojos perdidos. Enfoqué al fondo, según bajaba.

No llegué a ver a Eugène. Sonaba lejana, con un eco sordo. El recinto parecía bastante más grande de lo que cabría imaginar pensando en el piso superior.

Avancé hacia el lugar de donde parecía proceder la voz de Eugène, con Mila agarrada a mi cintura, y la vi al fin, cerca de la pared del fondo, delante de algunos muebles viejos sobre los que se amontonaban gran cantidad de bultos, adornos, cajas, maletas y un baúl, todo recostado contra la pared. Curiosamente, el camino hasta tal acumulación parecía despejado, algo pegajoso y húmedo, pero limpio. No se veía obstáculo alguno, y me acerqué hasta Eugène, mientras trataba de tranquilizar a Mila, que no se despegaba de mí.

-No hay ratas -decía yo suavemente, mi mano derecha sobre su pelo, mientras con la izquierda seguía enfocando a Eugène y el fondo del sótano. Mila aflojó levemente la presión a que me tenía sometido, pero siguió pegada a mi espalda.

Nos acercamos a Eugène, que escuchaba algo que de momento nosotros no apreciábamos.

-¡Apaga! -dijo ella.

Yo hice una rápida revisión de lo que había a la vista: muebles, cajas, artilugios indeterminados, amontonados casi hasta el techo, que no bajaría de los dos metros.

El recinto era verdaderamente grande.

Eugène seguía atenta a algún sonido que yo no percibía.

¡Apaga! -repitió.

¡No! -dijo Mila, con poca convicción-.

No le hice caso. Apagué la linterna. Detrás nuestro, lejos, el leve resplandor del portón de entrada apenas se intuía.

Delante, negrura total. Esperaba acostumbrar la vista a la oscuridad.

-¿No oyes? -dijo Eugène, al cabo de un rato-.

Mila se estrechó contra mi espalda fuertemente, pero no dijo nada.

Yo no escuchaba nada. Fui a acercarme más al hombro de Eugène, con dificultad, porque tenía que vencer la resistencia de Mila.

-Está subiendo de volumen -dijo Eugène, en voz más baja.

Sí. Empecé a percibir como una vibración, un zumbido lejano.

Noté que Eugène había cerrado los ojos al rozar su cara, como si quisiera concentrar todos sus sentidos en uno.

Cerré los ojos, a mi vez, y efectivamente la vibración pareció subir de volumen, aunque su efecto era algo más que un sonido: Una vibración que penetraba en mi cuerpo.

Mila, a su vez, habló cerca de mi oído, algo más tranquila, al parecer.

-Sí. Lo siento en todo mi cuerpo.

-Cierra los ojos -le murmuré.

-Sí ¿Estás temblando, Juan?

No. Estábamos los tres como conectados. Yo emparedado entre el perfume francés de Eugène y el de los domingos de Mila, vibrando, como si el piso -nuestro único contacto con la tierra-, estuviera temblando, pero de una forma muy sutil.

El fenómeno parecía crecer lentamente, y pude distinguir en él dos tonos fundamentales, uno de los cuales se identificaba con el zumbido sordo inicial y el otro, donde el zumbido parecía superponerse, unas muy lentas oscilaciones.

-Es baja frecuencia, frecuencia de audio -dijo Eugène, como para sí, pero contestando a mi no formulada cuestión-. Modulada con ultrabaja frecuencia.

-¿También sabes sobre eso? -me atreví a comentar-.

-Sí. Hay una relación entre las funciones cerebrales y la ultra baja frecuencia.

Mila debió ser la primera en abrir los ojos.

Tanto Eugène como yo seguíamos concentrados en encontrar un sentido a la creciente oscilación. Por eso, y suponiendo una relación entre el sonido y la ausencia de luz, yo mantenía mis ojos fuertemente cerrados. Una leve queja, y un movimiento de hombros de Eugène, me indicaron que yo también la estaba presionando a ella en exceso, como haciendo inconsciente fuerza para entender.

Sin embargo Mila -más curiosa o menos concentrada-, nos "despertó".

-¡Oh! -exclamó-. ¡Hay luz!

Al abrir los ojos, observamos que ya no estábamos en la oscuridad, sino que un débil halo -que parecía proceder de la pared, detrás de los muebles y los cachivaches-, se difundía por toda la estancia.

Además, poseía especiales cualidades. Su tono -aunque no soy fiable en esto-, yo lo definiría como blanco azulado; su calidad parecía ser fría, en alguna forma, y sin embargo irradiaba algún tipo de energía.

Por otro lado, enseguida se percibía una variación en la intensidad, creciente, decreciente, que obviamente seguía el mismo ritmo lento de la oscilación en su

componente de ultra baja frecuencia, ascendente y descendente en luminosidad, y en su componente de más alta frecuencia, lo que se resolvía en una especie de nube de puntos de luz, en continua variación uno a uno, y en lentas subidas y bajadas de intensidad, como conjunto.

La percepción auditiva y óptica coincidían, evidentemente.

La sensación térmica era extraña, como de frío caliente, como cuando, ardiendo de fiebre, sentimos frío. Un oximorón físico.

Incluso el potente olor a humedad que nos había repelido al principio había desaparecido, expulsado por un aroma que me recordaba a un laboratorio de química, o a un hospital, o a ambos, y que también llegaba en vaharadas rítmicas.

La tensión estaba siendo sustituida por una asombrosa relajación, como si mi cuerpo sucumbiera ante algo que, al superarme tan claramente, anulaba mi estrés.

La disminución de la presión que sobre mí ejercía Mila, y la evidente relajación de los hombros de Eugène me hicieron deducir que nuestras sensaciones eran similares.

En ningún momento perdimos el contacto físico, como si asistiéramos a algún tipo de influencia hipnótica que nos afectara como grupo, más que personal uno a uno.

En un momento indeterminado, como obedeciendo a una orden que los tres queríamos acatar, Eugène, delante del centro del foco luminoso, empezó a adelantar su mano diestra –la izquierda- muy lentamente. Yo -y de alguna forma era consciente de que Mila a mi espalda también-, seguía su lento avance hacia lo que sin duda era el origen del que emanaba todo el efecto que, aunque nítidamente marcado, parecía flotar en una posición inconcreta situada entre la pared y el conjunto heterogéneo de chismes que nos separaban de ella, más allá de la vieja cómoda sobre la que destacaba, interponiéndose en nuestro avance, un baúl de madera reforzado con herrajes de bronce o latón.

Lenta, pero ansiosamente, las puntas de sus dedos iban aproximándose a aquel foco, mientras Mila y yo la apoyábamos mentalmente. Los tres lo podíamos percibir claramente, siendo consciente cada uno de las sensaciones emocionales de los otros dos.

La mano de Eugène tembló ligeramente, aunque no retrocedió, al tiempo que me atravesaba un leve cosquilleo, procedente de Eugène y con destino a Mila.

Las puntas de sus dedos se iban volviendo translúcidas en oleadas rítmicas de luz, que se hacían más intensas por momentos. Sus sensaciones de alguna extraña manera nos abarcaban a los tres, avanzando y retrocediendo lentamente en un crescendo de intensidad.

Había sucedido algo extraño -que después comentamos asombrados de no haberle prestado atención mientras sucedía-, como si una rara conciencia que controlaba la situación nos lo hubiera mostrado como normal. Sucedió que, hacía ya rato, (¿cuánto?), la posición espacial de "nuestra" mano (me veo obligado a hablar así, para hacerme entender) irradiada desde aquel punto hasta la desnuda muñeca de Eugène, estaba claramente situada más allá del viejo baúl de sólida madera que hubiera lógicamente debido interceptar el avance de la mano, siendo sin embargo perfectamente distinguibles tanto la mano de Eugène como el propio baúl de oscura madera y herrajes patinados. Como si estuvieran ocupando a la vez el mismo espacio, estando sin embargo ambos nítidamente definidos, aunque la cualidad translúcida no parecía afectar al objeto-baúl.

Pero en aquel momento nos pareció natural que así fuera, más teniendo en cuenta que Eugène, Mila y yo como intermediario notamos entonces un contacto con algo sólido que en ningún caso podía confundirse con la superficie de madera y bronce.

Repito que, llegados a este punto, nada de lo que nos estaba pasando nos parecía extraño en ningún aspecto. Como si no figurara, según nuestro entendimiento lógico a posteriori, fuera de las leyes físicas aprendidas.

Evidentemente, también nuestra forma de razonar o entender se había modificado de una forma sutil.

El contacto fue claro y nítido. La forma de aquello con lo que habíamos (sigo teniendo que hablar en plural) contactado se nos hizo evidente de inmediato. Cilíndrica, no muy grande y de textura metálica. Un cilindro fácil de abarcar con la mano de Eugène, de un metal pulido, suave al tacto, dispuesto a ser asido.

El metal producía, por un raro efecto simpático, un persistente picor en la lengua y el paladar. Como manifestando sus cualidades físicas globales; no daba sensación de frío.

Cuando la mano de Eugène se cerró sobre el objeto, en un espasmo de mayor intensidad de la alcanzada hasta ahora, la radiación fulguró y se extinguió en un microsegundo, volviéndonos de golpe y sin solución de continuidad a una realidad de la que, aparentemente, habíamos estado ausentes por un tiempo que no sabíamos medir.

La luz, la vibración, desaparecieron, dando paso a la oscuridad, solo rota por la linterna que, encendida sobre el suelo, apuntando inútilmente a un lateral de la estancia, yo debía haber dejado caer, no recordaba cuando.

La linterna yacía en el suelo, encendida pero inútil. Era el único punto de luz.

Permanecimos en un silencio expectante un rato. Eugène se había dado la vuelta y me abrazaba por la cintura y hundía su cabeza entre mi hombro derecho y mi cuello.

Su abrazo abarcaba la cadera de Mila, que a su vez, sobre mis hombros, abrazaba nuestras cabezas unidas. Como si sintiéramos un frío desnudo. O la ausencia de algo indefinido.

Por suerte, y aunque estábamos a oscuras, me sentí algo ridículo. Dije algo, no recuerdo qué, pretendiendo ser gracioso, y deshice el abrazo colectivo justo a tiempo para que cuando se encendió la luz el pajarero nos contemplara a los tres, con cara de tontos, mirando ora a la escalera ora a la bombilla desnuda que pendía del techo, que nos dio, al fin, una visión de conjunto que hasta ahora no teníamos.

-¿Estáis aquí todavía? -dijo el pajarero- ¿Por qué tenéis la luz apagada?.

-No sabíamos que había luz -Mila recuperaba una cierta normalidad, antes que Eugène y yo- Trajimos una linterna.

-¡Claro que hay luz! -bajaba el pajarero hasta nuestra altura y se nos quedó mirando, entre curioso y divertido-. Con esa linterna no os habéis hecho una idea- Miró a su alrededor aprobando-. Ya no recordaba qué había aquí abajo. Debe hacer años que no me preocupo. No está tan mal como yo recordaba. Hará un bonito escenario -valoraba contemplando las paredes de rojo ladrillo visto, sin enjalbegar-.

-Sí, sí -corroboró Eugène. Y dirigiéndose a mí- ¿Verdad?.

Traté de poner cara de ayudante de dirección, mirando a mi alrededor.

-Se parece a lo que andamos buscando -dije, como en meditativa distracción, a una percha de madera, de pie, que tenía cercana-.

Asombrosamente, el lugar aparecía despejado -salvo en la pared del fondo-, y limpio.

-¿Qué hora es? -dije, retóricamente, mientras consultaba mi reloj, algo nervioso, y pensaba que debía haberse estropeado.

-Pues no huele mucho a humedad -comentó extrañado el pajarero- de hecho huele como...

-Nos tenemos que ir - se apresuró Mila, abriendo la marcha y arrastrándonos.



## CAPITULO X. *El Tubo*

*-Es increíble Mila –comenté.*

-Sí, es especial –meditaba Eugène.

Se había sentado sobre la cama. Abrazaba sus rodillas sobre su pecho, bajo su barbilla, y miraba con la cabeza baja a un punto que, pasando por sus rodillas, acababa en el infinito. Pies desnudos sobre el centro de mi cama, llevaba un rato sin hablar, mientras yo preparaba algo para cenar.

Cuando nos sorprendió el pajarero, Charlie, yo no había tenido tiempo de reaccionar del todo en ningún sentido.

Mila y Eugène se hicieron cargo de la situación con habilidad, de forma que pronto salimos del sótano sin levantar las sospechas de Charlie, que confiaba en ellas; la verdad, no sé por qué.

Al salir notamos que se nos había hecho tarde, lo que confirmaba la consulta que yo había hecho al reloj, que en principio supuse estropeado, y aún me tenía confundido.

Habíamos pasado unas cinco horas ahí abajo, a oscuras -o lo que fuera-, si mi reloj no mentía: El pajarero había tenido tiempo sobrado de abrir y volver a cerrar su tienda en su turno de tarde.

Mis recuerdos eran nítidos: no tenía conciencia de ningún periodo en blanco. Y sin embargo el conjunto no justificaba tal inversión de tiempo.

Mientras preparaba unos sandwiches en el micro-ondas y algo de ensalada de escarola aderezada con aceite y limón, reconstruía una y otra vez la escena.

A mí la ocupación manual me ayudaba a pensar. Al parecer Eugène necesitaba la inmovilidad tántrica.

Otra vez, desde el principio. Trataba de comprender cuándo, cómo, a causa de qué había transcurrido tan largo periodo.

Me sobresaltó el timbre del micro-ondas, y el darme cuenta de que había pasado por alto algo fundamental.

Puse en una bandeja sandwiches, ensalada, cubiertos, agua -el vino y los vasos estaban en mi habitación- y me apresuré a comentarlo con Eugène.

Al tiempo que colocaba la bandeja delante de ella, sobre la cama, con el consiguiente peligro de accidente doméstico, y acercaba una silla al lado de la cama, para compartir la “mesa”, pregunté a Eugène, que continuaba inmóvil.

-¿Qué era?¿Qué era eso que tocamos?

-Es un documento, una pista. No sé si únicamente una pista, o El documento.

-Pero ¿dónde está?

-Lo he dejado en la mesilla de la entrada.

-¿Sí? –me sorprendí-. No había pensado en ello hasta ese mismo momento.

-¡Claro!

No entendí qué es lo que estaba tan claro. Le interrogué con la mirada.

Por fin, despacio, deshizo su postura fetal para adoptar otra más clásica, reclinada como un patricio romano a punto de iniciar una orgía culinaria. Tomó un sándwich y un poco de escarola, sin usar cubierto alguno.

Su cara recuperaba su expresión más habitual: cuando se burlaba de mí. No supe si alegrarme.

Entre pequeños bocados, empezó.

-¡Come hombre! –y me ofreció el otro sándwich-. La pista, o mensaje no se va a ir. Nosotros lo llamamos el tubo, sin más.

Me había levantado precipitadamente, rechazando por el momento el sándwich, antes de que terminara de hablar.

Me acerqué hasta la mesilla de entrada, donde algo metálico, con pulido mate, esperaba inocentemente.

Del primer vistazo, siempre he sido muy agudo, comprendí lo de “el tubo”. Era muy descriptivo.

Por algún motivo inconsciente, decidí no tocarlo.

-¡Se puede tocar!¡No muerde! –escuché desde la otra habitación.

Pero esto no me hizo cambiar de idea. Preferí cenar antes. Pensé que los sobresaltos se llevan mejor con el estómago lleno.

-¿Está seguro ahí? –comenté, aunque con una preocupación limitada: En realidad, tenía hambre.

-Mejor que en una caja fuerte, no te preocupes –siguió a lo suyo con la escarola y el sándwich-. Termina de cenar. Ahora vamos a salir un rato a tomar algo, y te cuento lo que yo sé.

-¡Qué detalle!

-Mañana podemos proceder al análisis, lo que llevará su tiempo. Probablemente necesitemos ayuda.

Decidí confiar en ella. ¡Qué remedio! Terminamos de cenar sin volver a hablar, pensativos o concentrados en el queso y el jamón.

Observé que ella había preferido vino esa noche: Un tinto de Burdeos que yo guardaba para grandes ocasiones, en lugar de agua del grifo, como era habitual.

(...)

Como suponíamos, “la Tetería” estaba bastante despejada. Sólo gente sin horario, como nosotros, andaba entre semana a aquellas horas por allí.

Eugène me llevó al rincón del salón oriental después de haber encargado unos combinados, que nos trajeron inmediatamente, y nos dispusimos a invertir una buena cantidad de tiempo en alargar los combinados y, esperaba yo, aclarar un poco el cisco en que me estaban metiendo Eugène y sus “amigos”.

Antes de salir habíamos observado con más detenimiento el tubo, que ciertamente no mordía y tenía un aspecto de lo más inofensivo. Eugène prometió contarme todo lo que sabía al respecto, y en eso estábamos.

Pero ella no parecía tener prisa, y yo estaba superando el estrés y empezaba a pensar, vagamente, en posponer el asunto y aprovechar la noche en otros menesteres más primarios.

Cuando asomó Mila.

-Hola –se acercó sin más, y se sentó al lado de Eugène.

-Hola ¿Cómo tú por aquí –pregunté-, sola?

-Le telefoneé que viniera –me informó Eugène, deferentemente- Hola Mila.

No era éste mi plan...

-Sí. Has estado muy afectado para asumir lo que ha pasado –trató de explicarme.

Yo me sentía, y mi cara lo delataba, molesto, por no enterarme de nada, y por el cambio en los planes que yo estaba haciendo por mi cuenta.

No es que no apreciara la presencia de Mila. Me caía bien, pero...

Como siempre, Eugène pareció leer mis pensamientos.

-Le dije que viniera, mientras preparabas la cena –dijo.

Y yo pensando que hacía yoga... Ni me enteré. No me entero de nada.

Mila escuchaba, sin decir nada. Había pedido algo al entrar al pub, y ahora se lo traían. Evidentemente, no estaba de paso.

-Es simpático tu amigo, el pajarero –Eugène hablaba con Mila ahora.

-¿Carlos?, ¿Charlie? Sí.

-Por un instante sospeché de él.¿Cuándo apareció así, de pronto! Creí que nos habían descubierto.

-Lo que pasa es que no habíamos calculado los tiempos.

Escuchaba a Mila con atención. Me daba la impresión de escuchar a otra persona diferente de la que yo creía conocer.

Callé de momento, esperando mi oportunidad de sorprenderlas con alguna cuestión aguda y fundamental que, extraída de mi agudo punto de vista, las sorprendiera. Aunque no la vislumbraba, la verdad.

Mila siguió hablando, con un control de la situación insospechado.

-Yo también pensé en una traición, pero al ver a Charlie me tranquilicé. Nos conocemos de toda la vida. Pero tú no perdiste el tiempo.

-Tenía que estar preparada para cualquier cosa. Hice desaparecer el tubo de inmediato, nada más encenderse la luz. Aunque si hubiéramos sido traicionados, en la situación en que estábamos, puede que hubiera sido inútil.

-¿Dónde lo escondiste? –pregunté, mientras valoraba las posibilidades en cuanto al tamaño del artilugio y las opciones de ocultación de que disponía Eugène: Camiseta negra sin hombros, ceñida, sin sujetador, shorts cortísimos, sandalias,...

-No te importa –las dos me miraron con cara de enfado-. Lo llevaba encima cuando salimos. Eso debe bastar.

Bueno. Parece que yo era el tonto de la película. A callar. Observé que había cambiado el short por un pantalón vaquero que debió olvidar en casa en algún otro momento. Tampoco recordaba tal cambio. La camiseta seguía siendo la misma. Estaba deliciosa, pensé, para consolarme de mi estúpida ignorancia.

Mila sonreía ahora, observando mi expresión cambiante y la dirección evidente de mis miradas.

-Los detalles no son importantes –zanjó Mila, mirándonos a ambos condescendiente, en una actitud que yo no entendía- Mis conocimientos, como sabes, son limitados.

Ahora se dirigía a Eugène, obviándome de nuevo.

-Empecemos por el principio –Eugène se dirigió a ambos- El tubo...

-¡Vaya manera despectiva de referirte alartilugio! –dije. Pero ella continuo, como si no me hubiera oído.

-El tubo –repitió- se hallaba bajo la marca. Apareció ante la invocación...

-¿Cual invocación? –ninguna de ellas me hizo caso. Me sentía transparente.

-... y aunque yo no conocía los detalles del proceso, en líneas generales se ajustaba a lo esperado.

Antes de que yo hiciera otro comentario, con respecto al proceso esta vez, ya Eugène había puesto su dedo sobre mis labios. A callar de nuevo. ¡Señor!, ¡Sí, señor!, grr..

-La cuestión ahora es averiguar si hemos hallado un mecanismo auténtico. Si la pista es eficaz. Si no es un tubo falso o engañoso.

-¿Cómo sabemos si es falso?

-Sólo podemos seguir las indicaciones y ver a dónde nos conducen.

A ella sí le hacía caso.

-¿No es peligroso?

-No tiene por qué serlo. Simplemente podría perdernos en el tiempo.

-¡Vaya gracia!¿No? –pude intercalar, apartando su mano de mi cara un momento.

-Sólo los no iniciados se pierden en el tiempo –dijo, coreada por Mila.

-Me consuelas ¡Cómo yo soy un experto!

-No te preocupes mientras estés conmigo.

-Incluso yo –dijo Mila, para animarme- podría echarte una mano si fuera preciso...

Soy el tonto de la película, pensé de nuevo.

-Soy el tonto de la película –dije resignado. Pero ninguna de las dos me contestó.

-El descifrado llevará algo de tiempo, pero no mucho –dijo Eugène- tenemos experiencia.

-En eso no te puedo ayudar –dijo Mila.

-Hablaré con don Simón, el doctor, para aligerar.

Mila me miró ahora, estudiando mi expresión. Estaba yo un poco cabizbajo.

Acabó, de un trago, su consumición. Algo sin alcohol, a juzgar por el largo trago. No sé.

-Yo tengo que madrugar –dijo al fin-. El viernes podemos quedar. Mi novio se va todo el fin de semana a una concentración motera. Yo eso no lo soporto.

Se me pasó por la imaginación la cara del pobre novio de Mila, tan simpático, tan complaciente, tan estafalario vistiendo... Hoy me sentía solidario con él.

-Te llamo –dijo Eugène-. No pagues al salir, te invitamos.

Mila se levantó, se despidió con la mano, y se dirigió a la puerta, sin más.

Yo estaba bastante malhumorado. Se me habían pasado las ganas de...

Ella se recostó sobre mí. Rozó su mejilla sobre la mía. Murmuró algo sobre su cansancio, mientras frotaba su mejilla y sus labios sobre mi cara.

Yo intentaba no reaccionar. Mi voluntad se doblaba, sin embargo, a pasos agigantados.

Me cogió las manos y las posó sobre su vientre, mientras susurraba algo en francés. Me subió las manos, despacio, sobre su piel, hasta alcanzar el pezón erecto de su seno izquierdo.

Decidí que mañana por la mañana le cantaré las cuarenta. Ahora no podía, con los labios ocupados.

## CAPITULO XI. *El documento*

### *Martes, a tantos de tantos... Lo que contenía el tubo.*

Cuaderno de campo de Juan T. Volta sobre lo encontrado en el sótano de la corrala.

(Dije que no iba a llevar un Cuaderno de campo; y he cumplido hasta ahora. Pero me he encontrado con que únicamente poseo notas mentales sueltas sobre las explicaciones y comentarios que nos hizo el doctor Simón, en una tarde, y que yo intenté resumir por la noche, para ver si me había enterado de algo. Con poco éxito. Transcribo las notas, y los comentarios que se me van ocurriendo. Técnica y científicamente, no poseo formación, por lo que se deben disculpar las inexactitudes, que sin duda me son achacables, y no al doctor.)

Interior del tubo.

Preguntas:

¿Dónde está el subterráneo, sótano, túnel, cripta? ¿Cómo se llega allí?

El tubo debe contener la información que nos lleve a tal lugar, presumiblemente subterráneo, en el cual o desde el cual se accede a una puerta.

Creemos que ésta es la información que vamos a encontrar en el tubo.

Comentarios sobre el texto:

Ciclo de textos. Antes de Piscis, Egipto, Sumeria, lenguaje cuneiforme ¿legible?, Piscis, legible, Acuario, legible, siguiente, ilegible, Vertical, ¿oriental?...

Descripción:

Papiro, becerro, piel ¿de qué animal o persona?, pergamino de Pérgamo.

El material sobre el que está el escrito es finísimo y sin embargo resistente, oscurecido por el tiempo de forma natural, o artificial para su conservación, como una patina.

Los ejes brillan, sin óxido, en tono mate, sin huella del paso del tiempo ¿De qué material está hecho?

Cerrado es un cilindro de unos diez centímetros de largo, con un diámetro de poco más de un centímetro.

Desenrollado tiene unos quince centímetros de largo, por unos diez de ancho.

El mecanismo salta automáticamente por contacto.

Pero no es seguro que lo pueda disparar cualquier persona o circunstancia.

Decide aparentemente por sí mismo, basándose en un abanico de datos que recoge de la piel que lo sostiene, su apertura o cierre.

Como comentario, diré que Eugène y Mila lo manipulan a voluntad, el doctor con dificultad. Yo de forma aleatoria...

Al desenrollarse, se extiende por los extremos y aparece el texto.

En un vistazo general, parece dividido en párrafos, de tamaño similar, sin enmarcar, sin encabezamiento ni firma, sin fechas.

El rollo adopta forma circular, es decir no tiene cabecera ni final. Es un arrollamiento sobre dos ejes continuos donde no se distingue unión.

El texto está dividido claramente en sectores o “párrafos” cuyo contenido no se aprecia a simple vista. Es necesaria, como habíamos supuesto, una óptica muy potente para distinguir signos diferenciados, pero sí se perciben los bloques o párrafos. Como un microfilm.

El número total de párrafos o divisiones es de trece.

Los textos, según el doctor, parecen coincidir con eras astrológicas. Trece, porque incluyen a Ofiuco. Parece seguir el ciclo astronómico, no el astrológico, primitivo.

En un primer vistazo, con una lupa que el doctor traía, se distinguen alfabetos reconocibles en cuatro ocasiones, dos de ellas consecutivas. Reconocibles no quiere decir traducibles, entendibles.

Otros signos resultan desconocidos. En dos de ellos, alternos, las líneas se ordenan verticalmente, como en chino, pero los signos son claramente diferentes del chino o grafía similar. Otro parece dispuesto para ser leído de derecha a izquierda, como el árabe.

La superficie de lo que llamo párrafos varía de uno a otro. Algunos se ven más densos o largos que otros.

Se intuye, sin embargo, que se trata de textos muy similares, si no idénticos en significado. En otras circunstancias se podría pensar en una nueva piedra Roseta, salvo

que estos textos no estaban destinados a ser publicados en ninguna forma. Y no se veía que ninguno nos pudiera servir de referencia con facilidad.

Sería importante detectar si realmente el papiro pretende ser circular, o existe alguna unión clara que se pueda tomar como inicio, y tan sólo se trata de un ingenioso mecanismo para usar con comodidad, lo que indicaría sucesión, o ciclos.

De no darse esta unión que implique principio y fin, estaríamos ante un sistema circular, repetitivo, de eterno retorno...

Todo ello está relacionado con la concepción del tiempo y el espacio del autor o autores. Aunque a mí me suena todo a chino, para Eugène y Mila parece tener sentido.

Del análisis de los párrafos que parecen asequibles, quizá se desprenda algo.

En cuanto al material de que está construido el artilugio, tanto el presunto pergamino soporte como los ejes que lo permiten girar, prefiero no ser muy curioso, en principio. No quiero añadir cuestiones técnicas a mi ya saturada mente de preguntas sin respuesta. (Se puede hablar de similitudes con materiales conocidos, a la vez que de discrepancias notables).

De una primera aproximación no se deduce una edad reciente, ni lejana. Da la sensación de nuevo y viejo a la vez. Su peso: resulta sorprendentemente liviano, aún considerando su contenido y su tamaño.

Notas tomadas sobre las informaciones del doctor Simón

(Incompletas e inexactas, debido al desconocimiento de la teoría general que manejan el doctor, Eugène,... ¡y Mila!)

Consideraciones sobre “el tubo” y sus implicaciones:

El mecanismo es sencillo de comprender, aunque no así de qué forma se ha podido pergeñar, puesto que hay que tener en cuenta que se deben dar una serie de circunstancias que no son casuales, que deben ser calculadas con antelación para que se den en una época determinada.

El cálculo se puede hacer sin demasiadas dificultades. Los conocimientos astronómicos, en paralelo con los astrológicos, pertenecen a los inicios de la raza humana, y disponiendo de plazos de tiempo inmensos y tomando unas referencias con alto grado de inmutabilidad, la situación llega a ser previsible, como demuestran los monumentos megalíticos, entre otros.

Sin embargo en este caso se da una combinación en que ya no resulta válido el razonamiento clásico, puesto que lo que se sugiere en el documento no depende tan sólo de cálculos matemáticos cartesianos más o menos precisos sino que hace intervenir claramente el factor humano en una forma que actualmente nos resulta incomprensible.

Las matemáticas que intervienen aquí son desconocidas casi por completo en la actualidad.

La estadística, el dominio  $z$ , la lógica difusa, el cálculo de fractales, la búsqueda de los algoritmos de la inteligencia artificial, la teoría de Super Cuerdas, son rudimentos de toda una especialidad matemática, precisa para comprender y elaborar semejante artilugio.

Se puede calcular con bastante posibilidad de éxito sobre elementos naturales, como una montaña, una gran roca, una construcción artificial de cierto porte incluso -si bien sólo las pirámides han salvado este escollo temporal-. El periodo de validez resulta finalmente demasiado limitado.

Pero si nos basamos en determinadas construcciones humanas, más efímeras, fácilmente alterables, y conocida además su segura alteración, que en estas circunstancias ha de ser intencionada, puesto que la aparente accidentalidad favorece y tiende al resultado apetecido, el mecanismo se nos hace incomprensible, tanto como las propias herramientas matemáticas que lo hacen posible, porque implican la colaboración, voluntaria o no, de personas y sociedades. Hacen intervenir, fundiéndolas, psicología, sociología, estadística...

Existe una opción evidente a considerar: Que el documento sea falso, apócrifo, que no posea la antigüedad que pretende, que sea relativamente reciente.

Esto implicaría una burla,... o una trampa.

Otra opción llevaría al conocimiento del futuro, desde su inclusión en el tiempo, hasta un extremo increíblemente absurdo.

Una tercera, no menos increíble, pero de la que aparecen algunos factores que la abonan, es la posibilidad de manipular el tiempo.

Al enfrentar estas opciones, se puede optar por la fe sin más, y abandonar nuestra natural tendencia a entender.

La hipótesis del doctor es que Mila desencadenó, bajo nuestra influencia, la "creación" del tubo en un sitio donde no estuvo nunca y ahora está siempre. La paradoja forma parte de todos los estudios sobre el tiempo.

## Conclusiones y líneas de actuación

Dado que, lógicamente, en mi apartamento no hay parafernalia para el tipo de estudio que el doctor necesita realizar, ni los documentos y fuentes que debe consultar, ha optado por trasladar a Madrid el chisme a cuyo estudio y descifrado calcula que dedicará no menos de dos días.

En los laboratorios de la Universidad Autónoma tiene amigos que le ayudarán a manipular el mecanismo. En la Biblioteca Nacional espera encontrar la documentación que ayude a la interpretación. También quiere consultar algún archivo privado que ha nombrado en forma genérica.

Eugène y yo hicimos planes para dilapidar un par de días, con sus noches, después de despedirle en la estación.



## CAPITULO XII. *La escalera del jardín*

### *La escalera era una idea obsesiva de Eugène.*

Estaba claro que la inactividad era algo para lo que ella no estaba preparada.

Me llamó, con cierta impaciencia, con la idea de analizar por nuestra cuenta y en paralelo con el doctor los datos de que disponíamos; no parecía darse cuenta de que era un trabajo inútil:

Ella no estaba capacitada, aunque quisiera pensarlo, para ese tipo de trabajo, que además probablemente le aburriría; quizá sí que poseía los conocimientos suficientes, pero estaba claro que le faltaba la serenidad, la experiencia de la edad para usarlos adecuadamente. Por mucho yoga que practicara...

Yo estaba en cambio perfectamente capacitado para admitir mi supina ignorancia con naturalidad y aplomo, aunque viéndola en ese estado de excitación, traté de aprovechar su debilidad y tomar las riendas de la situación, llevándola a mi terreno.

Bienintencionadamente, quiero que se me entienda: No pensaba, aunque fuera siempre bien recibido, en las prácticas de telepatía por el “método Eugène”...

Si mi conclusión sobre la situación de “stand by” me llevaba a tratar de conducirla hacia la paciencia, la espera tranquila, aprovechando el tiempo que se nos regalaba en actividades lúdicas, no era sólo porque es lo que más me apetecía a mí.

(Qué bonitos recuerdos, sin embargo, acumulados en un par de días de “dulce far niente”, sosegados, al menos por mi parte; de un par de noches que traté de aprovechar vaciándolas de sueño para llenarlas..., de otras sensaciones.)

Pero, aunque su espíritu rebelde me sobrepasaba, por una vez, intenté engañarla.

Quizá me lo permitió.

Yo sabía de su conocimiento profundo del casco antiguo de Aranjuez, de cada una de sus edificaciones históricas, de sus jardines, en especial el de la Isla, abundante en fuentes y estatuas, a la búsqueda de señales encriptadas, marcas,... esas cosas que ella buscaba.

También deduje que, con este sistema, habría olvidado o prestado menos atención al jardín vegetal, el del Príncipe, donde lo importante es el paisaje, los árboles, los arbustos, el bosque, y donde sus escasas construcciones se supeditan a la naturaleza.

En mis paseos por el jardín, primero solitarios, había al fin trabado conversación y un principio de amistad con bastantes personas que adoraban ese jardín en particular y conocían sus más íntimos rincones.

Me enseñaron muchas cosas. Más de lo que podía asimilar. Y un común interés nos unía, aunque nuestras motivaciones fueran diversas.

Por múltiples razones a mí me había atraído más que la compleja imaginaria del jardín de la Isla, en la que Eugène parecía especializada, y traté de aprovechar mi supuesta ventaja, arriesgándome a su burla, ofreciendo una “pista” que me pareció que podía sacarla de su perpetua tensión.

Como, por algún motivo que se negó a explicarme, la escalera era su imagen obsesiva, la busqué en mi memoria y la encontré: Me refiero a una escalera física, de verdad; no podía arriesgarme a mencionar el significado que Freud suele atribuir a la imagen de la escalera, porque seguro que ella había estudiado psicología en profundidad, y saldría sin duda trasquilado. Y era preferible soslayar el lado emotivo e inclinarse por el pseudoracional, tratando con semejante personita.

Traté de, mediante circunloquios aparentemente casuales, llevarla donde yo quería. Dudo mucho que consiguiera engañarla, pero pareció permitirme hacerlo: Me sorprendió lo fácil que resultó.

En realidad, me tomó en serio enseguida. Una reacción que yo no esperaba, y que de una manera vaga ella relacionó con mi “marca”. Esto me disgustó, sin saber por qué, pero lo olvidé de inmediato, ante su atento interrogatorio sobre mi sugerencia.

Realmente yo había visto esa escalera que, dado mi temperamento románticoide, me sugirió algunas ideas que trataba de aprovechar para mis escritos. Pero lo importante, para mí, era el lugar donde estaba.

Para llegar a aquel lugar era preciso cruzar, a pie -la circulación rodada estaba rigurosamente prohibida-, “mi” jardín.

Durante el paseo hasta nuestro destino, a través de largas y bien delineadas arboledas alternando con sinuosos caminos cubiertos hasta ocultar el sol, le fui comentando mis impresiones, echándole imaginación, y señalando lo que en el trayecto había ido llamando mi atención.

Su interés me seguía sorprendiendo, pero disfruté viéndola callada durante tanto tiempo seguido: Quizá había entendido, por fin, que nosotros no podíamos hacer nada práctico, y que era mejor aprovechar ese corto periodo en blanco para hacer turismo disperso, de sensaciones...

Quizá me estaba dando una tregua.

Yo lo disfruté lo mismo.

No quise pensar en lo que opinaría mi editor de estas improvisadas vacaciones...

Mi escalera estaba, geográficamente, en lo que podía ser el centro de aquel inmenso vergel.

La forma que toma el jardín la delimitaban dos fronteras: Una natural y sinuosa que forman los meandros del río, separada su ribera del jardín por una larga muralla de piedra, abierta en insospechados embarcaderos en tramos irregulares, que seguía el curso del río, y la otra artificial y lineal, en forma de verja de hierro fundido entramada en columnas de ladrillo macizas rematadas por adornos de piedra. Ambas de kilómetros de largo.

En el extremo donde el puente sobre el Tajo da acceso a la población, se unen las dos. En el opuesto, se abre en grandes sotos de ribera que se prolongan hasta las huertas, por lo que, a grandes rasgos, el jardín se puede considerar un gran triángulo isósceles -no quiero saber de dónde procede este lenguaje tan técnico que de un tiempo a esta parte está estropeando mis novelas, supongo que el doctor resulta en definitiva una mala influencia...-, cuya base cerrara el mismo río en amplia curva.

Como sea, por capricho Real probablemente, o por intuición de alguno de los experimentados jardineros que lo fueron trazando, hacia su centro se construyó, porque el natural del valle es llano, una aparentemente absurda montaña artificial.

Denominada “Rusa” sin ningún motivo más que el de ser una rareza.

Sirve de mirador y de adorno, y sus laderas están pobladas de diversos árboles de gran tamaño, arbustos, bambúes, especies exóticas o de otras latitudes, en imposible mezcolanza, y tapizadas de fresas silvestres.

Su altura no sería notable si no fuera porque es la única prominencia en kilómetros. Pero su inserción en el interior del jardín, rodeada de árboles de gran porte, la hace invisible desde el exterior, confundida su masa vegetal con el resto de elevadas copas que se mezclan con las plantadas en su pendiente.

Se distingue claramente sin embargo su cima, porque está rematada por un templete de madera coloreado en verde intenso y blanco que cumple la misión de mirador, y de refugio.

Llegar allí no lleva más de veinte minutos, paseando, si se sigue el trazado de calles y caminos; algo más si se atraviesan las masas de bosques siguiendo senderos delineados en forma aleatoria por los que se evita el camino real, sin que suponga un atajo seguirlos, ya que no es ese su objeto.

Vienen estos senderos marcados más bien por árboles singulares o macizos exóticos, autóctonos o aclimatados. O por alguna fuente, que en este jardín están ocultas y accesibles tan sólo por caminos que no las anuncian, sino que las muestran por sorpresa.

Y a pesar de su posición céntrica, si seguimos el camino que llamé real, es posible que la “montaña rusa” nos pase inadvertida, porque se aparta de éste, como si no quisiera ser una parada hacia otro lugar, sino un destino en sí misma.

Por supuesto, elegí los caminos ocultos, que yo había llegado a conocer lo suficiente como para no perder la orientación.

Fui comentándole lo que había yo aprendido por mí mismo, y lo que viejos y jóvenes amantes del jardín, que sabían cuándo y dónde una nueva especie había sido plantada, o había brotado de forma espontánea, y conocían algunos árboles por su nombre de bautismo, además del latino, me quisieron enseñar en diferentes paseos de placer, sin meta.

Hasta hace unos veinte años, cuando noviembre iba mediado y hasta mediados de diciembre, los jardineros trepaban a los árboles para varear las ramas y coger las pacanas. Conocían los pacanos por el fruto y los designaban con antiguos nombres propios tan peculiares como: "Espatarrao", "Camello", "Banderilla", "Chiquitín", "Piñón", "Blanquillo", "Rayao", ...

Eugène me preguntó por algunas especies o árboles notables, no sé si por interés, o por saber hasta qué punto yo sabía de qué hablaba.

Si era esto último, sin duda me descubrió, porque yo no había sido buen alumno y sólo me quedaban en la memoria los detalles que me impresionaban por motivos que nada tenían que ver con la botánica...

Pero pareció conforme con mis aventuradas explicaciones.

No hubiera sido igual si hubiéramos hablado de especies de vid, pongamos por caso. Yo sabía, por experiencia, que era un terreno resbaladizo con ella.

El caso es que llegamos al pie de la montaña casi sin darnos cuenta.

Subir a la montaña era sencillo: Bastaba elegir cualquiera de los caminos bordeados de setos o hileras de cipreses que, en espirales paralelas, confluían en la cima.

Pero nuestro objetivo no era, en principio, ese.

Yo sabía que existía otro acceso, menos evidente, aunque no oculto.

Se trataba de una estrecha escalera pétreo, de cortos escalones de piedra pulida y gran pendiente, amurallada de ladrillos, y que podía suponer un atajo por su vertical desnivel, pero que apenas era utilizada porque los caminos en rampa eran mucho más cómodos y agradables para un ascenso sin prisa.

Además, por estar orientado al norte, bordeada de yedra resultaba más sombría.

Lo curioso, y yo trataba de interesar por ello a Eugène, es que, a través de algunas fisuras de la piedra donde el agua había erosionado los bordes, se podía comprobar la oquedad de toda la montaña. No estaba hecha, deduje, por acumulación de piedras y tierra, sino recubierta por una capa de tierra sobre lo que podía ser un cono o pirámide, en cuyo interior me pregunté qué podía haber. Y ahora se lo preguntaba a Eugène, que miraba, desde el pie de la escalera, hacia arriba, comprobando la existencia de las oscuras aberturas que yo le había indicado.

Y de forma práctica, tras subir algunos escalones, se inclinó y chilló de forma aguda, sin avisar, a través de la grieta de un escalón que ofrecía más amplitud al interior, por rotura, recibiendo en respuesta un eco sordo que confirmaba mis sospechas. Mi natural pudor me hubiera prohibido, caso de ocurrírseme, soltar un grito de esa catadura. Yo, en su momento, había deslizado por una grieta superior una piedrecilla que sonó al poco sobre lo que parecía enlosado, piedra sobre piedra.

La conclusión era la misma.

Eugène admitió que el lugar era para tomarlo en consideración, y ya había localizado, detrás del muro que flanqueaba la escalera, una pequeña puerta verde metálica, que parecía incrustada en la piedra misma.

La proximidad de una hilera de invernaderos, algunos aperos de jardinería y un botijo en uso delataban la probable utilidad de lo que fuera que hubiera tras la puerta, que estaba cerrada con un candado que Eugène examinó con atención, aunque no hizo nada más con él.

Olvidó la escalera, sin comentar, y eligió una de las subidas en rampa de tierra que comenzaba en un arco formado por el entramado de dos cipreses, y que arrancaba su ascensión muy cerca.

Me tomó la mano y me condujo, en silencio, hacia arriba, por entre los setos que hacían de barrera hacia el exterior y el talud de tierra interior donde se alternaban macizos de flores de temporada con fresas florecidas en pequeños pétalos blancos, apuntando en amarillo su fruto, según la orientación de la falda fuera norte o sur. Tomó de paso una fragante fresa madura que no había sido detectada por los madrugadores pájaros especializados en ello, y me la ofreció, sin dejar de andar despacio, mientras saboreaba la que con anterioridad había recolectado para sí.

Tras un corto espacio de tiempo, distraídos con el privilegiado acceso al paisaje que se nos iba mostrando todo alrededor de la montaña, llegamos a la cima y entramos en el pabellón de madera policromada.

Dentro, en la penumbra de la tracería que contrastaba con el brillante día, cuando la visión se adaptaba al súbito cambio, se prolongaba un banco de madera adosado a las paredes, aunque para mirar el paisaje que se ofrecía desde aquella altura era preciso arrodillarse apoyándose en el marco de las arcadas, sobre el banco, cosa que hicimos, para contemplar el techo de la gran masa arbórea que se extendía en todas direcciones, rayada de caminos trazados con suficiente ancho para no quedar cubiertos por las copas.

Los senderos resultaban invisibles, y solo algunos claros cultivados de hortalizas, para justificar la antigua huerta, frutales bien alineados, más bajos, o algunas zonas de “parterre” clareaban el inmenso mar verde de variados matices, del que emanaban mezclados diferentes aromas, arrullos de palomas ocultas entre las espesas ramas, y otros sonidos supuestamente naturales difíciles de identificar.

La avanzada primavera se mantenía viva en este rincón por obra de los experimentados jardineros que se ocupaban de ello, continuadores de los expertos jardineros que lo diseñaron.

Tras un rato de contemplación silenciosa, Eugène pareció encontrar insospechadas similitudes entre aquellos bancos adosados a la pared, evidentemente bo pensados para una larga contemplación, y los de “la Tetería”. Con el fondo de los pájaros, sin alcohol, decidió que por qué no aprovechar el parecido.

Le hubiera preguntado por sus impresiones sobre “mi” jardín, pero pensé, mientras trataba de acomodarme al estrecho apoyo, que podía esperar a la bajada...

Sin embargo el aviso de la llegada de un inoportuno SMS interrumpió nuestra conversación sin palabras.

¡Vaya!

El hechizo se deshizo.

El doctor le había enviado a Eugène un mensaje de cuatro letras, que ella se apresuró a leer, perpleja:

“Buda”.

-¡Vamos! –Eugène me arrastró literalmente, en loco descenso y absurda carrera, hasta la puerta más cercana del jardín, mientras deliraba sin sentido, murmurando para sí misma.

-Buda, la India, el Tibet, ¡Oriente!...

Había hablado con el doctor, que estaba al parecer de camino.



### CAPITULO XIII. *Buda*

*-“Buda” parece remitir a la India, al Tibet, al oriente, en cualquier caso.*

El doctor, que nos esperaba en el portal de mi apartamento, fue introducido por Eugène con prisas y sin consideración en el ascensor.

Nada más subir los tres, Eugène -que nos precedía- se abalanzó sobre mi ordenador mientras simulaba escuchar al doctor, que se sentó en la única silla, reflexivo.

Menos mal.

Ambos me ignoraban, sin embargo, para no perder la costumbre.

-¡Buda! ¡El oriente! –exclamaba Eugène.

-No tiene por qué ser así, por otro lado. Por ejemplo, la capital de Hungría es la unión de dos ciudades, Buda y Pest, siendo este Buda de origen traído de oriente a centroeuropa, que también fue musulmana, y que sigue siendo cruce de caminos entre oriente y occidente.

-Me agradaría esta solución, porque Budapest es un bello lugar.

-La India, en cambio, es un subcontinente inmenso, en el que podríamos andar buscando demasiado tiempo, incluso no encontrar la pista jamás.

-Es por eso que... –nada, ni caso-.

-Sin contar con que Buda no se limita a la India, sino que se extiende su influjo por archipiélagos y países lejanos, incluidas zonas de la inmensa China.

-Es la solución más complicada.

-También se puede pensar en un juego de palabras, que no ha de ser muy complejo, con tan solo cuatro grafos en la combinatoria”.

-¿Buscamos en Google?

-Pero yo no voy a ir a ninguna parte –traté de interrumpir con firmeza su diálogo-.

-Ya –Eugène debió sonreír interiormente. Parecía seria, sin embargo; más bien poseída. No dejó de repasar las agencias de viajes, como si no me hubiera escuchado, apurando los megabytes de velocidad de mi conexión a internet. La de la editorial.

-Aquí hay algo interesante –comentó el doctor, mirando a la pantalla sobre su hombro-. Es un vuelo desde Heatrow hasta Calcuta, con escala en El Cairo.

-Yo tengo mucho que hacer aquí –insistí enfadado, como si hubiera alguien prestándome atención-. Además, necesito el ordenador...

¡Como si eso les fuera a cortar!

-... desde El Cairo, ha de haber algo para Jordania; y es muy económico, porque cogemos plazas que no se van a utilizar hasta El Cairo.

Leía el doctor, sin mirarme siquiera, sobre el hombro de Eugène, que tecleaba con energía y velocidad.

-Pero sólo hay dos plazas –se adelantó Eugène.

-Mejor, porque yo no voy –insistí.

¡Como si hablara con la pared!

-Es cierto. Mira éste. Paris Amman. Directo, desde Orly.

-Es algo caro. No importa: Mira las fechas.

-La semana que viene; perdimos el de ayer. No vale. Debemos salir antes.

-Por mí como si os vais ya mismo –le dije, de pie, las manos sobre la espalda, a la persiana de la ventana-

-A ver éste. Stuttgart, Roma, El Cairo. No me gusta el aeropuerto de Stuttgart. Habría que salir de Roma. Madrid Roma o Madrid Milan es diario, desde Barajas.

-Yo voy a hacer mi maleta, y me voy para O Grove, que no tiene aeropuerto, desde Chamartín –le comenté ahora a un taburete vacío.

Las pantallas seguían apareciendo en mi máquina, que sin duda no estaba acostumbrada a tal trasiego, y quizá se molestara. Deseaba que el ordenador estallara por el esfuerzo, o le entrara algún virus, o se colgara, o algo de lo que me sucedía a mí tan a menudo, para que al menos se fueran a planear sus viajes absurdos a otra parte.

Nada de eso sucedió, sin embargo: El aparato se comportaba como si siempre hubiera funcionado de aquella forma alocada.

Pensé -una vez que la máquina me había traicionado- en llenar mi bolsa de deportes y huir a las Rías Bajas de inmediato, como había amenazado.

Me dirigí al armario, tratando de no escuchar.

-...en dos días estamos en El Cairo, y después a Jordania otros dos, como máximo...

-¡Aquí hay un charter directo Madrid Amman! Si es verdad lo que dice, puede resultar: Estaríamos en Petra en dos días. Mira a ver si hay plazas.

No quise oír más. Me fui a paseo. ¡Era el momento de coger el toro por los cuernos!

No parecieron percatarse.

Bajé corriendo, cabreado, y tome el camino del Pub, aun sabiendo que a las doce de la mañana estaría cerrado.

Iba hablando conmigo mismo, pero no sé lo que me decía.

Quizá valoraba la posibilidad de separarme de Eugène ahora, porque noté un vacío doloroso en el estómago, al entrar en el Albero...

Era un paseo de diez minutos, que me sentaría bien. Un *paseillo* desafiante:

¡Que me quieren llevar ahora al quinto pino! ¡Y un cuerno! ¡Cojones de pato!, como dice Gema.

¡Antes me cojo el tren, sin equipaje, y me marcho a Pontevedra!

Además, en Amman estará prohibido el alcohol...

El paseo, por lo demás, estaba resultando agradable: La primavera se comportaba; los almendros del huerto de las monjas de clausura maduraban, sobre la tapia. Los pájaros andaban dando la paliza por todas partes. Los árboles aportaban su sombra ya agradable, aunque tampoco el sol resultaba todavía agobiante. El cielo era azul cielo, despejado. Habían regado, el ambiente estaba fresco y el verde predominaba.

La alternativa se auguraba triunfal. El ambiente colorido.

(Ese dolor de estómago, que no se iba...)

Cuando llegara al Pub, como estaría cerrado, elegiría cualquier terraza cercana para tomar un Martini seco. En su terreno: Este morlaco de salida tan impulsiva al que yo había recibido a porta gayola, precisaba ser picado. ¡Que se las entienda con un par de puyazos bien administrados! En la terraza, leyendo el periódico que podía comprar de camino.

Mejor un periódico deportivo, el Marca, el As, daba igual, no me apetecía pensar en problemas. Ya tenía yo...

Efectivamente, el Pub estaba cerrado.

Y en la esquina opuesta, una concurrida terraza. La plaza estaba repleta, hasta la bandera...

Cogí el Marca del mostrador del kiosko, miré el precio, y le di al kioskero, que estaba comentando algo con un par de parroquianos, una moneda. Sin mirarme, me devolvió el cambio. Y los dejé allí, solucionando los problemas del mundo, fumando sus puros festivos, pensando mientras en mi Martini en vaso largo. Estudiando, desde la barrera, las evoluciones del astado; preparando la faena.

¡Petra! ¿Dónde pilla eso?...

Cuando me acercaba a una mesa vacía, sonó el móvil. Me había olvidado de olvidarlo. El bicho se encontraba ahora en ventaja, me tenía contra las tablas.

Miré alrededor, donde incluso el camarero comprobaba si el sonido procedía del suyo, hasta que todo el mundo acabó mirándome, porque el pitidillo me delataba: No tendría ayuda de peones ni monosabios.

Intenté disimular, porque no quería descolgar. Pero el trapo -la responsabilidad-, estaba en mi mano, y procedía salir con un trincherazo, ya que era arriesgado el natural:

Sospechaba quién podía ser. Estaba seguro, vamos. De hecho hacía poco que yo me había habituado al móvil. Y a llevarlo conectado. Desde que conocía a Eugène, para ser exacto. Antes estaba mejor desconectado; o no llevarlo, mejor aún.

En este momento lamentaba el cambio de hábito.

Ostensiblemente, ante la mirada de toda la terraza, saqué la dichosa maquinita, recogí bruscamente la muleta, descolgué y colgué de inmediato. El trincherazo, en principio, resultó efectivo.

Tomé asiento, mientras estudiaba la forma de apagar el maldito chisme. Pretendía proteger la muleta del viento traicionero...

No me dio tiempo: Volvió a sonar. El toro me había visto.

Había despertado la curiosidad de mis vecinos de mesa, expectantes desde la grada, en silencio respetuoso.

El camarero, que se acercaba a atenderme, se paró delante de mí, sin preguntar por mis deseos: Toda la terraza esperaba que se resolviera el asunto.

Decidí que era mejor descolgar. Prepararme para el izquierdazo natural.

Hice seña al camarero de que después, pero no se movió; no tenía ninguna otra mesa que atender, y le sobraba curiosidad. Mantenía los trastos de matar preparados, pero no me los dio.

-Diga -¡como si no supiera quién era!- Estoy en ( y nombré una calle al otro extremo del pueblo; me estaba habituando a mentir de un tiempo a esta parte. No sé de

quién se me habría pegado). Pero la respuesta al engaño del trapo no había sido la prevista.

-¡No! –contesté- ¡Que no! –elevé la voz, con intención, al tiempo que me levantaba-

Todo el mundo estaba ya pendiente de mi accidentada conversación. La faena pasaba por una fase crítica.

Habían escuchado mi mentira, tan evidente, mi apurada salida por los medios.

Pero yo había encontrado el botoncillo de apagar. Necesitaba recuperar el aliento, sacar al bicho de su terreno.

¡Hasta nunca, doctor! –pensé, tomando distancia imaginariamente, alejándome con chulería.

Me senté, pedí con ceremonia estudiada mi Vermouth, saludando al tendido sonriente -¡Así se torea!-, desplegué con ruidosa energía el periódico, lo abrí de forma aleatoria, y me puse a leer atentamente las declaraciones de un famoso futbolista que negaba toda posibilidad de traicionar los colores de su camiseta, situadas al lado de una información más extensa donde se explicaba con detalle cómo se había producido la transferencia económica de aquel mismo jugador, sonriente en la foto, haciendo piruetas con un balón sobre la punta de la bota de una conocida marca especializada en deportivas; capotazos ventajistas que no agradan a los entendidos, pero qué otra cosa podía hacer ante semejante res.

Mi concentración era tal, que no advertí cómo Eugène y el doctor tomaban asiento, en silencio, detrás de mi periódico, completamente desplegado. Me había despistado un instante, y el animal se había arrancado a mi espalda, aprovechando el adorno poco arriesgado que pretendía dar satisfacción a una mayoría de la grada.

Creo que algo que hizo el camarero -probablemente atender a su llamada, un ¡Ehe! desde el tendido-, fue lo que me los hizo notar. Precisaba una salida hacia la talanquera, recuperar la ventaja desde lugar seguro.

Hacía rato que no leía, ni pasaba la página...

¿Unos diez minutos, quince? Me amenazaba el primer aviso. Debía apurar la faena, y me dispuse a ello.

Como fuera, allí estaban. Me parapeté tras la barrera.

Pero Eugène –a menudo los toros tiene sobrada energía como para superar la barrera de un salto- asomó por detrás del periódico, estrujando hacia abajo por la fuerza la parte superior del cuadernillo, que se convirtió en una especie de churro sobre mis

manos. El público murmuró, inquieto, mientras los más cercanos a la arena optaban por integrarse en la grada, lejos del peligro, para contemplar la resolución de la situación.

Ella le pidió al camarero, que se había acercado solícito, un vermouth seco y un Drambuie con hielo, al tiempo que me arrancaba definitivamente el periódico de las manos, y lo dejaba caer, sin disimulo, al suelo. Bonita faena estaba yo haciendo, después de brindar al público:

Mis manos permanecían estúpidamente en el aire, sujetando la nada, mi faz roja y mi ceño indudablemente fruncido, hasta casi dolerme. Sin muleta –y sin estoque- no podía entrar a matar. La salida a la arena, ayudado por el camarero, pero desarmado, puso en evidencia mi torpeza. Sólo podía correr, huir; esperaba esa, mi única oportunidad. Faena de alivio y pinchazo, recibiendo.

Ni mi enfado ni mi vergüenza eran simulados. Ni mi estupidez tampoco.

Opté orgullosamente por bajar lentamente las manos -aunque seguían mis puños cerrados- hasta la mesa, como defendiendo mi bebida, mi posición. Mi sobresaliente me facilitó una nueva muleta, añadiendo hielo al vermouth, y me abandonó a mi suerte, algo compadecido, al apreciar la bravura del morlaco.

Con mi habitual decisión, seguía pensando qué decir, qué hacer, con los labios apretados.

Quien habló sin embargo, una vez obtenida su copa, y mirándola, mientras le daba vueltas lentamente, fue el doctor. El quinqueño se había fijado en mí, en lugar de atender al trapo; sin duda me había visto, y se olía el peligro.

Su voz era seria, pero amable.

-Juan, estábamos equivocados.

-¡Claro! –ya no aguanté mas-. ¡Pensaba,... pensabais que yo iba a abandonar mi refugio...!

-Te debemos una disculpa. Especialmente yo –dijo el doctor-.

Eugène permanecía silenciosa, pero sus ojos avellana, de novilla, enfrentaban directamente los míos.

-He actuado con precipitación. Haz el favor de escuchar – el doctor dijo esto último porque yo estaba a punto de soltar un exabrupto-. Me he precipitado. En parte porque habéis conectado tan bien vosotros dos –sonrió a Eugène-, se había vuelto todo tan sencillo, que me dejé llevar por el entusiasmo.

-¡Yo no voy a ninguna parte! –quise dejar claro. Ahora tenía a la vista la cruceta del negro zaíno, vencido, olisqueando mi muleta, en la línea de mi estoque,... de madera. Era el momento de la suerte final. Debía -ahora o nunca- entrar a matar.

-Nosotros tampoco –dijo por fin Eugène-.

-Ha sido un error mío –admitió levantando al fin la vista el doctor-: Cuando apareció la clave BUDA, me apresuré a enviarla a Eugène, sin analizar en profundidad el problema. Pero tu reacción, lógica por otro lado, me ha abierto los ojos. No conozco en detalle la información que ella te ha ido dando. No me preocupo de eso, porque me fío de ella.

El único poco fiable era yo, por lo visto. No valía la disculpa. Tenía enfilado el morrillo, apuntada la espada; bastaba girar los pies hasta colocarlos en línea y, con decisión, echarme entre los peligrosos cuernos afilados, para acabar de una vez con aquella ridícula historia.

-El doctor detuvo mi búsqueda frenética –siguió Eugène- al ver cómo te marchabas. Me preguntó qué habíamos estado haciendo...

Espero que ella no diera detalles. Creo que hay cuestiones privadas que no le tienen que importar a nadie, pensé. Además, no habían tenido tiempo...

-Le dije de dónde veníamos –Eugène me miraba serio a los ojos-. Dónde estábamos al recibir su mensaje...

Indiscreto, parecía...

-Yo estoy convencido de una cuestión básica –interrumpió el doctor-, que había olvidado. Y es la relación íntima que existe entre nuestros movimientos y los tuyos; porque estamos tratando con cuestiones personales, y la persona está por encima de los métodos o la ciencia,... con que había llegado a una conclusión evidente: Si tú rechazabas de plano el curso que estaba tomando,... el proyecto,...es porque yo me había equivocado en algo. Cuando adopté este punto de vista, todo se volvió más claro.

-¡Hombre, me alegro! –quise poner una sonrisa sarcástica, aunque sé que me sale muy mal.

-La conclusión, para mí, es que aquí, en Aranjuez, donde estamos, donde tú quieres estar, está necesariamente el foco que buscamos.

Ahora no le entendía, pero callé porque me convenía y porque al doctor se le notaba reflexivo, como si su cerebro estuviera trabajando a toda máquina. Eugène también le miraba ahora.

El público, satisfecho con la bravura del toro, más que con la faena del torero, pareció optar por el perdón. Un mar de pañuelos blancos pedía el indulto...

-Luego la clave BUDA –ahora hablaba como pensando en voz alta- debe necesariamente estar relacionada con Aranjuez.

Meditó un rato, en silencio. Ninguno hablaba. Tomó un sorbo de Drambuie, sonrió y dijo:

-No voy a cometer el mismo fallo. Dadme un poco de tiempo, y lo resolveré; pero no ahora.

Miró a su alrededor, a los que nos miraban. El bravo animal había ganado su indulto; el presidente había hecho caso del clamor popular: Esta tarde nadie saldría herido de la plaza...

-Bonita terraza ¿Dónde vamos a comer? -Y se arrellanó sobre la silla de anea, mirando al cielo...

-Me ha dicho Eugène que te has interesado por la botánica.

-Bueno, no exactamente –dije, volviendo a meditar sobre qué más le habría contado-...

-Parece una buena idea. Se me está ocurriendo –hizo amago de levantarse, pero rectificó, y se volvió a arrellanar, contemplando el deambular loco de los vencejos-... No. Luego. Después de comer. Buscadme algún sitio, preferiblemente fuera de la población, en el campo.

-Eso es fácil –dijo Eugène mirándome ahora-. Hemos explorado varios gangos de la zona, y la mayoría son muy interesantes, aunque no tanto desde un punto de vista culinario...

-Es igual. Lo importante es el lugar. ¿De acuerdo entonces? –me miró, y vio que yo asentía resignado.

Meditaba yo ahora sobre el trayecto que sufriríamos de inmediato en el Golf de Eugène.

-Iremos a Ontígola, un pueblo cercano, a cinco minutos, donde se siguen usando las cuevas como habitación. He oído que han abierto un restaurante dentro de una de esas cuevas, fresca en verano y cálida en invierno. El pueblo está detrás de un embalse que es muy conocido por los entomólogos, debido a que en sus alrededores viven muchas especies endémicas de mariposas nocturnas...

-Interesante –dijo el doctor, reflexivo.

Interesante, pensé yo. Sólo cinco minutos de rally...

La tarde había satisfecho al personal, finalmente. No hubo orejas, y sí un silencio respetuoso; no hubo víctima, por el momento.

Mi estómago se recuperaba.



## CAPITULO XIV. *Cámara térmica*

*Con una pequeña bolsa de piel, muy usada, al lado, encontramos al doctor esperándonos junto al portal de mi apartamento.*

Nos había llamado unos diez minutos antes, desde la estación.

Mientras entrábamos le comenté que la próxima vez bastaría con empujar con decisión la puerta del apartamento para que ésta se abriera sin más, porque el resbalón está roto. Y el portal lo abriría cualquier vecina, sin preguntar: No tenía que esperarnos.

Me miró un momento, no sé si enfadado, o perplejo...

Pero no dijo nada. De nuevo tenía prisa. La excitación delataba su interés, apenas reprimido.

Sacó de la bolsa lo que a primera vista parecía una pequeña cámara de vídeo digital, un cuaderno de notas, y algunos planos militares.

Nos resumió que el documento parecía describir, sin más, una amplia zona sobre el término municipal de Aranjuez, si la interpretación era correcta. (Esto confirmaría el acierto de la elección de Aranjuez como centro de operaciones). También la forma en que esa superficie se debía explorar.

Como de pasada, aclaró lo de buda.

En la primera entrada de buda, en el diccionario de la RAE, explica:

“Buda, de origen hispano o africano, espadaña de agua, anea”.

-Me dejé llevar por el exotismo, cuando la respuesta la teníamos delante de las narices. Tuvimos suerte de que Juan se resistió. Andaríamos ahora perdidos por algún aeropuerto de Egipto, Calcuta o vaya usted a saber –se disculpó el doctor.

-¿Quién es pues, Buda?

-No quién. Qué. Ayer, camino del restaurante, lo vimos. La laguna que dejamos a nuestra derecha está cubierto de carrizo, espadaña, anea, anea,... buda.

-¡Coño!

-Suerte que tenemos a Juan...

Me hacían la pelota de una forma sospechosa. Les dejé hacer, en espera de tiempos peores...

Decidimos -decidieron, a raíz de la interpretación del texto-, que había que ponerse a ello de inmediato; me abstuve de dar mi opinión, que tampoco era muy apreciada, pero seguía sin ver el motivo de tanta prisa...He de confesar que en parte me divierte esta inhabitual hiperactividad.

-¿Has probado la cámara?

-No. Pero me han garantizado que es lo que necesitamos. Me han dado explicaciones que coinciden con nuestras necesidades. Tenemos un buen laboratorio en la Autónoma.

-¿En todos los detalles?

-Creo que sí. Vamos a repasar.

-La óptica.

-Un gran angular. Ojo de pez. “Se ha de tomar en consideración la curvatura de la superficie”... –el doctor manejaba unas curiosas notas, cuyo origen no explicó, ni Eugène ni yo preguntamos. Quizá ella sí las conocía. A mí me sonaban a chino.

-El transductor, térmico, infrarrojos, ultravioleta, filtros...

Todas estas referencias se fueron mezclando en su conversación, aunque no hay que fiarse de mi transcripción: En las cuestiones técnicas, como ya se habrá observado, tampoco soy muy fiable,...

-“Se ha de considerar la agitación de los componentes más ínfimos, las partículas elementales. Bajo el efecto de los (una palabra de difícil traducción: magnetos quizá), interaccionan en forma no natural, producen luz invisible, que marca el camino, el núcleo. La interpretación de la luz delinea puertas y accesos, superficiales y profundos. Los (magnetos, suponemos) se hallan en lo más profundo, y son violetas, porque son más que rojos. La gradación de luz marca el sendero. En la superficie, se difumina, hasta desaparecer al mezclarse con las partículas no magnetizadas. Allí, en lo profundo, se manifiestan puertas y accesos”...

-Será preciso usar más de un filtro.

-En realidad, muy poco. El filtrado se hace mediante un proceso digital. La óptica recoge todas las ondas, visibles o invisibles, todas las frecuencias de vibración lumínicas, relacionadas, cada una, con una determinada actividad atómica, en toda la banda, del infrarrojo al ultravioleta. De ahí se toma una grabación digital, manipulable, que posteriormente se procesa para individualizar los resultados, superponerlos, combinarlos.

-Suenan un poco como que va a resultar cualquier cosa que queramos, aunque no sea real. Eso de manipular...

-No es posible. Lo importante, en principio, es la óptica, y aplicando criterios racionales, no hay engaño. Me han garantizado que la óptica es la mejor, un gran angular de casi ciento ochenta grados.

-¿No lleva cinta magnética? La veo muy pequeña.

-Ese método, analógico, es primitivo. Lo que lleva es una memoria de elevadísima capacidad y capaz de trabajar a una velocidad impresionante en tiempo real acumulando datos organizados para ser procesados. La velocidad de recepción también es muy importante: Interesa tener tomas a alta velocidad, para poder visualizar el resultado lentamente. Y el sistema de compresión es el más novedoso y eficaz.

-¿Cuándo la tienes que devolver?

-Mañana.

-Tenemos, pues, algo de prisa. El problema es localizar un lugar lo suficientemente elevado para abarcar todo el valle. Hay que buscar, sobre plano, los lugares más altos de la meseta, hacer diferentes tomas, y luego relacionarlas.

-Mucho trabajo es eso, para una sola noche.

-Además, en los traslados invertiremos un tiempo que trastocará las condiciones, y por tanto la luz, por lo que se obtendrá un resultado muy confuso. Resultará muy laborioso reconstruir el conjunto.

-Necesitaríamos varios días, y que el clima no varíe mucho.

-No disponemos de ese tiempo. Tenemos la cámara y esta noche.

-¿Vamos a pasarnos toda la noche dando vueltas por el cerro?.

-Además, mi Golf no está hecho para caminos de cabra.

-No parece buena idea...

-Necesitaríamos un avión, un planeador, un globo...

-Un helicóptero sería ideal.

-¿Tiene alguien un helicóptero?...

-Voy a llamar a Ángel.

(...)

-Ángel, soy Juan. (...) Sí. (...) Oye ¿Tú sabes qué hay que hacer para alquilar un helicóptero?

-¿Un qué? ¡Busca en las páginas amarillas!

-Uno con tres plazas.

-¿Para ti? Espera –hablando al interfono-. Marta, ven un momento, por favor –a mí de nuevo-. ¿Y no sería mejor un globo?

-Lo necesito para esta noche.

-¡Joder! ¡Si son las seis de la tarde!

-No creo que estén tan solicitados...

-Marta. Alquilame un helicóptero, para tres personas... –pausa, para consultar el reloj- para dentro de dos horas.

-¿Con piloto? –se escuchó de fondo.

-Preferiblemente. Cárgalo a Juan.

-¡Enseguida! ¿Dónde lo esperan?

-Juan: ¿Dónde lo quieres?

Estaba aún asombrándome de la eficacia de Marta. Y de Ángel. Consulté con un gesto a Eugène, que me sopló:

-¿Puede aterrizar en el aeropuerto deportivo que hay en Ocaña?

-Por supuesto. Y en la plaza del pueblo.

-Es más discreto el aeropuerto.

-Donde tú digas. Marta: el aeropuerto de Ocaña. ¿Necesitan algún permiso?, ¿Algo...?

-No. Ellos se ocupan de la burocracia. Estará en veinte minutos –Se la oye irse-.

-¿Has oído, Juan? En una hora está allí.

-¡Pues nos vamos! Hasta pronto.

-¿No me vas a contar...?

-Tenemos prisa.

Y colgué, interrumpiendo: ¡Buen viaj...!.

-¡Vamos! En una hora está en Ocaña.

-Bien. Tenemos hasta las diez de margen.

-¿Cuánto vale alquilar un helicóptero para dar un paseo?

-No tengo ni idea. Espero que mi próxima novela se venda bien.

-Te podemos ayudar, pero tiene que ser de forma discreta.

-¿Con dinero? ¿En negro?

-Lo que haga falta.

-Eso va a ser más complicado que alquilar el helicóptero. Tendré que consultar con Ángel.

-Parece competente.

-Lo es.

(...)

La excursión fue divertida.

Emocionante y estresante.

Estuvimos cuatro horas bajo el monótono estruendo del motor del artefacto, entre las diez y las dos de la madrugada.

Se nos hizo corta.

Supongo que los vecinos se preguntarían qué leches hacía un helicóptero dando vueltas por los alrededores a tales horas.

Marta, en conexión con el doctor, lo había solucionado todo.

El piloto era muy amable. No hubo un sólo por qué: Se le dijo lo que queríamos, y sugirió la mejor forma de llevarlo a cabo, lo que fue aceptado.

Esperamos a la hora adecuada.

Partimos.

Barrimos toda la zona en varios sentidos, volvimos, nos despedimos del piloto, y éste despegó, hacia su helipuerto habitual, supongo.

El doctor también demostró su eficacia: Estaban advertidas todas las autoridades pertinentes, todos los permisos en regla para un grupo de científicos de una universidad Bávara, de Munich, en trabajo conjunto con Suiza, Lausana, y la Universidad Autónoma de Madrid, más una pequeña contribución de Limerik, que necesitaba filmar el hábitat de las mariposas nocturnas autóctonas, endemismo muy interesante y sobradamente conocido en círculos entomológicos.

Yo iba a pasar por inglés, pero, advirtiendo el dominio del piloto, aún con acento centroeuropeo, eslavo, yo que sé, decidí permanecer callado, pasando por sueco, y dejar que Eugène y el doctor Simón se comunicaran en francés, y con el piloto en una mezcla

de inglés, mayoritariamente, entremezclado con el castellano con acento francés que yo conocía de Eugène.

Mi papel de sueco mudo estuvo perfecto, tengo que decirlo. Me estoy especializando en este tipo de papeles, parece. No quisiera encasillarme...

Los datos que veníamos manejando se iban confirmando, y durante el paseo, que insisto se nos hizo corto, no paramos, el doctor de grabar con atención, dando instrucciones al piloto, Eugène y yo de ir tomando notas y ella de ir dando la pauta al doctor.

Partíamos para casa de madrugada.

-¿Nos vamos a acostar?

-Yo he de volver a Madrid ahora –dijo el doctor- Pero tenemos que descargar la grabación de inmediato, y borrar la memoria de la cámara, para devolverla mañana por la mañana.

-¿Cómo vas a justificar el gasto? –me comentó Eugène, mientras nos dirigíamos al coche, para volver a mi casa.

-No sé. Eso, Ángel.

-¿No te va a preguntar?

-Sí –medité un instante-: Le diré que he ligado con una sueca, y que tenía un antojo.

-Dile que era francesa, así mientes menos.

-Bueno. Tendré que pedir un anticipo al editor. Y estar varios meses sin comer...

-No será tanto: Yo te daré de comer –bromeó Eugène-. Ahora en serio, el dinero se reembolsará en tu cuenta, cuando Ángel nos diga dónde ingresarlo. Eso no va a ser un problema.

No quise indagar sobre el tema.

-Vamos a tu apartamento a descargar la grabación ¿Tendrás espacio en tu PC?

-Depende. Pienso que sí, porque escribo sobre discos. El disco duro debe estar casi vacío.

-Bien. Vamos allá.

Pensábamos descargar y dormir después un rato, pero se aproximaba el amanecer y, excitados como estábamos, no pudimos por menos que echar un vistazo al resultado.

-No sabía que mi máquina fuera tan eficaz –comenté ilusionado ante la pantalla, donde se deslizaba, lentamente, todo el valle, en contornos extraños de azules, verdes, amarillos brillantes. No entendía nada, pero el resultado parecía satisfactorio, coherente, a juzgar por el asentimiento del Doctor.

-¿Ha salido bien? –preguntó Eugène, que miraba apoyada sobre mi hombro.

El Doctor manejaba alternativamente ratón y teclado. Yo me había sentado a su lado, en el suelo, y Eugène sobre mis hombros.

Sonrió al ver deslizarse el extraño paisaje. Volvió a asentir despacio.

-¡Basta por hoy! Me voy. Tengo que devolver la cámara antes de las diez. Por la tarde analizaremos el resultado.

Cogió el equipo y se marchó en el taxi que le pedimos hacia la estación.

Eugène y yo hicimos planes para pasar lo que quedaba de noche, encontrando pocas dificultades.

(...)

Por la tarde, volvió el doctor.

Optamos por abandonarle en mi apartamento para que, suministrándole la mejor ayuda, que suele ser no estorbar, pudiera por sí mismo descifrar el resultado de las grabaciones que habíamos realizado.

Hasta donde pude entender, se trataba de utilizar algoritmos de tipo adaptativo, similares a los que se usan en medicina para obtener gráficas cerebrales o cardiológicas.

Consiste en un tratamiento digital de la información que aprende por sí mismo una pauta para discriminar la información válida de la accesoría, siguiendo criterios matemáticos que, aunque al neófito le pueden parecer gratuitos o infundados, están matemáticamente garantizados.

En el terreno de las matemáticas, yo sólo podía aportar mi fe, y Eugène tampoco parecía muy ducha, con lo que nuestra decisión de escurrirnos del asunto resultaba, en la práctica, muy acertada.

Más teniendo en cuenta que el doctor empezó a sentirse molesto por nuestras interrupciones basadas en la curiosidad infantil, lanzando un par de gruñidos de inequívoca interpretación, acompañados de gestos que nos indicaban claramente la puerta.

Eugène inició y culminó una retirada táctica que nos condujo a la tasca de la esquina, calculando un par de horas para malgastarlas convenientemente.

El doctor debía mientras deducir del galimatías obtenido la probable configuración del entramado subterráneo que suponíamos bajo el humedal, en la meseta que desagua en dirección al valle donde se asienta Aranjuez, y con probable final en la ribera del río, siendo muy optimista en cuanto al resultado, por lo que no nos sentimos culpables de abandonarle.

Traté en la tasca de aprovechar para sonsacar a Eugène algunos datos sobre su secta, asociación, orden, o lo que fuera a lo que pertenecían (no podía olvidar la facilidad con que aparentemente podían disponer de dinero), intentando parecer astutamente despectivo para obtener de su enfado alguna sustancia, pero con éxito casi nulo.

Su forma de eludir el tema, dado que en este tipo de local público no podía utilizar su habitual táctica de llevarme al huerto, fue describirme sus supuestas aventuras previas en Aranjuez, antes de contactarme.

Por algún motivo que no me quiso explicar, la primera hipótesis de trabajo, una vez situado el foco sobre Aranjuez, se centraba en una presunta red de comunicaciones aérea que ponía de hecho en contacto los edificios históricos de la población, sobre los tejados o a su través, a la vista del público, pero de acceso complicado, interrumpida en absurdos vanos y adornos inútiles, tramos de terrazas sin continuidad aparente, cruzados por pasillos aéreos a un nivel a todas luces inapropiado para la comunicación.

Traté de imaginar a Eugène haciendo excursiones nocturnas por tan singulares pasos...

Ella lo explicaba divertida y yo creí sin dificultad en su palabra de que había hecho tales recorridos sobre terrazas, arcadas y tejados, en grata compañía de gatos, murciélagos, mochuelos, palomas y demás habitantes de las alturas.

Se mostró sin embargo elusiva sobre la forma en que había evitado ser vista durante algunas de sus travesías diurnas.

Tan sólo comentó que usaba métodos para mimetizarse con el medio que yo no llegaba a comprender, porque conocía y describió tramos de terraza que pasaban sobre los arcos que a su vez cruzaban sobre la antigua carretera general, con tráfico abundante, tramos bien visibles desde cualquier punto y sin salida aparente que justificara la circulación de ninguna persona por ellos.

Tampoco explicó cómo había atravesado las amplias terrazas que pertenecían a los palacios que daban a la plaza, y a las que se abrían numerosos balcones de casas habitadas, con la única protección hacia el exterior de amplias balaustradas bajas de piedra.

La imaginé toda de blanco para confundirse con las piedras predominantes en las construcciones neoclásicas de la zona central de Aranjuez, pareciéndome una solución bastante cogida por los pelos; de madrugada yo sabía que el tráfico por la que fue carretera general tampoco cesaba, por lo que también hubiera resultado un trasiego sospechoso:

Sobre las galerías de arcadas laterales se sustentan amplias terrazas, de ancho superior a la propia galería, que se interrumpen por verjas de hierro fundido que separan las amplísimas fachadas.

Al centro de las galerías se abren sendos arcos de medio punto, que son las puertas de los patios. Y sobre ellos, otra terraza independiente de las laterales, separada de éstas por un muro de altura que es la diferencia del arco central con los de la galería, más la consabida verja, lo que supone una barrera difícilmente salvable en condiciones normales, y a cara descubierta.

Lo mismo sucede en los arcos de las esquinas, que, adosados a la iglesia y sobre la carretera, sustentan terrazas inaccesibles, por el exterior inútiles, y por el interior absurdas.

Su misión parece sólo ornamental, a pesar de su amplitud y sus bellas balaustradas de piedra, enverjadas de hierro fundido y bronce.

Las galerías resultan larguísimas, porque están perfectamente alineadas en una recta que a la vista se hace interminable.

Por ese mismo efecto, la bóveda de cañón no parece muy alta, aunque no baja de los tres metros, y en las arcadas angulares se eleva mucho más. Los arcos de las esquinas doblan en altura a la bóveda, lo que produce ese efecto de hacer parecer más bajo el túnel recto.

La sensación dentro de la galería es de túnel, a pesar de que la arcada al exterior es continua y en cualquier momento podemos abandonarla, pero como las columnas son muy gruesas, y cada arco se sustenta sobre una base de un metro cuadrado, la luz difícilmente penetra hasta el interior.

Una de las alas, la más cercana a Palacio, ocupa todo el lateral completo de la plaza, sin interrupción; la paralela, se corta más o menos hacia la mitad en una calle, y se prolonga luego -frente a una fuente dedicada a Venus- en un jardín cerrado por una verja, y abierto en cuatro puertas situadas en el centro geométrico de los lados del cuadrado donde el jardín está inscrito.

El jardín tiene interés por sí mismo, y merecería capítulo aparte si anduviéramos en descripciones, pero tan sólo interesa anotar, como anécdota, que la Venus de la plaza

en algún momento se enfrentó a la estatua que ocupa el centro del jardín y que representa a una princesa de la casa real, lo que es interpretado en la localidad como señal de enemistad o animadversión; o burla.

Posteriormente, al encontrarse inconveniente, la lejana Venus volvió a girar con desdén para enfocar horizontes menos comprometidos.

La curiosa situación de las estatuas, a todas luces apócrifa, se tomó como cierta por conveniencia de la población de Aranjuez.

(...)

Cuando me quise dar cuenta, dos vermús y dos horas habían sido consumidos.

Igual de perplejo que al principio, Eugène me hizo notar que era hora de volver.

## CAPITULO XV. *Lesbos*

### *Parecía que yo andaba de suerte.*

El doctor había concluido, tras dos horas, que no había conclusión posible.

Además, estaba realmente afectado por su anterior metedura de pata -que achacaba a la precipitación-, y prefirió recoger los datos de los que simplemente había estado verificando su integridad, y retirarse a la universidad, dijo, o donde quiera que tuviera su retiro de estudioso -su torre de marfil-, para analizar aquel galimatías en detalle antes de enviarnos en una expedición sin objetivo claro.

Lo que yo le agradecí, interiormente: Su retirada, no la proyectada expedición, he de aclarar.

Eugène no pareció tan molesta como yo hubiera supuesto. También había rebajado su excitación. Habló vagamente de continuar con su Tesis, cosa que me sorprendió, porque pensaba que aquello era otro de sus cuentos; no me dio la gana preguntarle por el tema de su Tesis.

Tampoco se la veía con aspecto de comentar mucho.

Cuando por fin ambos se marcharon, yo me hice a la idea de tratar de adelantar en mi novela. Más considerando que de momento la tenía económicamente hipotecada, sin haber llegado ni a la mitad. Empecé a re-situarme mentalmente.

Ginger: Había cambiado algo de carácter, en detalles estéticos, pero era sustancialmente la misma. Le sentarían bien algunos toques exóticos, que acomodaban con su carácter. En cuanto a la situación atascada...

La verdad es que me apetecía menos que al principio retomar el argumento donde lo dejé.

Pero al fin y al cabo era mi obligación laboral.

Hubiera preferido continuar las exploraciones por los alrededores de Aranjuez, en compañía de Eugène, pero ella sólo mencionó que me llamaría.

Cuando salieron los dos, cada uno hacia su destino, yo me dispuse a desordenar un poco el medio ambiente, porque mi “habitat” de trabajo precisa del desorden para ser eficaz, y Eugène parecía en cambio propensa a dejarlo todo en su sitio, o inventar un sitio para cada cosa, lo que me tenía bastante desorientado, aun cuando no me atreviera a comentárselo.

El doctor había vuelto a vaciar el ordenador: Quizá temía mi inexistente curiosidad, quizá fuera necesario o una precaución elemental; la idea de alguien persiguiéndonos o vigilándonos que Eugène había tratado de inculcarme no había tenido gran eficacia sobre mí. Recordé, mientras desparramaba por el suelo un par de capítulos inacabados, cómo me había mirado el doctor cuando le comenté lo accesible que era mi vivienda, hasta el punto de que la llave se había convertido en un estorbo.

Quise comprender su punto de vista, lo que me resultaba complicado por que ¿quién que no fuera Eugène, o él mismo, podía tener interés en buscar algo en mi apartamento? ¿En mi ordenador? ¿Un espía de la Editorial Planeta?

Ni siquiera mi novela, a la que lógicamente valoraba mucho, podía perderse por completo en las entrañas de la máquina. Ni en forma accidental, ni intencionada: Ángel, a requerimiento de mi editor y basado en previas experiencias desastrosas, me había proporcionado un sistema que de forma automática, sin la intervención de mi despreocupada mano, se ocupaba de hacer copias que pasaban, vía telefónica, a un disco duro remoto que era sencillo de recuperar: Como ya había tenido oportunidad de verificar en alguna ocasión, debido a mi torpeza ofimática.

Y la mayoría de los muebles pertenecían a mi casera, que no había invertido mucho en ellos.

Tampoco tenía nada de valor, salvo el propio ordenador portátil, que era propiedad de mi editor; jamás tuve la más mínima preocupación por este asunto.

Mientras cavilaba sobre todos estos detalles en creciente paranoia, me di cuenta de que, lo que realmente me pasaba, es que la echaba de menos, media hora después de que se hubiera ido: La cosa parecía grave.

Necesitaba un tratamiento de choque.

Recordé que, al salir de mi casa, en Madrid, había olvidado recoger algunos apuntes. No es que fueran importantes,... bueno, sí lo eran.

Lo que pasa es que eran anotaciones que yo podía recordar de memoria casi en su totalidad, y mi primera intención era evitar, por cualquier motivo, abandonar mi refugio.

Pero de mi primera intención quedaba muy poco.

Por otro lado, había delatado mi cercanía tanto a Ángel como a Marta, por lo que la ficción de las Rías Bajas no tenía ya ninguna utilidad.

Y las intenciones, buenas o malas, de que está empedrado el camino del infierno, me condujeron a la ruptura.

Sobre todo, a intentar demostrarme a mí mismo que podía prescindir de Eugène...

Tenía esa necesidad imperiosa, tanto más cuanto que la melancolía había tardado tan sólo media hora en aparecer.

No había terminado de hacerme este auto análisis para afrontar mi síndrome de abstinencia emocional cuando ya había recogido en mi bolsa de viaje lo imprescindible y me dirigía con decisión, tras cerrar con dos vueltas de llave llave la puerta, hacia la estación.

El plan era simple: Me acercaría a Madrid -tres cuartos de hora de tren-, a mi casa -media hora de metro-, recogería los papeles, comería en alguno de los restaurantes de Latina, y volvería tranquilamente, sin saludar a nadie; estaría de vuelta temprano.

Sin tomar el autobús que llevaba a la estación de Aranjuez, que no era muy frecuente en sus horarios, y ligero de equipaje, tan sólo añadía unos veinte minutos más de agradable paseo camino de la estación, bajo la sombra de los plátanos que filtraban el sol matinal.

Desde que me subí al tren de cercanías, pareció como si hubiera desaparecido de Aranjuez y retornado del sueño a la vigilia rutinaria.

Nada más dejar atrás el Tajo, luego el Jarama, los últimos árboles, las últimas huertas de la vega y desembocar en la terrible estepa castellana poblada de polígonos industriales y ciudades residenciales en medio de ninguna parte, entré en una especie de sopor automático que hizo que apenas recuerde cómo pasé las siguientes cinco horas.

Me consta que cumplí mi programa porque las anotaciones para la novela estaban en mi bolsa de viaje.

Y recuerdo haber comido el plato del día por la zona de Encomienda en un local que me era desconocido, aunque se parecía a tantos otros, donde tocaba cocido madrileño.

Tuve cuidado de no ir a ninguno de mis comedores habituales, donde pudiera tropezarme con algún conocido.

Poco después, y renunciando de nuevo al autobús que me llevara desde la estación a Aranjuez, declinando el día, volvía a mi apartamento.

No había curado mi melancolía, pero me sentía algo más dueño de mí: Había logrado algo de distancia con respecto a la profundidad de mis sentimientos...

(...)

Sé que no debiera haberme quedado, por respeto a su privacidad.

Pero primero la sorpresa me paralizó, después me poseyó el demonio de la perversidad. Finalmente, aún dudo de mis propios sentimientos.

Cuando llegué a mi apartamento, que tenía razones para pensar abandonado a la soledad, evidentemente no era esperado.

Tampoco esperaba yo encontrar la puerta abierta, si bien no era tan raro porque el resbalón -ya lo había experimentado otras veces-, desgastado por el uso, no cerraba bien si no te tomabas mucho interés en que lo hiciera.

Incluso -estoy seguro- podría ser abierto de un empujón aunque se hubiera aparentemente encajado correctamente. Creí haber echado la llave, aunque quizá fuera una precaución inútil en última instancia.

El caso es que la puerta estaba entornada, yo no era esperado, y no hice ruido o no fui escuchado.

A juzgar por la concentración que observé, prefiero pensar que no me oyeron.

Mi primera intención al verlas fue hacerme notar -un carraspeo, un saludo-, pero un reflejo inconsciente me paralizó.

Aseguro que estuve un tiempo razonable de pie, en el marco de la puerta de mi habitación, sin hacer nada por ocultarme, con la boca entreabierta para pronunciar un saludo que nunca fue.

No era extraño, en principio, que existiera entre Eugène y Mila suficiente efusividad y confianza como para abrazarse, como prefieren las hembras, en lugar del frío apretón de manos del macho; pero la situación derivaba hacia otra conclusión, por la duración del abrazo, el silencio obligado de labios contra labios, la exploración del cuerpo contrario con manos ávidas...

De espaldas a mí la silueta inconfundible de Eugène, para mí ya tan familiar, era investigada en toda su extensión por las manos de Mila, que no podía haberme visto porque, primero, su cara desaparecía tras la redonda cabeza de Eugène, y después, cuando rozaba con los labios cuello y lóbulo de la pequeña oreja de Eugène, porque tenía los ojos cerrados.

Llegado a este punto, tenía que optar:

O desaparecía discretamente como persona civilizada; o me hacía notar en tono que quisiera ser casual, como si acabara de llegar. O permanecía allí, al amparo de la oscuridad del pasillo, guiado de morbosa curiosidad.

Cuando la mano derecha de Mila, sobre la cintura de Eugène, empezó a elevar lentamente su camiseta negra, desnudando despacio su espalda, yo ya no podía elegir, ni tener dudas acerca de lo que estaba pasando.

Me siento obligado a explicar, por otro lado, que entre los muchos sentimientos que me inundaban en aquellos momentos, mientras daba un paso atrás hacia la oscuridad del pasillo, no figuraron los celos al principio; al menos no con el peso que yo mismo hubiera supuesto: Estaba más bien asombrado.

Mientras, la camiseta de Eugène, arrastrada espalda arriba, mostraba la depresión de su espina dorsal, hasta hacer asomar el cierre del sujetador que extrañamente vestía, contra su costumbre. Quizá por aquel antiguo axioma de que la mujer se viste más cuanto más dispuesta está a desnudarse, elucubré nervioso.

A la par Eugène no había permanecido inactiva sino que, acariciando la nalga izquierda de Mila con su mano derecha, sobre la tela de los vaqueros ajustados, hasta la entrepierna, había provocado que ésta elevara su muslo y rodeado con su pierna las nalgas de Eugène, para intentar contactar más directamente su pubis con el de ella, en equilibrio inestable, presión que Eugène aprovechó para elevar sus brazos y permitir que su leve prenda sin hombros se deslizara con facilidad sobre su cabeza, dejando su torso vestido tan sólo con el sujetador blanco -talla ochenta-, que se apresuró -una vez la camiseta resbalaba hasta sus pies- a desabrochar ella misma, manipulando con sus dos manos sobre el cierre, bajo sus omóplatos, en contorsión que le obligaba a cerrar sus nalgas y presionar aún más su vientre sobre el de Mila.

Al deshacerse Eugène del sujetador -que cayó, apenas un copo, sobre la camiseta-, echó la cabeza hacia atrás, agitándola levemente, como si quisiera apartar el pelo de su cara, siendo que no existía tal cantidad de pelo como para estorbar la visión en ningún modo y que sus ojos estaban, también, cerrados, por otro lado. Este ademán me llevó a tratar de imaginar por un instante cuál sería su imagen rematada con su lacio pelo negro largo, en lugar de la redonda cabeza de pelo de pincho que yo siempre había conocido.

Medite vagamente que conocía hasta el último rincón de su cuerpo pero, evidentemente, no la conocía a ella, concluí, con cierta tristeza.

Y tengo que volver a insistir en que mis sentimientos, algo contradictorios, estaban respondiendo de una forma que yo, en otras circunstancias, no consideraría “normales”.

Ella echó su cabeza más hacia atrás aún, sus manos sobre los hombros de Mila, en forma que ésta pudiera descender por su fino y largo cuello hasta sin duda perderse

en sus pequeños y turgentes senos –supuse sus pezones erectos-, elevándose a derecha e izquierda, por efecto de sus brazos levantados:

Aquellos pequeños senos nacarados que yo no veía, pero que tan bien conocía, redonda y estrecha aureola oscura, rectos y largos pezones, su marca, lunar, o lo que fuese...

Aunque yo no lo había advertido, (por momentos veía con la imaginación más que con los ojos) al bajar sus brazos Eugène debió entretenerse en desabotonar la ceñida camisa de lino que apenas contenía las formas sinuosas, sensuales, de Mila, que yo había sospechado más de una vez, mientras Mila maniobraba con el cierre de su propio sujetador -talla noventa- que se aparecía negro, sobre el azul oscuro de la camisa, que, con rapidez inusitada, en estudiada contorsión -nueva presión vaginal- se deslizó, tropezando en su muslo, aún elevado, hasta el suelo, al lado contrario de la ropa de Eugène.

Curiosamente, aunque yo no supe cómo, esto lo hizo sin deshacerse de la camisa, que sin embargo no alcanzaba a cubrir sus pechos.

Oculto en la penumbra, yo contenía la respiración, fuertemente excitado, para mi vergüenza, acometido por sensaciones ambivalentes.

A la luz del sol filtrada por la persiana, uno de los exuberantes senos de Mila, el izquierdo, dejó asomar por el costado de Eugène, bajo su axila, su aureola redonda, difusa y amplia, donde destacaba un pequeño pero erecto pezón que había escapado bajo la presión, torso contra torso. Aunque por algún extraño motivo Mila no hacía intención de deshacerse de la ligera camisa.

Mila, ligeramente más baja que Eugène, lo recuperó con su mano, tratando de elevarlo, sin duda para contactar con los pequeños senos de Eugène, para aprisionarlos entre los suyos, dentro de su camisa, fuera de mi inspección indiscreta.

Ambas echaban un poco la cabeza hacia atrás. La cara de Mila, frente a mí, se levantó un instante -ojos indolentemente cerrados, negras y largas pestañas, indefinida expresión en su boca entreabierta, labios rojos y húmedos, leve suspiro- para hundirse de nuevo entre los senos de Eugène, en lento y laborioso descenso, mientras recuperaba el apoyo de sus dos piernas, bajando su muslo parsimoniosamente y sin perder un segundo de contacto con los muslos de Eugène, y más abajo, abriendo las piernas para poderse flexionar, en cuclillas, descendiendo hasta perder su cabeza a la altura de la cintura de Eugène, que ladeaba lentamente su cabeza, derecha e izquierda, por lo que pude averiguar, de refilón, que sus chispeantes ojos avellana permanecían cerrados.

Mila, ahora de rodillas, había desabrochado los jeans de Eugène, y pugnaba por hacerlos bajar, con dificultad,...

Tuvieron que oírme cerrar la puerta. Desde luego, era mi intención. Confusamente, pretendí sin duda provocar un sobresalto vengativo; pero no esperé a verificarlo.



## CAPITULO XVI. *Resaca*

*El cactus destinado a absorber las malas vibraciones del ordenador parecía mustio, o yo lo veía así.*

La pelusilla de su tronco parecía lacia.

Su textura rala.

Su brillo apagado.

Su tacto, para no probar, porque ya sufrí su roce en otras ocasiones y la pelusilla, que se adhería a la piel, era tóxica, amén de dolorosa.

(Veo difuminado, borroso)

La pelusilla me recordaba a Eugène.

¿Era tóxica Eugène?

Dolorosa, sin duda.

Anoche me acompañó a casa; me llevó, debo decir.

Me acostó con una de esas borracheras poco lúcida, desatinada, injustificada, desesperada, inconsciente, ¿simpática?, ¡Insensata!

-¿Qué te hace suponer que lo que deseas es otro whisky, si ni siquiera puedes coger el vaso con seguridad?

-¿Cuál de los dos vasos?

Me llevó a pie a casa cuando el barman, que nos conocía, nos invitó amablemente a abandonar el local, vacío, sin música de fondo desde hacía,... no sé.

Hice amago de mirar el reloj, como si me importara la hora.

Vi un bulto borroso, luego dos bultos.

Finalmente, me desenfocué.

Me levantó del alto taburete de la barra, me agarró por la cintura, y salimos.

No quiso coger su coche, quizá por si me dormía o le vomitaba dentro -Razón tenía para suponer cualquiera de las dos cosas-. Quizá para que me diera el aire. Quizá se lo pedí y no lo recuerdo.

Me iba diciendo algo sobre que los hombres nos resistíamos a dejarnos ayudar en estas circunstancias por no sé qué orgullo.

Yo, efectivamente, me estaba resistiendo de intención: Interiormente.

Para más no daba.

No acertaba a dar dos pasos derechos y notaba que arrastraba su ligero peso hacia el suelo, sin poder evitarlo.

Eugène reía, hablaba, se reía de mí.

Ella también había bebido algo, pero ni comparación con lo mío.

Cuando me encontró, en la barra de la Tetería, yo llevaba allí un par de horas bien aprovechadas en cuanto a ingestión de alcohol.

Traté de mostrarme distante, con poco éxito debido a mi pérdida lucidez.

Ella se extrañó, creo, al principio.

Luego decidió al parecer acompañarme en el trance, fuera cual fuera...

Finalmente pareció entender mi situación real, y se ocupó de que no hiciera demasiadas tonterías.

Sin demasiado éxito, también.

Recuerdo haber pedido otro whisky sin percatarme de que el último seguía sobre la barra, restos de hielo flotantes, rocío en el exterior del vaso.

El camarero, compadecido, se limitó a rellenar con más hielo, mientras comentaba a Eugène algo que preferí no entender.

Supongo que estaría en relación con la hora desde la que yo llevaba allí.

Creo que aún había música...

(...)

Me desperté sin zapatos, sin camisa, con el pantalón puesto.

Me pareció recordar una discusión estúpida sobre los zapatos, de la que evidentemente salí derrotado.

¿O fue después de dormirme?...

Eugène me había arropado con una sábana ligera, había apagado la luz y se había ido, sin despedirse. O no recuerdo que lo hiciese.

Yo había cerrado los ojos.

El techo negro empezó a girar.

Primero despacio, después más rápido, junto con la habitación y la cama.

En un arranque de lucidez conseguí arrastrarme hasta la taza del water, introduje la cabeza y casi de inmediato vomité, líquido.

Vomité hasta notar el sabor de la bilis en el paladar.

No había cenado (estúpido).

Mantuve un rato la cabeza dentro de la taza. Luego la levanté.

Noté que la casa ya no giraba, apenas.

Apreté el botón del desagüe, aprovechando que me apoyaba para ponerme de rodillas, y, de rodillas, volví a la cama, a la que trepé, y me dormí de inmediato.

No me dolía la cabeza, pero me molestó profundamente el rayo de sol que daba sobre mi cara.

Eso me despertó de golpe.

Estaba todo confuso, borroso.

El cactus también.

No tenía ganas de levantarme para bajar la persiana, pero me levanté, para orinar.

Metí la cabeza en el frigorífico, mirando entre los párpados no del todo abiertos; me metí casi dentro apoyado en el marco de la puerta. Miraba sin ver.

Estaba fresco, y eso resultaba agradable.

Empecé a indagar con más atención por si hubiera cualquier cosa dentro que me apeteciera o me ayudara a sentir algo mejor. Enfoqué la vista todo lo posible y tropecé finalmente con el brik de leche.

Leche fría, con café, soluble, sin azúcar...

Me metí después bajo la ducha, sentado en el plato, una media hora, y recuperé fuerzas para continuar con mi novela: Me lo impuse como una obligación.

No necesitaba salir en todo el día para nada, el frigorífico estaba bien provisto.

Y no me apetecía bajar a por el pan...



## CAPITULO XVII. *Reencuentro*

*Estábamos físicamente enfrentados, como para evidenciar un cierto distanciamiento.*

Yo me había adelantado a elegir mesita redonda baja, y taburete.

Era la primera vez, me parecía, que no estábamos uno al lado del otro, desde el día de nuestro encuentro.

Tras ser servidos, inició ella la probable discusión -o así lo intuía yo- para defender su punto de vista:

-Sin entrar en detalles ¿Qué es lo que crees haber visto?

-Digamos que vuestra fraternidad es profunda –mi tono era desganado, escéptico-.

-Cierto.

Eugène estaba seria. Miraba a la mesa y dibujaba con el dedo sobre su superficie automáticos y efímeros diseños hidráulicos conduciendo el rocío que rezumaba de los vasos, más allá de los posavasos. Continuó, sin abandonar la ingeniería.

-Pero ¿Cuales son tus sentimientos al respecto? -evitaba mirarme.

-Extraños -tuve que admitir.

Yo trataba de pensar -de hecho, no paraba de hacerlo-, desapasionadamente sobre ello.

-No muy racionales –añadí, ante su silencio, con un deje de disculpa no sentida-.

-Estás considerando relaciones convencionales.

-Bueno -trataba de medir mis palabras-. Yo me quiero considerar una mente abierta. Mi especialidad literaria, poco apreciada por la crítica -en realidad ignorada por la crítica-, tiene sin embargo un éxito de público muy amplio. Las ventas lo demuestran, y mis novelas se compran para ser leídas. Entiendo que significa que lo que yo reflejo en ellas no es tan extraño. De hecho, si lo fuera, no vendería. Sin embargo hay temas que simplemente evito. Me autocensuro.

-Ya -seguía mirando atentamente a la superficie de la mesa, dibujando espirales que luego rompía en violenta inundaciones provocadas. Yo seguía fijamente las evoluciones de su dedo, para no tener que mirarle a los ojos-.

-Pero yo no me refiero a eso -siguió ella-. Tu especialidad, como dices, es antigua como la humanidad. Pero -Ahora levantó la vista. Sus ojos avellana, un poco acerados ahora, buscaban los míos con decisión. Sostuve su mirada para demostrarle mi atención y mi confianza- habrás notado, a pesar de tu torpeza -sonrisa breve- que has entrado en un círculo poco convencional.

-Presumo de tener pocos prejuicios -me quise defender. Ella pareció un poco contrariada con mi punto de vista obsesivo-.

-A ver -había dejado de jugar con el agua, cruzó los brazos bajo su pecho. Luego pareció cambiar de actitud, y optó por buscar mis dedos, que se aferraban al borde de la mesita. Los atrajo hacia el centro, mojado, esquivando los combinados, con poca resistencia por mi parte, he de decir, y en gesto que me pareció vagamente paternal, cubrió mis manos con las suyas, hasta donde ello podía ser. -Trata de analizar tus sentimientos.

Es difícil -confesé-.

-Lo sé. Quizá debamos empezar por el final. Trabajaremos por deducción, como Sherlock Holmes, en lugar de usar la inducción como los científicos. Iremos del resultado a la causa.

-¡Boh! -realmente, no sabía qué decir-. No necesitas disculparte.

-No lo pretendo -me miraba, un poco agachada su cabeza sobre sus hombros, como si quisiera reducirse de tamaño. Sonreía, y me miraba desde abajo. Sus ojos se habían vuelto más líquidos y brillantes, perdiendo el mate acerado que me intimidaba y me daba la sensación de inferioridad. Su cabeza ladeada ofrecía su cuello sumiso, como en otras ocasiones-.

Siguió:

-Háblame de tus sensaciones.

-Bien. Una mezcla de atracción, confusión y desagrado.

-¿Por ese orden?

-Creo que sí.

-De atrás adelante. Desagrado. Olvídalo. Son los prejuicios que dices no tener. Celos infundados, que vienen de personalizar los hechos.

Levantó su dedo hacia mis labios para interrumpir, como siempre, mi no iniciado comentario.

-Confusión: Es lógico, porque estás ante una situación que te resulta desconocida. Te faltan datos y eso evoca sentimientos ambivalentes.

Asentí con la cabeza.

-Atracción: Este es el factor primordial. Intentaré hacerte notar algunos detalles en forma que tú mismo los valores. Veamos en qué consiste tal atracción. Es probable que, obnubilado por lo evidente, hayas pasado por alto detalles importantes.

-Sé muy bien lo que vi -dije despacio, sosteniendo su mirada-.

-¿Tú crees? Puede ser. Como no vas a poder evitar guiarte por la vista antes que por otros sentidos, cojamos el toro por los cuernos. Cuéntame qué es lo que viste.

-Os vi, a Mila y a ti,...

-¿Desde dónde?

-Yo estaba en el pasillo.

-Y no tenías un punto de vista demasiado bueno desde allí.

-Al contrario -reflexioné-. Tenía una visión muy completa -fruncí el ceño ante mi sobrevenida extrañeza-.

-¡Caramba! No te habías percatado.

-Tenía una visión panorámica, elevada –continué evocando recuerdos-.

-Eso lo podría definir.

-Pero hay que tener en cuenta que en un momento yo no distinguía entre lo que veía y lo que imaginaba.

-Quizá porque no había distinción.

-Quizá -empecé a admitir, meditando sobre mis impresiones-.

-Admite, pues, que estabas viendo cosas que, en condiciones normales, no hubieras visto.

-Desde luego, tuve esa impresión, pero no me parecía lógico.

-Supongamos que es un hecho.

-¿Por qué tengo que suponer eso?

-Verás: Para continuar, tienes que dar por cierto que tus ojos te estaban mostrando algo más que lo que nuestra habitual visión binocular puede hacer.

-No entiendo.

-¿Recuerdas el sótano de la corrala?.

-Sí –Creía que sí-.

-Allí pasaron cosas que no se ajustan a la física conocida.

Tuve que admitirlo: Aunque yo lo relacionaba con una intensa emoción, prestaba más atención a los sentidos, hipersensibilizados, que a los sucesos objetivos, como luego se demostró.

-Voy a tratar de resumirte lo que pasó. Créeme, si quieres.

Puse cara de atención, mirando a sus ojos. Su expresión era dulce, y acariciaba mis manos.

-Durante un periodo que en este plano físico fue de unas cinco horas, estuvimos, los tres, superpuestos en otro plano, diferente, y cuya localización no es importante, donde estaba el “tubo”. Ese tipo de traslación equivale a viajar en el tiempo.

Yo no entendía del todo. Le había oído a ella hablar en otras ocasiones en términos similares, pero no le había dado mucha importancia, porque entendía que sus creencias eran más de tipo espiritual, y que aquello que describía era más bien simbólico.

Ella pareció entender lo que me pasaba.

-Cuando digo viajar en el tiempo, estoy hablando de algo real. Trataré de darte datos técnicos, aunque no es mi especialidad. El proceso del viaje en el tiempo conlleva unas características necesarias. Una de ellas es la velocidad. Algo de lo que se percató Einstein, haciendo cálculos: Si se supera la velocidad de la luz, el tiempo transcurre a diferente velocidad, se alarga o se encoge. Se pueden llegar a alcanzar posiciones que interpretamos como “por delante”, o “por detrás”, de un tiempo que definimos por conveniencia como actual.

-En el pasado y en el futuro.

-Exacto. En este caso, no es importante dónde nos situemos. Probablemente en un pasado manipulado. Pero da igual.

-Pero ¿Cuál es la técnica que se usa?

A mi pesar, me estaba interesando.

-Sobre todo es necesaria concentración. Tanto Mila como yo dominamos esa técnica, y te arrastramos, aparte de que has resultado muy empático, como yo predije, y te dejas llevar con facilidad...

-No sé si eso es un piropo...

-Yo creo que sí. Bueno, el caso es que, sigas el método que sigas, para viajar en el tiempo se debe siempre desintegrar y reintegrar. Para trasladar la materia.

...desintegrar...

-Nuestra desintegración se produjo con éxito, en un conjunto que formábamos los tres. Es como si fuéramos un solo elemento.

-Tuve una sensación parecida a eso.

-Pues bien, al “volver”, se produce la reintegración de las partículas atómicas y subatómicas, que se reordenan con una pauta que es la misma, y única, personal de cada ser.

-No hay problema entonces –quise ser optimista: Me temía lo peor.

-No es un problema, pero sí un efecto colateral inevitable. De hecho, no es malo.

-Ya –Me lo temía.

-El caso es que, lógicamente, y aunque cada partícula adopta su posición y su misión idénticas a las originales, las partículas físicas en sí no tienen por qué ser exactamente las mismas. De hecho, no lo son.

-¿Quieres decir que hemos intercambiado nuestros átomos?

-Algo así. El conjunto es exacto al primitivo, pero los componentes se han mezclado.

Me estaba diciendo que yo me componía ahora en parte de ella, y de Mila, y que ellas...

-Creo que entiendes –cortó el hilo de mis pensamientos.

-Por tanto, no somos nosotros mismos.

-Sí que lo somos. Pero queda un pequeño residuo que se puede disolver, dejando pasar el tiempo, o potenciar, sí sabes cómo...

-¿Y vosotras habéis optado por potenciar?.

-Es algo agradable...

-¡Ya!

-... y conveniente.

-No sé si me agrada ¿Conveniente para qué?

-Facilita la comunicación.

-Y estabais haciendo prácticas.

-Si quieres verlo así, ...

La explicación era confusa, no resolvía mis dudas, pero decidí que no le iba a dar mayor importancia.

Ella me apretaba las manos, sobre la mesa, y se movió para dejar de estar enfrente a mí.

A mi lado, sus ojos se habían vuelto de un brillante que yo conocía.

-¿Te apetece practicar ahora? –dije al fin. Ella no contestó, con palabras-

¡Tengo yo una voluntad, para mantenerme firme en mis ideas!

Debía ser eso de la empatía.

El tema no volvió a surgir, si bien yo no sentía que mi relación con Mila se hubiera modificado mucho: Siempre me cayó simpática.

Ahora la apreciaba.

¿Era eso una diferencia?

En cualquier caso, dejé de pensar en Mila, entonces...

## CAPITULO XVIII. *Gema*

*Apareció aquella mañana en mi piso, temprano, pero no lo bastante como para que no se enteraran todas las vecinas.*

Evidentemente quería hacerse notar, siendo como era ese su carácter y su aspecto, independientemente de que contara con mis simpatías, sin fundamento, por otro lado.

Ella y una bolsa de deportes, grande y llena, me despertaron con el timbre sonando a rebato.

Mi primera intención fue no levantarme: Supuse que sería alguna equivocación, algún vendedor, alguna pareja de mormones... ¿a esas horas?.

Como insistía, en plan alarma, me senté sobre la cama, me puse la camisa y un pantalón corto que usaba en casa y, descalzo, haciendo más ruido del que yo quería, traté de averiguar por la mirilla quién sería, acción inútil como recordé inmediatamente porque la puerta de entrada era la única parte de la vivienda que no era exterior lo que hacía que ni de día ni de noche, ni con luz de la escalera ni sin ella, jamás aquel rincón saliera de la penumbra.

Aún así, pude intuir cómo un brazo irreconocible se dirigía de nuevo al timbre.

Ya había debido alertar a mi planta, y dos más arriba, y dos más abajo: Se oían puertas abriéndose y cerrándose por todas partes, y la caja del timbre, al lado de la puerta, termino de machacarme la cabeza, como a traición.

Hubo que abrir.

Traté de borrar mi gesto de desagrado como pude, y poner cara de dormido, lo que no me costó ningún trabajo:

Gema y su bolsa al lado, en el suelo, su largo pelo rubio, su figura esbelta, delgada en la cintura, notable en busto y caderas que acentuaban unos ceñidos vaqueros y una camisa que debió coger prestada a su hermano pequeño porque a duras penas ocultaba su busto. Aunque, entallada como estaba, había que descartar tal posibilidad.

Y su boca, que raramente se mantenía cerrada, bien entrenada pues. Volumen

alto y tono levemente cazaloso, como en perpetua afonía,

-Pero Juan ¿Todavía no te has levantado? –fui a decir que sí, que si no lo veía, pero no hubo tiempo material más que para seguirla, tras su bolsa, que parecía pesar y ella arrastraba por el suelo con ambas manos sobre las largas asas, mientras la empujada a patadas, dirigiéndose ¿a dónde?

Aún no había yo podido reaccionar, y ella seguía hablando, a la vez que inspeccionaba, buscando yo no sé qué...

-¿No te ha llamado Marta? –abrió la puerta del baño, volvió atrás, entró en mi despacho-dormitorio, donde hizo un gesto de desagrado por el mal olor que, a su juicio, imperaba; no paró de hablar.

-¡Cómo huele esto! –y siguió buscando, hasta encontrar el sofá cama donde arrojó su bolsa, se sentó, me hizo señas con la mano para que me sentara a su lado, sin interrumpir su monólogo.

Yo le había seguido, tropezando con ella cada vez que cambiaba de dirección hasta, exhausto, el pie del sofá, que no me decidía a usar por temor a volverme a dormir.

Me arrastró, en cualquier caso, a su lado.

-¿No te ha llamado Marta? –repitió-. Me dijo que lo haría.

Yo no sabía si había llamado o no, porque mi móvil debía andar, descargado, por algún rincón, por falta de uso a mi pesar.

-...me quedo hasta el domingo. Ahora podemos salir a tomar algo, y luego comemos por ahí. Ya conocerás todos los restaurantes de Aranjuez. He oído hablar de alguno...

¿Hasta el domingo? ¡Si es viernes! Empezaba a tomar contacto con la vida. Por cierto, pensé que era una suerte que Eugène no se quedara anoche. Hubiera resultado una situación comprometida. Aunque yo no me sentía obligado con Gema en absoluto, en ningún caso hubiera soportado que Gema y Eugène,... era una suerte.

¡Y las vecinas! Oía puertas y movimiento en la escalera; me estarían despellejando: ¡Ya que se habían acostumbrado a Eugène! Bah, ¡que piensen lo que quieran!

-... tú dirás dónde se sale por la noche aquí –seguía Gema-. Viniendo de la

estación, no he visto mucho ambiente...

-Son las nueve de la mañana –acerté a comentar, distraído-. ¿Has venido en tren?

Eso sí era extraño.

-Sí. Es que tengo el coche roto. En vez de quedarme en casa el fin de semana, llamé a Marta, por si tenía plan. Y lo tiene, pero con Ángel ¡No los entiendo a esos dos! Le pedí tu teléfono, y me dijo que no podía ser...

Se supone que Marta no sabía dónde estaba yo. Pero claro, el helicóptero me delató...

-... y me dijo: ¡Si está aquí al lado! Precisamente el otro día...

Confirmado ¡Vaya torpeza! Bueno, era temprano, a ver qué le contaba a Eugène, porque ni Gema parecía mi prima, ni las hubiera convencido, a ninguna de las dos, de que... Tengo que pensar, rápido. Tengo que poner a cargar el móvil, que no me vuelva a traicionar. Tengo que llamar a Eugène. Pero ¿tengo yo el teléfono de Eugène? Siempre ha sido ella la que ha llamado. Y yo, por supuesto, podía haber tomado el número, pero no lo he hecho. No sé dónde vive. ¡Vaya lío! ¡Y esta chica no para de hablar!

(...)

Por algo que yo no podía comprender, Gema fue capaz de ir prefiriendo exactamente los mismos lugares que yo había conocido en Aranjuez con Eugène: ¡Qué fenómeno tan interesante es una muchacha!

Mi interés por salir de la ruta que ya para mí se había convertido en habitual resultó bastante más difícil de lo que yo había pensado...

Mi interés provenía de la preocupación por no tener un encuentro indeseado, lógicamente. Pero resultaba al parecer imposible evitar que Gema se sintiera atraída, como un imán, por todos aquellos sitios que Eugène prefería.

A la hora de comer, y ante su sugerencia de buscar algún gango de la ribera, me tomé un respiro al fin, porque no me constaba -o al menos nunca habíamos hablado de ello- que Eugène conociera el restaurante que hay dentro del jardín que yo llamaba “inglés”, con poca precisión. De hecho, siendo este jardín mi preferido, Eugène parecía evitarlo.

El inopinado y absurdo castillo iniciado a construir -aunque inacabado- para deleite de los reyes a la ribera del río hacia 1800, dentro del recinto del jardín, permitía comer a la carta en una terraza al aire libre contemplando el lento discurrir de las aguas

en un meandro que delimitaba un ángulo obtuso que se cerraba con una hilera de grandiosos plátanos en la linde del jardín, y que proporcionaban sombra ante el crudo estío que se anunciaba.

No era necesario entrar al jardín para acceder al castillo porque un puente colgante de uso peatonal permitía el acceso desde la otra orilla, paralela a la carretera general, pero yo prefería llegar andando por la larga avenida arbolada que partía de la puerta principal del jardín del Príncipe. Además no disponíamos de medio de locomoción particular, averiado el de Gema, inexistente el mío.

Ella tampoco, como Eugène, pareció interesada por la gran arboleda: La soportó sin comentarios y con resignación, ante el cebo de una comida que yo había prometido excelente, en forma optimista, porque en realidad de aquella terraza sólo conocía el sabor del Martini.

Sí le gustó el castillo, imitación de medieval torre del homenaje.

Pretendió que nos sentáramos sobre la terraza superior de la torre, pero el camarero -al que no apetecía subir y bajar cargado de platos- nos disuadió por las malas: Estaba prohibido, dijo. La terraza de la ribera estaba muy bien.

Juzgué que no mentía, en cuanto a la terraza.

Tras un licor dulce, de color amarillento, con hielo, Gema se decidió a la confidencia, que parecía ser su objetivo, aparte de pasar un fin de semana de gorra a mi costa, porque en ningún momento hizo amago de ir a pagar en ninguno de los sitios donde estuvimos.

Por otro lado, yo conocía su economía de supervivencia, por lo que me sentía obligado.

Tengo que admitir que, en cualquier caso, comer tampoco es que comiera gran cosa: Una ensalada y algo de pescado pagado a precio de caviar.

Deduje que su interés era averiguar a través mío qué posibilidades tenía ella con Ángel. No sabía yo que decirle: la verdad, o mantener la farsa de que quizá...

En conjunto, ella no me caía mal, aunque su vitalidad me sobrepasaba. Como le dije a Ángel, parecía tener la edad de su hija, Brigitte. Y supongo que ideas similares.

Hacía tiempo que no veía a Brigitte. Sus años en la universidad la habían alejado, lógicamente, de sus relaciones familiares, que ella tampoco puso ningún interés en mantener. Por eso -y no por el prestigio de la universidad- decidió ir a Salamanca, creo yo, mientras se preparaba para obtener una beca Erasmus,... no sé donde. Estudiaba

alemán.

Sea como sea, Brigitte siempre me miró como a un bicho raro, como el tío soltero ese que toda familia tiene, y el tiempo parecía confirmarle en esa opinión despectiva.

No me constaba que hubiera Gema contactado con Brigitte; podría incluso desconocer su existencia.

En cualquier caso, e incluso considerando que socialmente pertenecían a ambientes diferentes (porque Brigitte a veces me resultaba algo “pija”, cosa que no se apreciaba en Gema), me pareció que su forma de razonar y abordarme era similar a la de Brigitte: Demasiado directa para mis gustos anticuados.

Y salvando las distancias nacionales, a la de Eugène, que tan sólo tendría algún año más que ellas, calculaba yo.

Adelantando acontecimientos yo me había armado, creo que con acierto, con un J&B, largo de hielo.

Los patos de la ribera escandalizaban entre los cañaverales cercanos, las largas ramas de los sauces llorones pendían indolentes sobre el agua, dejando que sus extremos fueran suavemente arrastrados por la pausada corriente del río; el árbol del paraíso y algún otro que no reconozco perfumaban en exceso el cálido ambiente, solo soportable a la sombra.

El ambiente resultaba bucólico, plácido.

Mientras paseábamos hasta el castillo, Gema pareció molesta o resignada, haciendo sólo desganados comentarios de muchacha de ciudad.

Durante la comida habló, más que comió, de cuestiones intrascendentes que yo no entendía ni me interesaban, nombrando sitios y personas para mí desconocidos.

A los postres, hizo una pausa preparatoria y, después de un primer sorbo del empalagoso licor amarillo, Strega quizá, se decidió al parecer a hablar:

-Tú conoces a Ángel desde hace mucho.

-Sí –ya estábamos-.

-Y a Marta.

-Supongo que sí.

-¿Tú sabes que clase de “negocio” llevan?

Interpreté -creo que acertadamente- que no se refería a la asesoría ni al bufete de abogados. En ese caso se trataba, realmente, una indiscreción. Lo que yo suponía que iba a suceder. Por eso hacía rato que me estaba preparando a no contestar. Me concentre en el sistema gallego, que interpone otra pregunta para evitar contestar...

-¿Cuánto tiempo llevas con Ángel? -Y yo tampoco me refería al bufete. También era una indiscreción, aunque su respuesta sí me interesaba, si bien no pensé que me contestara. Quizá se sintiera ofendida, cosa que me convenía, para cortar y evitarme profundizar en temas privados.

Pero no fue así.

-En la oficina, seis meses. Con Ángel, como tú dices, algo más de un año. Coincidimos en una fiesta del Círculo de Bellas Artes, en carnaval...

Me sorprendía. Pero no quería perder terreno:

-En un año has debido tener tiempo de hacerte cargo. Quizá a Marta la conoces menos, pero Ángel,...

-Marta es mi tía, por parte de madre.

-¿Qué? -quise reaccionar, ganar tiempo-. No os parecéis mucho.

-¿Tú crees? Puede ser.

-¿Te buscó ella el trabajo?

-Me buscó para Ángel. Mi tía y yo no nos habíamos tratado mucho antes. Yo no necesito el trabajo, pero me divierte, es interesante... Me habló de ti...

-¿Marta?

-Sí. Dice que Brigitte es hija tuya.

-¿Brigitte? -estaba sorprendido y enojado. De repente, pensé que Gema me estaba mintiendo, por alguna razón que yo no entendía, que por algún motivo inconfesable me quería confundir, para obtener algún resultado que sin duda me perjudicaría-

Estaba molesto, mi expresión lo indicó claramente, pero no pude evitar calibrar la sospechosa información.

Por eso pensé en Brigitte: Pensé -nunca se me había ocurrido semejante idea- si nos parecíamos en algo.

Sin duda se parecía a Marta...

Pensé de qué situación se pudiera derivar tal resultado, suponiendo que fuera cierto. Realmente, tenía la vaga sensación de que era probable que... Pero, enfadado, traté de contraatacar.

-Eso no es cierto –Puse cara de enfado, lo que no me costó nada-.

-¿No lo recuerdas? Marta sí.

-No hay nada que recordar –corté-. Y no sé quién eres tú. Te presentas en mi casa fingiendo que te aburres en Madrid. Me dices ahora que tu “tía” Marta te envía. No creo nada de lo que me dices.

Eugène me había escarmentado bastante, observé. Y continué:

-Para sacarme la información que desees, que no sé cuál puede ser, tendrías que inventar algo más verosímil.

Quería parecer sutil, agudo, pero me sentía enfadado, y eso era evidente.

Me sorprendió entonces observar que Gema, que se había comportado con cierta frialdad desde que salimos de mi apartamento, me sostenía la mirada, con sonrisa de esfinge, enigmática, que nunca le hubiera supuesto.

Me fijé en sus ojos verde azulados (¿Como los de Marta?), que no tenían aspecto de mentir, en sus delineadas cejas, demasiado oscuras, que delataban su rubio dorado artificial, pero que favorecían indudablemente su expresión: No indicaban en este momento la superficialidad que yo le había supuesto. Me sorprendió que me recordaran, en algún detalle que no podía concretar, a Eugène.

Bueno, sin duda serían de una edad similar, lo que podía influir más que su país de procedencia. Y al fin, ¿qué andaba yo haciendo mezclándome en historias de adolescentes desquiciadas? ¿Lo que yo le afeaba a Ángel?

Traté de recordar cuándo había sido la última vez que había hablado con Brigitte. Me estaba convenciendo de que Gema no mentía.

Pero todo ello era absurdo, estúpido, aún siendo cierto...

Me pareció recordar un respeto impensable en una muchacha tan independiente

y contestona como ella. O lo estaba imaginando al reconstruirlo ahora.

No conocía, en realidad, a Brigitte, ahora me percataba, aunque presumiera de lo contrario.

De pronto, sentí que la actitud de Gema en ese mismo instante era idéntica a la de Eugène en situaciones similares, como estudiando mi sorpresa y deduciendo mi cadena de pensamientos: Me sentía transparente, lo que acentuaba mi desagrado.

Salvo que Gema no hizo -menos mal- ningún movimiento de acercamiento físico; ello me defendió frente a mi dudosa entereza de carácter.

-¿Quién eres tú? –volví a insistir.

-Me envía Marta. Se supone que tú me puedes ayudar.

De nuevo, notaba cómo mi proverbial paciencia se iba agotando por momentos. ¿Pero en qué clase de enredo me estaban mezclando, sin mi permiso?

-Mira, yo, como tú debes saber, estoy aquí supuestamente tranquilo y aislado para poder terminar mi novela. –Hablabas serio- ¡No me interrumpas! –ya me conocía ese truco- ¿Qué es eso de que te envía Marta? ¿Para qué? Yo no soy una hermanita de la caridad que anda ayudando al prójimo por ahí y haciendo favores a todo el que vaya viniendo, aunque no quieran ser favorecidos...

-¿Quieres que te pague la comida? ¡La verdad es que ando siempre mal de líquido! Ángel paga poco y tarde... –reía descaradamente. Se reía de mí. ¡Vaya novedad!

-Sabes que no hablo de eso –se me pasó por la imaginación preguntarle por Eugène, si conocía su existencia, pero me contuve a tiempo -¿Qué es lo que quieres?

-La verdad es que ya nada. Creo que he constatado lo que quería. No pensaba que Marta estuviera acertada. Formáis una extraña pareja, Ángel y tú. Complementaria...

-¿Y a ti que te importa? –resultaba odiosamente descarada. Más que Eugène...

-Bueno. Tienes razón. No quería molestarte. Solo que la marca...

Apoyé los puños, cerrados, sobre la mesa, con ira duramente contenida, sin hablar...

-¡Vale, vale!... –ahora no reía. Se sintió sin duda intimidada- ¡Qué carácter! Eso

no es lo que Marta me había indicado...

Traté de calmarme, por un resto de educación. Al fin y al cabo, Gema no parecía ser la causante directa de mis “desgracias”, parecía más bien una enviada poco informada. ¿Trataría de sonsacarle algo..., o sería peligroso, para mí?

-Me tenéis muy hartos –finalicé- ¿Cuándo te vas?

-Si me acompañas a la estación, esta misma tarde.

-Podemos pedir un taxi. –no ocultaba mi frío enfado-.

Ella intentó una disculpa, que yo no quise recibir.

En la barra, mientras atendía al pago de la factura, pedí al camarero que me buscara un taxi, lo que hizo sin comentario ninguno.

(...)

Después de recoger sus cosas en mi apartamento, y de una fría despedida en la estación, la espía desapareció de mi mundo, por el momento.

De su concentrada inexpressión no supe deducir hasta qué punto su misión había sido cumplida.

Me prometí hablar con Marta, pero ahora resultaba más complicado: Sabía que, por el momento, no iba a hacerlo. Tenía que asimilar algunas cosas; re posicionarme.

Me inclinaba también a no comentar nada de esto con Eugène. A no ser que ella lo adivinara.

Pero no lo consideraba probable: Ella nunca me había oído hablar de Marta, ni de Ángel, antes de nuestro trato telefónico comercial, y no parecía haberle prestado ninguna atención. Por supuesto, desconocía la existencia de Brigitte; más aún de Gema.

Estaba casi seguro. Por eso preferí que no se hubieran encontrado...

Sin embargo, me quedó la sensación, desde que detecté en Gema aquella extraña expresión introspectiva que en ocasiones adoptaba también Eugène, y la evidencia de la “marca”, por ambas mencionada, de que de alguna manera Gema, o Marta, si lo que había dicho no era un invento, sí que conocían o intuían la existencia de Eugène, o de su círculo...

Y eso probablemente era importante.

No sabía que hacer.

Gema me dejó lleno de confusión.

## CAPITULO XIX. *Interludio; aclaraciones confusas*

*(Del gr. καταλυσις, disolución, acabamiento). Transformación química motivada por sustancias que no se alteran en el curso de la reacción.*

Cuerpo capaz de producir la transformación catalítica.

(...)

catoptromancia o catoptromancia.(Del gr. κατοπτρον, espejo, y -mancia).1. f. Arte supuesto de adivinar por medio del espejo.

(...)

Me aburrí de buscar palabras en el diccionario para embrollar a mis lectores. (¿Practicaba Ginger la catoptromancia?) Tenía la cabeza en otra cosa. Oí por la ventana que llovía, y decidí pasear bajo la lluvia.

Mientras lo hacía, sin rumbo, evitando los lugares donde pudiera ser reconocido, rememoraba, traída por Gema, la escena almacenada en mi subconsciente, con Ángel, Marta, mi indiscreción inoportuna...

De Eugène y Gema. De la marca...

Había, tenía que haber un factor común a las diversas ocasiones que yo relacionaba por su causa pero que no terminaba de captar. Y a la vez, me negaba a descifrar el enigma. Deseaba divagar...

No cesaba del todo la lluvia, asumible, refrescante.

El día había sido largo, cercano el solsticio, y sólo a la caída del sol una sorpresiva tormenta (olor a ozono en el ambiente) había interrumpido una jornada en que el sol había siempre destacado sobre el cielo límpido, y las tormentosas nubes traicioneras aparecieron al atardecer, sin aviso previo. Tras una corta y torrencial lluvia que limpió el ambiente y agradecieron las plantas -y que me despertó de mis ensoñaciones-, la tormenta derivó en un extraño calabobos, ajeno visitante en estas tierras castellanias.

Ya entrada la noche, la luna creciente destacaba, inmensa, entre ralos jirones de nubes, que dejaban caer mansamente una llovizna leve, pero constante.

Orvallaba.

Volvía a casa paseando por uno de los abundantes parques de Aranjuez, evitando el asfalto, atajando en distancia -atravesando en diagonal-, pero despacio, mirando al suelo, como si me preocupara por la limpieza de mis mocasines, jugando a ratos, como de niño, con la arena, las hojas y el barro.

Me recordaba mi niñez, porque la sensación que me invadía con respecto a los acontecimientos que habían irrumpido en la estabilidad de mi vida estas últimas semanas tendía a lo infantil. Mi actitud resultaba infantil, y mis aventuras eran las de un niño grande. El mundo, todas las personas y cosas, las veía como a través de un prisma que lo tintara todo con los tonos de la infancia. *Enfantillage...*

Otra vez Eugène. También es cierto que prefería pensar que todo era un juego...

En el exterior de mi mente afebrada, sobre las ramas de los árboles, aún no vestidos del todo de hojas, las farolas delinean sobre las ramas desnudas y húmedas fractales de tela de araña conformadas en brillos móviles al ritmo de mi paso lento, arrastrado: Cada copa, una maraña de reflejos ordenada hacia un centro oscuro y desplazado de su posición lógica, en forma de cono irregular, variando su orden, su volumen y su orientación a cada paso mío.

Un camino insospechado entre el aparente caos.

¿Un camino hacia dónde?

¿Y en el centro, qué?

¿Jugamos a...(te plaît jouer...)?

Vuelvo a mirar al suelo, con visión desenfocada, y sobre el fondo negro de un charco que al cesar un instante la lluvia se convierte en espejo mágico, dibujo un rostro.

Éste se diluye en las ondas concéntricas que forma una gota de orvallo que se desliza desde las hojas empapadas, y se transmuta en otro, y éste -otra gota- en otro más; y cada uno con ciertas cualidades que yo distingo y enumero, cualidades estéticas, sin duda, y cualidades morales, actitudes, aptitudes...

En otras ocasiones, este método de reflexión me había dado resultado. A menudo estos retratos antiguos -otros recientes-, me suministran la clave de la trama que luego plasmo en el papel. Leve reflejo de lo imaginado, pero suficiente a veces.

(Ahora, en este instante, soy consciente de que mi escenario mental ha cambiado; lo he cambiado yo, intencionadamente.

He cambiado el paseo marítimo de O Grove, el puerto pesquero, el rumor del mar -la isla de A Toxa al fondo-, los plátanos achaparrados y la primavera húmeda, brumosa, céltica: Imágenes sobre fondos de niebla, las débiles luces intentando,

inútilmente, atravesar tan tupida capa: Contrapuestos a la lluvia gruesa de Castilla, su sol de justicia, su cielo límpido, sus noches calurosas.

Pero evidentemente he sido perseguido hasta aquí por un aura marina. Este leve e inopinado orvallo parecía escapado de aquellas tierras.

El cambio de escenario sin duda influía en el resultado, pero era consciente de que esta influencia era limitada: Los factores que me están influyendo no son ambientales).

Predominan en los dibujos sobre las ondas los retratos recientes, muy recientes.

Sólo algún clásico de mi corta historia sentimental sobrevive difuso, mate.

En cambio, Eugène se dibuja perfilada, nítida y detallada, mientras Gema no consigue librarse de su expresión burlona, desagradable en cierto sentido, levemente agresiva; y Mila, era algo especial, dulce, porque es un rostro sin alma -con el alma de Ginger-, y su rostro en mi interior cambia a conveniencia, de forma que tan sólo queda a veces el brillo de sus ojos negros, otras una sonrisa, otras no es su cara, en absoluto, sin dejar de ser ella, de alguna forma que no intento explicarme, como si su cuerpo y su vida fueran un barniz que ocultara otro cuerpo y otra vida.

Mila...

(...)

La encontré llegando a mi apartamento. No recuerdo si saqué yo el tema, que sin duda tenía presente, o ella adivinó mis pensamientos.

Eugène estaba extrañamente didáctica y mi atención, nada fingida, pretendía aprovechar la oportunidad.

Ella parecía querer justificarse por algo que aún no había sucedido...

(...)

Cuando abordamos a Mila, no tenía ella conciencia de sus capacidades.

Digamos que no nos conocíamos.

Has podido comprobar, personalmente, cómo funciona lo que tú llamas telepatía.

El método, en realidad, transmite ideas completas a la velocidad de la luz, por lo que la comunicación es fluida, casi instantánea.

En los casos en que existe una cierta predisposición, el entendimiento es inmediato: Mila es uno de estos casos.

Por eso prácticamente no hay transición entre la antigua y la nueva persona: De inmediato comprendió nuestro objetivo, y la parte que en él ella tenía como misión.

El entrenamiento se reduce a cuestiones prácticas, enfocado a cómo comportarse de cara a la sociedad cercana, lo que no suele dar muchos problemas.

El hecho de que tú conocieras una Mila anterior produce sólo un pequeño desfase, que se corrige sólo; con el tiempo.

Por otro lado, tu caso no es habitual; tu forma de entrar en el proyecto es irregular, y responde a unas necesidades.

¿Cuál había sido mi “entrenamiento”? ¿Cuál mi misión?

En este punto, y como restándole importancia, cambió de tercio sin solución de continuidad.

Decidió que prefería contarme un cuento, en la oscuridad de mi habitación, de mi cama...

## CAPITULO XX. *Sereira / Dolphins*

*No es exactamente como ella lo contó, pero quise conservarlo como un preciado regalo.*

Sus cuentos, a veces –pocas-, parecían románticos. Y aunque en general mostraban su carácter esquizoide, yo me veía arrastrado por su convicción.

La supuesta doble naturaleza de Sereira, Eugène, se apoya en una leyenda simbólica que expresa una evolución inversa. Yo se la quise atribuir a Ginger, salvando enormes distancias, pero resultó intransferible:

“Un Cuento de Sirenas.

Los Delfines ya no añoran la tierra.

Me han contado que hubo un tiempo en que ellos, los Atlantes, la dominaron. Pero el orgullo y la mezquindad guiaban sus acciones; así, no vislumbraron el final inevitable de su peregrinación insensata, y lo que hubiera podido ser sosegada evolución hacia su fusión con la Tierra, con el Universo, degeneró en feroz involución: en su destrucción física, que arrastró con ella a su entorno.

El uso irresponsable de la Tecnología interfería claramente en los ecosistemas; sin embargo, salvo un pequeño núcleo de críticos despreciados por catastrofistas, el poder, asesorado por científicos en nómina de intereses espurios, no quiso prestar atención a los síntomas. Y la masa popular se negaba a escuchar nada que supusiera renuncia a la vana comodidad adquirida mediante el abuso de los recursos del planeta.

Cuando sobrevino el desenlace, ya fue demasiado tarde: Se había sobrepasado el tiempo concedido a la reflexión.

Hubo desesperados intentos de última hora, productos de su idolatrada Tecnología, irrespetuosa con la Filosofía y la Ciencia pura, que aceleraron la máquina en forma tan indiscriminada e irresponsable que la catástrofe predicha por los críticos fue inevitable y sorpresiva, y de la orgullosa Civilización Atlántida sólo quedaron leyendas orales transmitidas por los escasos supervivientes, aislados voluntariamente de los grandes centros urbanos, abandonados finalmente a merced de la cruda Naturaleza, esquilhada ahora hasta sus más íntimas raíces.

La Energía en estado puro, virtualmente inagotable, extraída directamente del Sol, el intento insensato de tomar las riendas que controlan el galope de los caballos de Helios, parecía la solución ideal: Haciendo conductora la atmósfera, el Viento Solar se condensaría en gigantescas construcciones piramidales distribuidas estratégicamente por

el globo terráqueo, y la energía de fusión, limpia y sin residuos, cubriría eternamente las necesidades de un planeta superpoblado, habituado al lujo gratuito.

Pero los mágicos caballos se desbocaron: Un gigantesco cortocircuito arrasó toda la desprotegida superficie, y el inmortal Helios reinó de nuevo en todo su cruel esplendor.

Tan sólo una limpieza general, un hipotético Diluvio Universal, sostendría la esperanza de recuperar la vida.

En la memoria colectiva, un supersticioso temor inculcado en los restos de la raza superviviente permaneció como defensa; pero el paso de las eras, la decadencia de la memoria, hizo que el tabú degenerara en cuento que la renovada confianza en sí misma de la nueva evolución desestimó como mitológico: Era su forma de expresar su desprecio por un pasado que no querían asumir como propio.

Sin embargo, se ofrecían sacrificios humanos al Sol -que ya había demostrado su potencia-, como compensación a los pecados taumatúrgicos de los que se sentían secretamente culpables. Se aceptaba tácitamente que no se debía mirar de frente a tan potente dios.

Poseidón, su antiguo protector, había sido olvidado, arrinconado.

Mientras tanto, mucho antes del desenlace, un pequeño grupo de Atlantes, de espíritu pacífico, habiendo ya renunciado a ser escuchados, se fueron aislando de los últimos núcleos de su generación con intención de fundirse con el medio natural, y en su filosofía emergió la idea del retorno al medio original de todas las especies: el líquido amniótico, el Mar.

Anfibios primero, en tránsito mental y físico para el gran retorno propuesto por sus sabios dirigentes, adoptaron finalmente el medio acuático como único, convirtiéndose, tras larga y laboriosa evolución, en Delfines.

Ignorados del mundo cuando sobrevino la gran catástrofe, ésta apenas rozó su profundo retiro acuático en comparación con lo sucedido en la superficie.

Su forma de vida, extraña ya a la humana, ni siquiera consideraba la tradición como sistema. Su propia génesis se diluyó en el olvido; su conciencia intelectual reclamaba otros usos, y la distancia entre tan distintas especies se hizo casi insalvable.

Ya habían incluso olvidado cómo ellos mismos, en un último esfuerzo desesperado, generaron desde la profundidad abisal el Diluvio que anegó la superficie lavándola de residuos radiactivos para posibilitar una regeneración. Y rescatando una simbólica pareja de cada especie en los escasos refugios que, elevados sobre el agua

invasora, se libraron de la inundación en los diferentes continentes, preservaron la semilla biológica.

Cuando, evos después, la nueva humanidad evolucionó lo suficiente como para ser consciente de su propio medio, a punto de entrar otra vez en la espiral de desarrollo insostenible que anunciaba una nueva crisis, de nuevo pequeños núcleos, decepcionados por no ser escuchados, dieron en acercarse a la Naturaleza, en protesta contra la nueva civilización tecnológica.

Y en su filosófico camino, tropezaron con los Delfines.

El entendimiento parecía improbable, pero la sospecha de que fuera posible despertó el interés de estos disidentes que se acercaron al Mar y adoptaron algunas de las costumbres que habían observado en los Delfines -aquellos extraños hermanos- como el respeto y la convivencia con el medio, y la poliandria como sistema de supervivencia de la especie.

A su vez los Delfines, sintiéndose observados, fueron saliendo de su letargo de eras, y colaborando tímidamente en la compleja intercomunicación.

La Sirena simboliza esta etapa intermedia, esta lenta transición hacia la convergencia. Su lengua, sus cantos, portan un mensaje común a ambas especies, y es atractivo y dulce, obsesivo; pero también insinúan un camino sin retorno para quien cae en sus redes, como bien entendió Ulises, porque implican una renuncia.

Su espíritu pacífico y respetuoso se expresa en su feminidad, lo que es tan sólo indicativo de su carácter, ajeno a la violencia de todo género.

Pero ese modo de comunicación común, esos cantos de Sirena, son la superficie de algo más profundo. La comunicación entre especies se establece en posiciones espacio temporales, donde ambas se puedan entender, salvando las dificultades biológicas y mentales.

Algunos iluminados, inspirados por aquellos cantos, solitarios caballeros combatientes en medio de aquella gran Mancha, enemigos jurados de los molinos de viento que representan los insaciables gigantes controladores de tempestades y mareas, intuyendo la intrínseca maldad del camino sin retorno a que pudiera conducir el abuso de la Tecnología, aun sin consciencia de la tragedia que se desarrolla ante sus ojos, se quejan, clamando contra tan perversa raza, la suya misma, causante directa del futuro que se adivina, y auguran, pesimistas pero combativos, contra ese eterno ciclo: el reflejo de la explosión sobre sus propios ojos cobardes y ávidos de comodidad a costa de cualquier traición a toda la humanidad, síntoma de la fiebre que produce la inspiración diabólica”.

(...)

Eugène pretende formar parte de ese pequeño núcleo de población que contacta con la antigua raza atlante, que habla con los delfines; de ahí su cualidad de Sereira, de sirena.

Su interés se centra en, a través del control de los medios mentales y las confluencias temporales, converger hacia una nueva unión, una nueva especie que mejore a todas las existentes hasta ahora, que respete el medio y se adapte a él con naturalidad, limitando al máximo sus necesidades biológicas.

Entorpeciendo e interfiriendo esta comunicación, un núcleo sinárquico de humanos sin conciencia intenta controlar para sus propios fines estos medios con objeto de detentar el poder absoluto sobre la tierra; ellos son los que nos vigilan y persiguen.

Como cuento, resulta sugerente, inquietante...

## CAPITULO XXI. *Hugo*

*Le mauvais goût mène au crime: El mal gusto conduce al crimen.*

En realidad, yo no podía decir que conociera a Hugo, el novio de Mila.

Ciertamente, habíamos coincidido en alguna ocasión, pero no recuerdo haberle oído decir nada memorable. O puede ser que simplemente no me interesara lo que decía, lo que casi equivale a lo mismo.

Por Mila sabía de su afición a las motos -otra más que no compartíamos-, junto con sus gustos musicales, que deduje de su indumentaria; y poco más.

Sin embargo, estaba claro, y el tiempo lo iba demostrando, que mis juicios eran bastante temerarios e infundados. No acertaba una, a decir verdad...

Si no fuera a través de Eugène, y de las experiencias que acabamos viviendo juntos, Mila para mí no hubiera sido más que una joven provinciana a la que yo no atribuía gran cosa bajo su morena cabellera, prejuicio que se ha venido desmintiendo día a día, para sonrojo mío.

Por no hablar de cómo mi inicial simpatía por Gema se había transformado en algo parecido a la repulsión, por obra de las circunstancias. Continuamente me venía a la cabeza comentar con Eugène aquella increíble historia: Pero como ella parecía ciega a todo lo que no estuviera relacionado con su “proyecto”, ocupada en otros intereses que la absorbían más, nunca encontraba el momento.

Y para mí, posponer es una norma.

Era curioso en cualquier caso comprobar cómo ella, tan perspicaz en general, no había detectado en mí nada sospechoso al respecto, porque era algo que no dejaba de preocuparme: Cuando en otras ocasiones ella parecía leerme el pensamiento.

Lo convertí, así, en una especie de triunfo que yo me guardaba en la manga: Una prueba de que Eugène no me controlaba por completo.

Además de mi natural pudor, que hacía que me resistiera a compartir con ella rincones de mi vida privada, que de otro modo dejaría de serlo.

Realmente me habían impresionado las confidencias de Gema, si bien quería juzgarlas dudosas; tan sólo me inquietaba esa leve sensación de peligro que era lo único que me hubiera obligado a compartir con Eugène esa parte de mi vida.

Sensación compensada por mi sobrada autoestima, por mi optimismo majadero que -bien lo sabía yo-, no tenían ningún fundamento real.

Me resultaba muy complicado, en cualquier caso, pensar en la posibilidad de que en Hugo se pudiera dar tan compleja metamorfosis como la sufrida por su novia, ni para bien ni para mal, aun admitiendo que Mila tuviera sus razones privadas para preferirle.

Yo lo encontraba anodino, previsible.

Tengo que hacer notar, por otro lado, que, hasta donde se me alcanza, el desinterés era mutuo: Hugo no dio nunca ningún síntoma de interesarse por mí más que por un buzón de correo al que rodeas para no chocar con él cuando no tienes ninguna carta que echar, ni intención de escribirla -por ser una operación demasiado compleja-, pero ni lo has visto.

Cuando me lo tropecé por mi escalera -clásico rockero folclórico, sin afeitarse, deportivas, vaqueros, jacket con el logotipo de algún grupo heavy, o vaya usted a saber cómo definirlo, que me resultaba desconocido, a su espalda-, aunque no podía decir que no le conocía, ciertamente me sobresaltó.

(No por el atuendo o las formas, no se me malinterprete: Yo suelo afeitarme con escasa regularidad y mi ropa no es muy convencional, por lo que me resisto a juzgar a nadie desde el punto de vista de la estética personal; aunque no carezco de prejuicios)

Como él se limitó a sonreír inocentemente, saludar con un gesto, y desaparecer escaleras abajo, no podía yo albergar sospecha alguna sobre que no existiera una justificación lógica a su estancia por aquellos parajes.

Contesté breve y educadamente a su saludo, y continué subiendo la escalera.

Con posterioridad, sí que me percaté de que las circunstancias eran levemente extrañas. Pero, con mi habitual perspicacia, no le di ninguna importancia.

Quizá mi inconsciente captó, en su prisa, alguna acción elusiva o digna de desconfianza; no lo sé. Tengo que reconocer que lo hubiera olvidado si no fuera por que...

(Estoy, por supuesto, reconstruyendo).

Debíamos, en cualquier caso, tener el mismo tipo de alergia al ascensor, que funcionaba correctamente; y él bajaba por la escalera.

¿De dónde?

Cuando llegué a mi puerta, un rellano más arriba, y mientras abría tanteando para no encender la luz de la escalera -imprescindible pero insuficiente a cualquier hora del día-, el inconsciente me dio otro aviso, que no aproveché, olvidando de inmediato un incidente que tan solo había interrumpido un instante mi cadena de pensamientos sobre otros menesteres en los que estaba más interesado.

(Aunque no me fiaba de Gema, su historia emanaba cierto aspecto de certeza que me obsesionaba)

Lo cierto es que no oí -y debiera haberlo hecho, por ser notable-, el ruido del portal de la calle abriéndose, y sobre todo cerrándose, operación que se detectaba hasta en la habitación más alejada del piso más alejado del portal de la finca, dadas las fechas de construcción del edificio: Al menos yo tenía esa impresión, aunque me guardé mucho de comentarlo con la vecina de arriba, por miedo a que ella pegase la hebra y quisiera investigar en mi vida privada aprovechando la coyuntura. Peligro cierto.

En fin, pude no haberlo oído porque no sonó, pienso ahora.

No parecía haber motivo para preguntarse qué hacía Hugo allí, viniendo quizá de mi planta, y deteniéndose quizá en otra más abajo, hechos que yo no podía deducir de ninguna información fidedigna. Ni negarlas.

Aun con tal desinterés, sí que me pasaron por la mente algunas preguntas del tipo de si tendría algún conocido o familiar en la que ahora era mi vecindad, si trabajaba allí, ¿en qué trabajaba Hugo? -¿Trabajaba? Nunca antes me lo había preguntado-: Sería estudiante, o parado, decidí para terminar.

El caso es que, nada más entrar en mi casa, antes incluso de cerrar la puerta, un extraño escalofrío causado por una brusca corriente de aire rodeó mi cuerpo, en forma aparentemente injustificada a finales de la primavera, corriente que yo, con mi conocida agudeza, atribuí a la conexión de la ventana abierta de la escalera con la que absorbía la ventana abierta de mi cocina, que, dado mi descuido habitual, tenía camino a través de la puerta abierta de la cocina, que daba al pasillo, que daba a la puerta de entrada, cerrando el circuito en el patio de luces a través de la mencionada puerta que daba a la escalera.

Conque todo era debido a mi cultivado despiste, lo que le restaba importancia y le sumaba normalidad.

Recogí varios papeles que habían volado sobre la citada corriente desde la ventana abierta de mi despacho-dormitorio hasta el pasillo, y me dirigí al ordenador, (¿qué iba a hacer allí?, me preguntaba de camino), sin cerrar la ventana de la cocina, ya que todo lo que podía arrastrar por allí el aire ya estaba por el suelo, y no iba a ir más lejos.

Sin razón aparente, empecé a hacerme preguntas sobre Hugo que nunca antes me había planteado ¡Como si no tuviera otra cosa que hacer!

Su imagen, por un instante, tomó un aspecto siniestro que no le cuadraba, y que deseché de inmediato; sin embargo, ya no me pareció normal su sonrisa amistosa, ni

que deambulara por mi bloque, ni que viniera como de mi casa, ni que no se hubiera ido; ¿y desde cuando dormía yo con las ventanas abiertas?

Sería cosa de Eugène, de Gema,...

¿Y de qué parte de mi inconsciente procedía esa sensación desconocida?

La incongruencia, desde mi punto de vista, estribaba en el lugar: No imaginaba a Hugo en mi casa, para nada; ni en mi escalera.

Mi inconsciente, más alerta que yo, debió hacer alguna anotación importante.

(...)

Igual que avisa el teléfono móvil de que vas a recibir una llamada interfiriendo el programa de radio que estás escuchando o rayando la imagen de tu programa favorito de televisión, antes de sonar, una extraña interferencia mental, similar, pero de más intensidad, a la sensación inconsciente de que alguien a tu espalda tiene los ojos fijos sobre tu nuca, me avisó de su presencia.

No tan extraña ahora para mí, que empezaba a asimilar el mundo de sensaciones mentales donde discurría, paralelamente al mundo sensorial, la vida y actividades de Eugène, de Mila, del doctor,... ¿de quién más?.

El caso es que, sin verlo, supe sin duda que tras la esquina oscura que me faltaban unos diez metros para alcanzar, estaba Hugo.

Además supe que sus intenciones suponían algo malo para mí.

Y que su poder mental, que se manifestaba impúdico, era muy superior al mío casi inexistente.

Me pregunté por qué hoy, entre tantos otros días, había decidido volver sólo a mi apartamento, en lugar de esperar dócilmente a que Eugène me sugiriera acompañarme esa noche, o al menos llevarme en su Golf hasta mi portal.

Me contesté que, en realidad, no había sido una decisión voluntaria, sino que probablemente tenía relación con los ciclos naturales femeninos, que en Eugène se manifestaban al parecer como etapas de humor ácido, mal disimulado, que la volvían especialmente insociable, al parecer durante el final del cuarto menguante lunar.

Lo que a mí me ponía a su vez -desconsideradamente, he de admitir-, de mal humor.

Deduciéndose un final sombrío de los encuentros en tales circunstancias, que, por otro lado, resultaban pasajeros.

Esta reflexión rápida, y la sensación de lo que parecía avecinarse, me hicieron echarla de menos, de nuevo.

Calculé rápidamente si podía evitar el encuentro, huir.

Pensé dar la vuelta y evitar aquella esquina, cruzar la calle, correr.

No hice nada. Una presión ineludible me obligó a continuar, sabiendo que me acercaba, paso a paso, que ni siquiera alteré en su ritmo, a mi perdición.

Supongo que ya estaba bajo su influencia, porque la necesidad de enfrentarme a tal fuerza con posibilidades de éxito tuvo que ser inspirada en mí, toda vez que yo era muy consciente de mi inferioridad.

Creo que cuando detecté el peligro ya estaba irremediablemente perdido.

Y esto de alguna forma me tranquilizó: Se siente miedo ante la duda; cuando se conoce la derrota con antelación, el miedo ya está superado.

Un observador casual no hubiera, por otro lado, detectado ningún cambio en mi actitud general.

Sin embargo, no hubiera imaginado nunca lo que iba a ser aquello.

Lo que estaba a punto de producirse, aunque en detalle me resultaba desconocido, era un enfrentamiento mental en el que yo tenía, desde cualquier punto de vista, todas las posibilidades de perder.

Tengo que aclarar que todas estas reflexiones y sensaciones se produjeron de golpe, en décimas de segundo: Como cuando, ante la evidencia de la muerte recordamos toda nuestra vida en un instante. Me veía impelido a improvisar una defensa ante algo que, en realidad, me resultaba enteramente desconocido, y ninguna experiencia previa podía venir en mi socorro.

Primero tuve conciencia de mi debilidad e inexperiencia; después empecé a estudiar estrategias elusivas dado que mi desventaja era manifiesta:

Las opciones de tipo físico -huir, correr, retroceder, esconderme, dejarme tragar por la tierra-, fueron descartadas ante la carencia de tiempo material para tales intentos; estaba convencido de que cualquier acción en ese sentido simplemente haría que la trampa se cerrara con más facilidad.

La posibilidad de caer en una trampa de la que desconocía sus cualidades me aterró, aun sin tener experiencia en semejantes lides, y la presencia que esperaba no hacía intento de ocultar su hostilidad, sino que parecía perversamente feliz en mostrarla.

Por otro lado, aunque ahora lo despersonalizo como si se tratara de alguien desconocido, desde un principio, sin disponer de contacto visual, yo sabía que esa

persona que me acechaba era Hugo, aunque en ningún momento hasta el presente había yo detectado el más mínimo síntoma de animadversión, simpatía o antipatía entre nosotros: Nuestra relación había sido en todo momento, como ya he comentado, anodina, al menos por mi parte.

Ahora me pregunto por qué. Quizá se había tratado de una actitud premeditada por su parte.

Antes de poder reaccionar en cualquier sentido, sufrí una primera acometida.

No puedo hablar de dolor.

Era un efecto de anulación, de pérdida de control de mi propia mente.

La sensación interna es primero de profunda tristeza.

Luego nada.

La duración no debió ser muy corta, sin embargo, porque cuando recuperé o me fue devuelta la conciencia de mí mismo, yo ya había recorrido automáticamente un gran trecho, y encaraba directamente a Hugo.

Aunque en realidad no podía verle, porque él estaba fuera de la cobertura de la luz de la farola de la esquina, estando yo en cambio justo bajo su foco.

Noté entonces como si aquello explorara mi cerebro en busca de yo no sé qué, siendo para mí imposible oponerme a su escrutinio. Sentí vergüenza por mi impotencia.

No tenía control sobre mí mismo, tan solo una conciencia vaga de lo que estaba sucediendo, como si fuera el espectador de mi propia película, y en algún lugar profundo sentí que mi voluntad, sometida, trataba aún de resistirse: Sentía que si fuera liberado en ese instante de aquella posesión aflorarían en mí instintos agresivos de una profundidad insospechada en un pacífico novelista, en respuesta a aquella agresión íntima. Sentí a Hugo, o lo que fuera que él representara, como a un enemigo visceral, sobre la vida, la muerte, o la inmortalidad.

Y en mí surgió también una extraña valentía, que en ningún modo me era característica. Quizá externa. Quizá añadida o sugerida.

No sé, no podía saber, en ausencia de luz, cómo iba él vestido: Su figura estaba sustituida por el cliché imaginario que yo había formado de él, pero pensar en eso, tratar de imaginarlo, me tranquilizaba. La imagen conservada en mi memoria de otros encuentros era más divertida que amenazante, y nunca, tengo que repetir, le presté gran atención.

(Salvo, claro, cuando nos cruzamos por la escalera de mi apartamento...)

Era un conjunto de sensaciones sin justificación visual, a la que yo intentaba dar forma: Imaginé que frente a mí se alzaba el despiadado guerrero clásico -Aquiles, Goliat-, físicamente gigantesco, armado de hierro, bronce y oro, cubierto completamente, protegido y amenazante -escudo, espada, hacha, lanza, ballesta, espingarda, pistola, florete...-, mientras que yo, físicamente inferior, ni poseía arma alguna, ni sabía cómo usarla en su caso, ni veía posibilidad de defensa.

Pensé en Eugène: ¿Qué haría ella? ¿Cómo reaccionaría?

Sin duda no estaría tan inerme como yo.

Para hacerme comprender, para explicármelo a mí mismo, necesito todos estos preámbulos, aún cuando la situación se desarrolló en muy pocos segundos, en total; intento, para mi propia satisfacción, imponer un orden lógico, aunque no se ajuste a la realidad, porque las ideas y sensaciones eran simultáneas, se solapaban en el tiempo, con lo que técnicamente no existía una secuencia lógica.

Por ejemplo, la sensación de reconocimiento y de espanto se daban superpuestas, aunque debieran estar claramente separadas y ordenadas.

Pero no es así como funciona la transmisión mental, parece. Es sólo que siento la necesidad de racionalizar la situación, para no volverme loco antes de tiempo: Y con objeto de poder transmitirla, compartirla.

Digamos en simplificado resumen que mientras caminaba absorto en mi enfado reciente con Eugène hacia un cruce conocido, de paso habitual para mi costumbre, y que en cualquier otra ocasión no hubiera registrado en mi memoria, y justo unos pasos antes de llegar a la esquina, que hacia la izquierda carecía de iluminación, me invadió la sensación de que alguien se ocultaba esperándome tras ella.

Además no se trataba de un desconocido, ni de una persona corriente, porque la sensación no era abstracta sino concreta y afirmativa.

Esa fuerza que se asentaba en mi mente, que se estaba haciendo notar en forma voluntaria, me conocía, me nombraba y tenía unas intenciones claramente perjudiciales para mi integridad mental y física.

No lo ocultaba, sino que intencionadamente lo mostraba.

Tenía además un nombre, Hugo, aunque de momento la incoherencia entre lo que yo creía conocer de tal persona y lo que mostraba sin pudor, no ajustaba con ninguna lógica.

La siguiente secuencia, décimas de segundo después, provino de mi interior, de considerar la posibilidad de hacer algo.

Posibilidad que se me antojaba remota.

Intenté situarme.

Y la imagen tomó forma.

Como en los efectos especiales de una película, se iba dibujando poco a poco: Tenía la sensación de que el escenario salía de dentro de mí, generado desde mi interior.

En cualquier caso, estaba claro que eran reflejo de mis sentimientos... de pánico.

La lógica, abatida, dejó de regir mis actos, mis sensaciones y mi voluntad.

Primero empezó a cambiar el fondo, el escenario:

Como si amaneciera, la noche empezó a marcharse, y en poco tiempo, un sol de justicia se elevó hasta casi su zenit, de cara a mí.

La acera y el asfalto no estaban; se habían transmutado en tierra, llana y yerma, y al fondo suaves colinas se perfilan y se van trufando de cercillos de vid y escaramujos.

Tras la inmensa silueta de Hugo, también a contraluz, el carro, con dos caballos de batalla, de gran alzada, negros, relucientes, brillantes de sudor, que esperan impacientes el regreso de su amo, escarbando nerviosos.

Sobre la alta protección del carro parado asoma la silueta del auriga, sosteniendo con descuido las riendas con la mano izquierda, mientras que en su mano derecha, elevadas, destacan dos jabalinas, verticales, largas, finas y rectas, de aquella madera particular que usaban las falanges macedonias.

La silueta del auriga, a contraluz, no parece tener cara, ni perfil, a pleno sol, sino que se muestra tan sólo como una sombra negra, inmaterial, cubierta por completo de una clámide, negra, que no permite deducir nada de su portador; pero la sensación que transmite es de atención tensa, aplomada. El oscuro y amenazante conjunto produce escalofríos.

Al desenfocar el fondo y la oscura sombra que controlaba a los negros caballos, para poder adaptar mi vista deslumbrada por el sol hacia el primer plano, la inmensa mole de Hugo, que en dos cortas zancadas tapa mi visión, parece crecer en altura y anchura, mientras su recortada sombra se aproxima a mis pies.

Yo debo elevar la vista, mucho, para tratar de enfocar su cara. (Hugo no era tan alto, me dijo algo racional en mi cerebro).

Su barba, más descuidada de lo normal, empezó a desaparecer bajo el casco, que se iba cerrando, por los lados, por arriba, por la frente, sobre la nariz. Un casco de bronce pulido al que le crecía un penacho de plumas negras, azules y rojas. El temido casco corintio.

Su cara (¿la de Hugo?), se reducía al brillo oscuro de unos ojos que parecían emitir su propia luz detrás del casco que cubría su nariz y sus pómulos, y a la barba hirsuta que rodea casi por completo los labios delgados y claros cuyas comisuras se elevan levemente, dibujando una sonrisa que tiene un algo de lascivo.

Al irse adaptando mi visión a la semipenumbra del contraluz, se van perfilando los detalles del reluciente casco de bronce pulido, cuya cresta emplumada eclipsa el sol, enviándome reflejos rojos, azules y amarillos intensos, en movimiento por una leve, fría brisa, que no puedo soportar, y cuya procedencia es indemostrable.

Me concentro en los detalles, porque no puedo hacer otra cosa, y porque la enumeración posee una cualidad protectora, según entiendo, aunque no podría deslindar el recuerdo de lo añadido con posterioridad:

Sobre el pecho, el peto; la clámide bajo el faldellín, el quitón, las bellas grevas arqueadas hasta más arriba de las rodillas. Brazos desnudos, escudo de bronce forrado en piel, repujado en plata y oro, sobre la mano izquierda, mostrando abominables dibujos que recuerdan a Medusa, las Gorgonas, o a algún ser extra terrestre escapado de los desquiciados relatos de Lovecraft.

Espada larga, recta, reluciente, de doble filo, de trabajada empuñadura, fuera del tahalí, casi hasta el suelo. Mandoble pesado -¿Arma incongruente?-.

Sólo los ojos descubiertos en su rostro, y un mínimo resquicio de cuello, lo imprescindible par poder mover la cabeza. Bajo la sombra de la visera, sus ojos devuelven un reflejo brillante, atemorizador.

El efecto es mareante, y me aferro a la atenta repetición de los detalles, con objeto de ganar tiempo. Con la intención de, a través de la incongruencia, desarmar a tan potente enemigo...

Las mandíbulas, cubiertas desde los lados, parecían permitir que asomasen tan sólo las comisuras de los labios, entre la barba cerrada, en sonrisa de suficiencia. Lo único visiblemente expresivo, salvo los ojos.

Los músculos de los hombros, tensos, cubiertos a medias de cuero negro, antebrazo y brazo derecho marcados de venas, mano derecha firme sobre la empuñadura de la espada, a punto, tensa, lista para elevarse. Mano izquierda invisible tras el escudo, rodela, adarga, redondo, amplio, cuadrado, pequeño, con diseños agresivos, ofensivos, paralizantes, que podía tapar el cuello y la cara de ser preciso.

Muslos apenas descubiertos, afianzados, firmes; hermosas grevas aqueas, trabajadas con arte, livianas pero sólidas, hasta el empeine desde más arriba del muslo.

Pies desnudos, sujetos por las tiras de cuero de becerro de las sandalias; los talones, invisibles.

La distancia que nos separa, una espada y media, según me parece, es mi escaso margen de maniobra.

Suave brisa a mi favor, procedente de la nada, mueve su penacho, en muda y colorida amenaza.

Hugo levanta la espada hasta que su codo forma ángulo recto con su torso, perpendicular a mi pecho; su brazo derecho apunta hacia mi costado izquierdo, mi corazón, que aumenta, más, si cabe, el ritmo de sus pulsaciones.

Y yo sin ninguna reacción, paralizado sobre la tierra, con un leve quitón de lino crudo que deja mis piernas desnudas; mis pies calzados de sandalias de tiras de cuero de cerdo como única protección, por debajo de los muslos. Y descubierto el arranque del cuerpo, el tórax.

Desearía, al observar el aplomo con que las piernas de Hugo -o quien fuera-, se asientan sobre la tierra, que se tratara de Anteo, el hijo de la tierra, de la que obtiene sus fuerza, para saber que bastaría hacerle perder el contacto con ella para que sucumba impotente:

Pero yo no soy Hércules, eso es claro...

Para confirmarlo, siento el roce de la tela, áspera pero ligera, sobre mi pecho apenas cubierto, mis hombros y brazos descubiertos, las palmas de mis manos abiertas, sudorosas, vacías; ¿muñecas adornadas?

Algo cubre parcialmente mi muñeca izquierda: Una tira de cuero, estrecha y flexible, que rodea mi muñeca, y se prolonga hacia la tierra.

Sostengo un peso leve pero mortal.

Hugo crece más en altura, al tiempo que su armadura cambia y cambia de forma. Su cota de malla, oscura, cubre cada trozo de su piel y se funde, desaparece despacio, dejando ver la morena piel, otra vez...

Lo que tengo arrollado a la muñeca es una honda.

Ya no me enfrento a Aquiles, sino a Goliat.

Siento que ahora tengo toda la ventaja.

Creo tenerla.

El yelmo corintio, que antes cubría su frente, se ha transformado en otro, de materiales y adornos más preciosos, brillante de piedras incrustadas sobre el pulido metal, pero que ofrece amplio blanco al oponente.

Que soy yo.

El sudor en la frente, los temblores nerviosos, los dientes apretados para ocultar la expresión de pánico, vacío en el estómago, y en el corazón, excitación sexual, ¿injustificada?...

Mi oportunidad aparece de pronto. La acción ha de ser inmediata y segura. Sólo necesito espacio. Sólo necesito, deseo alejar la espada, la armadura, al guerrero, lejos, para poder maniobrar.

Y Hugo se aleja hacia atrás, de pronto, expelido por una repentina y potente fuerza, unos quince metros.

Volteo con fiereza la honda, mientras apunto.

No puedo fallar: Sólo tengo una oportunidad.

El giro hace invisible la correa, de tan veloz y rabioso, en zumbido ascendente.

Suelto la correa...

Él no ha podido reaccionar a mi repulsión súbita, y el guijarro se clava en su frente, antes de comprender qué ha sucedido. Su expresión no ha tenido tiempo de cambiar.

Yo –David- bailo y canto ante Yaveh –Eugène-, en loca y absurda danza, al son de un invisible caramillo.

Un instante, la he sentido a mi lado, animándome, sosteniéndome.

De golpe, toda la escena se borra.

Me derrumbo en la esquina, exhausto.

(...)

El municipal que me ayuda no ha visto a nadie más que a algún vecino curioso.

Eugène me sostiene por un hombro para levantarme.

Me sostiene aún doliente, delirando.

Al lado, las azuladas luces intermitentes de los municipales muestran el nocturno paisaje urbano en secuencia circular: El asfalto, la acera, el asfalto...

¡Estos turistas!, pensaba, o dijo, el municipal que me sostenía por el otro hombro,...



## CAPITULO XXII. *Consecuencias*

*-Hay que reconocerle una gran capacidad de recuperación –oí que comentaba Eugène con alguien, antes de abrir los ojos, y tratar de enfocar lo que quise suponer su sonrisa-.*

Ella -un bulto borroso- siguió hablando con voz tranquila, sosegada, pero yo todavía no podía prestarle atención; ya no entendí nada más.

Estaba tratando de situarme, sin éxito.

La potente luz de la mañana inundaba mi apartamento sin piedad...

Mis cansados ojos no podían soportar esa luz más allá de unos segundos.

Sobre mi frente, lo que sentía como un lienzo húmedo, que hice intención de quitarme, o tan solo tocar. Pero el brazo no obedeció.

Volví a cerrar los ojos, porque lo notaba todo desenfocado, me costaba demasiado trabajo soportar la luz y no conseguía fijar mi visión...

-Duerme, si quieres –oí de nuevo-.

No entendía mi situación, pero obedecí, agradecido y más sosegado: Estaba con Eugène, en mi apartamento. Estaba seguro.

Hacia mediodía -la luz del sol ya no llegaba directa-, volví a despertar.

Pero de inmediato volví a cerrar los ojos. Más bien, mis párpados no pudieron mantenerse abiertos.

No sentía dolor de ningún tipo; sólo cansancio: Un inmenso cansancio físico y moral.

Y un vacío en cuanto a mi propia individualidad.

Frente a mí no había nada, nadie.

Pero reconocí la voz de Eugène, en la cocina.

¿Hablando con,...? ¿Mila?

Aquella voz, la de Mila, despertó en mi interior un recuerdo confuso, pero indudablemente doloroso. Relacionado con su voz, con ella.

De inmediato sentí dolor físico, en el interior de mi cabeza, y sucumbí de nuevo, sin siquiera hacer intento de volver a lo que pudiera ser la realidad, mi realidad.

Hasta esa noche -el sol ya no estaba-, debí dormir, sin soñar.

Era noche cerrada. A la luz artificial de una lámpara vi a Eugène a mi lado.

Me miraba, esperando mi reacción.

Sería pero no preocupada.

Intenté, poco a poco, coordinar mis sentidos. Si la secuencia que recordaba más cercana era correcta, habían pasado al menos veinticuatro horas desde...

Algún mecanismo interno evitó que siguiera coordinando.

Su cara, la de Eugène, apareció, por fin, nítida.

No había nadie más, pero recordaba vagamente que Mila anduvo en algún momento por allí. Eso me volvió a producir un calambre, un escalofrío, cuya causa me era negado conocer.

Mientras, al abrir mis ojos, Eugène me había mirado con atención, tocado mi frente, como tratando de detectar algo de fiebre, lo que debió dar resultado negativo, a juzgar por su expresión.

-¿Qué tal? –dijo al fin.

Me ayudó a incorporarme, y me ofreció un vaso de agua, que agoté de un trago.

Sin contestar nada.

Al tercer vaso, note signos de saciedad.

Pero bebí otro. Como si me fuera a faltar, como si estuviera haciendo provisión, como un animal desesperado....

Ella sostuvo mi nuca mientras yo apuraba vaso tras vaso. Yo notaba mi pelo húmedo, sudoroso.

Por fin, pude hablar. Con gran esfuerzo.

-Creo que bien –intenté contestar a su pregunta- ¿Cuánto tiempo llevo aquí? - dije despacio. Para probarme-.

Mi sensación general era de total desvalimiento. Aún no había sido capaz de sostener el vaso, de levantar los brazos.

Vagamente, me recordaba situaciones infantiles, donde la elevada fiebre me había provocado visiones alucinatorias. Relacionadas con la religión, porque asistía a un colegio de monjas y su interés didáctico se limitaba a la historia sagrada y el martirologio, tema muy apropiado para desencadenar ese tipo de alucinación...

Pero me esforcé en desechar aquella derivación, porque me estaba conduciendo, a través de imágenes conocidas, que había llegado a interpretar como familiares, a otras diferentes, extrañas, oscuras, que repelí de inmediato.

Con esfuerzo que se debió reflejar en mi cara, levanté la vista, para contemplar la cálida expresión de Eugène, e intenté una sonrisa.

Sin decir nada, ella me abrazó, en posición incómoda. Me estrechó un buen rato contra sí, rozando su cara contra la mía, y revolviéndome el húmedo cabello.

Tuvo la precaución de no mostrarme su cara, su expresión sin duda angustiada. Pero entre susurros ininteligibles, noté por su tono que, a su manera, rezaba una especie de acción de gracias.

Yo me sentía reconfortado, aunque incómodo. Bañado en sudor, desnudo, salvo la húmeda camiseta, desvalido e inerte. A pesar de la cantidad de agua ingerida, mi boca reseca conservaba el paladar agrio...

Finalmente, Eugène me soltó. Se irguió, y se quedó mirándome un rato, sonriente de nuevo.

-¿Dónde te duele? –dijo por fin.

Pude al fin levantar mi mano derecha, hasta indicar mi corazón, esbozando una sonrisa.

-¡Ya!. –se rió.

-¿Cuánto tiempo llevo aquí, tirado? –repetí mi cuestión.

-Unas,... veinte horas.

-¡Vaya siesta!

-Sí.

Me quitó la camiseta, despacio. Entreteniéndose más de lo necesario, al tiempo que comentaba:

-Hueles mal. Te debes dar una ducha urgentemente ¿Te parece?

-Sí. –admití, pero no hice nada.

-¿Qué ha pasado con Hugo? –me salió de improviso.

-¿Hugo? ¿Qué Hugo? El novio de Mila ... –concluyó, reflexiva, tras detenerse un momento, mirando al techo para concentrarse.

-Luego hablamos –decidió por fin, tirando la camiseta que había terminado de sacarme a un rincón.

-¿Puedes levantarte? Voy a prepararte la ducha, mientras.

Se fue hacia el baño, sin esperar respuesta, dejando que me las arreglara sólo.

Noté que, salvo un leve mareo, mi cuerpo respondía bastante bien. Me concentré en mantener la verticalidad, poco a poco, hasta verme de pie, ahora sí completamente desnudo. Apoyado sobre la pared, me sentía ridículo, pero bien.

La actividad hizo que, concentrado en mantenerme firme, sin apoyo, mi mente se vaciara por el momento de cualquier otra idea.

Me concentré en la ducha, que estaba oyendo correr ya...

(...)

-Por favor, explícame qué ha pasado.

-Me tienes que ayudar ¿Te encuentras bien?

-Creo que sí. Pero confuso, y algo asustado...

-¿Puedes recordar?

-Me cuesta trabajo. Me asusta.

-Siéntate. Relájate.

A mi espalda, sobre la cama, de rodillas, primero me secó despacio. Después tiró la toalla e inició un suave masaje, desde mi cuello, sobre mis hombros.

-¿Te sientes mejor?

-Sí –Afirmé convencido-.

-Te diré lo que yo supongo. Luego será más sencillo recomponer el puzzle.

Aún, durante un rato, continuó masajeándome, sin decir nada.

-Cuando salí de la Tetería –empezó- tuve la sensación de que algo iba a suceder. Pero estaba, ya sabes, algo indispuesta.

-Ya.

Se iniciaba la reconstrucción.

-Sin embargo, al ir a recoger el coche pensé que debiera haberte acompañado a casa, al menos.

No hice ningún comentario. Recordaba la situación. Yo también, creo, pensé lo mismo, quizá al mismo tiempo...

-No me decidía a irme. Dejé el coche e intenté pasear al fresco de la noche. No sé con seguridad cuánto tiempo, ni hacia dónde. Un cuarto de hora,... media hora. Por los alrededores del pub no se veía a nadie.

Yo ahora, mientras escuchaba su relato, intentaba disfrutar del masaje. En silencio.

-Cuando vi pasar el coche de los municipales, las luces de emergencia activadas, una repentina llamada interior me impulso a seguirlo. Se detuvo dos manzanas más abajo. Bajo la luz intermitente vi un bulto en el suelo rodeado por un par de vecinos, que lo señalaban a los municipales. Algo me dijo que eras tú, así que me apresuré. Al llegar, te identifiqué y me identifiqué como amiga tuya, mientras comprobábamos que parecías, sin más, aturdido; en absoluto herido.

-Me permitieron llevarte a casa, condescendientes. Algo burlones al suponer que se trataba de una gran borrachera que no precisaba de atención médica. Tu aspecto, tu equilibrio inestable y expresión aturdida parecían indicar eso.

-Estoy seguro- comenté.

-La versión oficial indica tan sólo una incidencia en la noche, la atención a un transeúnte caído en una esquina, que se vuelve a casa por su propio pie. No explica quién avisó a la policía, ni por qué. Se fueron enseguida, porque ya los estaban avisando desde otro lugar.

-Mejor.

-Cuando me convencí de que no tenías nada grave, traté de averiguar por el vecino que había permanecido con nosotros, entre curioso y solidario, qué había pasado. Sin preguntarle, me explicó que su ventana -la señaló, en el primer piso de la esquina frente a la nuestra-, estando abierta por razón del calor, permitió que lo que supuso entre sueños una gran explosión, seguida de un fogonazo, lo despertara de golpe. Él lo justificaba a posteriori por la brusca rotura de la bombilla de la farola apagada bajo la que permanecíamos, que ciertamente parecía chamuscada por el interior de su acristalado.

-De eso no recuerdo nada.

-Te creo. En cualquier caso, ante la súbita oscuridad, el vecino se asomó al balcón, desde donde un bulto, claramente un cuerpo tendido sobre la acera, lo impelió a llamar a la policía. Supuso que habías tenido un accidente debido al brusco apagón. Te miraba ahora, calibrando esa posibilidad, aunque parecía inclinarse en ese momento por la versión policial: Le resultaba más coherente con tu estado y mi actitud, que debía reflejar una preocupación contenida, quizá culpable a sus ojos.

-¿Tan mal estaba?

-Sí. Tu expresión parecía indicarlo. Como yo no intenté disuadirle, él se despidió, después de ofrecerse, por cortesía tan sólo, a acompañarnos hasta mi coche, que yo sabía cercano. Aliviado por no tener que hacerlo, porque te sostenías perfectamente, se despidió de nosotros dos, nos contempló subiendo la calle un rato, y luego se dirigió a su portal con la probable intención de continuar durmiendo, si le resultaba posible.

-Comprendo.

-Parecía reflexionar sobre la coherencia entre lo visto y lo que le había despertado. Pero, entre sueños, la relación quedaba establecida aparentemente, así que supongo que ya habrá olvidado su primera versión, atribuyéndola a su estado de semi vigilia.

-¿Lo crees así? –Yo comenzaba a inquietarme de nuevo, sin razón aparente.

-Es posible que finalmente se convenciera de que fue así.

-Pero tú sabes... –aventuré.

-Tienes razón. Cuando describió su alarma, yo identifiqué una situación conocida.

-Ya vamos llegando.

-No sé si debiera. No quiero influir en tus conclusiones, ni falsear lo objetivo.

Noté que de nuevo me ponía tenso.

-Antes has nombrado a Hugo –dijo por fin.

-Recuerdo haberlo hecho. Y que se relacionaba con lo que me ha pasado. En forma negativa...

-Me pareció que era así. Pero algo te impide ser consciente de la razón.

Eugène dejó de masajearme los hombros, para poder mirarme a la cara.

Seria y meditativa.

Yo no quería tomar ninguna decisión, ni esforzarme en recordar algo que, indudablemente, me resultaba desagradable. Prefería la irresponsabilidad.

Además, me desagradaba el cariz que tomaba nuestro proyecto. Estaba convencido, y ella también, de que existía una relación directa entre mi accidente y la búsqueda en la que Eugène y el doctor me habían envuelto. Hasta ahora todo había ido discurrendo como una aventura divertida, que por momentos se iba convirtiendo en algo desagradable.

Eugène seguía investigando en mis ojos, que sin duda le estaban ofreciendo mis pensamientos y sensaciones, a la vez que, en compensación por el abandonado masaje, se abrazaba a mí, acariciándome despacio, con evidentes intenciones...

Tras un largo y profundo beso, que me reconcilió un tanto con el mundo y apartó mi mente de toda reflexión negativa, separó sus labios de los míos, me sonrió, enfrentando mi mirada, preocupada por algo por venir -mi ceño fruncido-, y se decidió a decirme, al oído, para no tener que mirarme, para que no adivinara sus intenciones, como otras veces:

-Hay una forma...

Mi preocupación aumentó de inmediato, lo que tuvo que notar por mi tensión muscular. Ella acarició mis hombros y mi espalda, para vencer mi desconfianza, sin dejar de susurrarme...

Hay una forma –repetió despacio-. Pero necesito tu permiso.

Yo me negaba a contestar.

-Necesito que me autorices a explorar tu mente. Tus recuerdos ocultos. Tu cerebro. Necesito tu colaboración. Tu confianza.

Había contactado conmigo, finalmente, de esa forma que no precisaba de palabras, y sus intenciones, en forma de pregunta, me acosaban interiormente.

Sentí desagrado al principio, porque no me cabía duda de que aquel desgraciado incidente que me negaba a recordar procedía de una invasión similar. Lo sentía con claridad irracional.

Ella se esforzaba por penetrarme con suavidad, segura de que mi reacción iba a ser la que era.

Conscientemente -consciente también de mi insensatez, que ya había quedado probada en varias ocasiones- escuché...

“Si me permites adentrarme en tu mente, sólo si me lo permites, puedo extraer tus recuerdos más desagradables. Puedo traerlos a mí. Puedo analizarlos y ayudarte a comprenderlos y enfrentarlos, para que dejen de acosarte...

Puedo, si me lo permites, hacerlo.

No quiero, no podría, asaltar tu intimidad, porque tú no me lo permitirías. Dentro de ti está la decisión de autorizarme a ello, y no lo deseo tampoco.

Pero me puedes mostrar justamente aquello que tú quieres ocultarte a ti mismo, para que lo compartamos y analicemos juntos”.

Su argumentación, y su tono empático, me derrotaban de nuevo.

El pasaporte que se me pedía fue expedido, sin más trámites: De forma voluntaria, permití que Eugène entrara en mis recuerdos recientes.

Mi sensación de desagrado, mi natural oposición, fueron gradualmente vencidos.

Eugène me exploró.

Paso, sin rozarlos, por mis recuerdos infantiles; no quiso saber nada de mis aventuras juveniles, de mis amores y desamores; evitó averiguar mis sentimientos íntimos hacia ella, lo que le agradecí.

Encontró a Marta, a Ángel, a Brigitte, a Mila, a Gema, a Ginger, al doctor, ... se volvió a encontrar a sí misma, y se ocultó de nuevo, púdicamente.

Mi aparente abandono ante su potencia mental, que me investigaba con sutileza, no era auténtico: Yo me dejaba observar, pero vigilaba con prevención cada uno de sus movimientos, para asegurarme de que no tuviera acceso a mis sentimientos más recónditos e inconfesables.

Su actividad física, que me excitaba como nunca, me respetaba igualmente, comprendiendo mi orgullo. Su superioridad, evidente, estaba claramente controlada, dedicada a mi bienestar.

Encontró a Hugo y, ante mi reacción, dedujo con facilidad que ahí estaba el problema.

Me condujo a otro lugar, placentero e inconsciente, donde yo ya no podía ver lo que ella hacía. Y estirpó de golpe, como en una operación quirúrgica, la totalidad del atemorizante recuerdo.

Permanecí inconsciente por un tiempo indeterminado, mientras ella analizaba, extraía, desechaba, devolvía, ocultaba y hacía aflorar secuencias completas y parciales del interior de mi mente...

Porque así lo deseamos, la experiencia culminó, como en otras ocasiones, en un lento y largo clímax, tanto más profundo como que se extendía más allá de los sentidos físicos, en una fusión que incluía la confusión de mentes, el descontrol voluntario.

Entendí, de paso, lo que Mila y ella habían querido expresarse mutuamente. Sentí a Mila dentro de Eugène, a Eugène dentro de mí, en agradable revoltijo.

El cansancio nos derrotó, enlazados.

Era tarde.

(...)

Cuando desperté, entrada la mañana, oí con agrado a Eugène en la cocina cacharreando, sin duda preparando un desayuno tardío y sustancioso.

Aunque me sentía liberado de un gran peso, realmente este tipo de experiencias - y lo que las acompañan-, resultan agotadores...

Cuando salí de la ducha, me enfrenté agradecido con una orgía culinaria de la que Eugène se había adelantado a dar cuenta.

Sin apenas hablar, decidimos salir.

Después de comer en un restaurante de una población cercana que yo nunca había sospechado, paseamos por su reducido casco urbano hasta desentrañar cada rincón, cada misterio, que me era revelado por la elocuencia y la sabiduría de la futura doctora Eugène.

Mi atención, embobada, no era en cualquier caso muy profunda. Seguía convaleciente de una perniciosa enfermedad.

Como escritor, habituado, en cierta medida, a desnudarme en público, pensaba que la situación que había vivido me resultaría familiar. No era así, sin embargo; y no tenía prisa por analizar. Mi capacidad de introspección se encontraba aletargada, inhábil.

Hasta esa tarde -y lo agradecí-, no hubo ningún comentario que recordara esos dos últimos días que para mí parecían permanecer casi en blanco.

Cuando, ya en Aranjuez, nos sorprendió el ocaso, nos reunimos con nosotros mismos en la Tetería, que aún escaseaba de clientela.

Después de un vaso largo ligero, con poco alcohol, Eugène me contó.

No entró en detalles, porque no era necesario; ni yo lo deseaba:

Yo había sufrido un ataque, con intención de utilizarme para llegar a ella o al doctor, para arrebatarnos nuestros conocimientos. La persona física, Hugo, intentó poseerme.

Mi imaginación desbordada lo había impedido; y yo lo había eliminado.

Aunque no insistió en esto, parecía sentirse orgullosa de que yo hubiera podido aguantar y vencer, como si eso le confirmara algo sospechado.

Pero yo me centré en la última idea:

-¿Eliminado?

-Lo has hecho desaparecer –ella estaba seria ahora.

-¿Quién? ¿Yo?

-Sin duda.

-No puede ser. Yo no...

-No te preocupes ahora. Cuando veamos a Mila, conoceremos los detalles..

Noté su preocupación, por Mila.

-Pero, ¿Que he hecho yo para...?

-Olvídalo, de momento. Tu imaginación, admítelo, es superior a la de Hugo. Pero todo eso se puede aclarar después. Lo que ni tú ni yo podemos aclarar con facilidad, lo importante, es conocer la identidad de la figura negra del fondo, de quien permanecía en segundo plano.

-La sombra negra... – las secuencias recordadas me producían un tipo de dolor interior nuevo para mí.

-Sí. Sospecho, aunque lo he de confirmar, que Hugo era simplemente la tapadera de otra potencia...

-¿Superior, quieres decir?

-Eso creo.

De nuevo, un escalofrío, que no se justificaba por mi escasez de ropa, ni por el clima suave, me subió por la espina dorsal.

-Déjalo ahora –insistió Eugène, abrazándome por la espalda-.

Pero la oí murmurar, sin dirigirse a nadie:

“¿Qué paso con la sombra negra del fondo?¿Quién es?¿Qué ha podido averiguar?”

Preferí no prestarle atención.

(...)

Con Mila la cosa fue muy diferente.

Si bien ella podía entender lo que había sucedido, cosa que a mi me estaba vedado, la mera comprensión no cambiaba los sentimientos que yo suponía en ella arraigados.

Por supuesto me negué -acertadamente creo-, a ser testigo del encuentro donde Eugène comunicó a Mila mi “accidente”, y sus consecuencias directas.

Además, no quería yo añadir a mi natural inseguridad la alta posibilidad de que las demostraciones afectivas de Eugène y Mila me alteraran.

Me sentía egoísta. Posesivo. Celoso.

Y no creía ser capaz de soportar de nuevo una situación como la que ya me había tocado vivir, casualmente, en su particular relación, que yo no tenía en absoluto superada, aunque tratara de asumirlo.

No quise ni imaginarlo.

Sin convicción, Eugène me ofreció la posibilidad de hacerlo; sabía que yo me negaría. Después, quizá.

Por otro lado, yo necesitaba meditar en lo posible sobre lo pasado. La velocidad con que se precipitaban los hechos me solicitaba una pausa. No estaba satisfecho con lo que me estaba sucediendo.

Cuando Eugène no estaba delante, me acordaba de mis obligaciones, no porque sufriera un ataque repentino de responsabilidad -eso sí hubiera sido extraño-, sino porque el trabajo representaba la seguridad, mi propio mundo, por mi elaborado, al que yo controlaba sin demasiada dificultad.

Y ella y su entorno me controlaban a mí, sin apenas margen de maniobra.

Mis sentimientos hacia Mila se habían acrecentado, sin duda, pero yo me sentía cansado, incapaz de ofrecerle la ayuda moral que precisaría.

Por eso no me importó tanto mi reacción egocéntrica.

No ofrecí mi apartamento para la cita, ni fue solicitado.

No he querido saber dónde ni cómo se desarrolló.

Las ojeras de Mila, después, me hablaron de lo que debió sufrir.

Pero su voz, sus ideas, habían optado por la resistencia. La contagiosa locura de Eugène se había integrado en su potente personalidad, lo que de alguna manera me preocupó; prefería mi propia ignorancia.

Yo desaparecí en el interior de mi apartamento; generé frenéticamente una cantidad de folios inusual, sobre un tema absurdo, radicalmente diferente de lo que solía hacer; y sólo sé que me tranquilizaba.

Quizá trataba de describir, endulzándolo, mi reciente experiencia, pero no lo creo, porque me sabía incapaz de asumirlo. Esa tarea, como tantas otras, quedó pospuesta.

Cuando volvimos a vernos, Mila parecía otra persona: Sólo hablaba del proyecto, de la Puerta, del documento, de la misión... Supuse que era su forma de asumir su desventura.

Yo no me atreví a interferir.

Eugène pareció satisfecha, dentro de lo que cabía, y la inestimable colaboración de Mila se hizo más asidua si cabe. No razonaba sino para aquel confuso intento.

Sin embargo, sin explicaciones ni motivos que yo pudiera entender, no quiso participar en la inmediata exploración que Eugène y yo íbamos a emprender.

Yo, como no entendía nada -tan sólo me dejaba arrastrar-, apenas sentí extrañeza, y admití sin preguntar que había razones técnicas, a las que vagamente aludió el doctor, con su apoyo, para que fuéramos los dos solos.

Los preparativos, urgentes -no acertaba yo a ver por qué-, nos ocuparon el tiempo lo suficiente como para no pensar en otra cosa.

En un momento, sin palabras, con una mirada, quise transmitirle a Mila mi condolencia, mi solidaridad.

Me fueron aceptadas con una sonrisa triste y un abrazo lánguido.

No volvimos a hacer ver que nos acordáramos más del asunto.

Un enfermizo entusiasmo nos invadía a todos.

Incluso a mí...

## CAPITULO XXIII. *Regajal: Lugar de regajos.*

*regajos: Charco que se forma de un arroyuelo. El mismo arroyuelo.*

Carrizo, Anea, Enea, juncos, alheña, espadaña, BUDA, indican lo mismo.

(...)

Una vez localizadas las referencias, no debía ser difícil dar con la hondonada bajo la cual debía estar el arranque de la escalera que indicaban los documentos. Su escalera, de Eugène, supongo.

Dando por bueno que aún existieran la escalera y el túnel, porque el terreno no es propicio a excavaciones duraderas, debido a su composición de greda y yeso y a la gran cantidad de agua que desde las vertientes de las mesetas que lo bordean se filtra o desliza hacia el centro del humedal, flanqueado de cañaverales, carrizo, enea, juncos.

Se trata de agua salitrosa, no apta para saciar la sed, aunque con buenas cualidades para ciertos cultivos y sustentadora de algunas especies acuáticas raras.

Los abundantes restos de vasijas prehistóricas en las cercanas salinas naturales que forman las torrenteras nos hablan de la antigüedad de la habitación de esta situación geológica.

La escalera debiera estar allí, aunque sólo se veía carrizo.

Cercana, la construcción -presa, lago artificial-, atribuida a uno de los famosos arquitectos de Felipe II, Juan de Herrera, que dejó por los alrededores más señales de su industria, encargos del emperador o extraños caprichos particulares poco justificados.

Quería suponer que pudiera existir una relación entre la obra encargada por el emperador Felipe y la presunta escalera que debía conducirnos al interior de la tierra, aunque ésta última aún no podía ser situada con seguridad en el tiempo.

Pero era en realidad una suposición infundada, más bien inspirada por mis propias deducciones sobre las intenciones últimas de Juan de Herrera -al que yo había estudiado para documentar mis trabajos-, que habían llamado mucho mi atención. Y por otro lado, que hubiese o no conexión, no aportaba nada en nuestro caso. Pero me alegré de que mis elucubraciones, según yo entendía, anduvieran cerca de una diana, aunque se tratara de un acercamiento tan retorcido y peregrino.

Sobre el plano militar llevábamos marcado el trayecto con absoluta claridad.

Sobre el terreno, la cosa no iba a ser tan simple: En el plano, la ribera del embalse estaba perfectamente dibujada, pero intuía que la realidad iba a ser muy diferente, sin embargo.

Eugène, más previsora, había al menos elegido un calzado más adecuado que mis sandalias para la prevista excursión. Sus deportivas blancas parecían evidentemente una buena elección. Cuando la hierba empezó a penetrar punzante por la multitud de huecos que permitían el acceso directo a mis pies pensé, con leve resentimiento, que podría ella habérmelo hecho ver antes de salir. Pero estábamos en plena faena, y no hubo tiempo para el comentario.

Dependiendo de la época del año, la cantidad de agua que embalsaba la presa variaba bastante, y a finales de la primavera, cuando nos acercábamos a nuestro objetivo, podría ser máxima. Esto me hizo de nuevo pensar en mi calzado.

Pero, resignado, preferí mirar hacia arriba un momento. Las aves migratorias que subían hacia el norte de Europa pasaron hace ya tiempo, pero el lago tenía su propia y abundante población, lugar de nacimiento de muchas crías que en invierno quizá viajaran hacia el sur, hacia África, pero que luego recordarían su tierra natal y volverían.

Estas aves -con permiso de residencia provisional-, se dedicaban, pues, a sacar adelante a su prole, sin parar de organizar escándalo, protegidas por la ley de molestias y daños.

Acceder a nuestro destino resultó laborioso, y tuvimos que congratularnos de haber elegido la caída de la tarde para la incursión, cuando las aves trataban de descansar, y los humanos se preparaban para salir a aprovechar el mínimo frescor que se avecinaba paseando por las calles de la población.

Dejando a los murciélagos controlar el crecimiento de la población entomológica endémica que hacía famosa a la zona, el ocaso avanzado y una brisa mayor de la imaginada -consecuencia de la humedad-, quedó aparcado el Golf en una cañada entrante en las lomas, cubiertas de espartales que trepaban dispersos hacia su redondeada cima, adornada de aulaga, enfrente de nuestro objetivo, que no se vislumbraba desde la carretera.

Y cruzada ésta a pie, descendimos hacia el inicio del valle del regajal.

El embalse estaba artificialmente delimitado por la antigua presa al oeste, la carretera, encima, al norte, y el trazado ferroviario al sur -atravesando el brezal-, abierta para recibir las aguas desde el este.

Nosotros bajamos desde la carretera y nuestro objetivo era cruzar al otro lado, la ribera opuesta, que quedaría, según el plano, a unos cincuenta metros de la vía férrea.

Era la zona menos transitada, por más inaccesible.

A esta hora, probablemente por miedo a los mosquitos, y por la prevista oscuridad total que sólo paliaría levemente la luna, nadie.

Quedábamos fuera del campo de visión de la carretera, que sí que era muy transitada a todas horas, a pesar de su descuidado trazado. Por ese motivo habíamos ocultado el coche fuera del campo de visión de los transeúntes.

Cruzar sobre el muro de la presa resultó la parte más sencilla: El lugar estaba cuidado, y la construcción dejaba un pasillo amplio sobre el muro de unos veinte metros de firme y rectilíneo piso de piedra labrada.

Al llegar al borde opuesto encontramos que, si bien por el lado de la carretera el inicio de la presa estaba al mismo nivel que el terreno, no era así al otro extremo, sino que existía un desnivel vertical de unos tres metros.

Nos paramos a estudiar la forma más razonable de salvar el obstáculo, aunque, conociendo a Eugène, me temía lo peor.

Me paré yo sólo, en realidad.

Ella, sin comentar, flexionó las piernas, y saltó sobre lo que desde arriba parecía una mullida capa de hierba.

La reflexión no era su especialidad, o yo me había hecho más viejo de lo que quería pensar. Ella saltó con técnica, como quien está entrenado para ello, cosa que yo había escuchado, pero no comprobado.

Sin embargo tengo que decir que me burlé de ella con ganas -interiormente por supuesto y tras verificar que no había daño-, cuando comprobé cómo se hundió, con un sospechoso y sordo sonido, en la espesa capa de oscuro lodo que esperaba abajo y que le salpicó de negras motas hasta la cara.

Si no hubiera estado entrenada y flexible de osamenta, se hubiera dislocado al menos el tobillo.

Como pudo, trató de equilibrarse, sin lograrlo, y sus manos completaron el apoyo, quedando a gatas, pies y manos hendiendo el cieno maloliente. De sus blancas deportivas no se veía nada. Miré con aprensión a mis pies, casi desnudos, un momento.

Ella permaneció un instante, como un gato joven, calibrando probablemente si existía algún daño -e imaginando mis burlas-, dándome la espalda, y la rabadilla, sin tomar ninguna decisión táctica.

Al fin se arrodilló, resignada, rebozada en lodo, se puso de pie, y sacó sus negras zapatillas de los agujeros que ella misma había formado, resultando que la capa de

hierba y musgo era suficientemente tupida y profunda como para caminar sobre ella, siempre que no se la agrediera en la forma en que ella lo había hecho.

Miró hacia arriba, hacia mí, y me hizo señas evidentes -sus manos negras apoyadas en sus caderas, y algunas líneas como de indio en pie de guerra que no había podido evitar marcar sobre su cara-, de que la siguiera.

Aunque la escasez de luz y la distancia me impedían ver su expresión, interpreté su silencio como síntoma de enfado ¡Como si tuviera yo la culpa de su irreflexión, o de su afición a los videojuegos de Lara Croft!

Finalmente decidí, por una vez, actuar como jefe de grupo y hacer valer mi presunta experiencia.

-¡Coge esto! -grité, queriendo parecer aséptico, enviándole la linterna, que ella recogió sin dificultad. Hice lo mismo con el plano y otros artilugios de explorador, de dudosa eficacia, y ella los recogió con presteza, los apartó en el suelo a un lado, puso sus brazos en jarra de nuevo, y volvió a mirar hacia arriba.

Aún no había ella pronunciado una palabra.

Esperaba sin duda a ver cuál era el resultado de mi salto, para poder hacer los comentarios adecuados en igualdad de condiciones.

Fui a decir algo sobre lo bonita que se ponía cuando se enfadaba, pero, por suerte, me contuve. Aparte de que eran suposiciones, por que la visión se había reducido bastante.

Luego calculé que, por la diferencia de peso, yo me hundiría hasta la cintura, más o menos, y decidí que las comparaciones son odiosas, y yo podía probar un método menos violento, sin merma de mi orgullo varonil.

Libre ya de cargas, de rodillas sobre el borde de la presa, de espaldas al vacío, intenté lo que pretendía ser un elegante descenso gradual.

Resultó al principio mas sencillo de lo esperado, por que el borde era un buen apoyo, y tanteando con los pies encontré entre las piedras talladas huecos donde colocar mis pies.

Mi descenso, lento, porque no veía nada, y por prevención, resultó eficaz durante un buen trecho.

Pero -tarde o temprano iba a suceder-, el pie derecho no encontró el apoyo esperado mientras que el izquierdo estaba sobre uno falso, y las manos no me pudieron sostener, con lo que me deslicé, dolorosa, pero velozmente, hasta el piso.

El escozor se atenuó moralmente al notar que no me había hundido en el lodo, y ella no tendría de qué reírse, así que reprimí mis quejas, las ahogué, y traté de poner cara de aquí no ha pasado nada, antes de volverme, triunfalmente, sobre mis pies, erguido.

Tuve la precaución de no decir nada.

Y de ocultar las dolorosas rozaduras en manos, torso y piernas.

Mis sandalias -Eugène no me había avisado, malvadamente, de haberlas cambiado por otro tipo de calzado-, permanecían sin embargo indemnes, por el momento.

Mi autoestima había subido varios puntos.

Quizá por ello dejé de mirar al suelo, y me escurrí sobre los restos de barro que Eugène había dejado todo alrededor suyo sobre la hierba, deslizándome un trecho, mis pies muy por delante de mi espalda, hasta caer sobre ésta en la mullida hierba, sin daño, pero con claros síntomas de haber penetrado bastante en el lodo.

Eugène soltó una corta carcajada, mientras acudía a ayudarme.

Yo la había ayudado a recuperar su humor, a soltar adrenalina, y al levantarme con dignidad y verme una parte de la espalda, supe que la igualdad se había restablecido.

Conque por fin callamos los dos, recogimos los bártulos, y nos dispusimos a continuar, sabiéndonos al menos a salvo de miradas indiscretas.

Ella manejaba el plano con soltura, aunque pensé que debiera prestar más atención al suelo que pisaba. Tengo que reconocer que el pensamiento perverso de que ella, de pronto, se hundiera hasta la cintura, o algo así, pasó por mi mente como una probabilidad divertida.

Esto debió estar a punto de suceder en un par de ocasiones, aunque lo evitó a última hora, algo que desde luego ella no tenía que agradecer a mis avisos.

Me resultaba por otro lado difícil relacionar nuestra aventura exploradora con las limpias y nada hediondas pesquisas que solían trufar la películas de Indiana Jones o las exploraciones selváticas de Trazan: No se les veía a ellos echarse mano a la nariz para mitigar el hedor, como me estaba sucediendo a mí ahora, con peligro de desequilibrarme y volver a repetir la acrobacia, aunque sólo la pechera de mi camiseta permanecía indemne. Y tampoco del todo, desde que opté por limpiar mis manos sobre ella, con objeto de apreciar el calado de las desolladuras que me había hecho al resbalar sobre el muro.

Mi cara no la veía, pero veía la de Eugène, su nariz, sus mejillas, lo que me servía de clara referencia.

Como un pato mareado seguía la estela de Eugène que parecía seguir el borde del agua, profunda y llena de vida, vegetal, animal,... toda una reserva pantanosa de aguas salitrosas, verdosas y turbias a tramos, transparente en otros.

Aunque era absurdo, pensé en cocodrilos. Y aunque lógicamente lo deseché al instante, una vaga sensación de peligro inconcreto permaneció rondándome. Traté de pensar en otra cosa.

Por eso me concentré en no caerme, en lugar de apreciar la avifauna de tan rica reserva, hasta que, a unos treinta metros del borde de la presa, a vuelo de pájaro, tropecé y caí sobre la espalda de Eugène, que se había detenido para consultar algo en el plano.

Cayó, eso sí de frente, con lo que mi venganza se satisfizo en parte cuando se dio la vuelta y se sentó, con las manos hundidas en el cieno, rebozada en negro, como una croqueta hecha con bechamel de tinta de calamar.

Ya no pude evitar reírme.

Más cuando, al tratar ella de apartar el escaso pelo de su frente, se volvió a marcar ésta. Ahora semejaba un mahorí recién salido de la selva.

Optó ella finalmente también por reírse para descargar la tensión acumulada.

Buscó la linterna y miró a ver qué había quedado del plano.

Después de un rato de descanso, en un baño de lodo -que aseguran ser ideal para la piel aunque parecía sin más apestoso-, empezamos a tomar medidas para continuar, porque el sol ya se había puesto y podríamos tener dificultades para hallar nuestro objetivo en la penumbra.

El plano estaba menos dañado de lo previsto, tan solo húmedo, y la linterna había soportado el trasiego sin ningún daño.

Buscamos, y encontramos sin dificultad, un lugar donde el agua fuera suficientemente profunda y cristalina como para un lavado de emergencia, al que procedimos sentados sobre la tupida vegetación de la orilla, que de enemiga había pasado a aliada, con las piernas en remojo.

Por turnos, eliminamos el barro adherido a la piel antes de que se secase, ayudándonos mutuamente cuando se trataba de lugares más inaccesibles o invisibles para uno mismo, y nos apresuramos a continuar, siguiendo la orilla, donde la capa vegetal era suficientemente espesa como para no volver a tomar contacto con el lodo.

No había necesidad de plano por el momento, porque a unos quince metros de donde nos lavamos se veía una acumulación espesa de cañaverales, enneas, espadaña, la buda dichosa,... o como quiera que se llamase, que destacaba por altura sobre el paisaje general del humedal, y que aparentaba ser nuestro destino.

Justo a tiempo, porque el sol se ocultaba tras las cercanas lomas que rodeaban el lago, y la luz duraría muy poco ya.

La temperatura resultaba agradable -incluso la del agua, templada por el sol de todo el día-, y el camino se hacía por momentos más cómodo.

Cuando llegamos al macizo de altas plantas de ribera, verificamos su espesura, que no ofrecía resquicio visible a la invasión.

Sin meditarlo mucho -esta chica no escarmienta-, Eugène adelantó los brazos haciendo gesto de apartar los elásticos tallos, que cedieron flexibles. Avanzó sobre el hueco negro y desapareció. No aparentó nervios, duda ni miedo.

Nada más desaparecer, los tallos volvieron a su posición original, por lo que nadie hubiera sospechado tal posibilidad de avance.

Hice la misma operación, más por pundonor que por convicción, con el resultado de aparecer sobre piso vegetal, aparentemente sólido, aunque invisible en el avanzado ocaso.

La zona despejada inmediata era amplia, y sin embargo resultaba casi totalmente cubierta por la espesa capa de cañas y juncos que se vencían hacia su centro, y porque el propio claro, por llamarlo de alguna forma, parecía descender hacia el centro, en forma de ancho cono invertido, cuyo vértice chato ocupaba el centro geométrico aparente.

Eugène había encendido la linterna e inspeccionaba todo alrededor, como situándose.

De noche, pensé, y aún de día, el lugar había de ser invisible desde el exterior, y el sol sólo lo visitaría muy pocos minutos al día, siendo impenetrable salvo por el pequeño espacio de la cúpula abierto en su parte superior.

Su forma era casi perfectamente circular, como trazada con un cordel que hubiera tenido unos tres metros y se hubiera tomado como radio.

El piso, cubierto de una fina capa de musgo, era sólido y asombrosamente seco.

La disposición de las altas plantas que le servía de linde sugerían una construcción artificial, perfectamente mimetizada con su medio. Se trataba, sin duda, de lo que íbamos buscando.

Nos acomodamos en silencio -reclinado yo sobre el codo, a estilo patricio romano, piernas abrazadas contra su pecho como solía Eugène- a esperar a que saliera la luna, que sabíamos llena y tardaría como una hora o algo menos en llegar a su zénit, sobre nuestro refugio.

No sabíamos qué iba a suceder después, pero no podíamos hacer otra cosa que esperar.

Cada uno de nosotros pareció hundirse en silenciosas meditaciones, plácidas o melancólicas, de particular y melancólica intrascendencia, inspiradas por las horas crepusculares.

La noche se presentaba magnífica.

La luz de la luna se insinuaba como un resplandor difuso y lejano.

Sapos o ranas croaban en la cercanía de la ribera, y de la ladera del cerro llegaba el canto de los grillos.

No soplaba aire alguno, lo que ponía en evidencia que en un radio de muchos metros alrededor nuestro no se escuchaba nada. Quizá debido a nuestra presencia, que no podía haber pasado desapercibida para la fauna local. Quizá porque el territorio en cuestión estaba vedado de alguna forma a la vida animal: No parecía que vertebrados o invertebrados tuvieran su refugio cerca, porque necesariamente se hubieran hecho notar ante nuestra irrupción.

Ello me causo extrañeza, pero no le di importancia, porque mi capacidad de asombro había decrecido mucho en los últimos tiempos...

Según mi reloj, que parecía haber soportado el remojón sin daño, faltaban unos cinco o diez minutos para que la luna llena se situara sobre la vertical de nuestra posición.

Eugène permanecía también en silencio, abrazadas sus rodillas contra su pecho, inmóvil, con la mirada baja aparentemente perdida, aunque en realidad yo no podía verlo.

Sin embargo esa postura o estado de ánimo suyo ya me resultaba familiar, aunque contrastaba curiosamente con la impulsividad que la regía momentos antes.

Jugué a adivinar que fijaba su vista en un punto del suelo liso, a unos cincuenta centímetros de su cabeza, sentada como estaba casi en el borde del círculo, concentrada en su centro.

Un zumbido lejano rompió nuestra concentración.

La suya, supongo, en realidad, porque yo divagaba y tardé en apreciar por qué ella había levantado bruscamente la cabeza.

Un pitido largo, aviso para un paso a nivel cercano, nos explicó que se trataba de un tren que se aproximaba por la vía trazada a unos cincuenta metros de donde estábamos.

El ruido rítmico aumentaba rápidamente en forma estruendosa.

El tren pasó, pitando aún, por nuestra perpendicular, haciendo temblar el terreno donde nos apoyábamos, en oleadas rápidas.

Sin disminución de velocidad, en un momento, el estruendo y el pitido empezaron a alejarse, evidenciando el efecto doppler.

Sin embargo, la vibración del piso parecía mantenerse.

Al mirar hacia Eugène, noté un brillo especial sobre su pelo, y sobre sus ojos, cuando ella levantó su cara hacia el cielo.

Sus facciones atentas se dibujaron en plata -suaves pómulos, corta nariz-, bajo la luz de la luna llena, claramente pintada en blancos y amarillos contra el cielo azul oscuro, cubierto de estrellas.

La luna iluminó el claro. El piso tomó un matiz ceniciento, mate.

Leves sombras se marcaron un instante, para desaparecer de inmediato.

Eugène fijó su vista en el centro del círculo, y yo seguí la dirección de su mirada.

La vibración del piso, que se había confundido con la provocada por el tren, tenía evidentemente otra causa.

Como en la corrala, reconocí aquella vibración oscilante, modulada en baja frecuencia.

Esperaba de un momento a otro localizar el foco del proceso, como ya nos había sucedido, y no me pareció extraño que Eugène, suavemente y sin ruido, se hubiera aproximado a mí por la espalda, y apretara con suavidad sus leves senos sobre mi paletilla, contacto que de inmediato produjo una multiplicación del efecto vibratorio.

Ahora nada rompía el silencio.

La vibración insonora parecía emanar del piso que ocupábamos, de aquella extraña moqueta de musgo, mientras que el color ceniciento y mate del vegetal iba tomando una calidad más brillante, al ritmo de las espasmódicas pulsaciones.

Era evidente que no se trataba del reflejo de la luna, porque la luz provenía claramente de abajo, fuera de toda lógica.

De hecho, las sombras sobre el rostro de Eugène, antes de desaparecer a mi espalda, se proyectaban, ahora me percaté, hacia arriba.

Casi de pronto, o al menos yo no aprecié la progresión, advertí dibujado sobre el piso un rectángulo de luz.

Primero un borde fino.

Poco a poco, la luz del borde se iba propagando hacia su centro, que coincidía con el centro de la circunferencia, hasta diferenciarse claramente toda la superficie del rectángulo del resto del tapiz. Poco más de un metro cuadrado.

He de reconocer que, dada mi experiencia previa, mi concentración actual era más crítica, toda vez que ciertos efectos y síntomas no me resultaban desconocidos, y por ello mi descripción puede ser, hasta este momento, bastante equilibrada, dentro de lo absurdo.

Sin embargo no puedo igualmente responder a partir de lo que sucedió a continuación, porque no estaba preparado para ello.

De golpe, la oscilación cesó, el brillo desapareció.

La luz de la luna permitía ver tan solo un rectángulo completamente negro, por contraste con lo que le rodeaba, con la calidad de un pozo o pasadizo, que emanaba humedad y anunciaba ecos lejanos de ruidos que no había sido hechos, de palabras que no se habían pronunciado.

Justo delante nuestro, un primer escalón de piedra lisa era lo único visible de aquella puerta o abertura.

Como con urgencia, Eugène se deshizo del abrazo a que me venía sometiendo, y se adelantó decidida hacía la boca oscura, desapareciendo de mi vista en breves instantes.

¡Qué muchacha más impulsiva! No la perdía el romanticismo...

Su coronilla plateada por la luna desapareció de inmediato.

Miré a mi alrededor, buscando no sabía qué: Ni sonido ni luz; la luna desaparecía tras las lanceadas espadañas.

Me sumergí en el pozo, resignado otra vez, comprobando que no era dificultoso ni incómodo, a pesar de la estrechez ¡Menos mal!

El vaho fresco que venía del interior no resultaba del todo desagradable.

Los peldaños eran lisos, pero no pulidos, lo que evitaba resbalar, y a los lados las paredes de piedra sin juntas apreciables tenían un tacto agradable, como si estuvieran cinceladas en roca viva con esmerada precisión, algo que yo sabía imposible porque la geología del subsuelo del valle negaba la existencia de tal roca.

La luz de la linterna que llevaba Eugène me precedía unos metros.

Con esa referencia tuve conciencia de que la escalera giraba sobre si misma en espiral amplia. Los escalones trapezoidales daban la misma información, aunque no eran visibles para mí, que en ningún momento, por otro lado, me sentí inseguro. Curiosa reacción en mí.

El descenso, pronunciado, debió durar varios minutos, lo que daba a entender una profundidad apreciable.

Por fin la escalera desembocó abruptamente en el lateral de una galería mucho más amplia que el pasadizo por el que descendimos.

Éste se dibujaba negro a nuestras espaldas en un perfecto arco de medio punto, sin señales de piedras superpuestas, como si se tratara de una construcción de hormigón, artificial, aunque al tacto parecía roca desbastada, sin bordes ni ángulos.

El acceso por el que habíamos bajado se veía estilizado y estrecho en contraste con la galería en la que nos encontrábamos ahora, que era bastante más ancha y alta, hasta donde alcanzaba la luz de la linterna, prolongándose en ambos sentidos sobre una recta de la que no se veía el final en ninguno de ellos.

Eugène, sobre el centro húmedo de la galería, en equilibrio levemente inestable, debido a la irregularidad del piso, iluminaba alternativamente a derecha e izquierda como decidiendo qué sentido tomar.

No había nada a la vista que nos hiciera decidir, salvo la leve inclinación del piso, que parecía presuponer un hacia arriba y un hacia abajo.

Eugène intentó sentarse para consultar los planos, pero la humedad del piso la disuadió.

Tácitamente acordamos el descenso, pensando que era reflejo de lo que conocíamos de la superficie, si bien el descenso en espiral había podido alterar nuestra posición relativa en cualquier sentido.

Pero antes de perder de vista el pasadizo, recordé que uno de los artilugios que habíamos incluido en nuestro equipo de exploración era una brújula. Se lo recordé a ella, que admitió con desgana mi sugerencia. Pero tuvo que coincidir conmigo en que era buena idea verificar de esta forma nuestra orientación.

Lo que realizó en forma rápida, volviendo a señalar el camino que ya habíamos tomado, como reprochándome la pérdida de tiempo, aunque yo seguía sin ver por qué tanta prisa...

Bajamos, pues, por la amplia galería.

Evidentemente aquel abovedado era construcción humana, técnica en cualquier caso, a pesar de que ni una inspección atenta podía detectar la mampostería, los bloques de piedra o la obra de ladrillos que formaban el medio cañón, cubierto desde la máxima altura hasta el suelo de musgo húmedo por las filtraciones salitrosas, porque la conservación resultaba tan asombrosa en aquel medio que solo mediante una sólida manufactura podría mantenerse en pie, y ello indicaba claramente su intencionada artificialidad.

Sin embargo, de forma ilógica, le empezaba a presuponer una antigüedad mayor indudablemente a la de Felipe II, aunque sin una justificación consciente.

Quizá me lo hizo sospechar la escalera que, aunque de acceso secreto, me resultaba excesivamente incómoda para ser obra de Juan de Herrera, aunque por otro lado posee éste realizaciones poco ortodoxas que escapan a la lógica funcional; quizá echaba de menos una marca o firma que, como buen cantero "de las arginas", no hubiera dejado de incluir.

Puede que el tiempo hubiera borrado tales marcas.

Yo me seguía inclinando por una mayor edad, pero, como la idea me inquietaba un poco, dejé pendiente la reflexión por la acción. Además, Eugène tiraba de mí impaciente.

Las filtraciones del acuífero habían conformado una costra, mezcla de musgo, salitre y greda, de eterna humedad, con olor característico, aunque no del todo desagradable, y color verde pantano, grisáceo y brillante, que destellaba en extraños matices, cambiantes al recibir la luz artificial de la linterna.

Me pregunté un instante qué clase de especie animal -y de qué tamaño-, podría encontrar refugio bajo esa costra de musgo o dentro de aquella asombrosamente amplia galería. Me acordé de los cocodrilos que había imaginado poco antes, pero de nuevo lo deseché, por conveniencia.

Traté de pensar mejor en otra cosa.

Y no comentarlo con Eugène, aunque pareciera ella siempre tan valiente. Recordé las presuntas ratas de la corrala, y la instintiva reacción de Mila y Eugène, por lo que decidí prudentemente callar.

Yo portaba ahora la linterna -que me fue cedida a cambio de la brújula y ahora me negué a devolver- que alcanzaba no más de un metro por delante (o por detrás, aunque preferí, no sé por qué, no comprobarlo), y un plano hipotético que el doctor había realizado, tratando de superponer a los elementos superficiales conocidos el supuesto curso de la presunta conducción acuática subterránea de Herrera -o de quien fuera-, y las indicaciones de la Cámara térmica, al que pensaba añadir el cálculo aproximado del recorrido que ya habíamos iniciado, con intención de irlo marcando, por lo que también iba armado de una cera de color distinto a los otros trazados.

La idea era buena, aunque de difícil realización, pero hacía lo posible por marcar, con poca fe en el resultado.

Mientras nos manteníamos en el centro de la bóveda se podía andar erguido sin dificultad, y me fui dedicando a enfocar las paredes con mezcla de interés morboso y leve angustia debida al fuerte olor.

Noté, sin embargo, por la humedad en los pies casi desnudos, y después al enfocar el suelo que tenía delante, que no era buena idea avanzar por el centro, porque el agua y el tiempo habían erosionado el piso justo por allí (¿o era un acanalado intencionado?).

Lo que al principio era estática humedad había ido aumentando imperceptiblemente en densidad y volumen convirtiéndose en lenta pero apreciable corriente, haciendo peligroso avanzar en semipenumbra sobre lo que parecía un alcantarillado que conducía el agua filtrada adelante y hacia abajo, a una salida o depósito desconocido, formando por fin un lento torrente delimitado por el musgo, el cieno gredoso y los restos de salitre que rebosaban.

Aunque visualmente accesible, garantizaba un resbalón caso de elegir esa ruta. (Además, mi habitual descuido sólo alcanzó a recordar la linterna, la brújula,... y a olvidar cambiar mis sandalias de suela plana y mi niki de manga corta; notaba frío, los pies mojados, el bajo del pantalón vaquero chorreando)...

Mientras reflexionaba sobre mi triste sino de explorador dominguero, no me percaté de que la galería se había ido ampliando, aunque el aumento del volumen del eco sordo de nuestros chapoteos debiera habérmelo indicado.

Eugène sí lo había notado. Tomándome por el hombro, me señaló más adelante.

Yo dejé de mirar hacia el suelo y compadecerme, y pude así ver un resplandor apagado que procedía de lo que parecía un giro muy cerrado de la galería hacia la derecha, que ahora se apreciaba en toda su magnitud.

Algo avergonzado de mi prudente actuación hasta el momento, me adelanté a girar hacia delante.

De inmediato, una gruta amplísima, de la que casi no se veía el techo, apareció ante nuestros ojos.

Estaba toda iluminada, en un tono apagado, aunque no se veía la procedencia de la luz, que no alcanzaba, como dije, al techo.

Elevados unos metros sobre su piso como estábamos, semejaba el salón inmenso de un castillo medieval en el que desembocaban diferentes puertas y accesos, unas -altas, anchas, ojivales-, a ras del piso, otras -menos amplias, como la nuestra-, elevadas del piso, pero comunicadas con éste por anchas escalinatas de piedra, cuyos escalones crecían en semicírculos concéntricos más amplios en cada escalón.

La forma general parecía vagamente rectangular, aunque no se apreciaba una clara simetría, al menos desde nuestra posición.

Como el silencio era total y la iluminación sobrada, empezamos a descender, y nos dirigimos hacia el centro del salón, que por lo demás parecía vacío, donde una gran construcción de aspecto tecnológico en alguna forma atraía nuestra atención como único objetivo.

El camino se hizo largo, y la inmensidad de la gruta o salón nos hacían sentir muy pequeños e indefensos...

## CAPITULO XXIV. *Una interferencia*

### *Existen planos que se cruzan y planos paralelos.*

Conociendo la forma y las consecuencias, es posible deslizarse entre planos paralelos.

Si elegimos correctamente el lugar y el momento, iremos a desembocar al punto justo que deseamos en el espacio y en el tiempo.

En realidad, los planos paralelos -y digo plano como una forma de hablar, para resultar inteligible, puesto que realmente es más propio hablar de universos paralelos-, son teóricamente infinitos, y no pueden, técnicamente, interactuar; aunque todo esto no es exacto; lo cierto es que existen interferencias sutiles entre mundos.

(Toda esta teoría está simplificada, por supuesto).

Dadas las circunstancias, y puesto que nos hemos tropezado con ello, tenemos que también considerar los universos -o planos, como prefieras-, de tipo convergente u ondulatorio: Aquellos que atraviesan de forma aleatoria, o siguiendo una periodicidad, o en un sólo punto, a los universos paralelos.

En estos planos habitan, por un lado, seres extraños al espacio tiempo, semi materiales, híbridos entre la vida y el espíritu puro. Seres superiores a la raza humana, que, debido a su superioridad, ni siquiera nos prestan atención, por lo que no es preciso considerarlos.

Además, a estos planos ondulantes van a parar los restos de los espíritus inmatriciales de las vidas acabadas en forma accidental, prematura, o excesivamente apegadas a la materia: Lo que vulgarmente llamamos fantasmas.

Éste parece ser nuestro caso. Hemos coincidido con un fantasma.

Aunque, a juzgar por su forma de actuar y lo que parecen sus intenciones, no se trata de un espíritu ajeno a nuestro objetivo, sino involucrado e interesado en interactuar.

Quizá es un ser fantasmático...

(...)

Junto a la maquinaria, una figura con reflejos violetas, transparente, claramente humana en su aspecto general pero ajena a la vida conocida, inmaterial. No puedo

precisar si estaba allí cuando llegamos a la inmensa gruta, o apareció ante nuestra presencia: Si apareció de pronto, lo hizo en absoluto silencio.

Nos miraba de frente, ojos titilantes, negros, faz envejecida, ceño fruncido, traje talar blanco del cuello a los pies... y a su través, la máquina: A través de sus manos, los mandos, indicadores, reguladores, que parecía intentar manipular.

¿Era real aquella presencia?

A pesar de su expresión adusta al menos a mí no me produjo sensación de miedo, quizá algo de rechazo indefinible.

Eugène, que había cogido mi mano y la apretaba nerviosa, se había situado a mi lado, pero levemente detrás. Sentí que mi inconsciencia me hacía valiente y, sin preguntar, empecé a avanzar lento pero seguro hacia la aparición, arrastrándola.

De pie frente al cuadro de mandos -para nosotros de perfil-, giraba la cabeza hacia nosotros, dándonos la cara, estático en conjunto, aunque su inmovilidad resultaba natural.

Su mano derecha, la más cercana a nosotros, se posaba sobre lo que parecía una palanca deslizante, inmóvil en cualquier caso. Su otra mano caía sobre su costado, y nos hubiera resultado invisible sin la cualidad translúcida que la perfilaba a través del ropaje; también permanecía inactiva.

Su expresión, como enojada, estática como una fotografía algo difuminada, quedaba perfilada por una luz que mostraba detalles, puntos, brillos de su faz.

Pensé en un holograma, una fotografía tridimensional conseguida con LASER, un efecto que me resultaba familiar: Esta idea tranquilizadora era probablemente lo que hacía que no aflorara en mí el miedo, sino la curiosidad.

Sin embargo, a juzgar por el modo de ocultarse tras de mí y la forma nerviosa en que apretaba mi mano, Eugène sí parecía asustada o preocupada. Evidentemente, su información era mayor que la mía, lo que yo hubiera debido tener en cuenta.

Sin embargo yo seguía acercándome, como si tal cosa, satisfecho de no hacer el ridículo por una vez ante Eugène, aunque sin valorar lo que mi audacia sobrevenida, de tipo nervioso, inconsciente, me pudiera costar.

La abundante luz de tono violáceo marcaba el ambiente general. La figura -u holografía si era cierta mi suposición-, seguía inmóvil.

Yo había avanzado hasta unos cinco metros de la posición en que permanecía, y me detuve por fin. Miré de refilón a Eugène para no perder la cara a lo que fuera, por lo que pude apreciar, además del reflejo violeta también sobre su rostro, que éste, y casi

todo su cuerpo, se habían colocado descaradamente detrás de mí: Su expresión mezclaba asombro y preocupación, lo que finalmente me preocupó a mí, aunque no tanto como para superar mi curiosidad.

La figura, translúcida pero nítida y perfectamente perfilada, tenía el aspecto de algún antiguo sacerdote pagano, druida o similar: Abundante, largo, lacio pelo blanco; barba y bigote que ocultaban su boca, mejillas y cuello; ojos pequeños, negros y brillantes que titilaban de forma irregular, siguiendo el ritmo de la tenue iluminación; cejas tupidas, canas y en gesto de enfado o desagrado; frente que se adivinaba amplia, bajo el pelo, dividido por la raya central.

Sobre los hombros y hasta el suelo, una hopalanda clara, holgada, sin cinturón, de textura que asemejaba al lino, sin costuras visibles. Cerca del borde inferior una estrecha banda dorada rodeaba la toga como único adorno. En el borde de las amplias mangas se repetía la misma estrecha banda purpúrea.

Su mano derecha asomaba larga y huesuda, con su brazo desnudo casi hasta el codo, por la amplia manga arremangada; la izquierda, que se transparentaba a través de su costado, permanecía casi cubierta por la manga correspondiente.

Su inmovilidad era absoluta, salvo el titilar del reflejo de sus ojos y algunos brillos dispersos y cambiantes sobre su pelo y su vestimenta, consecuencia de la vibración violeta que inundaba la estancia.

Constatada su inmovilidad y la aparente inocuidad de lo que fuera aquello, y ante el silencio y la inactividad, traté de interesarme por el conjunto de la sala, que parecía contener tan sólo el panel sobre el que se apoyaba el anciano, y que se sostenía sobre algo parecido en forma y altura a un púlpito, de exterior metálico mate y sin dibujos o marcas.

Sobre el panel, diversos mandos e indicadores luminosos, uno de los cuales parecía ser el objeto de la atención del anciano.

La luz violeta parecía emanar de los cuatro bordes de la sala en su unión con el piso, pero esto era una impresión que podría ser un efecto óptico: Parecía más brillante cerca del ángulo que las paredes formaban con el piso y degradarse o difuminarse hacia la bóveda, invisible. Parecía también emanar de los bordes del púlpito donde éste se unía al enlosado del piso.

Estaba evaluando estas circunstancias, cuando nos sobresaltó una voz de origen incierto y volumen moderado, que dijo despacio "Salve", y luego continuó, lentamente, en lo que mis recuerdos infantiles de misa dominical detectaron como latín, si bien no dominaba yo en absoluto tal lengua.

Saltamos al unísono hacia atrás, pero la calidez de la voz y la evidencia de no existir ningún otro síntoma agresivo nos detuvo.

Entonces Eugène, por fin, se me adelantó, escuchando con interés.

¡Si sabría latín, la chica ésta!

Eugène pareció recuperarse de su temor, que yo no había compartido hasta ahora, para prestar atención al discurso.

Debía ser algo de interés, porque se adelantó aún más.

(Absurdamente, puesto que, en cuanto al oído, no había ventaja alguna en la posición. O yo me estaba volviendo más precavido).

Me señaló la figura, que parecía seguir atemorizándola en cierta forma.

Sus labios, los de la figura, no se movían.

¿Era un grabación?

(...)

Sí; sabía Latín.

Araxis habló desde un lugar indeterminado.

Usaba el latín para hacerse entender, pero ese no era su idioma materno: El latín fue una necesidad, por su relación obligada con el imperio romano; su lengua original, que Eugène no supo catalogar, estimó sin embargo que pudiera ser una mezcla de gaélico y celta, con raíces norteafricanas.

Era, al fin, un dialecto muy localizado, sin duda poco difundido, formado por varias lenguas en confusión, pero sorprendentemente rico en expresiones espirituales y relacionadas con la naturaleza cercana: No resultaba práctico fuera de unos límites geográficos muy limitados conocer la designación descriptiva y compleja de ciertas plantas endémicas, por ejemplo, y sí su nombre vulgar latino.

Su latín, según Eugène, resultaba muy primitivo, con giros y palabras que no se usaban habitualmente. Pertenece a la época de las primeras incursiones romanas en la península ibérica, poco evolucionado en comparación con el que las legiones romanas llevaron posteriormente a la Galia, a Bretaña o a Germania, pero en general sencillo de comprender, para quien comprendiese el latín, se entiende.

Todos estos datos le situaban en el tiempo y en el espacio.

El nombre que le fue dado en su tierra de nacimiento se podía transcribir fonéticamente como Arrances, y se latinizó como Araxis, o Aruxis, según la fonética que se aplicara.

Era, indudablemente, un espíritu de la tierra, atrapado en el tiempo.

Un fantasma olvidado de otras eras.

(...)

Tras unos segundos de atención, cuando el recitado hubo concluido, Eugène reflexionaba, aunque lo hacía en voz alta, de forma que aporté mis cualidades de oyente con apariencia de interés -lo único que podía hacer, como de costumbre-, intentando entender lo que murmuraba. Como no había entendido nada de lo que se nos había transmitido, tengo que suponer la relación entre lo explicado por el fantasma y las deducciones de Eugène. Pero no me consta.

(...) “Podemos establecer como hipótesis que el tiempo está dentro de nuestra cabeza.

Para apoyarla, aportamos la prueba de cómo la percepción del tiempo varía con la persona, la situación y la edad. Para los niños, el tiempo discurre muy lentamente, como en una espera impaciente; en la madurez, los años parecen volar; para los ancianos fluctúa en periodos irregulares,

Pero es una hipótesis poco sostenible, porque en el caso de dimensiones que tenemos más asumidas filosóficamente, como el espacio, se dan situaciones similares en cuanto a la percepción, y es demostrable que podemos usar medios objetivos para medir con exactitud cada situación. Es decir, la distancia entre dos ciudades cualesquiera es la misma si nos trasladamos de una a otra en avión o en bicicleta; sin embargo, al resolverse en transcurros de tiempo muy diferentes, percibimos la misma distancia como diferente, aunque somos conscientes de que no es así.

Aunque al hablar de percepción, que siempre resulta subjetiva, hablamos de fe.

Otro aspecto a considerar es el tratamiento, la forma de abordar cada caso. Y los resultados obtenidos pueden no depender del método:

La discusión entre psiquiatría y psicología no está, ni mucho menos, resuelta, y a menudo depende de la percepción en un aspecto que se puede considerar como subjetivo.

El fantasma, forma intangible, incrustada sin desalojar masa en un tiempo que no es el suyo, puede o intenta aportar consigo su propio tiempo y circunstancias, y su objetivo suele ser interferir interactuando; pero sus razones últimas están viciadas, porque no tiene en realidad capacidad suficiente para hacerlo.

Existe pues la voluntad inútil; la intención de cambiar, normalmente, un pasado desagradable o truncado.

Existe la voluntad, pero apenas la capacidad.

Las palabras de un fantasma no son fiables, como norma, pero expresan una realidad que puede ser presente y actual, o pasada e imaginada. O ambas cosas a la vez, por lo que necesitamos deslindar la información útil de la engañosa”.

Tras esta clase de filosofía aplicada, por fin pareció animada a actuar, que era lo suyo, lo que noté no sólo por su cambio de tono, sino por la presión de sus manos, como para captar mi atención inmediata:

-Si estuviésemos en la situación que pienso –me decía ahora Eugène, mientras miraba fijamente la figura transparente- podríamos intentar un experimento didáctico.

Interiormente me eché a temblar: Supuse, con experimentada razón, que yo sería el conejillo de indias objeto de tal experimento.

Más aún al apreciar el brillo burlón de sus ojos, el titilar de pupilas que presagiaba que dentro de poco me vería en situación precaria, mejorando lo presente, y a su merced, como de costumbre.

Ahora había aflojado de nuevo la presión, aunque no había abandonado su posición geográfica, detrás de mí, asomando sobre mi hombro, usándome claramente como escudo humano. (Aunque mi protección, yo era consciente, se limitaba a lo moral, más emocional que eficaz).

Al fin, y esbozando aquella sonrisa pícaro, juguetona, que yo conocía, se adelantó sobrepasándome y avanzó, despacio pero sin dudas, hacia Araxis hasta situarse muy cerca suyo.

Sin volverse, me hizo con la mano seña imperiosa de acercarme a su lado, lo que hice, a pesar de mis abundantes y fundamentadas dudas.

Sucumbí a la tentación de apoyarme suavemente sobre sus hombros, lo que me dio de inmediato seguridad, por una mezcla de atracción animal y una transmisión, o intercambio, de energías positivas: Como de costumbre, yo no sabía qué comentar, ni se me ocurrían preguntas coherentes, así que mantuve un sabio silencio, concentrándome en apreciar el suave tacto de sus hombros desnudos.

Y aunque yo no creía mostrar síntomas de nerviosismo o temor, ella cruzó su brazo izquierdo hasta cubrir mi mano sobre su hombro, acariciándola con suavidad, como tranquilizando a un animalillo asustado, papel al que ya me iba habituando.

Lo cierto es que de nuevo ella controlaba la situación y yo, no sé con qué base, a decir verdad insensatamente, me fiaba de ella.

-Veamos –interrumpió mis precavidas reflexiones-. Creo que, primero, vamos a hacer una experiencia física, de verificación, curiosa.

Ahora se deshizo de mi mano, volviendo su cara hacia mí, para coger mi mano derecha con la suya, llevándola sin prisa pero con decisión hacia delante. Sin duda hacia la figura transparente e inmóvil, que fue limpiamente atravesada, con una sensación indefinible, o quizá inexistente fuera de mi cabeza.

Ella no intentó, por otro lado, avanzar.

Tan sólo estiraba su brazo, arrastrando al mío a través de los pliegues del vestido talar de aquella proyección lumínica inmaterial, en dirección al panel de control delante del cual nos encontrábamos los dos (¿O los tres?).

-Puede no ser un caso típico. Se trata aparentemente de un iniciado; puede que no sea alguien concreto, sino el símbolo de algo...Mi opinión es que se trata del símbolo del antiguo Aranjuez personificado.

Yo escuchaba sus incoherentes murmuraciones precavido, precaución que obviamente compartíamos.

Sin embargo su prevención se justificó cuando, al unísono, y al contactar con algo material que se manifestó en forma de cosquilleo eléctrico, como un calambre de baja intensidad, saltamos ambos hacia atrás.

Tan sólo un breve trecho, porque la corriente no sobrepasó ningún umbral de temor o alarma, o dolor, aunque suficiente para que ambos echáramos nuestros brazos hacia atrás, repelidos.

De inmediato volvimos a la carga (volvió quiero decir, tras coger de nuevo mi mano) mientras Eugène seguía murmurando algo relativo a que no era real,... no sé que.

Como auto convenciéndose; lo que a mí, lógicamente, me mosqueaba...

Soportando esta vez el leve cosquilleo que provocaba el contacto con algo de cualidad material, pero de solidez extraña, iniciamos una excursión sobre los relieves del armatoste, como si fuéramos ciegos.

A decir verdad, iba apreciando semejanzas con nuestra experiencia en el sótano de la corrala, aunque también se daban diferencias de conjunto notables: Sobre todo, no existía, o yo no la apreciaba, señal de vibración sonora.

Hoy, para mi sorpresa -aunque parecía hablar consigo misma, por que no me miraba-, Eugène parecía dispuesta a dar algunas de las explicaciones que habitualmente me escamoteaba: Quizá para verificar en mi interpretación, de ignorante, si el modelo

que teníamos delante encajaba con el que ella preveía o imaginaba. Para contrastar sus percepciones.

Me consolaba comprobar que ella no lo sabía todo...

-La figura fantasmática sólo existe como imagen de luz –recitaba, mientras atravesábamos impudicamente la cintura de Araxis -. No existe en realidad salvo como ente viajero del tiempo, atrapado en su propia idea.

-La Máquina es real –continuó en tono didáctico.

Ahora rozábamos la superficie de tacto hormigueante de la maquinaria, siguiendo sus formas, sus indicadores y sus mandos.

-Es real, pero su materia comparte varios tiempos diferentes. Su materia aparece y desaparece, se desintegra y se integra sobre una sucesión de tiempos a una frecuencia elevadísima, invisible para la vista humana, pero que se aprecia mediante una sensación táctil.

Curiosa situación, pensé. No quise imaginarlo. Pero no quería interrumpir, así que guarde mis preguntas estúpidas para otro momento.

-Indica –siguió ante mi silencio atento- una Puerta Abierta, aunque invisible. Se precisaría una invocación...

Se interrumpió, para continuar con tono responsable:

-Pero no lo vamos a hacer.

Su decisión me tranquilizó un poco.

-Quizá podríamos grabar la información de Araxis, pero no creo que en realidad sea muy importante. Bastará con que recordemos las líneas generales.

Supuse que se refería a ella misma, porque yo de latín...

Seguimos, manos unidas, la inspección. No conocíamos, al menos yo no podía imaginar, la utilidad del panel, que parecía estabilizado en posiciones y marcas fijas.

Como respondiendo a mi cuestión muda, indicó ella, más informada:

-Se trata de un control para una maquinaria magneto – temporal, que estabiliza y marca el acceso. Es una especie de boya indicadora del magneto principal que, como sospechaba el doctor, está en estas coordenadas, probablemente bajo nosotros. De ahí proviene la luz que parece filtrarse del piso.

Perfecto. Ya sé lo que es, pensé para mí. ¡Qué bonito es saber! Ya no pude más:

-¿Para qué sirve? –acabé tirando a voleo.

Sorprendentemente, hubo una respuesta concreta, en lugar del “no te preocupes”, tan preocupante.

Aunque la respuesta no rebajó mi preocupación:

-El uso adecuado del magnetismo es un medio muy eficaz para el transporte. La energía magnética, correctamente usada, adquiere las cualidades de la energía gravitatoria, comparte con ella naturaleza y potencia, y por ello la puede vencer o controlar, lo que facilita el viaje espacial, complementario de la ingravidez.

-Ya –quise simular que entendía.

-Igualmente, al superarse las dificultades del viaje intergaláctico, el transporte temporal queda al alcance de la mano.

Empezaba a aburrirme de no entender y sentí que era hora de tomar una decisión de inmediato.

Sospeché que ya estaba tomada con antelación, y quizá fue eso lo que me animó a preguntar: Poder obtener una respuesta positiva a mis deseos.

No voy a negar que los experimentos físicos me resultaban curiosos, pero todo ese mundo sin pies ni cabeza debía necesariamente resultar peligroso, y no había por qué añadir riesgos inútiles, aunque Eugène pareciera tenerlo todo tan claro.

-¿Nos vamos? –insinué.

-Sí.

No añadió ningún comentario.

Pareció, en un último vistazo, recopilar los últimos detalles para justificar la tarea exploradora.

Me puse a pensar, con desagrado, en todo lo que nos quedaba por desandar:

El camino de vuelta se podía hacer largo, y los accidentes o despistes no estaban descartados.

Miré la hora, para evaluar las posibilidades de aprovechamiento del resto de la noche: El reloj se debió estropear en alguna de las inmersiones en agua o lodo, a pesar de las garantías del fabricante. Aunque no era fácil saber si la hora que marcaba se refería a la mañana o a la tarde, la lectura resultaba absurda en cualquier caso: No existe una hora que se pueda definir como las cuatro menos y cinco, como el chisme parecía indicar. La rotura parecía afectar a algo más que a la maquinaria: Era como si las saetas del reloj se hubieran descoyuntado por un sobre esfuerzo, marcando una hora imposible.

Miré al cielo, para ver si las estrellas me podían suministrar alguna indicación sobre la hora, pero como no estoy muy familiarizado con la bóveda celeste, sólo pude concluir que el cielo estaba despejado, y el firmamento, bello, estaba presidido por la luna llena.

Anocheía en el valle.

-¿Vamos? –me invitó Eugène, abriendo la puerta del Golf.

Hasta pasado un buen rato no me pregunté cuándo y cómo habíamos salido del subterráneo.

Me sentía de nuevo estúpido.

No sabía ni cómo plantear la cuestión.

Como ella callaba, me concentré:

-¿Cómo hemos salido? ¿Qué hora es?

-¡Hombre, por fin! –se reía descaradamente.

-La verdad –continuó ella- es que hubiera preferido volver directamente al apartamento. Pero hubiera tenido que recoger el coche mañana. Y son sólo unos minutos más.

-¿Tenemos prisa? –mi temor a sus habilidades automovilísticas se manifestó, al no poder reaccionar con lógica.

-No en realidad. Hemos ganado algo de tiempo, aprovechando la Máquina del tiempo.

-¿La qué?

-La que custodia Araxis. Él lo dijo ¿No lo oíste?

-Yo no sé latín –constaté con enfado.

-La Máquina es capaz de funcionar hacia el futuro, como todas, y hacia un pasado limitado por su propia construcción. En este caso la era cuaternaria, si nos fiamos de Araxis.

-¿Qué?

No sabía de qué estaba hablando. Me concentré en reconstruir nuestra salida, y no encontraba nada en mi memoria. Lo único grabado allí era Eugène tomándome la mano mientras yo consultaba el reloj; de inmediato las estrellas, y Eugène abriendo su coche.

Por más que me esforzaba, no recordaba nada más. Me frotaba la mano, como si un leve picor, en el umbral de los sentidos, la afectara.

La mano que ella me había tomado.



## CAPITULO XXV. *Araxis, Time machine*

***El mecanismo funcional del viaje en el tiempo es muy simple, realmente. Precisa de un pequeño entrenamiento que no es comparativamente mayor que aprender a montar en bicicleta, por ejemplo. Todo ello contando con la Máquina.***

La teoría de la Máquina del Tiempo no nos es accesible en nuestra actualidad, nuestros conocimientos científicos teóricos están muy por debajo de esta tecnología, pero que no comprendamos su funcionamiento, no impide que la podamos usar: No es necesario ser ingeniero en electrónica para encender y manejar una televisión o un teléfono móvil. Tú eres la prueba viva de esto. (Eugène presionó con su dedo mi pecho para enfatizar su afirmación sobre mi analfabetismo funcional, que yo no podía negar; luego siguió con su lección magistral):

Sabemos que ha de responder a ciertos requisitos teóricos, relacionados con la ruptura de leyes físicas que consideramos inmutables, como la superación de la velocidad de la luz o la unidireccionalidad del tiempo mismo.

Cómo se superan estos obstáculos, no lo sabemos.

Uno fundamental se refiere al consumo de energía teórico necesario, que es de orden galáctico. Suponemos que se resuelve obteniendo la energía a lo largo de una sucesión de universos temporales, y esa es la razón del perpetuo viaje de la propia máquina, para poder estar, de alguna forma, en infinitos universos a la vez, para obtener su energía conjunta, puesto que si estuviera estática, agotaría la energía del universo en que permaneciera.

Esto es una especulación probable, aunque indemostrable.

Otra limitación conocida por la teoría es que el viaje inverso en el tiempo, hacia el pasado, tiene como límite la fecha de construcción de la máquina. De ahí que, puesto que la máquina está aquí ahora, debió ser construida con anterioridad.

Si Araxis dice verdad, su construcción es prehistórica: Luego debió existir la inteligencia prehistórica capaz de construirla y activarla.

En teoría, podríamos retroceder hasta la época de su construcción.

(Aquí detuvo un instante su explicación, como calibrando su propia ciencia, y abandonó el tópico de golpe)

Luego están las paradojas temporales: La posibilidad de encontrarse a uno mismo, la de conocer a tus ancestros,... leyendas urbanas destinadas a asustar.

(...)

-En verdad que es una máquina potente.

Eugène hablaba por teléfono con el doctor, procurando que yo atendiera también a sus explicaciones, con intención de ahorrarse dárme las a mí, supongo.

O para que me llegaran de forma indirecta, para que me impresionaran menos, o no me permitieran reflexionar.

¡Qué detalle!

Yo seguía aturdido, confuso.

Repasaba nuestra excursión una y otra vez, sin observar discontinuidad en la secuencia, hasta...

Traté de atender a la conversación.

-...bastó un pequeño esfuerzo de voluntad... Automático, tan sólo expresar la intención... Sí, sin duda estamos sobre el objetivo.

(...)

Me sentía físicamente molesto en una forma indefinible.

En realidad parece que esa sensación, por lo que Eugène me explicaba, no podía ser real, porque no tenía causa somática fuera de mi cerebro.

¡Qué bien!

Pero algo se debe de sentir tras un viaje en el tiempo, aunque sea de tan corta duración y alcance.

El hecho en sí era ya para confundir a cualquiera, y yo estaba ya muy tocado, física y anímicamente; la explicación, la que me quiso dar Eugène, era peor.

Para rebajarla de trascendencia insistió, tras hablar con el doctor -al que parece que dio todos los detalles que él precisaba y que debió sentirse satisfecho por el momento-, en que saliéramos a cenar y tomar una copa, con lo que el ambiente de normalidad admitiría más sorpresas.

Su actitud en las últimas horas era de entusiasmo, que yo no compartía del todo, aunque prefiriera dejarme llevar.

Lo de las horas:

Después de pasear toda la tarde por el regajal, explorar sus profundidades, conversar con un fantasma y dedicar un tiempo al esparcimiento en forma de experimentos de física aplicada, con traslación final incluida, y dar novedades al doctor, resultó que habíamos invertido un par de horas, incluyendo el paseo hacia el pub, y que acababa de anochecer hacía nada.

El hambre que ambos demostramos no se justificaba para tan corto espacio de tiempo. Bueno, sí: La gimnasia, al principio, había sido abundante.

Pero parecía tan lejana...

El combinado vegetal pareció suficiente para ella, y yo pude añadir otro menos vegetariano.

Recuperadas las fuerzas, nos dirigimos a la Tetería.

Yo me sentía menos incómodo, preparado para lo que fuera. Un poco de vino en la cena me había aportado optimismo.

Permití que eligiera sitio, mientras yo elegía bebida.

Ella no abandonó su momento abstemio, pero yo opté por un gin-tonic para acompañar a su zumo natural de sandía; esperaba necesitarlo.

Sin preámbulos, empezó:

“Creo que hemos localizado lo que buscábamos. Al menos la Máquina del Tiempo existe, y funciona muy bien”.

“La máquina precisa de una gran energía para arrancar, pero una vez puesta en marcha se autoabastece, y solo requiere un mínimo mantenimiento, que incluso un fantasma puede aportar”.

“Aunque, lógicamente, no conozco los detalles técnicos, ni realmente es interesante conocerlos, ha funcionado de acuerdo con todas las teorías que habíamos estudiado”.

“Sabemos que se basa en principios magneto-gravitatorios muy potentes, que se modulan mediante acción mental. Basta desear para que la máquina se adapte a la mente y ejecute. Los detalles técnicos no resultan de utilidad. La apariencia material es irrelevante: Únicamente es un testigo que puede tomar cualquier forma”.

“El efecto consiste en una traslación espacio-temporal ilimitada hacia el futuro y limitada por la construcción de la máquina hacia el pasado”.

“Hoy hemos viajado unos cientos de metros y unas cuantas horas hacia atrás. Sin esfuerzo y sin efectos secundarios”.

-Supongo,... espero que así sea –me atreví a intercalar.

-¿Es que no te fías de mí? – ella sonreía.

No me dio la gana contestar.

Además, el alcohol me estaba volviendo tolerante.

Aún así, estaba lejos de compartir su entusiasmo; prefería no haber encontrado ninguno de sus descritos desatinos.

Además ahora me preguntaba si su atención hacia mí continuaría cuando considerara que había llegado a su objetivo...

Y parecía que estábamos cerca de lograrlo.

(...)

El doctor escuchó nuestras aventuras, aunque ciertamente eludimos algunas anécdotas de índole privada, que no aportaban nada al relato, según nuestro criterio:

Quiero decir que la manera de acceder hasta el claro donde estaba la escalera no se comentó en detalle, ni él demostró curiosidad.

Como el plano que se supone que yo hubiera debido marcar no le servía para nada, se interesó superficialmente por la descripción del camino subterráneo que habíamos seguido hasta el gran salón.

Intentó reconstruir el trayecto, pero desistió en seguida: la brújula no estaba rota, sino afectada por un potente campo magnético, procedente de la Máquina del Tiempo, cuya localización exacta tampoco conocíamos. El mismo campo que se entretuvo en masacrar mi reloj, sin duda.

En conclusión no podíamos saber con seguridad qué dirección habían seguido nuestros pasos.

Habíamos deducido, por la inclinación del terreno, que caminábamos hacia el norte adentrándonos bajo el valle desde la meseta, pero en realidad esto era indemostrable, porque la inclinación y el discurrir del agua podía deberse a un agente artificial.

El tema se apartó para estudiar el mensaje que Eugène recordaba de Araxis.

Como hipótesis de trabajo el doctor estableció que el mensaje debía ser igual o equivalente al que venía reflejado, de diferentes formas, en “el tubo”.

Sonaba coherente, aunque esto, en realidad, no podía ser del todo cierto, porque existían referencias geográficas claramente locales en el recitado de Araxis.

Pero también podían existir en otras localizaciones otros mensajes; la importancia de este factor era muy relativa.

Factores fundamentales, a juicio del doctor:

-Existía una Máquina del Tiempo, funcional, donde indicaba “el tubo”.

-Se insinuaba la existencia de una Puerta de acceso a algún tipo de distribuidor temporal, del que no se daban detalles.

-El resto de los datos eran generalizaciones anecdóticas.

Para el doctor pareció resultar suficiente, y satisfactorio. Pudo ser un error considerarlo así: Era una especie de broma jugar con el tiempo.

Pero al doctor no le hizo mucha gracia la broma.

Sin embargo, aunque puso cara de reproche, no insistió.

Quizá pensaba en las paradojas del tiempo: A pesar de la aparente seguridad de Eugène, en realidad estuvimos relativamente cerca de encontrarnos a nosotros mismos llegando al regajal, con consecuencias imprevisibles.

Pero no era eso lo que preocupaba al doctor.

Su enfado provenía, al parecer, de la poca atención que yo había puesto en marcar nuestro recorrido, cosa que quizá hubiéramos podido corregir de haber hecho el camino de vuelta en forma convencional, por medios naturales, aunque observando lo que quedaba de la brújula -y de mi reloj-, tengo mis dudas fundadas.

Lo cierto es que, debido probablemente al descenso por la escalera espiral, mi desorientación había sido total, y sobre el plano quedó marcado un recorrido fragmentario, inconexo, incoherente, que yo no podía garantizar en absoluto.

El mudo reproche se dirigía indistintamente a Eugène y a mí.

La verdad es que yo no le había dado mucha importancia, pensando que sería fácil de reconstruir; pero al revisar ahora las marcas que yo mismo había hecho, en ocasiones a ciegas, comprendí su perplejidad: Aquello parecía más laberíntico de lo que en realidad era, y no había forma de adivinar cuál había sido realmente nuestro trayecto.

Señalé la brújula, que se mostraba ahora discrepante.

El doctor insistió sobre los potentes campos magnéticos que la hubieran podido influenciar, como ya había apuntado Eugène.

De todas maneras, tampoco le duró demasiado el enfado: Lo único que podía hacerse, y a ello nos pusimos, fue escuchar nuestro relato.

Su interpretación, influenciada sin duda por lo que él mismo esperaba, se ajustó fácilmente al presupuesto, porque no se podía contrastar con el plano, que fue finalmente abandonado.

Lo que buscaba, y supuso que habíamos encontrado, era una Puerta.

Confirmando a Eugène, consideró la Máquina del Tiempo como algo anecdótico, anexo, indicador, pero no lo más importante.

Comentó, antes de despedirse, que debíamos hablar con Mila.

Pero luego añadió que él se encargaría, lo que yo interiormente agradecí.

## CAPITULO XXVI. *Avanzadilla*

### *Nunca me había preguntado dónde vivía Eugène.*

Por obvio que pareciera lo contrario, nunca di mayor importancia a ese dato; el hecho objetivo indicaba que se me ocultaba. O simplemente carecía de interés, que desde luego era lo que yo había, por mi cuenta, decidido.

Lo cierto es que, salvo raras excepciones -que nunca eran justificadas, ni yo había reclamado excusas, porque sólo sentía su ausencia-, “dormía” en mi apartamento.

Y a menudo comíamos juntos.

Sus ausencias para mí eran simplemente vacíos entre noche y noche, decididos por teléfono.

Por eso me sorprendió ser invitado aquella tarde.

Considerando objetivamente aquellos primeros días, ahora, a toro pasado, se me hace extraño mi desinterés. Lo explica el gran ascendiente que aquella muchacha había adquirido sobre mí, y mi absoluta sumisión, que nunca antes hubiera admitido.

No era ese, pensaba yo, mi natural. ¡El soltero de oro, sometido hasta el extremo!

Hasta que no me “ordenó” asistir aquella tarde a una conferencia en su apartamento, casi hubiera supuesto que ella no vivía en este mundo. Que era un ser como ella pretendía, habitante, como las sirenas, mitad en este mundo prosaico, mitad en el profundo océano desconocido.

¡Y yo lo daba absurdamente por supuesto!

En cualquier caso, teníamos muchas cosas que hablar y aclarar.

Ni siquiera pregunté con quién nos íbamos a reunir, supuesto el caso.

Mientras bajaba hacia la plaza, fui haciendo algunas especulaciones, más para mantener la cabeza ocupada que por interés.

Podía sospechar que el doctor estaría allí. Probablemente era el promotor de la cita.

Seguí de forma automática sus instrucciones literales. No parecían complicadas, ni en Aranjuez lo podían ser. Bajé, es decir me acerqué al casco histórico atravesando

arboladas avenidas cruzadas por estrechas calles que delimitan cuadradas manzanas, hasta alcanzar la plaza de Abastos y del Ayuntamiento.

En la esquina, enfrentada a éste, un pequeño portal de vecindad, camuflado como kiosco de venta de gofres empotrado en el propio portal, daba acceso al consabido patio de corrala, y a una estrecha y oscura escalera.

Hacia el primer piso se abría la escalera al típico corredor con barandilla de madera. Eché un vistazo al patio de aquella céntrica corrala escondida, antes de subir al segundo y último piso, donde el corredor y la barandilla consabidos se cubrían con el propio tejado de la finca.

Las abundantes y heterogéneas puertas marcaban pequeños habitáculos o residencias, convertidos en su mayoría por obra de las inmobiliarias en oficinas, apartamentos u otras peregrinas denominaciones para universitarios o residentes de paso, abuhardillados.

El típico servicio comunal destacaba en el centro en forma de torre con saeteras en cada piso, desde el patio hasta el tejado. Quizá en uso todavía.

La puerta que yo buscaba, casi en la esquina izquierda según se salía de la escalera, era pequeña, como Eugène, y de un tono gris azulado en origen.

Toqué a la puerta, y fui atendido de inmediato.

La sensación de pequeñez de la puerta me impulsó a agachar instintivamente la cabeza, sin justificación, en realidad.

Una primera impresión fue de lugar acogedor y sencillo.

La claridad cruda que entraba por el balcón, que correspondía a la buhardilla, me deslumbró de inmediato. Tardé un tiempo en adaptar mi vista para poder investigar dónde me encontraba.

El loft, como lo definió Eugène, cuarto de estar, despacho, dormitorio, acababa en aquel balcón desde el que se veía el tejado del edificio opuesto que albergaba al Ayuntamiento de Aranjuez.

Finalmente, mientras me acomodaba en la silla cercana y de espaldas al balcón que se me ofreció, pude ver, sobre el suelo de baldosas rojas pulidas con linaza, cubierto casi en su totalidad con una gran alfombra de inspiración oriental, un sencillo catre donde el doctor y Mila se sentaban y un puff marroquí donde Eugène se hundía casi sobre el suelo, abrazada a sus rodillas, al lado, debajo de la única silla, la que yo ocupaba.

En espacio tan reducido, las distancias eran mínimas. Me extrañó menos de lo supuesto la presencia de Mila. Nada la del doctor, que ya había previsto.

Tuve tiempo de situarme, curioseando por lo que inconscientemente sentí como un escenario teatral.

En la escena no pude encontrar el lugar que pudiera ocupar un baño, por lo que pensé en principio en el servicio comunal. (Con el tiempo descubrí que no sólo existía, tras una puerta poco visible, el servicio, sino que este era amplio, casi más que la propia sala de estar, con una bañera muy iluminada y todos los artilugios habituales, más o menos imprescindibles para las mujeres).

La pequeña cocina, empotrada en el techo abuhardillado, estaba a la vista.

Y una mesa, en la que faltaba la silla que yo ocupaba ahora, detrás nuestro, hacía las veces de despacho y de mesa de comedor, según la ocasión.

En el balcón, una única maceta de Aloe que reclamaba su ración de sol, y en el abuhardillado simétrico a la cocina, y siguiendo su inclinación, una sencilla librería de listones de madera cruda, atiborrada de libros dedicados a especialidades que yo no comprendía muy bien, y entre los que sorprendía ver dos de mis últimos relatos, en edición cara, de compra reciente, pero evidentemente usados; las estantería estaba dividida en dos a modo de parteluz por una reluciente y dorada “hookah” similar al narguile que había en la Tetería, pero de origen indio, a juzgar por los motivos figurativos del repujado que el Islam no permite.

Sobre la mesa del comedor destacaba un portátil conectado por un cable colgante a la línea telefónica, único síntoma de descuido apreciable.

Un teléfono de mesa de forma curiosa -simulaba un perrito caliente recién cocinado-, reposaba sobre una alacena de obra, y debajo, en una mesa baja, la impresora multifunción.

Pocos y ordenados papeles en carpetas, (al contrario que yo, que necesitaba el desorden para trabajar a gusto, y prefería extender, incluso por el suelo, cualquier nota, libro o material de uso).

Retornó la idea de escenario.

Reconocer como femenina aquella estancia era difícil.

Sólo pequeños detalles neutros, como el teléfono caprichoso, aportaban personalidad.

Llamó pronto mi atención una sirena (sereira) que recordaba a la dedicada a Andersen en Copenhague, y una tetera metálica, probablemente marroquí, que aprendí con el tiempo a apreciar.

Como también después fui descubriendo otros artilugios, bellos pero de utilidad dudosa, como el cenicero vidriado de Capri, usado como contenedor de clips y grapas, o un recipiente para leche en forma de vaca, tomado de alguna película de Bertolucci.

Ninguna foto, salvo un cartel que mostraba la Acrópolis sobre el cielo azul de Atenas, con leyendas en alfabeto griego.

Se apreciaba, sin embargo, la provisionalidad del refugio, aunque en una forma distinta que en mi apartamento leonera.

Yo me sentía algo incómodo, fuera de lugar. Por la compañía, y por el descubrimiento de aquel refugio insospechado en Aranjuez.

No me acostumbraba a esta Mila, en parte supuesta por mí.

Mi Ginger, su paralelo literario, jamás podría adoptar los cambios radicales de personalidad que Mila demostraba.

El objeto de la reunión me era desconocido, y traté de poner interés en la conversación, que se había iniciado previamente.

Para hablar con más facilidad, Eugène había optado por apoyarse en mi rodilla, que quedaba situada a la altura de su cabeza.

(...)

Bajo mi ignorante criterio, no me parecía lo mejor enviar a Mila como avanzadilla.

Pero teniendo en cuenta que tanto Eugène como el doctor no plantearon ninguna duda al respecto, y que la propia Mila parecía convencida de la necesidad de tal adelanto, así como que se mostraba segura de su éxito, no dije nada, consciente del escaso valor de mi opinión, desde cualquier punto de vista.

Al fin y al cabo yo era un neófito recién llegado, no entendía gran cosa de lo que estaban hablando ni podía juzgar la importancia de los detalles. No estaba seguro siquiera de la necesidad de mi presencia, que me otorgaba una responsabilidad no deseada.

Que fuera yo el seleccionado para tal aventura no fue ni planteado, ni a mí se me pasó por la imaginación.

Aunque también es cierto que mi ignorancia me hacía más irresponsable, lo que se traduce en más valiente. Y como iba considerando todos los movimientos en que me

veía involucrado como una especie de juego peligroso y excitante, desarrollado en los límites de un riesgo calculado, puede que no me hubiera opuesto con demasiada fuerza a una sugerencia de tal tipo. A pesar de mi ignorancia o más bien debido a ella.

Además, mi moral estaba injustificadamente alta, puesto que, si bien yo había salido aparentemente victorioso, o al menos indemne, de mi primer afortunado enfrentamiento, no consideraba la posibilidad de que hubiera sido derrotado, hundido, eliminado, y que mi victoria pudiera deberse sin más a la casualidad.

Prefería pensar en una supuesta fuerza interior, que en realidad estaba por demostrar y podría ser nula.

Sea como sea, quizá porque yo quedaba destinado -más bien relegado-, a otras misiones y funciones, mi candidatura ni se consideró, y parecimos todos acordar que Mila era la persona adecuada y mejor preparada para actuar de vanguardia.

Yo no sabía si era verdad, pero me uní a la opinión general con entusiasmo.

Mila parecía muy animada, interesada en actuar y en hacerlo en esta forma.

Sin duda pesaba sobre ella la supuesta responsabilidad sobre la traición de Hugo, aunque en ningún momento nadie le hizo el menor reproche, y realmente no se le podía hacer.

Pensé de todas formas que el hecho de haber descubierto en la forma en que sucedió la verdadera o la otra personalidad de Hugo había sido determinante.

Me engañaba al parecer: El tema se planteó de forma tangencial y desde el punto de vista contrario al que yo hubiera imaginado.

Era como si lo que yo entendía como traición del novio de Mila, o a quienes fuera que representara, resultara tan sólo una jugada previsible, posible, y en absoluto de índole personal.

Nunca logré entender del todo a Mila.

Tampoco al doctor, ni a Eugène, tengo que confesarlo, en esta faceta.

En relación con Mila, me sorprendió que no considerara al muchacho con el que llevaba saliendo años, con el que tenía incluso hechos planes de vida en común, un traidor, falso, embaucador.

Su punto de vista resultaba para mí excesivamente frío.

Reivindicativo, quizá.

Me abstuve de comentar mis pensamientos.

Pero claro, la imagen que yo tenía de Mila no era real: No se asemejaba a la Mila que había participado activamente en el trabajo de equipo, consciente de ello, y con mucha más información de lo que yo podía imaginar.

Por un instante, me pregunté que haría Eugène en su caso, si el traidor hubiera resultado yo.

No quise avanzar por esa línea.

Para mí, Mila seguía siendo la joven provinciana simpática, banal, superficial que creí conocer; a pesar de haberme demostrado que su verdadera personalidad distaba mucho de tan simple retrato.

De todas formas, estas consideraciones no me ocuparon, en tiempo real, demasiado tiempo. Es con posterioridad, y a la vista del desastre, cuando analizo con más detalle mis propios pensamientos y sensaciones.

Entonces, la acción primaba sobre la reflexión, algo que pagaríamos caro.

El caso es que, ante mi interesada pero inútil presencia, decidieron, (decidimos, no quiero eludir mi parte de responsabilidad) poner en marcha una línea de acción conducente a solventar el aspecto táctico del problema, y sobre todo que el elemento actor de la partida sería Mila.

Hasta donde yo pude entender, lo que pasaba es que, constatado, gracias a mi experiencia, que los oponentes estaban sobre nuestra pista, se hacía necesario averiguar todo lo posible en cuanto a su capacidad e intenciones, y hasta dónde llegaban sus conocimientos y su intromisión.

Quién o quienes eran.

Qué capacidad, nivel de iniciación, potencia poseían.

Dónde estaban.

Todas estas preguntas podían tener contestación adelantándose a los acontecimientos, verificando en un determinado punto de transición en el cual se podían estudiar las huellas de su paso, qué evidencias existían, sabido el tipo de huellas buscado, y retornando lo antes posible para contarlos.

La expedición sonaba sencilla.

En los detalles técnicos que discutieron me perdí absolutamente.

Recuerdo parte de la conversación, y cómo Mila discutía las posibilidades con la misma soltura que Eugène, e incluso que el doctor, que la trataban de igual a igual.

¡Igual que a mí, por las narices!

Pero no me quejo.

Como en cambio puede darse que para algún lector existiera un significado en sus palabras, y salvando la reserva que hago sobre la exactitud y la propiedad de mis recuerdos, transcribiré parte de lo que mi memoria retuvo, si bien es importante recalcar que lo que yo entendí pudiera no ser lo que estaba sucediendo en realidad.

Vaya, en cualquier caso:

-No veo otra solución- declaró Mila.

-Pero la transición es un lugar peligroso- dijo Eugène.

El doctor meditó un instante, antes de decir:

-Es un riesgo calculable. Si consideramos correctamente los parámetros espacio temporales. La estadística nos da un margen muy grande para el éxito.

Eugène parecía preocupada, donde Mila y el doctor parecían seguros.

Tras meditarlo, dijo:

-El cálculo ha de basarse en la potencia que suponemos, repito, suponemos que se enfrenta a nosotros.

Mila me miró de soslayo, lo noté, cuando dijo:

-No han demostrado ser enemigos apreciables.

Esto me molestó un poco, para qué nos vamos a engañar, al considerar mi presunta victoria una actuación contra una fuerza de poca monta. Yo no lo había sentido así. Pero tampoco quise pensar qué hubiera sucedido en otro caso: Aún sentía escalofríos subiendo por mi espina dorsal.

Pero, en cualquier caso, tampoco dije nada.

-No lo sabemos en realidad –dijo Eugène- Puede que quisieran engañarnos.

También Eugène me miró ahora de refilón. No sé si se preocupaba por mí, por el riesgo que había corrido, o calculaba fríamente. No intervine tampoco esta vez para no interrumpir, y porque estaba convencido de decir una tontería.

-Veamos las posibilidades –el doctor no pareció prestar gran atención a las discrepancias de Eugène y Mila. Hacía cálculos mentales y anotaba en un papel resultados y signos que para mí no tenían ningún significado.

-Antes –dijo Eugène, y yo noté su tensión sobre mi muslo, dirigiéndose directamente a Mila, buscando en su mirada- me gustaría aclarar si la apreciación de Mila no es de tipo personal –ahora fijó su mirada en ella-. Tus sentimientos hacia Hugo no eran fingidos, me consta. Y el hecho de que haya resultado un infiltrado, consciente

o inconsciente, y que haya sido descubierto y anulado con tan aparente facilidad, ha de haber influido en tu modo de ver el asunto.

-En cierta medida –tuvo que confesar Mila.

Bajó la mirada, y reconocí a la Mila que me era familiar, aunque triste, de la que no podía apartarme a pesar de la prueba de su otra personalidad. No sé definirlo con claridad.

Ella meditó un momento, como tomando fuerzas. Volvió a levantar la vista. Sus ojos negros sobre los avellanados de Eugène.

Nadie la interrumpió.

Al poco, siguió:

-Mi implicación emocional es evidente, y sincera. Quiero... quería a Hugo. Lo sigo queriendo. Sé que no era él. Que representa a otros. Lo conocía demasiado.

-Pero –intervino el doctor, dulcificando su voz- la implicación emocional suele ser una complicación, cuando se da en sentido negativo. No sería bueno que te moviera la venganza, la frustración, el cabreo... Tal vez no sea buena idea...

-Estoy segura –la Mila que yo conocía había desaparecido de nuevo, en el sentido que yo le daba-. No me mueven los sentimientos. Además, no tenemos alternativa.

-Yo podría... –empezó Eugène.

-Sabes que no puedes –cortó Mila-. Tu misión y la suya –me señaló como si fuera el perrito, mimado pero estúpido- es otra. No se puede alterar. Lo lógico es que vaya yo, una vez que mi parte está prácticamente resuelta.

-Ya.

El doctor pareció valorar la situación y tomó una decisión, firme.

-Estudiaremos los detalles.

Como movidos por un mismo resorte decidieron a la vez que, fuera lo que fuera que había de discutirse, era mejor hacerlo con más comodidad.

Con lo que el doctor ocupó, desocupándome a mí, la única silla adecuada para alcanzar la mesa, Mila permaneció sentada sobre la cama, las manos cruzadas sobre su regazo, pero con expresión decidida, un poco echada hacia delante, y Eugène me arrastró hasta la alfombra del suelo, pasándome la mano por el pelo, cariñosamente, antes de hablar.

La imagen del perrito volvió a mí un segundo, antes de tratar de prestar atención.

Tampoco hice nada para resistirme a sentarme a su lado, ella en una especie de ashana yogui, yo detrás, sentado sobre mis talones, un poco de rodillas. Me faltaba babear y sacar la lengua, lo que no hice por un resto de dignidad. Algo incómodo, pero extrañamente feliz con mi papel.

-Hay que imaginar lo que nos vamos a encontrar, para tomar las precauciones adecuadas –empezó Eugène. Ahora abrazaba mi cintura.

Noté que Mila intentaba no mirarnos.

-Considerando que –dijo Mila-, ante Juan, Hugo no recibió ayuda de ningún tipo, podemos pensar en una especie de free-lance. Aunque no lo puedo imaginar en Hugo. Más bien, pudo ser abandonado.

-¿A propósito? –Eugène me apretó contra sí en gesto inconsciente-. Eso es lo que yo temo: Una trampa.

-Fue un ataque franco –el doctor fijó sus manos sobre sus rodillas-. No hubo intención de perder.

-No lo hubiéramos notado –insistió Eugène.

-¡Olvidalo! –cortó Mila- Vamos a darle un nivel tres a él, y un cinco a quien lo pudiera haber manipulado.

-Un cinco es lo que yo imagino –dijo el doctor-. Calcularemos sobre un siete, por seguridad.



## CAPITULO XXVII. *Trampa*

*Llegar a la sala subterránea se había convertido en una operación tan repetida, que es probable que los patos estuvieran ya habituados a nuestras excursiones nocturnas.*

Al menos no se molestaban con nuestra presencia.

Una vez comprendido y descifrado el sistema, la apertura se había convertido en una rutina.

Así pues, nos dirigimos los cuatro con aparente despreocupación que ocultaba nuestros sentimientos profundos, sin novedad, a la “sala de máquinas”, como habíamos dado en denominar al gran salón, donde Aruxis permanecía impertérrito ante el atento escrutinio del doctor, y con poco esfuerzo de concentración materializamos una entrada suficiente para una persona.

Las coordenadas espacio temporales que el doctor había calculado fueron invocadas sin aparente dificultad, y tan sólo restaba desear suerte a Mila.

Técnicamente, nuestra presencia no era necesaria, pero la conciencia de un riesgo cierto, aunque estadísticamente cercano a cero, nos impulsó a ni siquiera discutir el que Mila se sintiera acompañada.

Incluso el doctor, poco aficionado a resolver por la vía del hecho, insistió en acompañarnos.

Es verdad que la despedida fue corta, pero emotiva.

La decisión de Mila hizo que no se prolongara. Unos besos, más o menos intensos según el caso -quizá más prolongado el de Eugène-, fueron suficientes.

Y Mila, con su reproductor grabador, lo que llamábamos Cámara Térmica, desapareció de nuestra vista en instantes.

La comunicación directa era imposible.

La ingeniosa forma en que controlábamos la integridad de Mila era un método indirecto:

Mediante una prueba de existencia en nuestro mundo real, que en este caso era una fotografía reciente, se verificaba cualquier posible accidente que tuviera como consecuencia la mutación, o la perpetua desaparición, en la que no queríamos ni pensar.

Distraídamente, Eugène portaba la susodicha fotografía, donde Mila se apoyaba de forma indolente sobre el tronco de un grueso árbol, de pie, el cuerpo de perfil y la cara vuelta, con mirada feliz, en dirección al objetivo, detrás del cual quizá pudo haber estado Hugo.

No.

Sabía ahora que eso no podía ser.

La foto no existiría.

Probablemente había sido tomada por Eugène, con la cámara de su móvil, porque la composición no estaba muy lograda: Cumplía una misión práctica, nada artística. Había yo comprobado por experiencia que la faceta artística de Eugène era casi nula, cuando no se trataba de problemas técnicos.

La imagen que ahora observábamos los tres muy atentamente -por que nada más podíamos hacer, por otro lado-, no había sufrido distorsión apreciable alguna. La simple transición no tenía por qué tener efecto. Su velocidad superaba la de la luz.

Esperábamos la llegada al cruce de planos donde suponíamos se encontraría el camino buscado. La llegada a esta encrucijada sí debía tener alguna consecuencia sobre la imagen.

Y en efecto, la imagen de Mila pareció desenfocarse, difuminarse, y adquirir un cierto grado de transparencia, lo que indicaba que todo iba según lo calculado, nos explicó el doctor.

Su misión concreta era hacer una exploración de la posición deseada y obtener los datos más detallados posibles para continuar con nuestro plan, confirmando que la entrada localizada fuera la definitiva.

El hecho de que la imagen adquiriera aquella transparencia era buen síntoma. Su duración, queríamos pensar que también lo era, aunque en realidad no era indicativo de nada, y esperábamos que la recogida de datos se completara con éxito, y estos fueran suficientes.

El doctor parecía sin embargo preocupado. No despegaba su ceño fruncido de la imagen que Eugène sostenía. Ella parecía nerviosa, como en pocas ocasiones la había visto.

Yo seguía optimista, porque mi noción del peligro estaba anulada por mi ignorancia, como de costumbre.

Al cabo de poco tiempo, se empezó a notar una alteración en la imagen, que pareció temblar, como si fuera un reflejo sobre agua ondulante.

Miré al doctor, y luego a Eugène, para confirmar que todo iba bien, y el efecto era normal.

Pero en ambos encontré el horror marcado en sus caras.

Evidentemente, algo iba mal.

Por su expresión deduje que lo que estaba sucediendo no sólo no era normal, sino que era malo, aunque ninguno de los dos profirió expresión alguna.

La ondulación de la imagen pareció crecer:

Mila ondulaba al tiempo que su imagen se iba desdibujando, hasta que definitivamente desapareció, quedando tan solo un paisaje inanimado.

-¿Qué ha pasado –dijo al fin Eugène, sin dejar de mirar, incrédula, la foto.

-No lo sé –dijo el doctor al fin- pero no me gusta.

-¿Ha podido entrar en alguna posición opaca?- insistió Eugène.

-No lo creo. Ella sabe cómo evitar eso.

Sin entender nada de lo que estaba pasando, yo me percaté de que la silenciosa puerta se había vuelto a materializar. Y pude ver que en su umbral estaba tan sólo la Cámara Térmica que Mila portaba. Se lo indiqué a ambos con un gesto.

El doctor se abalanzó sobre la cámara, y la recogió, justo un instante antes de que la puerta desapareciera.

¿Dónde está Mila?, me preguntaba yo.

Por la expresión de Eugène y del doctor, en una situación difícil.

Ambos miraban hacia la nada, donde instantes antes hubo una abertura. Luego atentamente a la fotografía. Parecían hacer esfuerzos mentales para que algo sucediera.

-No me gusta –dijo el doctor. Eugène no contestó.

-Tendremos que ver la grabación. Es inútil esperar aquí.

-No quiero ser pesimista, pero los síntomas son graves –añadió el doctor.

-Si se trata de un accidente, Mila sabrá resolverlo- dijo Eugène, mirándonos con esperanzada seriedad.

A pesar de todo, esperamos en silencio unos quince minutos. Finalmente el doctor, tomándonos por los hombros y cabizbajo, dijo:

-Vámonos. Aquí no tenemos nada que hacer.

Y volvimos los tres a casa, sin comentar nada.



## CAPITULO XXVIII.      *¿Dónde está Mila?*

*Al llegar a mi apartamento, el doctor se apresuró a dirigirse al ordenador, impaciente ante la tardanza en arrancar de mi máquina, que con anterioridad había alabado tanto.*

Estableció, cuando el software se lo permitió, la interconexión con la grabadora, y se adentró en el programa “driver” que enlazaba las dos máquinas, en frenéticos tecleo y clickado de ratón: El único sonido audible.

Lo que representaba a Mila, una figura azulada y difusa, apareció en la pantalla, al conectarse el grabador, en función de claqueta humana.

Enseguida, en grabación subjetiva, el “paisaje” del “lugar” se hizo visible.

La encrucijada se apreciaba en volumen, en forma de “túneles” formados por la gradación de color hacia su interior, hacia más claro o más oscuro, detalles que para el doctor tenían significado.

No se apreciaba en Mila, que sujetaba el dispositivo grabador, síntoma alguno de nerviosismo o apresuramiento. Cumplía su misión exploradora sin novedad a juzgar por su pulso firme. Lógicamente, era invisible para nosotros.

El doctor asentía con la cabeza, según iban apareciendo en forma sistemática los diferentes túneles, que iban siendo barridos metódicamente por la cámara.

De la calidad y la posición esperada, murmuró.

Quise entender que el lugar se asemejaba a un distribuidor, o así lo interpretaba el programa, similar a cualquier distribuidor de fluidos, neumático o líquido... o temporal.

Los colores indicaban sentidos de flujo, permisos o denegaciones de acceso... Todo demasiado claro.

A juzgar por las señales del doctor, coincidía con lo calculado en su estudio matemático; Mila parecía haber hecho una correcta exploración, sin sobresaltos ni accidentes.

La duración, lógicamente, no era una circunstancia real. El tiempo que permaneció tomando imágenes pudo ser muy grande, de horas quizá, y traducirse en nuestro tiempo “real” en tan sólo los escasos minutos que transcurrieron entre su desaparición y la aparición de la grabadora, sola.

A pesar de mi atención a la pantalla, advertí que Eugène se había sentado sobre la cama, lejos de nosotros y la pantalla, contemplando con expresión indefinida la fotografía donde estuvo Mila y que ahora tan sólo ocupaba un tronco solitario a la izquierda de una pradera vacía.

Preferí no acercarme, y centrarme en las imágenes que iban apareciendo sobre la pantalla, como si las entendiera.

Durante unos treinta minutos el doctor fue siguiendo la filmación y anotando sobre el block de notas abierto en una esquina de la pantalla datos de posición, líneas y símbolos que iban configurando un esquema del lugar.

La referencia parecía dada por una posición fija que había debido elegir Mila en forma que todas las vistas pudieran ser referenciadas desde ese único punto, para validar distancias, tamaños y luminosidades. Evidentemente, ella sabía muy bien lo que debía hacer, y el plano del trayecto que describía, hasta ir completando una circunferencia, tomaba forma en el diagrama que, con gran eficacia, iba delineando el doctor.

Quedaba muy poco para completar el círculo.

La cámara tomaba lo que quizá era la última entrada o salida o conexión, deteniéndose en su superficie, su calidad cromática, su posición, su tamaño.

En seguida se pudo apreciar que el círculo se había completado, al tiempo que el esquema del doctor se cerraba: La cámara, Mila detrás, se detuvo en el “túnel” que, indudablemente, inició la serie, sin duda el acceso que había usado para llegar.

El doctor se detuvo a considerar el resultado obtenido, asintiendo para sí mismo.

De pronto, algo irregular sucedió.

La visión subjetiva, la cámara, tembló clara y bruscamente, y la imagen quedó fija, tras el brusco movimiento, sobre lo que definiríamos como suelo o piso del distribuidor.

La cámara térmica había caído. Mila no la sujetaba.

¿Qué había sucedido? ¿Dónde estaba Mila?

Lo que serían los pies de su figura espectral aparecieron en el visor. Dos “pies” más, detrás.

El más cercano al objetivo se lanzó indudablemente sobre éste en rápido impulso.

La imagen se volvió negra súbitamente. Sobre la pantalla del ordenador sólo aparecía el block de notas del doctor. El resto parecía haberse apagado, en negrura total.

La siguiente imagen térmica correspondía a las manos del doctor recogiendo el artilugio, en nuestro propio plano.

Mila evidentemente, y por causas que sólo podíamos suponer, no había podido volver.

Y parecía haber desaparecido de nuestro tiempo real.

La cara apesadumbrada del doctor me confirmó que algo grave le había sucedido a Mila.

Despacio, sin alegría, el doctor terminó por comentar, sin dirigirse a nadie en concreto:

-Excelente trabajo. Hasta el final.

Volví mi vista hacia Eugène. Me pareció que sus ojos brillaban de un modo especial.

Nunca antes la había visto llorar.

Lágrimas brillantes se formaron sobre sus ojos y lentamente llegaron hasta sus pómulos, limpios, como yo sabía, de maquillaje.

El doctor había bajado la mirada hasta fijarla en el suelo.

Ninguno habló.

Yo entendía a medias la situación. No obstante, no fui capaz de preguntar nada. Tan solo la imagen alegre y joven que yo asociaba a Mila volvía, persistente, a mi mente, llenándola en forma obsesiva.

Una profunda pena, que no acertaba a saber de dónde procedía, me invadió.

-Ha sido muy valiente –dijo al fin el doctor, mirando hacia el techo, o más arriba.

Eugène seguía muda. Se había levantado y me abrazaba con fuerza, y lloraba casi en silencio sobre mi hombro.

Mi congoja, amplificadas por la suya, era muy grande.

(...)

La desaparición de la fotografía indicaba que Mila se había perdido, lo cual en un ser de su experiencia era improbable, según me explicaron.

O estaba secuestrada en otro plano, prisionera de enemigos muy potentes.

A efectos de nuestra realidad, estaba más que muerta: Era como si no hubiera existido nunca.

La esperanza de que la situación fuera reversible era remota, teniendo en cuenta que claramente había sido atacada.

Había debido suceder aquello cuya probabilidad estimada por el doctor era prácticamente cero.

Su enemigo debía ser muy fuerte, porque en otro caso Mila lo hubiera enfrentado y vencido.

Y Mila era muy fuerte, me comentó el doctor.

Se me ocurrió que quien hubiera actuado en aquella forma era nuestro enemigo. Que nos conocía y vigilaba.

La expresión del doctor me confirmó, sin palabras, en mi suposición.

Estábamos en peligro, todos.

Acaricié el cabello de Eugène, que aún gemía.

(...)

Distribuidor

“Lo que podemos llamar, para entendernos, distribuidores, se ajustan, como en realidad todo el universo, a magnitudes matemáticas, y en concreto responden a principios de simetría”.

“Utilizando la geometría eucladiana para simplificar, aunque se trata de estructuras con más de dos dimensiones siempre, encontramos una cantidad de posibilidades entre las que, si bien sobre el papel son infinitas, en la práctica sólo son accesibles unas pocas opciones conocidas o asimilables por nuestra inteligencia limitada, y por tanto a su vez limitadas”.

“El caso es que estas estructuras van asociadas a efectos o posibilidades de tipo diríamos moral. La Antigua Sabiduría lo explicaba a través de los abstractos números, adjudicando a éstos cualidades positivas o negativas. Y esto es aplicable casi al cien por cien en nuestro caso”.

“Así, el desgraciado distribuidor al que hemos ido a parar tiene cualidades pentagonales. Como impar, posee un centro accesible por la vía de la mano izquierda, útil, pero peligroso en su uso. Puede acortar el camino, o conducir al desastre”.

“Lo que desde nuestro punto de vista podemos considerar el mal, aunque esto es una simplificación”.

“En general, esto no sucede en las construcciones pares, salvo excepciones notables, pero escasas. Lo simboliza un único número primo de cualidad par”.

“La Sabiduría Ancestral lo expresa mediante la estrella de cinco puntas, que se forma uniendo las diagonales no adyacentes del pentágono, y que según se oriente con respecto de la vertical adquiere valor satánico o angelical”.

“Vemos así que Mila accedió a un distribuidor de tipo pentagonal”.

“Quizá porque, finalmente, lo dedujo, fue capaz de reaccionar lo suficientemente rápido como para salvar la información, aunque no su vida, pues en un tiempo limitadísimo tuvo que hacerse cargo de la situación, reconocerla, estudiar las posibilidades y actuar acertadamente, a costa de su propia integridad. Quizá se culpabilizaba, en alguna forma, de la traición de Hugo, a pesar de insistir en lo contrario”.

“Mi hipótesis es que desde arriba, la entrada no prevista, alguien ha saltado sobre ella, obligándola a soltar la cámara. Durante el forcejeo Mila, de una patada, acertó a devolvernos la cámara a través del conducto adecuado”.

“Suerte que el círculo se había completado, pues si no esta maniobra hubiera hecho que perdiéramos definitivamente la cámara en otro plano, tiempo o universo que nos hubiera sido imposible conocer careciendo del testimonio de la grabación”.

“Todo ello implica una presencia externa. Si no hubiera sido por su avanzada iniciación, nuestra información sería nula, además de la irremediable pérdida de nuestra amiga. Y el mal hubiera obtenido una ventaja inmensa”.

“Debemos, pues, agradecer su sacrificio voluntario y su sangre fría. Su valentía admirable: probablemente, al descubrir el número de aberturas comprendió el peligro en que se hallaba”.

“Para nosotros, tristes supervivientes, indica por un lado que hay, como suponíamos, un peligro malvado sobre nosotros, que se ha mostrado eficaz y potente, aunque no lo suficiente, para nuestra suerte”.

“Además, ahora sabemos que este acceso no es interesante para nosotros. No solamente por el peligro constatado, sino porque no se ajusta a nuestra búsqueda”.

“Los Templarios usaban distribuidores octogonales, pares y bastante complejos, como dejaron indicado en sus construcciones importantes”.

“Nosotros, sin despreciar la sabiduría templaria, aspiramos a un dodecágono, par y mucho más complejo. Y pensábamos estar sobre la pista. Aunque podríamos estar equivocados, no lo creo”.

Llegado aquí, se avergonzó el doctor levemente al hacer esta afirmación, porque en cierta medida su falsa intuición de que no había peligro había costado la vida a Mila.

De lo que el doctor era muy consciente, y por lo que tenía un evidente sentimiento de culpabilidad.

Eugène, con un gesto amistoso sobre su hombro, quiso demostrar su confianza a pesar del horrible accidente que nadie como ella sentía.

Nosotros éramos también conscientes de la responsabilidad que asumía el doctor en sus decisiones, por lo que no podíamos sino ser solidarios con él, incluso en sus errores.

Tras una breve pausa sumergido en sus sentimientos, nos dijo con voz menos académica:

-Me voy a ocupar de calcular esto. Os llamaré cuando os necesite.

Lo que interpretamos como permiso para salir un rato, que fue aceptado con cierta melancolía, y alivio a la vez.

(...)

La forma en que el tiempo modifica su curso no es automática. Se propaga como una onda.

Una modificación drástica de la realidad tiene un efecto que puede ser inmediato y drástico en el instante en que se produce la modificación, pero la propagación hacia delante y hacia atrás, hacia el pasado y el futuro, va perdiendo fuerza en razón directa a la distancia al origen hasta diluirse, hacerse virtualmente cero. Igual que la onda producida por una piedra que cae sobre un estanque de aguas quietas produce una onda que es mucho más potente cuanto más cerca está del origen, pero acaba desapareciendo en la lejana orilla.

El efecto mariposa es una imagen filosófico matemática de esta situación, aunque en la práctica es estadísticamente incierta, salvo en la zona inmediata, cercana.

Preservar la memoria en una modificación drástica de la realidad es posible, hasta cierto punto, pero en realidad es inútil, puesto que, por un lado, es materialmente imposible conservar la memoria de todas las infinitas realidades posibles, y además, no tiene ninguna utilidad práctica.

Existe la opción de cambiar de plano, para seleccionar la realidad adecuada, lo que equivaldría a retornar a un punto del pasado y seleccionar una bifurcación temporal diferente que conduzca a otra realidad con consecuencias alternativas.

Esto obligaría a estar continuamente saltando de una realidad a otra, posibilidad que por desgaste, mental y físico, conduciría a la locura.

Porque además, el hecho de elegir un punto de bifurcación donde la realidad transcurra según nuestros deseos inmediatos no garantiza que la nueva realidad seleccionada nos sea conveniente en su curso posterior, lo que nos obligaría, en el caso probable de que sea así, a los mencionados saltos repetitivos, que conducen a la aniquilación.

No es bueno considerar por tanto entrar en tal dinámica.

Debemos conformarnos con nuestro propio decurso.

Aunque ello nos produzca dolor e impotencia.

El propio decurso borra el sentimiento.

Queda un residuo, en vuestro caso físico, por haber compartido viaje...

Pero también se perderá, con el tiempo...

-¿Quieres decir que olvidaremos a Mila?

(...)

-¡Hermoso, vas peor qu'el reloj de la esquina del matadero!

-¿Eh? ¡Ah! –Traté de no interrumpir. Las expresiones locales de Mila, sus pleonasmos, a menudo resultaban incomprensibles para el foráneo. Pero creo que se dejan entender, con un poco de buena voluntad. Supongamos que en la esquina del matadero de Aranjuez no hay ni nunca ha habido reloj. Quien funcione peor que tal reloj resulta una inutilidad absoluta. Se refería a mí, sin duda; luego su opinión sobre mi utilidad es muy pobre. Quizá exagere algo. No sé si debo tratar de disculparme, pero no creo, porque no se interrumpió...

-Este chico –me señalaba dirigiéndose a Eugène, que asentía, no sé por qué- no s'entera de nada.

Espero que Eugène esté dándole la razón por no interrumpirla, y no porque coincida en su juicio con Mila...

-Hay que traer el ese de la esa, para que la esa del ese funcione.

Y Eugène, atenta a sus gestos, asentía, comprendiendo el significado último de tan extraño trabalenguas.

(...)

Mi humor estaba lógicamente alterado.

Las explicaciones que se me daban no cambiaban el hecho de que Mila ya no estaba.

Eugène sufría más que yo, pero trataba de aparentar entereza.

Su descripción de los hechos, más que dirigirse a mí, que a penas lo entendía, parecían destinadas a disculparse a sí misma, en la medida en que ello fuera posible; adoptaba un estilo frío y didáctico, tratando de marcar distancias con respecto a la vivencia personal.

Sin embargo, ambos apreciábamos lo inútil del sistema, al tiempo que intentábamos asumir las consecuencias.

Mi actitud, en parte de reproche, tampoco favorecía la comunicación.

Mi reacción debía ser y era en cualquier caso más primaria: La relación de los hechos, y su explicación pormenorizada, me sonaban a excusas.

Y a ella, a Eugène, le producían sin duda un efecto similar.

Su seguridad y su conocimiento del medio en que se desarrollaba su mundo no la libraba del sentimiento de ausencia y de la sensación de culpabilidad, a pesar de que técnicamente podía eludir su responsabilidad, o al menos una parte, traspasándola al doctor que era, en última instancia, el responsable de la gran mayoría de las decisiones que íbamos (iban) tomando, o simplemente asumiendo.

Pero ni siquiera yo, agente pasivo, era capaz de justificarme.

La amistad, la empatía, tantos lazos personales, impedían que pudiera explicarme a mí mismo cómo y por qué mi actitud había podido adolecer de tanta ligereza.

Mi sentimiento predominante era, pues, de enfado conmigo mismo.

En mayor medida, disculpaba a Eugène, e incluso al doctor, porque ellos estaban, evidentemente, locos: dominados por una idea que sin duda les impedía ver con claridad, y les narcotizaba en su visión del mundo.

No hubo despedida formal; se fueron, sin más, y me dejaron sólo en mi apartamento, con el ordenador...

El doctor estaba abatido, y algo avergonzado.

Eugène estaba hundida.

Yo me quedé mirando fijamente la pantalla negra del ordenador y el pérfido diseño pentagonal, apoyadas las manos en el borde del teclado.

Pero no veía la pantalla.

Mi mirada estaba perdida.

Notaba cómo la nítida imagen de Mila se borraba, lentamente, de mi memoria, y hacía esfuerzos inútiles por evitarlo.

Echaba de menos, como le pasaba a menudo a Eugène, la acción.

Pero esto era nuevo para mí: Yo siempre había resuelto por la ficción, imaginando y describiendo situaciones, soluciones, que compensaban mis carencias de realidad.

Ahora era incapaz de intentarlo siquiera; deseaba actividad cuando no había nada que hacer.

Me acosté, con la esperanza de ser derrotado por el sueño y el cansancio.

Como no podía cerrar los ojos sin que apareciera una distorsionada imagen de Mila, me levanté, desasosegado, y salí a la calle sin destino prefijado.

El verano se aproximaba desvergonzado.

Era ya preferible caminar buscando la sombra.

No tenía hambre, ni me apetecía beber.

Dejé que mis pies me condujeran allá donde quisieran, mientras intentaba ocupar la mente en ridículos cálculos sobre cruces y rayas marcadas en el empedrado de las aceras, manzanas y calles, mirando hacia el suelo, confiado en la escasez de tráfico rodado para salvaguardar mi integridad.

La puerta del jardín, que apareció de repente, fue atravesada sin otro síntoma que la sensación de frescor y vida que procedía del río y de la espesa arboleda.

Los pájaros, ajenos a mi estado de ánimo, alborotaban entre el follaje, y las fuentes, rebosantes de agua corriente, cantaban en cercana sintonía con trinos y alegres o sarcásticos graznidos.

El hechizo del sonido del agua elevó mi cabeza, y así saludé a los pétreos habitantes del jardín, según los iba alcanzando:

¡Hasta pronto, Nereida!,... ¡hasta ahora Heracles!, ¡nos vemos Diana!,... ¡Venus!,... ¡Salud Harpías!...

Me dirigía, lo sabía, hacia Dionisos,... más bien Baco, cuando una pequeña figura, sentada a la sombra, en la esquina, bajo la fuente del niño de la espina, en el borde del banco de piedra, cuya silueta me resultó familiar de inmediato, me hizo señas con la mano, sin hablar, para que me acercara.

Me senté a su lado, al lado de Eugène, sin decir nada, sin tocarla.

Me solidaricé con su mirada perdida en las circunvoluciones del agua que se elevaba alto hasta deshacerse en perlas que se elevaban y caían hasta estrellarse sobre el rizado cabello del muchacho atento a solucionar el doloroso problema de su pie, deslizándose por sus hombros hasta alcanzar el piso, formando ondas sobre la superficie del estanque, en misteriosa composición de luces, colores y música...

## CAPITULO XXIX. *Un juego...*

*Hasta ahora, todo había sido un juego.*

Incluso cuando me vi directamente amenazado, mi indolencia, mi confusión y el optimismo que Eugène me transmitía hicieron que mi percepción de las cosas obviara el peligro.

Peligro que al revelarse ahora cierto me abruma.

Y he de confesar, para mi sorpresa, para ser sincero conmigo mismo, que no temo por mí, por mi integridad física o mental.

Soy consciente de ser y haber sido siempre un escritor frívolo, pero la sociedad también necesita frivolidad. Y puesto que existe la demanda ¿Por qué no iba yo a hacer mi oferta?

Admito mi interés puramente económico. Pero no hay engaño. Sé perfectamente hasta dónde llega mi capacidad como persona y como trabajador. Y en este aspecto siempre he sido honrado: He dado siempre lo mejor de mí mismo, trabajo de calidad para atender a una necesidad ineludible.

Mis lectores me gratifican con su atención y su dinero. Y yo no escatimo: El que da lo que tiene, lo da todo.

El trato, creo, es justo.

Los críticos viven de otras cosas, y no los necesito como intermediarios. Mi cuenta corriente habla por sí misma.

Pero basta de justificarme. Lo que ahora necesito es plantearme personalmente hasta dónde puedo y deseo llegar.

Tengo que decidir si he de poder decir tan sólo “al menos, no he roto ni colaborado a romper nada de lo que compone nuestro mundo” o bien dar un salto cualitativo, involucrarme, actuar para poder decir: “aunque no he solucionado muchos problemas, al menos he dejado el mundo mejor de lo que lo encontré”.

Sea como sea, ahora siento la necesidad de saber dónde me encuentro.

Antes bastaba con seguirle la corriente a Eugène.

Ahora necesito saber...

(...)

Cuando abordamos a Mila, no tenía ella conciencia de sus capacidades.

El proceso viene a ser el siguiente:

Mediante una serie de tests de tipo anímico, mental, encaminados a medir y valorar el grado de receptividad del individuo, se localiza a la persona adecuada a la misión que se ha proyectado.

Si el resultado de las pruebas ha sido el esperado, se procede a poner en marcha la segunda etapa. Hay que tener en cuenta que durante la primera etapa no se produce ningún tipo de contacto directo con la persona a la que se está sometiendo a la prueba. Es decir, la persona no sabe que se le está sometiendo a una prueba.

Y por otro lado este tipo de contacto directo a que nos referimos no tiene nada que ver con el contacto social: La amistad, enemistad o indiferencia no interfieren, en principio, en el proceso.

En teoría, no se consideran.

En realidad, no es interesante tratar de establecer un contacto con alguien que no nos resulte emocionalmente simpático, porque a medio plazo pueden surgir problemas imprevistos; resulta de sentido común probar con personalidades afines o empáticas.

Para el caso concreto de Mila, se consideró una doble relación personal. En primera instancia, se valoró el hecho de tu simpatía emocional por ella, que fue detectada como factor positivo.

Todavía no puedo explicarte completamente cuál es tu papel, en qué reside tu interés.

Sí te puedo confesar, para tu tranquilidad, que tu empatía para conmigo era muy importante: No puedo decir más, por ahora.

Quiero hablarte de Mila, antes de que ya no pueda ser.

No me preguntes sobre ti, porque no te voy a contestar...

Al buscar el contacto personal convencional, deseado aunque no imprescindible, recomendé particularmente el acercamiento, no tan sólo debido a razones técnicas.

La posibilidad fue elevada a una instancia imparcial, que de forma objetiva aprobó pasar a la segunda fase.

Generalmente, aunque no es imprescindible, como ya indiqué, es en la segunda fase cuando se establece el contacto que llamamos convencional, lo que implica un acercamiento amistoso.

No me resultó difícil.

Las diferencias culturales cuentan muy poco, y tienen una escasa influencia en el proceso.

A mí, personalmente, no me afecta: La experiencia me ha ido demostrando que no hay relación entre lo que supone una formación didáctica social, y lo que la persona como conjunto vale en un sentido amplio; he conocido a más de un catedrático, al que se supone una elevada formación, cuya majadería es proverbial, incluso socialmente dañina, por no entrar en cuestiones morales. Por el contrario, personas que no han recibido educación alguna, además de demostrar una alta calificación moral, pueden resultar poseedores de una inteligencia insospechada cuando disponen de la oportunidad y los medios adecuados.

Por tanto en este terreno no es conveniente actuar con prejuicios.

El sentido común y lo que si quieres llamamos intuición, para entendernos, suelen ser buena guía, aunque han de ser contrastados y preferiblemente desde un punto de vista externo, más objetivo.

Este es el motivo de la consulta previa al paso segundo; es lo que se suele poner en cuestión antes de dar un visto bueno.

Establecido -o no-, el contacto, se inicia, en caso positivo, lo que podríamos llamar entrenamiento.

Es necesario aclarar que todo este proceso es mucho más largo de explicar que de llevar a la práctica, en el aspecto operativo y en el temporal.

Una consulta como la descrita puede ser llevada a cabo en horas, y el entrenamiento tampoco ha de llevar mucho más.

Por ejemplo, la propuesta de captación de Mila se resolvió, positivamente, de un día para otro, y tú fuiste testigo de su entrenamiento, que duro minutos.

Cuando Mila empezó a “recordar” la presencia del Zahir sobre la pared, estaba absorbiendo información a una velocidad comparativamente superior a la de la luz.

Cuando decidió ayudarnos a contactar con Charlie ya era consciente de su actividad dentro del grupo.

Como ves, minutos.

Todo esto es así porque no se trata de contactos u operaciones convencionales, que se prolongan en el tiempo, durante toda una vida quizá, sino de lo que en términos místicos podríamos asimilar a la inspiración que se produce de forma instantánea y completa, sin transición ni etapas:

Antes no tenías la más mínima conciencia de la existencia de mundos paralelos, y un instante después los conoces y los controlas.

(Inquiero sobre mis propios conocimientos al respecto, pero Eugène elude responder, de nuevo)

Lo que se puede describir, en lenguaje hablado, semeja la implantación de una serie de cualidades que se pueden enumerar, aunque el orden no tiene significado porque son simultáneos, superpuestos.

Podríamos considerarlo un conjunto con interactividad mutua.

Actualmente, mediante sondas que activan partes concretas del cerebro, se está tratando de delimitar esas zonas y qué consecuencias tiene su activación.

Por ejemplo, están bastante delimitadas las zonas que corresponden a los sentidos, aunque ello no es una cuestión excluyente, porque se sabe que las neuronas poseen gran capacidad de adaptación y mediante entrenamiento o cirugía es posible inducir a las neuronas a ocupar funciones para las que no estaban en principio destinadas, y que sin embargo, por causa de daño físico, atrofia o motivos genéticos, sustituyen a las que debieran cumplir tal función perdida o ausente. Y la interacción entre ellas resulta de una complejidad que supera en mucho la velocidad de los ordenadores, que tanto nos asombra.

Además, actuando sobre ciertas zonas, se entra en lo que denominamos espíritu o yo particular, sentimientos, sensaciones, todo ese tipo de definiciones vagas y abstractas que se escurren entre nuestros cálculos:

Se conocen, por ejemplo, la zona que se activa en la excitación orgásmica, la zona en que la persona levita sobre sí misma par contemplarse desde arriba –aunque no se intuye su utilidad-, la zona que controla el lenguaje...

Todos estos conocimientos, que se están empleando a nivel neurológico, químico, quirúrgico, sin descartar la acción inducida representada por la psicología en una nueva ciencia que se va definiendo como neurociencia, son tímidos pasos en comparación con los conocimientos ancestrales, porque en la edad de oro el hombre estaba en contacto directo con los dioses.

Y parte de sus conocimientos son los que empleamos nosotros.

(...)

Ni siquiera en las desgraciadas circunstancias actuales me pareció Eugène sincera, o natural. Su autocontrol era inmenso.

A mí me daba, en cierto sentido, lástima; porque yo, moralmente hundido, no tenía ningún recato en hacerlo evidente, y ella tan sólo se permitió unos minutos de abandonado llanto...

Me sentía cansado, y me despedí de Eugène, convencido de que no me daría más explicaciones. Y terriblemente cansado.

## CAPITULO XXX. *Capítulo inconcluso*

*¿Y de qué forma crees que puede ser esto útil para la sociedad?*

-¿A quién le importa la sociedad? ¿A ti? No me has hablado de tu familia; no me has hablado de ti.

Lo decía con despecho.

Lo vivía, y llevaba razón.

Me había acostumbrado a su frialdad. Había pasado por alto sus sentimientos, porque había llegado a pensar, a pesar de todo, que no los tenía.

¿Qué te gustaría repetir de tu propia vida?

¿Sabes que no es la primera vez que yo paso por esta experiencia?

Te dije que tú no habías sido la primera elección, y que no te iba a explicar...

## CAPITULO XXXI. *Sueño*

*Eugène no había llamado después de sus retorcidas explicaciones, ayer.*

Así que, tras hacer algunas desganadas e imprecisas anotaciones para mi novela, que no avanzaba, dejé el ordenador cerrándose por su cuenta y coloqué el móvil a mano, con la vaga esperanza de recibir una improbable llamada, y con la luz encendida, me tumbé mirando al techo, como consultándolo, dejando que mi reloj interior decidiera si me convenía dormir o velar.

Las funestas actividades de los últimos días me habían mantenido bastante ocupado, hasta el punto de que tan sólo unos pocos, discretos folios habían justificado mi estancia en Aranjuez.

No me sentía culpable en este aspecto, pero necesitaba meditar.

He observado que, cuando duermo cara al cielo, al techo, vamos, es cuando los sueños escapan de su habitual zona inconsciente para ocupar la memoria consciente, penetrando en el mundo que decidimos real, y son recordados como una actividad más.

Supongo que es ésta la causa de que recuerde en particular este sueño.

Quizá existen otros motivos, que no me interesa investigar.

Probablemente la luz del techo me sugirió el escenario: la luz del sol de principios de verano filtrándose a través de las hojas estrelladas del liquidambar que la primavera, que se acababa, había transformado en tupidas y sombrías copas.

Luces cambiantes al lento ritmo del paseo, filtradas por los diferentes verdes, amarillos, rojos de sus hojas.

No conocía lo suficiente el Jardín: Tan sólo había paseado de forma descuidada y atento a mis historias interiores por sus avenidas arboladas y sus bosques artificiales, pero evidentemente mi subconsciente no dejó de trabajar, porque, como en todos los sueños, las sensaciones eran muy vívidas y particularmente precisas, acaparando detalles indudablemente reales.

Sin duda la imaginación y mis temas ocultos completaban sin pudor los detalles.

Miraba al cielo, y sentía la húmeda bruma que levantaba al andar.

Al frente una abertura en la arboleda, a cielo abierto, azul y limpio de nubes, incluso de aves.

La Montaña Rusa se dibujaba sobre el fondo nítida, como una tarta de brócoli.

Sólo verdes oscuros, salteados de grises troncos de plátano. Y en su cúspide el pabellón de madera que servía de mirador, entre otras funciones más privadas que permitía su situación privilegiada.

El camino se veía despejado, y avancé decidido, pero sin prisa, hacia la salida del húmedo túnel que se defendía aún del verano mesetario.

El claro no parecía grande.

El tupido bosque bajo, cercano, ascendía sin interrupción. Sólo el mirador, arriba.

El agua de la acequia de ladrillos macizos refrescaba, cantarina en su discurrir, la solanera. Cruzaba transversal, pero se interrumpía para cruzar subterráneo mediante sendos sifones que permitían seguir el camino de tierra invadido de grama seca.

La corriente de agua encauzada marcaba una aduana siempre abierta: La puerta del bosque nunca estaba cerrada para penetrar en él.

La distancia prometía una subida suave. Sólo en lo más alto las piedras desnudas anunciaban un final abrupto.

Nada más entrar en el bosque bajo, el sol casi desaparece. El piso se vuelve húmedo, cubierto de musgo tupido, y un vapor de hojas podridas, gélido, sube por la espina dorsal; los troncos gruesos -retorcidos y gruesos-, ancianos, nacen sobre la alfombra verde oscuro y se ramifican de inmediato, formando una bóveda baja e impenetrable; sus raíces superficiales abrazan la tierra en gran extensión; la hiedra cubre el piso, respetando un estrecho sendero, casi invisible; macizos de reptantes, yermas, fresas silvestres salpican el verde, oscuro tapiz, donde difícilmente alcanza la luz del sol; la abundante hiedra trepa por los troncos más viejos o enfermos, al borde de la decadencia, salpicados de obscenos hongos sus troncos; restos de esparragueras secas, granadas el año anterior, sobrenadan amarillas cercanas a los verdes espárragos trigueros que las sustituirán el próximo año.

Un gélido vapor toma consistencia y crece.

Al caminar, un sordo eco húmedo sobre el estrecho sendero de tierra sube junto con una sensación de alfombra mullida y pegajosa.

El vapor se eleva en jirones de niebla, formando espirales galácticas, torbellinos lentos, hasta hacer desaparecer el suelo visible.

Las ramas se hacen aún más bajas y amenazantes, hasta impedirme caminar erguido. La niebla superficial, incoherente y espesa llega hasta mis rodillas; ya no veo mis pies.

Extrañamente, el estrecho sendero sigue visible delante de mí, y avanzo arrastrando la niebla que se opone a mi progreso como si de una corriente de agua se tratara, empujando con mis muslos, agachado, moviendo espasmódicamente los brazos como si me pudiera apoyar en el aire, pero tratando de no rozar las ramas y los líquenes colgantes, que tienen un tacto fungoso.

La niebla moldea el curso del sendero por delante de mí, en absurdas curvas entre la bóveda vegetal que forma un túnel oscuro.

Mi avance es cada vez más dificultoso, y gotas de sudor frío empapan mi frente y mi camisa.

La oscuridad se vuelve casi absoluta: Pero no pienso en retroceder o descansar.

De pronto, delante, un círculo de luz se filtra por la enramada; el frío que ha penetrado en mis huesos parece remitir con su visión. Es una luz fría y gris, pero contrasta con la oscuridad total, y se amplía hasta hacerse transitable.

Traspasado el gris umbral luminoso, el piso de tierra húmeda continua un trecho, pero los arbustos bajos han desaparecido.

En su lugar, árboles de troncos plateados y gruesos, cuyas ramas más cercanas al suelo superan con mucho la altura de un hombre, se reparten en una extensión inmensa.

Troncos gris plateado, gruesos y lisos, copas elevadísimas, con destellos de rayos solares que atraviesan las altísimas copas en algunos puntos, semejan una columnata de catedral gótica desordenada, sin crucero ni oriente.

La luz llega atenuada y las columnas grises se dibujan difuminadas en brillo mate; los diversos portes de los troncos se resuelven en cilindros de diferente calibre, excesivamente regulares, formando extraños polígonos irregulares con la dispersa distribución de la planta de la natural columnata.

No se ve el final de tan extensa cúpula, mientras que a mi espalda, la barrera vegetal por donde accedí a la pro-naos ha desaparecido; no me he vuelto para mirar, pero lo noto: Me encuentro en el centro de una alta bóveda interminable, sustentada por columnas que quizá rozan las nubes.

El piso de tierra, liso, está salpicado de reptantes plantas, pequeñas islas verdes, yermas y algo tristes, como en recesión, arracimadas en torno a algunos troncos protectores.

La luz difusa no parece proceder del cielo; de arriba tan sólo se filtran delgados y escaso rayos brillantes, que motean la tierra reseca dibujando marcas incomprensibles y dinámicas ante el movimiento de las hojas por la brisa en las alturas, que no puede llegar al suelo; el apagado resplandor que ilumina el conjunto parece proceder del suelo.

El silencio resulta apabullante, asfixiante. La circulación del aire, a ras de suelo, inexistente; esporádicamente, un crujido lejano, en las alturas, delata algún movimiento animal, y alguna leve ramita cae sobre alguna mota de luz, haciendo variar el significado de la clave de puntos que se dibuja sobre el piso: Punto rama, punto punto, rama punto,... una clave que me es desconocida, aunque vagamente familiar, musical.

Camino lento, sin sentido de la orientación, algo mareado y cansado, mirando a derecha e izquierda, adelante y atrás, sin encontrar referencia alguna. Todos los troncos parecen iguales.

Sin embargo ello no es cierto.

Tanto la calidad rugosa, como el dibujo sobre su piel, como su tamaño, los diferencia al prestar atención.

Elijo uno que me parece más grueso y trato de rodearlo, a cierta distancia porque gruesas raíces que se extienden en forma radial sobre la tierra lo elevan sobre el piso marcando un círculo asombrosamente lejano del tronco principal, y no permiten acercarse a él.

Es inmenso.

No consigo llegar al punto de partida.

Las raíces forman recovecos, puentes, grutas, quizá habitadas por silenciosos gnomos, cultivos de fresas a su sombra, hongos vestidos de camuflaje, setas moteadas de amarillo, azul, rojo; un hongo especialmente grande se adhiere al tronco como una marquesina a cuya sombra la minúscula vida del bosque húmedo florece. Le da un rostro al árbol, que parece a punto de decir algo, quizá un aviso, quizá una amenaza.

Creo que he dado la vuelta entera, pero no lo sé.

Espero que el árbol hable, pero no hace nada.

El paisaje parece siempre el mismo, y el silencio pesa.

Me distrae una sombra, lejos, que rompe la homogeneidad, como un aura veloz, y se esconde tras un tronco, que intento no perder de vista.

¡Hacia allá! ¡En línea recta!

Me apresuro a alcanzar el sitio, corriendo.

Mientras corro con la vista fija, a mi derecha, lejos, veo por el rabillo del ojo una sombra que cruza entre dos troncos.

Me vuelvo rápidamente, y corro hacia allá. Cambio de ruta, derecha, rápido.

A mi espalda. Indudablemente, una mirada se clava en mi nuca.

Me vuelvo de golpe. ¡Nada!

No.

Un retal de gasa, una estrecha cinta azul cielo, flota tras un tronco cercano, movido en ondas por una brisa que no existe.

¡Allí!

Fijo la vista y corro.

Ya no está.

Vista a la derecha, a la izquierda. Allí a la izquierda. Es el borde de un vestido azul celeste, con una estrecha banda dorada. Está muy cerca y corro hacia allá.

Al llegar, no queda más que el vacío, la huella muda de algo que estuvo y ya no está.

Una mirada a mi espalda. Me vuelvo y una figura azul, un rostro sin facciones, se oculta y reaparece tras otro tronco diferente.

Una cara.

Eugène sonrío y desaparece. Aquí al lado. Me apresuro a llamarla.

-¡Eugène!

Mi voz parece no llegar a ninguna parte, pero ella aparece cercana. Ya no viste túnica, sino shorts y camiseta sin hombros, negra.

Cuando alcanzo su posición, ya no está. El tubo yace sobre la hierba. Lo tomo, y miro alrededor. Vuelvo a llamar:

-¡Eugène!

Camino subiendo por una pendiente suave. Una sombra a la derecha, otra a la izquierda, más adelante, Eugène, Mila,... acelero el paso, pero cuando llego, ya no están.

Más alto, Eugène a mi izquierda, delante; Mila a la derecha, más adelante.

Eugène me hace señas con la mano, para que me acerque.

Mila me saluda, y me invita a subir.

Como si el suelo se moviera en sentido contrario al mío, ellas se alejan más cuanto más esfuerzo hago por acercarme.

Recuerdo el tubo.

Lo miro, lo sopeso: El suelo detiene su marcha.

Delante, tras un macizo de juncos, Eugène me llama por señas. Mila se entreve tras un cañaveral. En medio del sendero, Marta me llama por mi nombre, en tono burlón; se ríe de mí, y me señala a Brigitte.

Cuando alcanzo los macizos, a pleno sol, exhausto, un corredor de aligustres bajos recortados marcan un camino recto.

A los lados, un jardín árabe, elevado, donde el agua se desliza en revueltas conducciones de barro cristalizado, y los frutales, naranjos, granados, caquis, elevados sobre el foso, ofrecen sus frutos a la mano.

Más arriba, Marta me saluda. Tras un macizo aparece Gema y coge a Mila por un brazo. Ella se resiste. Marta asoma por el otro lado, y tira del brazo de Ginger. Forcejean. Eugène, tomada por Gema y Marta por un brazo, por Mila y Ginger por el otro, parece pedir ayuda.

Corro angustiado.

Cuando llego ya se han ido y súbitamente la pendiente se hace abrupta.

Grandes piedras cubiertas de musgo me detienen en una barrera difícil de salvar.

Por encima, en una pequeña meseta, Marta, Brigitte, Gema, Ginger, Mila y Eugène cantan una canción infantil en francés, y juegan al corro, descalzas sobre la hierba, vestidas de gasa hasta los muslos, y con guirnaldas de flores blancas sobre su pelo, mientras Ángel y el doctor, un poco más arriba, las observan y bailan ridículamente; y me miran y se ríen.

He de trepar sobre las enormes piedras. Mientras lo hago, no veo a nadie, pero las oigo cantar. Al corro de la patata, comeremos ensalada...

Al asomar en la meseta, sólo tengo tiempo de ver como la última ninfa desaparece en una gruta oscura, en negro contraste con el sol que cae de plano sobre la montaña.

Penetro en la cueva, iluminada al fondo desde algún punto abierto por encima en la roca hasta la superficie, y tomo el arranque de una escalera tallada en piedra, subiendo apresurado tras el eco de una carrera y risas cantarinas que me preceden y me guían.

La claridad aumenta hasta resolverse en una terraza abierta al valle en un lateral de la falda, abierta en un mirador delimitado con rústico vallado de troncos cruzados, al exterior de la gruta.

Contemplo el paisaje y compruebo que estoy muy alto, sobre las copas de los árboles que forman un ondulante mar verde oscuro.

Más abajo, y mucho más lejos, una fuente, sobre la que se yergue una estatua de mármol blanco, brilla un instante, como en un guiño para atraer mi atención.

A pesar de la distancia, reconozco a la Venus, que eleva un brazo, como saludando, acercándose como en un zoom.

Su mano izquierda se eleva hasta tapan el sol, y a través de sus dedos marmóreos, los rayos de sol se refractan en un contraluz que produce ondas lumínicas circulares, más y más amplias, que me alcanzan, y me superan.

La Venus se aleja, recupera su tamaño distante, hasta que el bosque oscuro se la traga y su silueta blanca y estática se diluye tras el verde oscuro.

Me vuelvo y veo que la escalera continúa subiendo. Arriba, risas y pasos rápidos. Me apresuro a subir.

El doctor y Ángel, apoyados en la cerca de madera, detrás de mí, me miran, y se miran, y se ríen, en calzoncillos cortos, con la parte superior del frac, corbata de lazo y alta chistera.

Yo me miro, para ver cómo voy vestido.

Voy vestido normal: Unos leotardos rayados, amarillo y naranja, una chaqueta verde, y un foulard fucsia.

Me tranquilizo, y me apresuro a subir. Voy vestido normal, estoy tranquilo. (No sé qué significa normal).

No hago caso de las risas de Ángel.

Más arriba hay otro mirador de amplia terraza.

Me asomo y verifico que la altura es inmensa.

La Venus, lejana, se perfila nítidamente: Puedo ver sus facciones blanco rosadas, transparentes, sonriendo enigmáticamente.

Su cuerpo desnudo, salvo por una toga que sujeta arrollada a su cintura con su mano derecha y tan sólo cubre sus pantorrillas por detrás, muestra un busto exuberante y orgulloso, un ombligo que se resuelve en una vulva semioculta por mórbidos muslos

transparentes que su mano izquierda pretende cubrir, pero que ahora se levanta, lenta, hasta un primer plano.

Su mano se eleva hasta tapar el sol.

A su través, a contraluz, los rayos violetas, rojos, amarillos, se refractan en espirales compuestas de puntos microscópicos, y forman círculos concéntricos unidos por líneas que escapan disparadas en forma de estrellas irregulares.

A mi espalda, Ángel y el doctor me llaman, enfadaos por algo que yo no tengo constancia de haber hecho.

La mano, y la Venus, se ocultan tras el río y el soto bosque.

Se me ha caído el tubo.

Lo recojo.

Oigo la voz de Eugène, arriba, llamándome por mi nombre.

Subo otro tramo por el exterior, siguiendo el vallado de troncos cruzados, procurando no mirar hacia abajo.

Llego hasta el pabellón de madera policromada que culmina la montaña rusa, y que es el punto más alto del jardín.

Desde lo alto de la montaña rusa se domina todo el pueblo, y bastante más. Los meandros del río se dibujan rompiendo la continuidad de la interminable arboleda.

A pesar de la homogeneidad, se destacan algunas copas descomunales: El inmenso Pacano, un anciano Ciprés, rompen la tupida capa y marcan puntos en el cielo y en el suelo.

Triangulando con la montaña, el único punto que forma polígono regular tiene su cuarto vértice en la invisible Venus.

Eugène, con la palma de su mano izquierda en una medida elevación, deja escurrir por sus dedos los rayos de sol que, refractados por su piel sonrosada, forman círculos concéntricos en secuencia cromática, mientras en su lenguaje sin voz me explica los secretos del jardín:

Bajo el Pacano, se accede al subterráneo que salva por debajo la laguna que rodea la Isla del Ermitaño.

Al pie del Ciprés se sitúa el arranque de la escalera que sube por el interior de la montaña, junto a los invernaderos.

Sin embargo su expresión, la de Eugène, me resulta desconocida, no la relaciono con ella ni con ninguna otra.

Alterna entre seria y burlona, en un gesto forzado, nada natural.

Al dejar caer su mano, sus facciones se entristecen en una genuina pero sólo intuida Eugène.

Me habló del precio a pagar por la sabiduría; me hablaba en francés, en inglés, sin palabras, pero yo lo entendía todo, y comprendía su preocupación.

Los círculos concéntricos, independientes ahora de la refracción, marcaban puntos, nudos y conexiones en un esquema aéreo que semejaba un plano, que yo reconocía con claridad, pero que ahora no recuerdo.

Eugène comenzó a llorar, y se abrazó a mí.

Su cara desapareció sobre mi hombro.

Humedecía mi cara, mi hombro, mi frente.

(...)

Me desperté sudando...

Angustiado, deslumbrado por la bombilla desnuda que daba sobre mi cara.

Mi sudor no estaba justificado por el calor.

Me sentía triste, enfermo y desamparado sin causa.

Me apresuré a anotar todo lo que recordaba del sueño, sin saber por qué.

Terminé pronto, me pareció.

No había pasado ni una hora de reloj desde que me había tumbado con la intención de meditar.

Apagué la luz, me tumbé, y me dormí de inmediato, agotado.

Para evitar el reino de Morfeo cara al cielo, hundí mi cabeza bajo la almohada, y ya no desperté hasta bien entrada la mañana.

El fichero escrito durante la noche estaba allí, delator.

Lo escondí en un directorio inútil creado a propósito para ser olvidado.



## CAPITULO XXXII. *La Interpretación de los sueños*

*Me sorprendió el interés de Eugène por conocer mi sueño. Tanto como verla aparecer por mi apartamento tan temprano.*

Yo lo había mencionado de forma casual, y ahora me arrepentía de haberlo hecho, no solamente por un natural pudor, sino por una sensación de peligro que no conseguía apartar de mí.

Por eso la insistencia de Eugène me molestó algo.

Además porque en su expresión noté que se trataba de la Eugène fría y calculadora que en ocasiones asomaba detrás de la zalamera y asequible a la que me había habituado. Su frialdad se había acentuado, en todos los aspectos; sus ojos acerados lo ponían en evidencia.

Notándolo ella, opto por convencerme usando armas femeninas que empleaba con éxito y soltura, si bien en realidad simplemente abusaba de mi desidioso estado de ánimo.

Esto no quiere decir que no me explicara sus motivos.

Sí que lo hizo; pero yo no le daba la importancia que ella parecía adjudicarles.

Mi resistencia de principio iba cediendo, y finalmente confesé cómo lo había recordado y escrito de inmediato

-Excelente, Juan –se precipitó sobre el ordenador-. Tu intuición ha sido correcta.

Yo no tenía esa impresión, al verme así asaltado en mi intimidad, pero ya había confesado.

Acordamos que yo me iría a dar una vuelta, a tomar algo por ahí, mientras ella leía y analizaba mi sueño. Para no sentirnos presionados, y porque ella pensaba -no me explicó con claridad por qué-, que aquello podía aportar pistas muy interesantes; incluso dar un vuelco a la situación, según sus propias palabras, y yo podía “contaminar” el relato con mi presencia.

A mí me pareció injustificadamente optimista su valoración de mis desvaríos, pero acepté sus condiciones, y me largué a paseo. El clima lo pedía.

Por el camino, decidí comprar y leer el periódico -la mañana era excelente-, y tomar un vermú en una terraza discreta, donde no fuera recordado de otros incidentes. Por suerte, en Aranjuez las terrazas veraniegas agradables abundan.

Iba tratando de recordar qué era exactamente lo que yo había escrito, por si había algún detalle o alusión que pudiera denunciar mis sentimientos. En el fondo, nada que Eugène no supiera por sí misma (¡Qué chica más lista!). Así que decidí despreocuparme por un rato.

Olvidé incluso -ni siquiera aparecía claramente en el sueño- a Brigitte. Se ve que el asunto me preocupaba más de lo que yo quería demostrarme a mí mismo, de forma que evitaba incluso pensar en ello: Ni en sueños, al parecer.

Al cabo de un par de horas volví con intención de salir a comer. La invitaría. Y el día nos invitaba a ello.

Leyendo las horribles noticias internacionales, me había vacunado suficiente, y mi despreocupación había retornado.

Encontré a Eugène sentada en la posición del Loto, sobre mi cama.

Tardó unos segundos en volver a la realidad, y en aceptar encantada mi invitación.

No comentó nada con respecto a su preocupación por mi sueño, aunque sí se comportaba con una cierta distancia, como ensimismada. Incluso con una cierta dulzura, que yo echaba de menos últimamente.

Pero en líneas generales, no parecía muy diferente de lo habitual.

Quizá mi prevención era lo que me hacía ver cosas raras. Me tranquilicé.

Sugirió ir al Cortijo, la pedanía de nuestra fallida expedición a la bodega. Allí había un local, con terraza, en el lateral de la Plaza de la Iglesia, agradable y económico, donde comimos a base de pinchos y medias raciones diversas, entre caza y marisco popular, regados con el cuidado vino de la tierra.

Incidentalmente, pensé que su forma de conducir había sido extrañamente pacífica. Estuve a punto de sugerir que podía conducir yo, cuando salíamos, para no romper el hilo de su meditación (la excusa me pareció buena), pero al final acerté al no pedirlo.

No me agradaba mucho acercarme por el territorio de Armando, el bodeguero, pero tampoco lo temía, y la terraza estaba muy animada, porque era sábado, rodeándonos alguna familia al completo, algún madrileño que se creía muy listo, por estar allí, y lo publicaba a los cuatro vientos, como si llevara algo en el negocio, y algún

guiiri despistado que -por una vez- tenía cara de haber elegido acertadamente en la relación calidad-precio, entusiasmado por poder tirar al suelo las cáscaras de las gambas sin que nadie le llamara la atención.

No era previsible encontrar allí a Armando, pensé luego, porque sus gustos eran sin duda más caros y sofisticados.

Así que la comida transcurrió entre bromas y comentarios sobre la bien surtida cocina de la casa y sus aceptables caldos.

Empezaba a disfrutar y olvidar mi matutina preocupación, y Eugène no dio muestras de prisa ni de presión contenida, comportándose como una muchacha traviesa, sin más.

Al acabar, y apeteciéndonos un café y quizá algún trago largo, decidimos elegir alguno de los gangos de la ribera del río.

Su forma de conducir, sosegada, era lo único inhabitual.

Elegimos un gango cercano, sombreado por elevados árboles centenarios.

En la terraza, cercada de altos búnibos -como se denomina en Aranjuez a los aligustres o alheñas, por una complicada pirueta etimológica que se remontaba a los primeros jardineros franceses traídos por los reyes- jugaban los pocos niños que se resistían a dormir la siesta.

El río se adivinaba cercano por los árboles que dibujaban su curso sinuoso, y un caz, una acequia para el riego, de gran caudal, refrescaba el ambiente al lado nuestro, discurriendo tumultuoso por entre las huertas.

Aquí y allá reposaban la comida, tumbados sobre la hierba bajo la sombra de un árbol, o en sillas portátiles traídas ex profeso, los probables padres de los niños rebeldes.

Un café de puchero, pasable, un Drambuie en copa de coñac, para mí (me lo había pegado el doctor), y un Rúa Vieja de hierbas con mucho hielo para Eugène reposaban sobre la mesa de metal en la larga sobremesa.

Cuando nos hubimos acomodado, enfrentados, Eugène sujetó con ambas manos su orujo, y lo miró fijamente, con el ceño fruncido; para empezar a hablar de negocios, y evitar mirarme a los ojos, supuse.

Yo esperaba ese momento, y respeté su silencio. El lugar y las circunstancias eran adecuados. Agradecí el escenario luminoso y abierto.

Eugène inició el análisis:

-He estudiado con atención tu sueño. Y resulta sumamente interesante.

Era pronto para decir nada, así que, un poco inquieto, esperé.

Por fin Eugène, sonriente, se decidió a levantar la vista hacia mis ojos.

-“Hay cuestiones evidentes, en las que no quiero inmiscuirme. No me interesa especialmente conocer tus fantasías sexuales, ni aconsejarte sobre situaciones de las que yo misma no estoy segura, o desconozco. Si los hombres tuvierais la sensación de renovación completa que se da en nosotras en lo relacionado con las hormonas, la ovulación, la menstruación, de forma periódica y con mayor o menor intensidad, tendríais menos problemas para asumir los cambios emocionales a los que nosotras estamos habituadas. Pero esto es una cuestión colateral. Así que obviaré los papeles de los personajes -reales o imaginarios-, que aparecen allí reflejados, y sus circunstancias”.

“Sólo me interesan algunos, inmersos en ciertas circunstancias notables”.

“El tránsito desde el pacífico paseo al dificultoso camino hasta la cima, también tiene una explicación obvia -que tú mismo puedes interpretar- en el sentido de salir de una rutina apacible para encontrarte en medio de una historia compleja, en la que algunos de tus personajes intervenimos. No merece más comentarios”.

Asentí, bajando un momento la vista, y volviendo después a mirar sus ojos avellanados, serenos, con un leve toque de tristeza.

¿De madurez sobrevenida?

Pudiera ser.

Aquello, el tránsito a que se refirió, evidentemente, estaba claro: La evolución y las sensaciones asociadas se resolverían, esperaba yo, en un futuro cercano, para bien o para mal. No era esa mi preocupación inmediata. No quería que lo fuera.

Su apreciación parecía proceder, también en ella, de las experiencias recientes.

Tras una breve pausa, que ambos agradecemos, ella continuó:

-“Hay detalles accesorios, como el doctor y Ángel en calzoncillos con la parte superior del frac y chistera, que está extraído de una historia de Tintín, Los cigarros del Faraón, en concreto”.

Tras una breve reflexión, asentí de nuevo.

-“No tiene más significado que remarcar una situación que te parece ridícula, estrambótica -aclaró-, que no entiendes y prefieres pasar por el tamiz del humor, como un gnomo con gafas de sol y bermudas, ...o qué sé yo,... ¿qué es eso del corro de la patata?, ...¡déjalo!, no tiene importancia -yo iba a intentar explicarle, con pocas ganas, mis recuerdos infantiles al respecto. Lógicamente, ella, francesa al fin, no tenía porqué conocer detalles como los juegos infantiles en España- ”...

“Indican, en cualquier caso, que notas una relación extraña, que quizá sea importante no perder de vista. Puede que sea tan sólo un síntoma de desorientación. No lo encuentro raro”.

Mi único papel parecía darle la razón, con que lo volví a interpretar, aliviado porque no se interesara en mis relaciones femeninas, que yo no había considerado, hasta entonces, tan extensas. Pero no quería perder el hilo. Ella continuó:

-“Echo de menos –frunció el ceño- la figura de Hugo”.

Yo también abandoné un instante mi expresión plácida. No me había percatado.

-“Eso me preocupa –siguió- porque su papel es importante en la trama. O debiera serlo. Puede que simplemente te hayas inhibido ante esa situación desagradable. O quizá queda implícita en las dificultades exageradas de tu avance. Para mí significa que su rol está trasladado a algún otro personaje; o a que intuyes que él era tan sólo la tapadera de otra cosa. Pero como la reacción, en cualquier caso, aparenta natural, no le adjudico tan gran importancia a su ausencia directa; es explicable desde muchos puntos de vista. Lo dejaremos así de momento. Aunque no lo debemos olvidar”.

Se decidió a probar su orujo de hierbas, bastante aguado ya, para tomar aliento y que yo pudiera digerir sus palabras, y comentar si lo encontraba procedente. Lo paladeó, y dejó el vaso a un lado, para poder llevar sus manos sobre las mías, que se aferraban aún al Drambuie, sin probar aún.

Notando mi tensión, y que yo no parecía dispuesto a colaborar con una intervención o comentario, continuó:

-“Lo que más me interesa es lo que no resulta tan evidente. Por ejemplo, la Venus. Creo que juega un papel muy importante, pero no termino de ver cuál. Tengo que hablar de esto con el doctor”.

Coincidió mentalmente con ella. Esa parte del sueño me había resultado especialmente extraña; aunque la reconocía construida -como todos los sueños- sobre materiales absurdos, organizados en forma incoherente, la asociaba con la sensación de angustia, y esto era real. En especial cuando llegué a confundir, o a no reconocer, la expresión de Eugène superpuesta con la de la propia escultura. Al final. Un final que no me gustaba nada.

De alguna manera estaba seguro de que la expresión desconocida de Eugène era la de la diosa, ninguna de las que yo le conocía a ella. Y no es que su expresión, la de Venus, resultara desagradable: Era más bien enigmática, interrogante; me producía desazón, como el anuncio de alguna desgracia de la que se hiciera responsable al

emisario por no disponerse de otra posibilidad. Pero eso no explicaba nada, porque su misterio seguía intacto.

En realidad yo, conscientemente, no había prestado gran atención a aquella estatua, céntrica y habitual en Aranjuez, nada diferente a muchas otras de la misma época y contexto. Aunque ahora pareciera llamarme...

Había tomado posición preponderante en mi sueño sin ninguna justificación, que yo supiera.

Eso es lo que había detectado Eugène muy agudamente.

Y no podía sino darle la razón.

Aunque no me sentía muy animado a exponer mis puntos de vista en este momento, me sentí obligado, y, en líneas generales y con brevedad, le hice notar todas estas cosas que yo sentía. Ella escuchó, sin comentar, asintiendo, interesada y con síntomas de preocupación.

Optó, por último, por evitar la precipitación, que tanto nos había perjudicado:

-“Dejemos eso aparcado para analizarlo por separado. Quizá necesitemos ayuda”.

Palmeó mis manos, y las abandonó para probar otro poco de orujo perfumado y cruzar los brazos, apoyados los codos sobre la mesa, observando de nuevo un instante las evoluciones del líquido denso en su vaso, que había colocado de nuevo frente a ella, y luego a mí.

Callamos un rato ambos. Nos habíamos vuelto muy reflexivos. Estábamos en la frontera de la desconfianza, no deseada. Tuvo ella que tomar la iniciativa, para romper la leve capa de hielo que nos estaba separando, expresándose con simpatía:

-¿Qué te va pareciendo?

-Me alegro de que me hagas esa pregunta –quise bromear, por colaborar. No sabía muy bien qué decir. Decidí meterme con ella.

-Parece que la interpretación de los sueños, la psicología, tampoco te es desconocida...

-No te creas. Es más bien sentido común. No podría hacer algo parecido con alguien de quien no conociera sus circunstancias, su personalidad...

-¿Tanto me conoces?¿En unas semanas?

-No. Prefiero no hablar de ello, ahora. Me interesa más profundizar en algunos detalles.

-Ya –me temía lo peor. Algo defraudado, me resigné a seguirle la corriente. La barrera emocional no estaba rota.

-Ahora te debo explicar algunas cosas importantes. En especial, el final del sueño puede ser significativo. En un sentido amplio. Ahí parece existir una información que tú no debieras poseer. O te ha llegado por un camino indirecto. O te ha sido inspirada. –entrecerró los ojos, para ver cual era mi reacción-.

-¿Qué quieres decir?- sostuve su mirada, algo alarmado.

-Hay algunas circunstancias que yo conozco, por otras fuentes, y que no recuerdo haberte contado. Existe la duda de que no sea así. Yo podría haberte transmitido o inspirado algunos de esos detalles en ciertos momentos en que...en fin...estábamos muy unidos –enrojeció un instante, de forma indudable, aunque quiso mantener su expresión seria y concentrada. Como yo no contesté nada, siguió.

-Me refiero, por ejemplo, a las marcas superficiales que indican los árboles. Esto es algo bastante real. De hecho, en parte lo hemos ido comprobando. Recuerda nuestra excursión a la escalera de la montaña rusa. Pero tú no sabías -o yo no soy consciente de habértelo contado- nada sobre las exploraciones que yo ya había realizado antes de... conocernos.

-¿Te refieres a tus andanzas por los tejados y las terrazas?

-En la misma época. Lógicamente, mis andanzas, como tú les llamas, también incluyeron algunos edificios históricos...

Fui a decir algo, porque yo sabía por propia experiencia de la dificultad de esas pesquisas, que se me pasó por la cabeza intentar, pero que desestimé enseguida debido a las dificultades burocráticas con las instituciones conservadoras que me encontré. Con que no lo volví a considerar, porque para mí era y es tan válido imaginar como describir. Iba a hacer un comentario sobre ello, pero Eugène se adelantó a callarme, con el dedo sobre mis labios.

-...edificios históricos –repitió-... y, por supuesto, los jardines. Ahí es donde yo iba.

-Los jardines. Los dos –me sonó extraño, teniendo en cuenta que sus preferencias parecían ser otras.

-Los jardines, los árboles, las estatuas, las fuentes...

-¿Y qué encontraste? –Mi curiosidad no era fingida-.

-Por ejemplo, la marca del Pacano. Existe un Pacano en el jardín del Príncipe que es probablemente el árbol más alto en muchos kilómetros a la redonda, y uno de los

más viejos. Se trata de una especie de crecimiento lento -americana, aclimatada a estas tierras hace mucho tiempo-, por lo que ese en concreto es especialmente anciano. Se remonta a los orígenes del propio jardín, que fue planteado en principio como jardín botánico, como sucede con algunos plátanos, también inmensos y ancianos. Pero ninguno de los plátanos alcanza en altura al gran Pacano: Deduje que, puesto que se remontaba a la propia construcción del jardín, no era extraño que se plantara allí como una marca...

-¿Y lo era?

-Efectivamente. Marca la entrada de un subterráneo que tiene su otra entrada en la pequeña isla artificial que llamaste la Isla del Ermitaño, formada al paso del cauce, también artificial, que se usa para recrear el bosque inglés, o Laberinto, y que se usó para alimentar la piscifactoria -mientras existió-, y formar los estanques donde destacan los Kioscos recreativos que son la postal típica de este jardín.

-Pero yo no sabía todo eso...

-En realidad, el subterráneo no tiene ningún interés. Es sólo un pasadizo vacío, que se pudo utilizar como “scherzo”, o quizá no se llegó a utilizar nunca. No figura en ninguna documentación que yo haya podido consultar. Y por otro lado, como dije, carece de interés aparente.

-Entonces el asunto es cómo esa información ha irrumpido en mi sueño, en mi inconsciente, si no se trata de una casualidad.

-En todo caso, un cúmulo de casualidades estadísticamente improbable –Eugène me miraba, pensativa-. Parece que la única posibilidad es que yo te lo haya transmitido. Aunque no veo con claridad cómo.

-Me hago cargo –mentí-.

-Pero hay otra posibilidad, y es que te haya venido dado junto con la idea de Venus, que yo había pasado por alto. Ese factor desarma el entramado racional que yo quería suponer. Y es la siguiente investigación que debemos abordar.

-La mano de la diosa –dije pensativo.

-Sí...

El ocaso se aproximaba.

La humedad del río, próximo, tenía que ser la causa del frío que nos invadió al unísono.

Las sombras de los grandes árboles se prolongaban y crecían.

Decidimos tácitamente, sin palabras, que era hora de irnos, buscando otros menesteres menos estresantes.



## CAPITULO XXXIII. *Venus*

*-Lo más importante es la Venus.*

-¿Por qué? Es una referencia tan evidente...

-Quizá por eso -por obvio- me había pasado desapercibida ¡La he visto tantas veces! Además, ha sufrido muchos cambios y variaciones de posición.

-Eso no hubiera debido tener importancia, según tu teoría.

-Lo olvidé. En cualquier caso, en este punto yo no te he podido servir de referencia, porque es algo que yo ya había descartado.

-¿Y eso qué significa?

-Podría ser algún tipo de inspiración, o alguna cualidad que no habíamos detectado en ti. Al fin y al cabo, tú eres escritor... Pero no lo creo.

-¡Gracias por la confianza!

-No es eso. Ten en cuenta que hay otras formas de insuflar ese tipo de información...

-¿A qué te refieres?

-Podría ser inducida por el enemigo.

-¡No sé qué me da mas miedo, lo del enemigo o lo tuyo!...

-No bromees. Esto es serio.

-Bien –¡Bien lo sabíamos! La especulación parecía animarla, así que no comenté lo que me pasó por la mente. Dejé que siguiera.

-La cuestión es analizar la imagen, desmenuzarla para tratar de descifrar su significado. Hay detalles muy sugerentes.

-Mi impresión más persistente –quise colaborar- es la actitud de la figura, y el gesto con la mano, que me evoca un saludo, o una autorización...

-... Y produce un resultado, un efecto. No querría equivocarme, pero sugiere una Puerta. Tengo que consultar urgentemente con el doctor, y no voy a utilizar un teléfono para hacerlo. Me voy a Madrid.

-¿Te espero a cenar? –dije sin esperanza: El retorno de su *idée fixe* (me inclino por la locura perniciosa) era evidente.

-No sé –meditó un instante-. No esperes –decidió por fin, sin querer mirarme a los ojos-.

Y Eugène se fue.

Me dejó algo preocupado, por su estado anímico, pero enseguida lo olvidé, porque para mí, en mi propia situación, me resultaba una carga excesiva.

Traté de concentrarme en mi novela, para aprovechar el tiempo. Quizá podría utilizar algo. En definitiva, como sucede a menudo, la realidad se adelanta, supera a la ficción. Y yo prefería no pensar en cosas desagradables. (¡Otra puerta!... ¡Menudo edificio malo de guardar!)

Hasta ahora había querido pensar que mi imaginación, en mi relación con Eugène, había ido por delante; me había sugerido situaciones que yo trasladaba, disfrazadas, al papel, adelantándome a los acontecimientos...

El sistema estaba mutando. La realidad nos pedía paso.

Decidí, de nuevo, que tampoco me apetecía escribir.

Finalmente, opte por pasear, ante el peligro que parecía ocultarse tras la posibilidad de un inocente sueño que me complicara la vida más aún.

Por supuesto, no me pude librar de mis recientes obsesiones, y mi automático deambular me llevó a la Plaza de San Antonio, presidida por la orgullosa Venus, entre la Iglesia y el puente, controlando su amplio territorio.

(...)

He visto a menudo la escultura, sin prestarle mucha atención. Aunque es de inspiración clásica, es sin duda de factura reciente.

Nada más fácil para ahondar en sus presuntos misterios que acudir a la amplia Plaza de tierra con que Aranjuez recibe a sus visitantes, siempre muy transitada por vecinos y foráneos y contemplar la fuente.

Su visión resulta, en realidad, agradable. Los tintes oscuros son obra de mi inconsciente, o de quien en él haya podido interferir.

Como conjunto, resulta algo heterogéneo, si bien su calidad estética es buena. Además, en la época en que fue erigida era habitual utilizar simbología tomada de los textos clásicos cuyo significado último a menudo cambiaba obedeciendo a códigos de la época que se han traspapelado.

En una descripción general, tenemos un estanque de piedra, octogonal, elevado sobre una plataforma, en cuyo centro una ancha columna -también octogonal-, con adornos incrustados en hornacinas, soporta la estatua en cuestión.

Todo el conjunto está esculpido usando el mismo tipo de piedra calcárea blanca extraída de una cantera cercana, excepto algunas figuras de mármol, como la propia Venus.

Para acceder al corredor que se forma entre el borde elevado de la plataforma y circunda el del estanque, existen cuatro entradas, con escalones. Al lado de una de ellas una concha jacobina -una vieira gigante, mayor que una pila bautismal- hace de pileta de una fuente de agua corriente, agua potable que procede de los manantiales de la meseta, destinada al consumo público, oferente...

Todos los ángulos de la figura están marcados con monolitos cilíndricos rematados en media esfera, que abundan en las esquinas del casco antiguo. Falos pétreos, según definición de un amigo de la localidad de imaginación desbocada -como la mía a veces-.

El estanque recoge el agua que se eleva en chorros desde diversos puntos estratégicos del grupo escultórico. El agua procedía del embalse artificial de la meseta, del regajal, de agua salitrosa. Aquel que habíamos llegado a conocer tan bien. No así el agua potable de la concha, que procede de los manantiales de Ciruelos, según me explicaron. En la actualidad, las viejas conducciones se han eliminado, y un motor eleva el agua hasta los pitorros simulados en las figuras de la fuente, a conveniencia del calendario: No suele funcionar si no es día festivo.

En ocasiones hubo en el estanque peces de colores y nenúfares, cosa que ahora no es posible, porque el agua, como acabo de comentar, no corre a diario -como sucedía antes-, y no es posible mantener vida que precise de agua corriente dentro del estanque.

En las paredes del pedestal octogonal se abren cuatro hornacinas rematadas en arco de medio punto donde leones y delfines se alternan como cabalgadura de sendos angelotes de las cohortes de Poseidón en actitud combativa. Cada uno aporta al espacio su ración acuática en forma de chorros aéreos.

Sobre el pedestal está la Venus.

No quise elevar mi vista, mirarle a la cara, como si fuera algo vivo.

(...)

Nuevo cónclave en casa de Eugène.

Ella, el doctor y yo nos citamos a recapacitar sobre el futuro.

Repetición de otra, de nefasto recuerdo.

La ausencia, la baja, presidía nuestros actos.

El doctor prefirió pasar a la descripción, que había resumido, sin hacer comentarios previos.

“Se trata de una figura femenina del gusto de la época, completamente desnuda, salvo por un manto que sostiene indolente con su mano derecha y cubre parcialmente sus caderas. La mano izquierda reposa libre en su costado.

Sobre su pelo ondulado, una delgada cinta sostiene su peinado.

Su expresión -sonrisa burlona y enigmática-, es lo más griego de su porte, porque al contrario que una Kore griega, resulta en proporción un poco baja, y de formas algo más rellenas, al gusto del artista sin duda.

Por su elevada situación, privilegiada, es visible desde toda la plaza, y su mirada apunta a horizontes relativamente lejanos.

Su orientación, dato que creímos en un principio importante, ha sufrido modificaciones a lo largo del tiempo. Desde mirar descaradamente pagana hacia la Iglesia que tiene enfrente, a volverle la espalda, para ver a los visitantes que llegan a Aranjuez por el puente, a mirar al Palacio, a la izquierda del puente, o a la derecha, posando su mirada sobre el jardín dedicado a una reina niña con la que parece no simpatizar, según apreciación local.

La población de Aranjuez ha querido ver siempre motivos más o menos ocultos en estos cambios de punto de vista. Como si ella estuviera marcando o eligiendo objetivos circunstanciales. Como si no fuera de piedra, o fuera algo más que piedra.

En la actualidad mira a una esquina de la plaza, a la izquierda de la Iglesia, donde no hay nada, salvo las elevadas arcadas, como en un ciclo en serie infinita, en transición quizá de nuevo hacia la Iglesia, quizá al jardín, en actitud neutra.

La estatua está delicadamente labrada y en general tiene un aspecto plácido, que resulta natural. Tan solo su pierna izquierda se adelanta. Los detalles están cuidados, y el acabado pulido resalta la calidad del mármol.

En cuanto al simbolismo o significado, se entronca en el gusto neoclásico de la época de su erección. Motivo clásico, pagano, bello y estético considerando la estética preferida en la época.

Las intenciones de quien la encargó y de quien la llevó a cabo nos son, en principio, desconocidas.

Podrían ser motivos estéticos sin más.

Podrían representar algo concreto, o dar figura corpórea a algún sentimiento.

Podría representar la parte femenina del pueblo, de Aranjuez.

Todo esto son especulaciones.

Lo que se puede considerar un dato objetivo es la forma octogonal que señorea el conjunto.

Si bien llegar geoméricamente a esta forma, que se aproxima a la circular, es sencillo de resolver, también sabemos que el octógono es característico de las construcciones templarias y asimilado a ellas, y que en su caso quizá expresaba un significado concreto y conocido en su momento, que se ha perdido u ocultado intencionadamente.

Lo cierto -y esto debiera haber guiado nuestros pasos desde el principio hacia esta construcción- es que la figura de Puerta que nosotros buscamos se asimila también a la forma octogonal, transición a la dodecagonal, y ello podría no ser casual.

Desde nuestro punto de vista, el símbolo estaría claro: Marca el lugar o la forma de llegar al lugar de una Puerta que conduce a un distribuidor octogonal.

En cuanto a la figura, viene destacada en el sueño de Juan, llamando nuestra atención sobre ella, y nos habla de un mecanismo concreto.

El siguiente paso sería desentrañar ese mecanismo para hacerlo funcionar”.

(...)

Lo que siguió fue una larga pausa valorativa, que nos incluyó a los tres.

Yo había escuchado al doctor con atención, entendiendo en líneas generales lo que quería decir, sin entrar en los entramados matemático / filosóficos.

Eugène estaba ya previamente informada, suponía para ella una repetición resumida de algo ya sabido.

Pero en ningún momento habló; ni tampoco se distrajo.

Escuchaba atenta y pensativa, sin expresión: Pensaba en Mila, probablemente.

Supongo que el doctor esperaba alguna reacción de nuestra parte.

En cualquier caso, no hubo tal.

La depresión se hizo notar, y todo parecía un poco más silencioso y oscuro.

Instintivamente, habíamos dejado libre el puesto que ocupara Mila, por lo que un observador desinformado hubiera detectado una distribución ilógica en nuestro acomodo.

Noté que Eugène, un poco más acurrucada sobre sí misma, aumentaba la presión sobre mis muslos, donde reposaba sus brazos y sobre ellos su cabeza.

O bien sentía el frío del miedo, o bien se disponía a aumentar la tensión para, en algún sentido, actuar; había ido yo aprendiendo a interpretar con bastante acierto alguno de sus gestos.

Y no sabía si desear una cosa u otra.

Mi estado de ánimo, y mis obligaciones profesionales, por qué no decirlo, me inclinaban a que se tomara la decisión de abandonar.

El doctor, en cualquier caso y a pesar de todo, no lo iba a hacer, por lo que Eugène era la indicada para inclinar la balanza en uno u otro sentido.

Nos despedimos sin tomar ninguna decisión.

## CAPITULO XXXIV. *E-mail*

*from sereira@yole.com to insacular@coldmail.com.*

Adjunto notas sobre Fuente de las Horas.

Por favor : ) contrasta con tus datos.

Don Simón cree haber encontrado en la Torre el acceso y en la fuente el dodecágono.

Tu Venus juega un papel desconocido, por el momento.

A las nueve en la Tetería.

Por favor : )

saludos Eugène (Sereira)

Supongo que, aunque lo pida por favor, se trata de una orden.

Tenía que suponer, sin lógica ninguna, que el doctor la había convencido de nuevo; no lo podía entender, pero esta sensación incomprensible me acompaña últimamente como invitado molesto pero inevitable.

Mientras me dirigía a la fuente citada, que me costó poco localizar -vecina al niño de la espina- refunfuñaba interiormente para justificarme, porque ahora no veía otra solución para mantenerla cerca de mí que atender a sus demandas caprichosas.

Mi primera intención había sido abandonarlo todo por mi cuenta:

Volver derrotado a Madrid, interesarme por el desagradable asunto de mis supuestas relaciones familiares con Brigitte y -dependiendo de cómo se desarrollaran los acontecimientos- tomar las decisiones que me fueran impuestas, conocida mi capacidad para ser incapaz de imponerme en ningún caso.

La decisión de partir, por supuesto, la puse hasta el día siguiente; mi estado anímico era de total y confusa depresión, y lo que me podía esperar en Madrid tenía tintes grises, oscuros. Pero casi había aceptado que la última reunión con el doctor y Eugène había sido literalmente la última. No tenía forma, ni motivos razonables, para volver a contactar con aquella pareja de paranoicos.

Era consciente de la dificultad de olvidar; mis compromisos editoriales, que yo había impulsado con irresponsable entusiasmo, obnubilado por el ambiente colorido con

que Eugène había teñido mi visión de las cosas, se me presentaban ahora como insensatos, como lo que eran en realidad.

(Mi editor debía estar muy feliz: Me tenía cogido por los ...).

Para distraerme y no ser distraído, en heroica decisión, había apagado el móvil y me disponía a hacer la maleta. Pensaba ajustar las cuentas con la casera y gestionar el envío de mis pocas pertenencias a través de Marta, para evitar verla -a la casera-, y para tener una excusa para hablar seriamente con Marta, si es que era capaz.

Era muy temprano; no había dormido bien. Tenía la sensación de haber tenido pesadillas: Mi sueño había sido agitado, pero por suerte no recordaba nada.

Tampoco quería recordar.

En mi confusión, y dispuesto a utilizar el solitario del sistema operativo del ordenador para dilapidar algo de aquella temprana mañana, puse en marcha el portátil, que se sorprendería de aquella inusual hora de arrancar, en lugar del PC: le había cogido manía al chisme que el doctor encontraba tan eficaz.

Como la conexión es automática, el maldito chisme me indicó de inmediato que había un nuevo mensaje en mi correo electrónico, antes de tener tiempo de cualquier otra maniobra de distracción.

Con la mirada perdida, apuntando a la desenfocada pantalla, permanecí inmóvil y con la mente en blanco unos diez minutos, antes de desplazar el puntero del ratón hasta la impávida ventanita azul que desvelaría el tal mensaje.

Presioné despacio, como con temor, acariciando el botón, pero el mecanismo respondió exactamente igual de veloz que si le hubiera pegado con el puño cerrado.

El corazón me dio un vuelco: ¡Sereira!

Era de esperar, quise tranquilizarme...

(...)

Un paseo matinal por el jardín no me caería mal.

Me influyó que Sereira hubiera antepuesto su nombre a su otro yo...

## CAPITULO XXXV. *L'Anneau tournant*

*Villeroi trouve pour Louis des compagnons plus adaptés à son rang. Ils jouent ensemble à l'anneau tournant et au volant, il tire aussi des pétards et de petites fusées.*

Notas tomadas por Eugène, reproducidas tal cual (¡Qué organizada es esta chica!).

La Torre. Hipótesis de acceso:

-Cercano. No descartar, pero no coherente.

-Exterior. No se aprecia en la superficie. Tendría que ser un acceso oculto o secreto. Es una posibilidad a tener en cuenta.

-Interior, subterráneo.

-Superior. Excesivamente complicado.

-Lejano. Difícil de justificar (¿Regajal?).

-Ninguno. No procede, salvo que intervenga Juan de Herrera, o por una utilidad desconocida: Considerar.

Hipótesis de uso:

En Aranjuez se la justifica como componente inevitable de las antiguas conducciones de agua que bajan desde la meseta, un respiradero para controlar la presión del agua.

Sin embargo, resulta chocante que su aparente antigüedad supere en tanto a las fuentes destinatarias de tales conducciones.

En cualquier caso, no descartar como hipótesis de trabajo, dada su situación geográfica.

La utilidad y el acceso son las preguntas que plantea la torre, en cualquiera de los casos.

La respuesta puede estar relacionada con la Fuente de las Horas.

(...)

Notas tomadas por Juan T. Volta, algo menos asépticas.

La torre se yergue -notable aunque discreta-, entre árboles centenarios que, aun siendo de tan elevado porte como son, no logran superarla en altura.

Su indudable preponderancia se aprecia menos debido a que está situada en el fondo del valle, prácticamente al nivel del agua del río y rodeada de frondosos árboles de ribera o cultivados, que producen la sensación de pequeñez en la construcción así absorbida.

Es necesario conocer su existencia para encontrarla y apreciar su enigmática grandeza del tipo de las construcciones antiguas.

Por otro lado su existencia no se ve justificada por ninguna evidencia.

En Aranjuez circulan diferentes y curiosas explicaciones, ninguna de ellas sustentada por datos, escritos o documentos, sino por intuiciones más o menos verosímiles.

Simplemente se sabe que está ahí.

Se le atribuyen quinientos años por su islámica factura de ladrillo visto y su adorno geométrico, no figurativo, pero es una fecha que pareciera tomada a voleo; ni siquiera el pueblo alcanza esa antigüedad.

En un radio de cien metros no existe otra construcción humana, salvo las fuentes con sus estatuas, adornos o relieves, parece que colocadas con posterioridad a la torre, aunque nos es desconocido si alguna de ellas pudiera estar situada sobre la hipotética cripta que sirviera de acceso a la torre: No lo insinúan ni la distancia ni la disposición, pero lo cierto es que no hay constancia de que hubiera o dejara de haber intención en su colocación respecto de la torre.

¿Por qué no hay documentación de una construcción así?

En realidad, no forma parte en absoluto de la geometría de calles, paseos, caminos y setos en los que sí están inscritas indudablemente las fuentes y sus estatuas como conjunto armónico. Al contrario, se eleva sobre una zona interior de setos cuadrangulares donde ocupa, sesgada, una esquina poco indicativa.

La hipótesis que manejan Eugène y el doctor es que el acceso a la torre ha de ser subterráneo, ya de forma intencionada (probable, según ellos), o debido al paso del tiempo, si bien no hemos encontrado prueba alguna de ello. Sin embargo la conexión que buscábamos en nuestra desafortunada excursión bajo el regajal, el denominado Mar de Ontígola, ha resultado, además de desgraciada, infructuosa...

Su diseño es elegante y sólido, aunque no atrayente: Carece de marcas o adornos que la destaquen exceptuado un bajorrelieve geométrico de significación aparentemente anodina, de estilo mudéjar, elaborado con el mismo tipo de ladrillos que el resto de la construcción, sin afán aparente de destacar ni en color ni en relieve, ni en originalidad.

Estos bajorrelieves, que se aprecian claramente, se encuentran sin embargo fuera del alcance de una persona de estatura normal. Se inician a unos cuatro metros de la base, rodeando su superficie hasta cerca de su cúspide.

Todo alrededor la torre se hunde literalmente en el terreno, sin piso o abertura insinuados en todo su perímetro; tampoco en toda su superficie, hasta su culminación, se detecta abertura alguna: Se diría maciza.

Me acerco a la construcción y la rodeo para calcular sus dimensiones.

Compruebo lo que ya sabía: no existen aberturas visibles en todo su perímetro.

Salvo arriba, como si de una chimenea industrial se tratase.

Se asienta sobre el suelo a una profundidad desconocida, rodeada de fango y musgo; sus alrededores se mantienen limpios, probablemente de forma intencionada; ninguna hiedra trepa por sus muros.

El círculo de su base tendrá unos cuatro metros de radio, en forma de cilindro al principio, se va estrechado a partir de unos doce metros, en cono truncado, por encima de los adornos, en forma proporcional, hasta lo que podría ser medio metro de radio en la cúspide, a unos treinta metros de la parte de la base que queda a la vista.

Los adornos o relieves son dibujos geométricos angulares trazados por los propios ladrillos, en bajorrelieve, inspirados en las tracerías típicas del Islam del sur de la península ibérica, o las construcciones mudéjares del interior.

Por encima de los doce metros, empieza a enflaquecer en forma exponencial la obra desnuda, retorciéndose como las columnas salomónicas, pero marcando los ángulos.

La copa del plátano más elevado, muy cercano, supera los veinte metros, siendo los plátanos de los alrededores de un porte muy similar, aunque asombrosamente altos, no tanto como la obra artificial. Sin embargo, tupido de hojas primaverales el jardín en esta época del año, la punta de la torre no será vista a distancia si no es intencionadamente buscada.

La Fuente de las Horas, relativamente cercana, es sencilla, esbelta, bella y relajante.

Me he detenido bastante tiempo, sentado sobre uno de los bancos de piedra, rogando que la cantarina música de su discreto chorro de agua me comunicara algún mensaje, alguna respuesta; me ha transmitido paz interior, y algo de optimismo.

(fin de nota)

Eugène y yo nos dirigíamos esa mañana a tratar de verificar y aclarar el misterio de la torre.

El doctor nos había indicado qué teníamos que buscar y anotar.

Aunque la noche del reencuentro resultó agitada y placentera, después de un lapso que se me iba haciendo eterno, madrugamos; a esa hora temprana los turistas aún no habían llegado y se podía curiosear con más tranquilidad.

Atravesamos el Parterre a toda velocidad, a la sombra de los magnolios, siguiendo la balastrada de metal que corona el muro que encauza el río hasta el puente de la ría, a la derecha del viejo madroño, donde las antiguas reproducciones clásicas que lo flanquean y delimitan parecen recibirnos o mirarnos con curiosidad.

Pero no nos detenemos a conversar con ninguna, hoy, para entrar en el jardín de la isla propiamente dicho.

Luego enfilamos hasta la galería de fuentes, llegando a destino en pocos minutos.

Yo había venido repasando en voz alta las ideas que había anotado, para información de Eugène, que escuchaba en silencio, hasta que nos enfrentamos con la base, probablemente de mármol, del inicio de nuestra búsqueda.

(Durante la tarde y la noche anterior, dedicados a otros menesteres, no había encontrado tiempo para compartir con ella mis notas).

-La Fuente de las Horas. Aquí está el reloj.

Ella se situó sobre la loseta que tenía el símbolo I, y desde allí nos separamos para rodear la fuente.

Tomé por la izquierda siguiendo las losas marcadas con números romanos, caminando con dignidad, mientras Eugène seguía el sentido derecho -el contrario al de las agujas de un reloj- en lo que me parecieron ridículos e inapropiados saltitos.

-Une, -cantó Eugène, en alta voz-... trois,... six...

-Cinco,... dos,... diez, - yo, a la vez.

-... sept, ... quatre -Eugène.

-...doce, ...ocho -yo.

-Et onze -Eugène.

-Y nueve -yo.

Y nos tropezamos justo al otro lado de la fuente, contemplando ahora, al volvernos a mirar hacia el centro, su sencilla taza rebosante de agua que se derramaba cantando.

-Esta combinación no parece tener mucha lógica. Más bien sigue un orden absurdo –dije.

Eugène anotaba en su block.

-Están las doce horas –concluyó- pero en un orden nada apropiado para un reloj.

-Esto no va a marcar la hora nunca –aseveré.

-Sabemos que la fuente ha sido desmontada más de una vez; se pudo alterar el orden.

-Sin embargo, parece que realmente se desmontó y montó de nuevo colocando las piezas en la misma situación en que estaban.

-No lo podemos comprobar ¡Aquí esta! –Eugène repasaba una guía turística local-. No es un reloj de sol -eso era evidente-, es un juego de agua,... un Anneau-Tournant, anillo giratorio... ¡No sé lo que es eso!¿Debería saberlo?

-¿No dice en qué consiste? –yo- ¿Es algún tipo de reloj de agua, una clepsidra?¿Algún juego?

-Aquí no aclara nada –terminó de leer y abandonó la guía.

-Habrá que buscarlo en Internet –comenté, por decir algo.

-Bueno. En cualquier caso, la fuente está aquí –miró hacia los alrededores-. Aunque no sabemos si funciona o cómo funciona. Sí se ajusta a lo que describe el pergamino. Es bonita la fuente –contempló meditativa el agua.

Nos habíamos dado la vuelta para contemplarla; asentí con un gesto apreciativo.

-Sencilla, elegante y relajante –confirmó Eugène. Pero no sostuvo su mirada-. ¡Vamos a buscar la torre! Debiera ser visible desde aquí.

-Allí a tu derecha –señalé detrás nuestro: Era la única construcción cercana.

-Se parece a la descripción –valoró Eugène, pensativa.

-Vamos a verlo –inicié la marcha.

Ella, mientras me seguía, terminó de anotar un esquema de la situación geográfica y el orden de la numeración en su block.

-Ya está -y se puso a mi altura, para mostrarme sus apuntes:

I, III, VI, VII, IV, XI, IX, VIII, XII, X, II, V, desde el I, en el sentido inverso de las agujas de un reloj.

-Une, cinq, deux, dix, douce, huit, neuf, onze, quatre, sept, six, trois –dijo después de hacer la inversión, para que tomara el sentido de las agujas del reloj.

Uno, cinco, dos, diez, doce, ocho, nueve, once, cuatro, siete, seis, tres, me repetía yo mentalmente, como si la repetición le pudiera dar sentido a la serie...

(...)

La fuente y la torre estaban allí.

El mecanismo de la fuente había de ser descifrado.

Sin embargo, la combinación que debía indicar la fuente que era conocida como “del Reloj” o, más apropiadamente, “de las Horas”, podría estar falseada.

En la inspección ocular habíamos constatado que la numeración romana había sido reconstruida y vuelta a fijar muy recientemente, quizá alterándola.

La explicación de esta posible alteración resultaba curiosa y no permitía deducir cuál había sido la posición original de la numeración.

Al parecer, la fuente había sido traída desde los Países Bajos en tiempos de Felipe II. Fue montada en su lugar actual y habilitada, pero su función no llegó a ser comprendida o se mantuvo oculta intencionadamente.

El uso de la numeración romana, desde el uno hasta el doce, parecía indicar que se trataba de algún tipo de reloj, por lo que las losas donde iban grabados los números, hasta completar un anillo, se ordenaron de forma secuencial, ascendente, en sentido lógicamente de las agujas del reloj. Sin embargo, y dado que se apreciaba en el encajado de las piezas que el orden, aunque lógico, no coincidía con la intención de los artesanos que la llevaron a efecto, se optó por seguir el orden arquitectónico, del que resultó la extraña sucesión que habíamos anotado.

Sin embargo este montaje nunca pudo marcar la hora: No era un reloj.

Un presunto reloj solar, por ejemplo, no podía ser geoméricamente circular, como lo era este anillo: Para marcar las horas en forma circular es necesario algún tipo de mecanismo del que la fuente carece, pues sólo se compone del citado anillo y de una pileta en su centro del que sube hacia arriba un único chorro de agua, lo que vuelve a descartar el reloj, incluso la clepsidra, que no hay forma de imaginar.

Sin embargo la idea de Anneu-Tournant, que aparece como descripción vaga, parece implicar algún tipo de mecanismo: El anillo debiera girar de alguna forma, o

bien referenciarse con respecto de algo que sea capaz de marcar posiciones en el círculo.

Teníamos motivos para pensar, sabíamos, que la torre estaba implicada.

En estas circunstancias, podría aparecer el reloj que da nombre a la fuente, aunque es difícil imaginar su mecanismo, teniendo en cuenta que se sabe por documentación de la época de su instalación que la numeración original, como ya habíamos reiteradamente concluido, no era sucesiva, sino que los números seguían un cierto orden no evidente.

Esta posición, la primitiva (la actual), es la que nos interesaba.

Nosotros sabíamos más; quiero decir, Eugène y el doctor, en sus desquiciados razonamientos, pretendían saber más:

Sabían que probablemente se trataba de un reloj, pero no horario, como daban a entender las doce cifras, sino de un reloj de tipo estelar...

Lo cual para mí no tenía ningún significado, salvo el de una imprecisa amenaza.

Algo siniestro, ajeno a mis sentimientos, parecía moverse en mi interior ante la contemplación mental de los números, diferente de mi repulsión hacia las matemáticas, más natural en mí.

Por otro lado, lo del Anneau-Tournant, y rememorando su estrambótico recorrido, me sonaba al “Corro de la Patata”...

No lo comenté, por parecerme ridículo.



## CAPITULO XXXVI. *La clave*

*Finalmente, ante la afasia de la maciza torre, optamos por sentarnos en uno de los bancos de piedra cercanos a la fuente, a la sombra de los arcos.*

-La sucesión es, empezando por el I, tomado como hipotética referencia, y leído de izquierda a derecha, I, V, II, X, XII, VIII, IX, XI, IV, VII, VI, III, lo que parece, a todas luces, absurdo.

-Lo sospechaba. En absoluto es un reloj, ni de sol ni de nada. Tan sólo representa los números del 1 al 12 en sucesión desordenada.

-¿Cómo podemos estar seguros de que las posiciones no han variado a lo largo de los años?

-Los documentos a que he podido acceder parecen indicarlo. Pero en cualquier caso no tendría importancia. Sin embargo, es sospechoso que la sucesión no tenga una lógica, un orden...

-¿Y si obviamos conocer el orden? ¿Y si no hay ningún orden? Una clave de, pongamos, una caja fuerte es una sucesión de números sin sentido.

-No. Se suele utilizar algún tópico, algún significado,... una fecha, un número conocido, algo que facilite su reconstrucción en caso de pérdida u olvido. O que permita no tener necesidad de apuntarlo, es decir, dejar un documento escrito.

-Una fecha tampoco es ¿O sí?

-152101289114763,... tampoco parece un número de teléfono. Además, los números de dos cifras tienen mal encaje. Para reproducir una fecha son necesarios un máximo de ocho dígitos, en general menos. Tenemos 12 ó 15 según consideremos los dígitos de dos cifras. Sobran dígitos.

-No para una cuenta de un banco en Suiza –aventuré, influido por lecturas recientes. Eugène no me hizo ningún caso.

-Un dodecágono... Es una figura compleja, que representa un distribuidor muy complejo...

-Un número de teléfono tampoco es. No creo que valga la pena marcar, para ver si contesta alguien –En realidad, lo estaba haciendo, pero el teléfono no permitió introducir todas esas cifras. Por suerte para mi tarjeta pre-pago- La verdad es que me aburren los juegos matemáticos.

-Déjalo. Se lo pasaremos al doctor y su equipo, que disfrutan con estas cosas...

-De acuerdo –dije convencido.

A decir verdad se me habían ido quitando las ganas de bromear.

(...)

-El doctor creyó haber encontrado una pista que se ajustaba a la sucesión. Un curiosos orden; pero ha resultado incompleto:

Aún así, se podría modificar la sucesión para que se ajustara a lo deducido por el doctor, suponiendo que sí que se variarían las posiciones. Su hipótesis es: 5, 4, 10, 12, 2, 9, 8, 11, 6, 7, 3, 1, en lugar de la recogida por nosotros 5, 2, 10, 12, 8, 9, 11, 4, 6, 7, 3, 1...

-Parece igual de absurdo. ¿Por qué se inicia en cinco, en lugar de en uno?

-Espera. Las variaciones son 4 por 2, 2 por 8, 8 por 11, 11 por 4, 6 por 7, y 7 por 6, en total seis discrepancias, que no son sucesivas porque lo lógico, en caso de alteración accidental, hubiera sido 4 por 2, 2 por 4, 8 por 11 y 11 por 8, por ejemplo. A no ser que realmente se insertaran sin ningún orden...

-¿Cuál es el orden?

-Según el doctor, resultaría una broma muy curiosa, aunque las discrepancias son sospechosas: Se trata de un orden alfabético.

-¿Cómo?

-Sí. Por eso el primer número es el cinco, por la “c”, no el uno que, de hecho, pasa a la última posición, por la “u”.

-¡Qué estupidez!

Ella no hizo ningún caso de mi comentario. Parecía ensimismada en forma enfermiza. Sin embargo, a pesar de mi manifestación yo lo encontraba más ingenioso que estúpido: Era el tipo de trampa que despistaría a un matemático; ella seguía a lo suyo...

-Pero no encaja del todo...

(...)

El texto fragmentario -con algunas suposiciones intercaladas-, que el doctor manejaba, utilizando las claves a las que llevaba la sucesión numérica adquiría, sin embargo, una sospechosa coherencia. Aunque el significado práctico del resultado, más allá de lo literario, se me escapaba.

La traducción libre del doctor tenía un aspecto igualmente oscuro, inconexo y con evidentes lapsos que él había intentado rellenar:

“La marca se revela (...) el día más corto del año.

La marca indica la corrección necesaria (...) en un único ángulo posible (...) bajo la diosa.

La puerta (aparece) al ser invocada (...) tiene efecto parcial, selectivo, discriminatorio.

Los minerales, las piedras, no se verán afectados, aunque cambien sus (propiedades atómicas), (...) en una operación alquímica. No (les afecta) en su geografía, en el espacio, (...) sí en el ángulo temporal. En su (¿spin?).

Los seres vivos se ven (afectados) en ambos sentidos. Se (produce un) desplazamiento (de tipo) cuántico, (...) velocidad superior a la de la luz, (...) desplazamiento geográfico y temporal, (...) por un cruce de convergencia.

(Tanto) en personas como en animales, (...) producen cambios en la organización cerebral, (...) lo que resulta peligroso. De estos cambios, voluntarios o no, defectuosos, proceden los “extraviados en el tiempo”, ¿ $X = J$ ?, que no poseen control absoluto sobre el cambio, entran, salen, interfieren con la realidad recurrente y provocan accidentes y desapariciones. Su (espíritu) se vuelve malvado interiormente, debido al rencor por su situación, aunque a la conciencia sólo asoma la maldad, mientras que su (inconsciente) les oculta la causa.

La maquinaria (...) corregir las paradojas temporales que se producen. Aparentemente, el tiempo “discurre”, pero cambia su ángulo de inflexión sobre la (“realidad”) en un espacio limitado, para eludir el (“efecto mariposa”).

Los desaparecidos se borran incluso del recuerdo”.

No me gustaba cómo sonaba todo eso. Como literatura, resultaba siniestro. Sinceramente, esperaba que el doctor estuviera equivocado, pero no me atreví a comentar nada...

Su interpretación, además, me parecía arriesgadamente caprichosa.

Un archivo olvidado, de los que había traído el doctor en un CD que luego se llevó, quedó sin embargo “pegado” en “mis documentos”.

Le eché un vistazo distraído cuando se marcharon; sonaba a más de lo mismo:

“Cuando se alza la mano de la diosa: A su través se genera la Puerta.

Como el arco iris, su fluctuación es la prueba del acuerdo con los dioses.

(...)

Las Claves para encontrar el camino son gracia de la diosa.

La diosa se llama...”

## CAPITULO XXXVII. *La Puerta / Ciencia ficción*

*Inopinadamente, encontré a Eugène en mi apartamento, delante de la pantalla del portátil, leyendo.*

Me sentí avergonzado y molesto.

-¿Te has pasado a la ciencia ficción? -dijo Eugène, en el tono lánguido que la acompañaba últimamente.

No contesté.

Me pregunté cuánto tiempo llevaba allí, cuánto había leído, además de lo que comentaba. ¿Había leído mis historias de Ginger, que sin duda reconocería?

El ambiente de mis textos, desde luego, había variado.

Para salir de la situación violenta en que me encontraba, me apresuré a exponerle mis ideas sobre el Anneau-Tournant...

(...)

“Reclinados sobre sus tumbonas, Nathalie y Nim se adentraban en un paisaje de nieve. Compartían la misma travesía antártica desde tan solo unos cien de los antiguos kilómetros a vuelo de BIRD.

-Si quieres quedamos esta tarde. Puedo encargar unas cervezas en el pub.

-Bien.

-¿Cuántas cervezas encargo?

-Una y media, para mí, si no te importa compartir.

-No.¿Para qué hora?

-Hacia las cinco.

-No es muy buena hora. Ponen el té. Pero preguntaré.

El mando a distancia conectó el teléfono.

-¿Qué número desea?

-Elegiste la voz de Nadia -comentó Nathalie, como con desgana, pero Nim supo que le molestaba. No se percató a tiempo. Lo hubiera cambiado. La voz sintetizada de Nadia, indiferente, contestó a su "Pub Tetería" con un "En seguida, señor", mientras el

juego luminoso giraba en fractales de auroras boreales, indicando la búsqueda de la conexión solicitada.

Nim se volvió mientras hacia la virtual Nathalie, exacta al original en la distancia, con un ligero desfase inapreciable, y comentó, simulando indiferencia:

-Debí seleccionar sin mirar, ayer.

Pero, en un gesto que quiso parecer indiferente, ocultó con la mano el principio de erección que la voz sintética le había inducido, bajo los efectos de un exceso de Afrodisia en el desayuno. Pensó para sí mismo: Otro error.

-Ya.

Nathalie hizo como que miraba hacia otra zona del paisaje nevado, donde unos árboles tupidos ocultaban en parte lo que pudiera ser un oso polar, absurdamente situado al sur, y que miraba con sanguinolentos ojos depredadores. Fue a comentar algo sobre la estupidez del guionista, pero un leve rubor y un vistazo, como casual, a sus senos, que le parecieron de pronto excesivamente separados, le hicieron callar y pensar en cómo los modificaría. Porque parecían no excitar a Nim como ella esperaba, si recurría él a la excitación técnica. Bien sabía ella como funcionaba el selector de voz cuando se programaba en automático, para adivinar la voz deseada. Ella misma se había sorprendido, gratamente al principio, con la voz, y la presencia virtual, de Johns, al que ahora quería olvidar.

Como si algún signo externo la pudiera denunciar también, cerró un poco más sus muslos para ocultar su depilado pubis, sin dejar de ofrecer su cuerpo reclinado sobre los sensores de imagen, porque no quería que Nim adivinara sus dudas.

Pensó si había sido buena idea conservar el fondo de pared de su loft, argentino mate, que debiera resaltar su escultural desnudo y el leve dorado de su piel. No había pensado en que el reflejo del hielo de los icebergs lejanos que necesariamente formarían el paisaje podían no llevarse bien con la pared de su estudio. Meditó también sobre la conveniencia de haber elegido el pelo cobrizo que aparentemente excitaba a Nim, en lugar de la calvicie absoluta que prefería ella.

Definitivamente, Nim tenía unos gustos un tanto primitivos en cuanto a temas capilares: Un día incluso comentó la posibilidad de que ella recuperara el vello pubiano, alegando que le excitaba especialmente sentir el contacto del suave vello artificial como preludeo al coito. Un gesto suyo de disgusto aparentemente lo disuadió, pero esperaba que insistiera. Quizá por eso había elegido la calvicie aquella mañana, como para dejar clara su opinión al respecto. Los senos pequeños, separados y puntiagudos también habían sido elección propia, por lo que pensó que quizá debiera hacer alguna concesión

a su favor, aunque no iba a renunciar a sus caderas amplias, que le proporcionaban un especial placer en el movimiento rítmico envolvente.

Ya había admitido, pensó por otro lado, usar caninos punzantes con los que morder sus hombros, su cuello y su espalda cercanos al climax, que ella hubiera preferido succionante y basado más en los movimientos apretados de cadera, sus pies cruzados y cerrados con fuerza sobre su rabadilla.

Tampoco le satisfacía la manía de Nim de adornar su sexo con aquellos pelos rizados y tupidos que a saber de qué modelo procedían. Ella lo encontraba insalubre, a pesar de saber lo cuidadoso que era él en cuanto a esto. Pero es que él...

Ahora se alegraba de, por pudor, no haber aceptado la conexión mental tan pronto. En este momento, demasiado pronto, estarían en una discusión mental con resultados impredecibles y el intercambio de mentalidades para llegar a la perfecta fusión podría no resultarle satisfactoria a largo plazo.

Bastaba con el detalle de que el inconsciente de Nim hubiera elegido el modelo Nadia, que ella detestaba. No se veía entendiéndose con aquella rubia, de piel blanco transparente y carne mórbida que parecía imponerse. Ella prefería compartir lecho con un modelo más ecuatorial. Incluso de piel negra, llegado el caso. Le agradecería ayudar a la gestación de genes negros. Eran más fuertes”.

(...)

Estuvimos siempre al borde de solucionar el puzzle.

No me puedo atribuir el haber dado con la solución, sino, quizá, haber tropezado con ella; lo que no cambiaba mi acierto.

Debido a que Eugène y el doctor de nuevo me habían abandonado -no estoy seguro de las causas-, a que no me encontraba con el estado de ánimo mínimo para continuar con mi novela, que estaba en punto muerto, y aburrido de jugar con el ordenador, que últimamente me repelía un poco, cogí uno de los libros que había traído de mi último viaje a casa, en Madrid, sin mirar el título, de todos aquellos que me había prometido intentar leer, y me fui con él bajo el brazo hacia el agua y las sombras del jardín.

Por el camino meditaba -y no quería- sobre lo que me pudiera encontrar al volver a casa, en cuanto a Marta, Brigitte (¿mi hija?)... todo el lío que sin duda se desencadenaría a mi retorno.

Por suerte, y extrañamente, no había recibido ninguna llamada ni e-mail al respecto.

Salir de esas reflexiones despertó mi interés por la edición que había escogido al azar: Una curiosa colección de problemas pseudo matemáticos que Lewis Carroll publicó en periódicos de la época.

Problemas del tipo: “Si dos obreros tardan tres días en construir una pared de cinco metros, ¿cuánto tardarán en construir la misma pared diez mil obreros?”

Como se puede apreciar, problemas reales que se niegan a ser tratados usando la aritmética común.

“Matemática demente” era el título de la recopilación.

Parecía que el problema que nos planteábamos podría ser de ese tipo.

No puedo reconstruir el proceso mental que me llevó a lo que de inmediato me pareció la solución. Fue una reacción de esas comparable a una súbita inspiración. Una corazonada. Pero los factores externos la favorecían: Había retornado, de forma automática, a la Fuente de las Horas, y recordaba cómo habíamos recopilado la numeración Eugène y yo a medias.

Y ella contando en francés:

Un idioma que se ajustaba a la procedencia de los constructores de la Fuente.

Antes de verificarlo sobre el papel, ya estaba seguro de que la serie numérica alfabética cuadraría cuando se expresaran los números en francés.

Finalmente era lógico, y así resultó.

Debía comunicárselo, pero no lo podía hacer de inmediato. Había vuelto a olvidar intencionadamente el móvil, que tampoco tenía en su agenda ninguno de los números útiles para el caso.

Pero tampoco sentía la urgencia: Ya se pondrían en contacto conmigo, quisiera yo o no.

El mecanismo por el cual la serie, trasladada sobre el mensaje, facilitaba la clave, nunca me interesó. Al parecer guardaba relación con la posición de ciertas frases sobre un texto que yo no conocía.

De hecho, aún teniendo delante la propia Fuente y su desgastada secuencia latina, ni siquiera hice intento de levantarme para verificar... ¿qué?.

En realidad, y como las discrepancias no eran tantas entre el francés y el castellano, el doctor estaba a punto de llegar a la solución por otra vía, especulando con los huecos; tan sólo hubiera tardado un poco más.

Me agradeció, cuando se la comuniqué, la información, que también tuvo de inmediato como correcta: Eugène se la facilitó cuando nos vimos, pero no detecté en ella el entusiasmo de otras ocasiones.

A ella, por lo visto, le empezaba a abrumar la aventura también.

Se le notaba ligeramente deprimida, y me constaba que no era a causa de naturales situaciones periódicas.

Era más bien una relajación en su atención.

Yo lo comprendía, creo, e intenté ayudar en la medida de mis posibilidades; pero noté que ella empezaba a encerrarse en sí misma de forma alarmante, y mis intentos no parecían resultar eficaces; tampoco era un rol que yo desempeñara con soltura...

Todos, por separado, nos íbamos concentrando en nuestros propios asuntos personales que, ahora lo veía con claridad, nos eran en gran medida mutuamente desconocidos.

Quizá en el momento más inapropiado.

Eugène no había llegado a conocer tanto de mí como pudiera parecer: Desconocía -al menos eso pensaba yo-, la existencia de Gema y Brigitte, que formaban parte de mis preocupaciones inmediatas. (No sé cuánto habrá podido adivinar por sus incursiones clandestinas en mis confusos textos, mezcla de recuerdos y ficción).

Yo no conocía de ella más que lo que me había querido contar; y además, con razón, yo siempre lo había cuestionado.

Siempre fue muy refractaria a compartir sus sentimientos, incluso en las peores circunstancias, cuando resultaban evidentes.

El doctor parecía descentrado:

Sus acciones resultaban adecuadas y eficaces, pero sus ojos grises no brillaban como al principio. No creo que tampoco Eugène supiera por qué derroteros se movían sus sentimientos; quizá una mezcla de responsabilidad y cansancio, pensaba yo.

Y la comunidad de intereses se presentaba de pronto como un lazo débil.

La nueva reunión en el loft de Eugène resultó triste, por aséptica.

Los próximos movimientos, sin embargo, estaban detallados y seguros.

Y cada cual tenía su parte perfectamente definida.

Faltaba la motivación.

El día amaneció luminoso.

El solsticio se acercaba, pero el doctor prefirió que nos adelantáramos un par de días, sin aducir motivos.

Por otro lado, tampoco quiso ni oír hablar de acompañarnos: Alegó algo referente a unos datos que urgentemente debía recopilar, en confusa y evidente mentira.

Eugène y yo de nuevo madrugamos sin razón: Teníamos por delante todo el día, y ninguna otra cosa que hacer que esperar.

Me citó en su loft, pero me esperaba en la puerta de la calle cuando acudí.

Evidentemente, tampoco había tenido un sueño plácido. Inquieto supuse, si se parecía al mío.

Por convicción o por sensación de despedida mostraba una alegría un tanto artificial: Nunca habíamos hablado de qué pasaría, en cuanto a nuestras relaciones personales, una vez hubiéramos llegado a la conclusión de la misión, que se avecinaba.

Es cierto que yo había hecho mis planes contando con ella, imaginando un futuro improbable porque no tenía base real fuera de mi imaginación: Amor de hombre...

Ella nunca se quiso comprometer, y su futuro pasaba, al parecer, por acabar su doctorado en Inglaterra, si no me había mentido; yo no me quise plantear la situación en ningún momento, por cobardía.

Paseamos, en silencioso y lento ambiente de despedida, por el jardín, hasta la hora de comer.

Se me ocurrió, en un momento de frustración, que ella no había querido que yo subiera a su casa para no tener que mostrarme sus maletas hechas, su hogar provisional desmantelado, listo para la partida.

Luego busqué en la memoria reciente algún lugar anodino y próximo para comer, que aportara a ser posible un mínimo de recuerdos, resultando que ninguno era satisfactorio; todos me evocaban sentimientos ambivalentes.

Pensé en el Castillo, al que llegaríamos en cinco minutos, que yo no había visitado con Eugène.

Ahora yo estaba haciendo todo el gasto en cuanto a decisiones, porque ella parecía como drogada: Aunque lo deseché, lo pensé muy seriamente.

Así que aceptó, sin comentarios, mi sugerencia.

No quise indagar si el lugar le era previamente conocido, ni por qué, en su caso.

(...)

Durante la comida intenté, con poca fe, que me explicara qué es lo que íbamos a hacer y cómo se iba a desarrollar la operación. No porque tuviera interés, sino para sacarla de su mutismo.

Me explicó, sin embargo, entre bocado y bocado, con una cierta desgana:



## CAPITULO XXXVIII. *Alquimia*

*La proyección de la torre, de unos determinados relieves de la torre, en su centro geométrico, alineados con el sol en el ocaso de su solsticio, determina una posición de las doce posibles del Anneau-Tournant, con una declinación, ascendente o descendente con respecto a las otras.*

Partiendo desde esa posición única, se producen una serie determinada de giros, a derecha o izquierda, en una determinada secuencia y graduación, similar a la combinación de una caja fuerte, que va dando las partes del total capaz de abrir la “Puerta”.

Todo ello exige un momento especial, concreto en el espacio tiempo.

Y la apertura, una vez arrancado el mecanismo, se produce de forma automática, exista o no la voluntad externa que la provoque.

Los testigos del hecho quedan informados, y autorizados.

La idea del doctor es forzar la secuencia, el arranque, fuera de plazo, para adelantarnos al próximo solsticio, en previsión de alguna situación desafortunada que no concretó, pero que podíamos por experiencia imaginar.

Mediante el cálculo teórico de las posiciones celestes que se darán y haciendo uso de un complejo simulador, se reproduce de forma virtual el instante, siendo entonces nosotros capaces de forzar la secuencia desviando el rebote sobre la superficie de la torre del rayo infrarrojo, invisible, con una pequeña lente fabricada ex profeso con antelación en la universidad Autónoma, que debía situarse a una hora y en una posición exactamente determinada y de la que conocíamos todos los detalles, de forma que la refracción en un pequeño grado del haz lumínico lo condujera justamente hacia donde llegará dos días después.

Esto pondrá en marcha el mecanismo a voluntad, con la antelación buscada.

Con este mismo objetivo, el doctor sopesó la posibilidad de usar la máquina del tiempo que ya conocíamos para, en un corto viaje de ida y vuelta, recoger los datos geográficos necesarios y retroceder: Máquina del tiempo, Anneau-Tournant, máquina,... 22 de junio, 24 de junio, 22 de junio,...

Pero eso equivalía a exponernos a un peligro cierto, que no había motivo para correr.

Era mucho mejor idea probar el adelanto virtual.

A ninguno nos apetecía volver bajo el regajal, aún sabiendo que ya no existía peligro alguno.

Así que el doctor y su desconocido equipo universitario se centraron en el cálculo.

Según él, y a juzgar por los datos que veníamos manejando, casi podía adivinar el resultado, lo que resultaba indudablemente ventajoso.

Nuestra situación geográfica al pie de la fuente ya estaba exactamente definida.

Aunque no era nuestro destino final, resultaba un buen punto de partida.

(...)

Con la lección bien aprendida, elegimos una hora tardía.

Era preciso permanecer dentro del jardín después de la hora de cierre. Pero Eugène aseguró que esto no sería problemático, aunque no explicó sus planes.

Como de costumbre, reprimí mi deseo de preguntar.

Pero permanecer escondidos dentro del jardín mientras los guardias hacían la última ronda antes de cerrar las puertas de hierro no me parecía una misión complicada.

Ni siquiera, por lo que había podido observar, hubiera sido dificultoso entrar o salir del jardín fuera de las horas permitidas, utilizando para ello cualquiera de las puertas que sobre pequeños puentes cruzan la ría, que no se abrían nunca y que por ello estaban siempre descuidadas de vigilancia.

Otra cosa sería pasar desapercibidos ante los circuitos cerrados de televisión que ofrecían a la central de vigilancia barridos de imágenes desde posiciones estratégicas.

De todas formas, como de costumbre, no me quise preocupar de esos detalles, yendo con Eugène...

Como vulgares turistas curiosos, entramos al parterre por la puerta principal, con bastante tiempo por delante, y paseamos bajo los magnolios siguiendo la verja de la ribera del río, camino del puente que comunicaba el parterre y el palacio con la isla.

Nos detuvimos a ver cómo unos niños alimentaban con migas de pan a los haítos patos que deambulaban abajo, en un remanso del río tras la presa, porque nos sobraba tiempo y era agradable ver discurrir el agua verde, tempestuosa sobre la cascada, calmada un poco más abajo.

Después, tras rodear a Hércules, enfilamos el largo corredor de fuentes que desembocaba en la de Baco, atravesando muchas otras, entre las que se encontraba nuestro objetivo.

En un rato estábamos sentados, hipnotizados por las piruetas acuáticas y las borboteantes composiciones musicales del único chorro de agua que se eleva sobre la sencilla pileta del Anneau-Tournant.

Nuestro silencio, respetuoso con el ingenio artístico, no fue de momento roto, por tácita decisión. Simplemente, dejábamos que el tiempo discurriera, como el agua.

Eugène había tomado mi mano con la suya izquierda, como otras veces, como en forma casual.

Un leve cosquilleo, un leve escalofrío que atribuí a mi melancolía, parecía alcanzarme a su través.

Su mano se notaba fría, pero en absoluto desagradable.

Cuando observamos que los paseantes se iban dirigiendo sin prisa hacia la salida, porque varios avisos en forma de toques de corneta desafinada, a nuestra espalda, advertían del inminente cierre, hice amago de levantarme, al observar a nuestra espalda que el guardia uniformado, con la corneta en la mano, cerraba la lenta procesión.

Pero Eugène aumentó un poco más la presión sobre mi mano, en muda señal de que permaneciéramos inmóviles, sentados sobre la fresca piedra del banco.

Cuando el guardia llegó a nuestra altura, dirigió su mirada al banco vacío de su izquierda. Luego al de su derecha, donde nosotros encaramos sus negras gafas de sol.

Sin hablar, volvió la mirada al frente, hacia la fuente, para rodearla, justo por delante nuestro, al tiempo que volvía a embocar la corneta, emitiendo, un poco más adelante, otro monótono y desafinado aviso.

Al poco, desapareció bajo las sombras de los árboles del largo paseo.

Cuando se hizo evidente que el último turista, seguido del último guardia, habían abandonado el jardín, Eugène acarició un momento mi mano sudorosa, antes de soltarla.

He de confesar mi perplejidad, en primera instancia.

Contemplando al guardia alejarse, con la boca un tanto más abierta de lo normal -la mía, quiero decir-, me preguntaba si el vigilante pudiera formar parte del complot de amigos de Eugène y el doctor, lo que ya no me resultaba tan descabellado; pero me pareció improbable, porque la clara impresión que me produjo su mirada y su actitud tras los negros cristales no era de complicidad, como hubiera sido el caso, sino de que, en realidad, no nos había visto.

Lo cual era, a todas luces, impensable.

A mi memoria acudieron las aventuras que a medias me había contado Eugène, aquellas exploraciones donde no se explicaba de qué forma había ella podido frecuentar ciertos lugares a la vista de todo el mundo sin tener problemas...

Cuando soltó mi mano, que me restregué sorprendido, le pregunté directamente por ello.

Me resistía a sorprenderme más, aunque mi boca, aún abierta, me delataba sin duda, al tiempo que ella sonreía.

No me explico por qué, su sonrisa me tranquilizó, contra toda racionalidad.

Pero es que llevaba tiempo sin sonreír.

-¿Le conoces? –inquirí por fin.

-¿A quién? ¿A ese? No.

-Me lo temía ¿No nos ha visto?

-No. Ha visto el banco vacío, como debía de estar.

-¿Porqué? ¿Cómo?

-Nuestros átomos no estaban allí cuando él miró.

-¿Y dónde estaban? –quería ganar tiempo, recapacitar.

-Estaban disueltos en la piedra, en el aire, en el agua, en la vegetación. Él ha visto el banco de piedra, la fuente, los árboles...

-¿Qué? ¡Yo no he notado nada!

-¿Y qué querías notar?

En el fondo, me gustaba que ella disfrutara de tan extraña broma, tras tan largo autismo. Salvando mis dudas, le seguí la corriente:

-Pero yo te veía.

-¿Seguro? ¡Tú estabas mirando al guardia! Ni siquiera te has visto a ti mismo.

-No entiendo nada.

-Si lo quieres saber, se trata de Alquimia aplicada.

-¿Qué?

-Lo aprendí en París. Se trata de interpretar correctamente los textos de, por ejemplo, Nicolás Flamel. Contando con un buen maestro, claro. Yo conocí a Fulcanelli.

-¿Es sencillo de hacer?

-No. Requiere mucho estudio y entrenamiento. En ese punto los alquimistas no engañan: El proceso es largo, aunque gratificante a largo plazo.

-¿Tú eres alquimista?

-Tengo un grado bastante alto en el Magisterio.

-¿Y el oro? –¡La majadería esperada, pensé nada más formular la pregunta!

-El oro, como ya habrás intuido, es un símbolo. Aunque ciertamente se da por añadidura, como indican las Escrituras. Digamos que no tengo problemas financieros, aparte de los cheques que me envía regularmente mi padre ¿He satisfecho tu curiosidad?

-No. Pero sé que no me vas a contar mucho más.

-Tienes razón. Pero deberías intentar adivinar...

-Dudo mucho que pudiera. Además, estoy muy cansado. Más bien hartado.

No era ese mi sentimiento real, pero me apetecía que lo pareciera, al menos.

-No confías mucho en ti mismo –concluyó ella al fin.

-Tú, en cambio, sí confías en ti misma...

-Eso parece. No es cierto.

Apartó su vista de mis ojos, para dirigirla vagamente al paisaje, que caminaba hacia la penumbra, aunque no soltó mis manos, que sostenía juntas, y ahora presionó levemente.

Me pareció que estaba dispuesta a la confidencia. El atardecer lo solicitaba de cualquier persona sensible. Y yo quería ganar ascendente, así que, imprudentemente, pretendí aprovechar su instante de debilidad:

-Debe ser duro mantenerse distante y calculadora constantemente.

-Sí. Sobretudo cuando te involucras de forma personal. Sabes que, en cuanto a la distancia, física, no dices la verdad.

Lo que parecía una broma, se convirtió en algo diferente. Ahora, en lugar de al paisaje, ya casi inexistente, miraba, pero con los ojos cerrados, las negras pestañas perfectamente onduladas, hacia nuestras manos unidas. Su expresión era dulce, aunque seguía siendo seria.

Algo, no sólo anímico, me impidió nombrar a Mila.

Aunque pensé que era muy probable que fuera su imagen la que rondara su mente en ese instante. Intelectualmente, nunca las comprendí a ellas.

De alguna manera, había llegado a sentir lo que de forma vulgar llamamos amor, por Eugène; en eso, a mi pesar, no me podía engañar.

Mila era otra cosa.

Además, sentía con dolor cómo ella iba desapareciendo de mi memoria, cómo su imagen se iba haciendo imprecisa día a día.

Ya era casi tan sólo un nombre que difícilmente se asociaba a una imagen.

Creo que a Eugène le sucedía lo mismo. Y que su dolor era mucho más profundo que el mío.

(...)

La situación resultaba extraña. Justo cuando estábamos a punto de culminar la operación, parecían aflorar las dudas que no habíamos sufrido antes.

Por mi parte, no podía decir que sintiera miedo exactamente. Quizá una lógica prevención contenida. Mi ignorancia y mi injustificada confianza en Eugène me hacían de escudo hasta el momento.

Sin embargo, ahora me parecía verla dudar. No de su capacidad, sino de la necesidad global de la “misión”.

Mientras se había mantenido la tensión, no había habido tiempo para reflexionar. Ahora, que tan sólo quedaba actuar, sin reflexión, en la espera inútil aparecían las dudas.

Sin embargo, pareciera que tuviéramos los papeles cambiados.

Eugène daba síntomas de melancólica depresión.

Me hubiera gustado -quería creer- que yo tenía algo que ver con ello. Que ella me iba a echar de menos, un poco al menos, al acabar la operación.

Como fuera, intenté actuar de confidente, en gran medida por interés privado, aunque también en forma desinteresada por una cierta compasión que me inspiraba su estado de ánimo.

A pesar de mis nobles intenciones, no puedo decir que tuviera mucho éxito.

## CAPITULO XXXIX. *Puesta de sol*

*Teníamos que esperar a la puesta del sol, para la que aún faltaba una media hora.*

En realidad, la hora exacta calculada por el doctor correspondía a unos minutos antes de la puesta del sol, con objeto de compensar el solsticio. El solsticio marca el día más largo del año, y la hora de este ocaso -el nuestro, un par de días antes- hubiera correspondido a la noche, prácticamente, en aquel lugar.

Según el doctor, el rayo infrarrojo se produciría igualmente cuando el ocaso distribuyera su último haz de luz, solo que el que presumiblemente iba a rebotar sobre el centro geométrico del relieve de la torre, debido a la diferencia en la posición del sol lo haría en un ángulo que en la distancia se abriría más allá de la fuente; más a la derecha y más abajo.

Interceptándolo en una posición intermedia entre la torre y la fuente, a una altura asequible para una persona -incluso para Eugène- y haciéndolo atravesar una pequeña lente cuyos espesor y curvatura se habían calculado para ese momento y ese lugar, el rayo se desviaría hacia la izquierda y hacia arriba hasta alcanzar la base de la pileta de la fuente, donde pondría en marcha un mecanismo programado para dos días después.

El rayo venía colimado –condensado- desde la torre, en cuyo relieve existía un primitivo pero eficaz colimador que separaba la frecuencia infrarroja y la concentraba, como un laser, en forma de delgado rayo rectilíneo. Un mecanismo óptico ancestral.

Mientras Eugène me iba explicando todo esto -creo yo que para no darme más detalles sobre sus capacidades alquímicas, ni sobre sus verdaderos sentimientos, que era lo que a mí me interesaba más- las sombras se fueron alargando hasta anunciar el inmediato ocaso.

Así que nos levantamos y nos dirigimos a la posición que el doctor nos había definido.

(...)

Seguí a Eugène hasta una posición cercana unos quince metros de la fuente, atravesando los búnibos, cerca del centro de una pradera de césped.

Ella eligió el lugar exacto, se situó, de espaldas a la torre, de cara a la fuente, y extrajo de su bolso unas pequeñas gafas de visión nocturna, que se ajustó, y la lente, que

sujetaba entre los dedos índice y pulgar de su mano izquierda, eligiendo la altura y el ángulo que habían sido escogidos usando las proporciones de su propio cuerpo, tomado como referencia en las simulaciones virtuales. Se tuvo en cuenta, anoto marginalmente, que ella era zurda.

Para cualquier otra persona que no fuera ella resultaría muy complicado reproducir la posición exacta que iba a tomar la lente en su mano.

Las gafas de visión nocturna tenían por objeto ver la frecuencia lumínica infrarroja, que era presumible fuera la forma en que la manifestación tuviera lugar, aunque no era un objetivo imprescindible; tan sólo obedecía a la curiosidad.

(...)

La ejecución fue inmediata, pero impresionante.

Eugène me había indicado que no me quedara con ella, sino que me situara al lado de la fuente, fuera de la trayectoria activa. Así que me limité a esperar, observando atentamente la piletta de la fuente del reloj desde el lateral izquierdo mirando desde la torre, a su espalda. (de la torre).

No tenía ni idea, a pesar de todas las explicaciones previas -a las que no había prestado gran atención, porque estaba pendiente de ella, de sus ademanes y sus ojos brillantes- de lo que iba a suceder.

Entonces el último rayo de sol atravesó la vegetación.

Creí ver -o imaginé- un leve destello anaranjado, justo en la base de la piletta.

De inmediato, las losetas que formaban el Anillo que rodeaba la fuente -que no expelía agua desde unos diez minutos antes de que empezaran los avisos de los guardias par indicar a los visitantes la hora de cierre- parecieron girar sobre el eje de la piletta, que permanecía inmóvil; lentamente y sin ruido, como maquinaria bien engrasada.

Digo que giraba el Anillo, y permanecía inmóvil la fuente porque se me hacía más racional, y prefería conservar una referencia visual mínimamente segura, si bien he de confesar que mi sensación interior, la que me negaba admitir, es que todo se movía.

Pero era arriesgado, para mi salud mental, plantearlo siquiera.

Eugène, que supuse había podido ver el rayo y su trayectoria, gracias a su preparación previa, abandonó las gafas de visión nocturna sobre el césped y se acercó corriendo a mi lado.

Inútil urgencia, porque el giro, que ya resultaba evidente, era sin embargo lento y cadencioso, casi imperceptible:

Fuera lo que fuera que había que ver, parecía sobrar tiempo para ello.

Ambos permanecemos fijos en el lento giro del Anillo.

Al cabo de lo que me pareció un largo periodo de tiempo, que probablemente no superó un par de minutos reales, con un suave pero seco “clic” el giro se detuvo, y una de las losetas, la marcada con el número “V”, se destacó en relieve y con pálido resplandor, dibujando nítidamente el signo en contraste de luces y sombras. Tanto más cuanto que la oscuridad nos había ya invadido.

El giro, obedeciendo a un invisible mecanismo, se invirtió.

Eugène, tomándome de la mano, con prisa, me llevó hacia la loseta, saltando sobre el Anillo en movimiento, al otro lado de la fuente, donde el brillo pálido de la loseta permanecía, hasta que ambos trepamos sobre ella, tomando nuestras figuras, al hacerlo, una fosforescencia pálida, de la calidad de la luz de la que procedía; estatuaria, marmórea.

Esa impresión me vino sugerida por la figura resplandeciente de Eugène.

Sentí un calor ascendente, que se acentuó cuando Eugène -como hubiera podido sospechar- se enganchó de mi cuello para abrazarme por la espalda.

Noté -aunque no podía verlo- que no se mantenía estática, sino que su redonda cabecita giraba nerviosa observando hacia uno y otro lado no se sabía qué.

Todo a nuestro alrededor, hasta donde se podía ver, que no era mucho, permanecía en penumbra.

Finalmente me señaló hacia el centro, hacia la pileta, usando tan solo un dedo alzado, para no tener que separar su piel de la mía más de lo imprescindible.

El pétreo tazón de mármol, supuestamente inmóvil, estaba adquiriendo una cualidad translúcida que parecía mostrar algo en su interior en movimiento.

-¡Es un Aleph! -me susurró Eugène, alarmada- ¡No lo mires!

-¿Un qué?

-¡Olvidalo! ¡No mires! Cierra los ojos -y usó sus dos manos para asegurarse-. Es una especie de trampa sutil. Un Zahir perverso.

Obedecí, qué remedio, ante su tono imperioso y su dos manos sobre mis párpados. Pero tuve tiempo de ver luces y figuras en movimiento, alguna de las cuales me resultaban familiares, otras absolutamente desconocidas, y todas ellas fatalmente atractivas.

Al perder la visión, un leve mareo próximo al desvanecimiento me invadió, y note que la presión de las manos y el cuerpo de Eugène aumentaban sobre mi espalda, mis hombros,...

Algunas sensaciones de índole interna empezaron a resultarme familiares, y llegaban en aumento.

Pero el movimiento, que no cesaba (acabábamos de alcanzar algún otro tope mecánico, apenas audible, que indicaba, y así sucedió, otro cambio en el sentido de giro), aportaba una no muy agradable sensación de ingravidez.

Ante un leve quejido de Eugène, y desobedeciéndola, liberado de sus manos sobre mis párpados, que ahora presionaban mis hombros, abrí los ojos...

No me gustó nada lo que vi.

Volví a cerrar los ojos para poder pensar, o concentrarme, y poder concluir que lo que había visto era una ilusión óptica.

Pero sentí que el lento, desquiciado giro, continuaba cadencioso.

Lo que yo había creído ver, desde arriba, era que el Anillo entero se hallaba levantado sobre el suelo por nuestro lado, donde teníamos los pies, inclinado hacia el centro, y hundido levemente en el piso en el lado contrario.

Lo que no podía ser, porque con aquella inclinación hace tiempo que nos hubiéramos roto los huesos contra la pileta.

Y esto, por ahora, no había sucedido.

Aunque la injustificada sensación de ingravidez, absurdamente, lo justificaba.

No quise, en cualquier caso, confirmar la evidencia.

Menos cuando, me temo, nos dirigíamos hacia abajo, hacia la tierra, sólidamente definida, en la trayectoria loca de giro que estábamos describiendo.

Un cambio, apenas apreciable, del ambiente, del medio (no sé como explicarlo) pudo coincidir con el momento en que penetramos en el piso de tierra, si es que era verdad lo que, en un vistazo, había previsto.

Ahora sí que no quería mirar: apreté fuertemente los ojos.

Como desde otro mundo, me llegó la voz de Eugène, como compartiendo su fe:

-Podemos atravesar lo sólido –susurró, supongo que con intención de tranquilizarme-.

¿Sí? –pensé yo muy alarmado.

(...)

Por supuesto, y pensando en mi salud mental, no quise indagar nada sobre lo que estaba pasando.

Apreté más fuertemente los ojos cerrados, para estar seguro.

Pero claro, al hacer eso, empecé a ver luces, colores, puntos sobre fondo negro...

El fondo cambió a rojo pálido, con destellos anaranjados. Las formas reptantes, de un marrón suave y pálido, ramificadas, se extendían por todas partes. Parecían inmóviles, pero no silenciosas, sino susurrantes. Al atravesarlas, se apreciaba la textura de la viscosa savia, biología en estado puro, nutriente en simbiosis con los minerales disueltos en la tierra roja, que subía a través de las raíces hacia arriba, lenta cargada de valor, de vida.

La riqueza de la tierra, disuelta en agua regia, hacía aflorar y sostenía la vida vegetal por todas partes, desde lo más profundo y oscuro, donde sólo ancianas raíces alcanzaban con filamentosos tallos, muy por debajo de nosotros, en lo ocultos acuíferos, hasta -y ahora se avecinaban- las pequeñas y abundantes raicillas casi superficiales que flotaban en una estrecha capa de abono riquísimo y ventilado, entre formas vitales que intercambiaban constantemente jugos, excrecencias y nutrientes entre sí y con la vida vegetal.

Esta última frontera iniciática se traspasa cediendo calor, para surgir al aire fresco, de nuevo a la vida.

Morir y resucitar, se me vino a la mente; traspasar la primera frontera.

Tras esta alucinación (no sé si mis ojos habían permanecido o no cerrados, creo que sí), el aire puro de la noche estival, denso de miasmas vitales en flotación, penetraba entre los huecos atómicos que iba cediendo la tierra, y yo no necesitaba ver, ni oír, ni tocar, ni oler, porque los olores, las formas, los sonidos, estaban conmigo, dentro de mí.

Formaban parte de mí, y yo era ellos, un nuevo ser híbrido, con la personalidad difuminada, ampliada.

Ahora, no sé por qué, desconocía lo que era el miedo.

Como no necesitaba los ojos para ver, ni los oídos para oír, ni la piel para sentir, y no conseguía distinguir mi yo de lo que me rodeaba, y ya no distinguía mi yo del de Eugène -que era también yo, y yo era ella, y los dos éramos Mila, y los tres éramos todo lo imaginable por un humano-, empecé a sentirme francamente bien, estúpidamente feliz de ser como era y de estar donde estaba, y una plácida paz interior me invadió.

Por un breve instante.

También, y casi a la vez, un deseo egoísta de permanecer así siempre me invadió, durante un tiempo que no sé calcular.

También noté la manifestación vaga, escondida, de una sombra oscura, que no pude distinguir si estaba conmigo, a mi lado, o era yo...

De pronto me sentí apremiado, agitado como para despertar.

Eugène me hablaba, sin voz. Su tono era dulce, suave. Sus palabras me incitaban a resucitar.

Me pregunté si ella había tenido las mismas sensaciones. Supuse que sí.

Me pregunté si ella también había visto la sombra, que ahora, al recordarla, me produjo un escalofrío.

Su voz me llamaba suave, sin sobresaltos, aunque con una nota de urgencia que yo no comprendía.

Sus brazos, que se cruzaban sobre mi pecho, apretando suavemente sus senos sobre mi espalda, me oprimían sin dolor.

-¡Mira! –comunicó a mi mente- ¡Abre los ojos!

Despacio, mientras recuperaba mi yo individual, mi cuerpo humano, abandoné la relajación y, con bastante trabajo, ordené a mis párpados, que se resistían, que cumplieran su misión, y se levantaran...

## CAPITULO XL. *Recepción*

*Tanto el paisaje como la situación resultaban asombrosos.*

Trataré de situarme, punto por punto.

Quiero ser todo lo objetivo posible, aunque tengo que reconocer que el momento no era el apropiado para recopilar datos.

Intento al menos separar lo que creo que vi de lo que creo que imaginé.

Las lagunas, las incoherencias, se deben achacar a mi confusión mental, porque ahora creo firmemente que lo que sucedía era real, aunque pertenezca a otra realidad diferente de la nuestra, en la que caben la nuestra y algunas más...

(Pero no me quiero justificar más.

Yo lo creo.

A juicio de cada uno, a su sensibilidad, dejo el ser creído).

Estábamos, evidentemente, flotando en el aire, de pie sobre la pulida y resplandeciente loseta marcada con el símbolo V.

Eugène, que en ningún momento, que yo hubiera apreciado, había dejado de permanecer abrazada a mí, se había ahora situado a mi lado, sin cejar en el cercano contacto de pieles, y miraba al frente, al límpido cielo estrellado.

Ningún obstáculo impedía nuestra visión, porque estábamos bastante por encima de las más altas copas del jardín, que sentía a nuestros pies como un sordo rumor, aunque no intenté mirar hacia abajo.

El Anillo, el Anneau-Tournant, casi horizontal, estaba sin embargo un poco más elevado de nuestro lado, como marcando la inequívoca orientación que debiera tomar nuestra visión.

De momento, no se veía nada que no debiera estar allí: La luna llena, las brillantes estrellas, los lejanos sonidos nocturnos de la brisa sobre los árboles, algunos noctámbulos cazadores alados marcando con espaciados ululares su territorio cinegético...

No sé calcular la hora por la posición de los astros, pero la noche parecía avanzada.

Que nos acercábamos a alguna hora clave, a alguna conjunción de la tierra con la bóveda celeste, parecía sentirse en el ambiente, cargado de una expectante tensión.

El Anillo de piedra no estaba del todo estático.

Tenía un suave balanceo, como movido por una brisa inapreciable, y se inclinaba en suave pendiente hacia arriba y hacia abajo, como si buscara -movido por una inteligencia o un mecanismo programado- una posición concreta.

Imité a Eugène, que miraba alrededor, arriba y abajo, intentando orientarse. Yo, abajo, no miré mucho: Era lo menos interesante, lo más oscuro, y me producía vértigo confirmar que -en la vertical de la fuente del reloj- flotábamos a unos cincuenta metros de altura (Muy alto, quiero decir; no soy fiable en mis cálculos).

En cuanto a los alrededores, la única posición cómoda para nosotros, salvando la escasez de superficie bajo nuestros pies, era mirando sobre el centro del Anillo hacia el extremo opuesto, siguiendo la línea de la leve inclinación. El Anillo parecía estabilizarse sobre su posición, que él mismo parecía decidir, influenciado por no se sabía qué, y forzando nuestra posición, y nuestra visión, hacia una única posibilidad.

De hecho Eugène estuvo a punto de perder pie al intentar situarse mirando en el sentido contrario, ascendente, de la línea que el Anillo trazaba desde el cielo hasta el suelo.

Al engancharse a mí, para no caerse hacia atrás en su irreflexiva maniobra, estuvo a punto de arrastrarme. Peligroso experimento del que yo no veía la necesidad. Menos mal que ella pesaba poco. ¿Pesaba menos de lo habitual, me pregunté?

Sea como sea, me informó de que había podido ver que nos encontrábamos en línea con una especialmente brillante estrella -u objeto estelar, que nombró, pero yo no entendí- y un punto del suelo, a unos quinientos metros, mal calculados, de nuestra posición, a vuelo de pájaro aterrizando.

Según ella -aunque sólo tengo su palabra- su arriesgada maniobra se había debido a que había sentido como desde aquel punto del suelo había partido, velocísima, una señal lumínica en forma de rayo que necesariamente tenía como destino la estrella, o lo que fuera, que quizá, aventuró, no estaba antes allí; sobre esto sólo puedo dar fe de sus palabras.

Como fuera, y para intentar relajarme, tuve el reflejo automático de ir a consultar mi reloj, de nuevo, verificando, de nuevo, que aún estaba en la relojería, a reparar, y yo no había pasado a recogerlo.

Esta maniobra tuvo como consecuencia constatar que ambos, Eugène y yo, parecíamos desnudos, o que nuestros vestidos no se ajustaban a la moda del lugar, pero esto lo anoto como anecdótico, porque no me pareció relevante.

Lo que pasaba es que sentía la necesidad de hacer algo, u ocupar mi mente en algo, porque ahora sí estábamos absolutamente estáticos y expectantes, y el silencio era absoluto, y la sensación térmica nula, y allí no pasaba nada que yo fuera capaz de apreciar, nada se oía, nada se movía, y todo ello me producía una cierta impaciencia.

En algún momento que no consigo situar -quizá cuando Eugène estuvo a punto de perder pie- yo había enlazado su cintura en recíproco gesto con el suyo con lo que, al contraluz de la luna, y ligeritos de ropa, debíamos formar una curiosa escena de película de serie B.

Evidentemente, mi mente divagaba ante la forzada inactividad.

Eugène en cambio, frente a mi estúpida actitud, no apartaba la vista del negro punto del suelo desde donde pretendía que había partido el rayo que yo no vi, con concentrada atención.

De forma gradual, un grave y leve silbido nos indicó que finalmente algo sucedía a nuestra espalda. Antes de ser consciente de ello, Eugène me advirtió que no mirara hacia atrás lo que, lógicamente, provocó que yo volviera la cabeza un instante; un vistazo fugaz, porque ella me obligó, cariñosa pero firmemente, a mirar hacia delante.

Pude en ese instante ver que una línea de luz, perfectamente visible, que partía de aquella estrella (o lo que fuera), culminaba en un brillantísimo punto que se dirigía indudablemente hacia nosotros.

Asustado, pero inerme e incapaz de reaccionar, me concentré, como ella me dijo, en el suelo: Agaché la cabeza, quiero decir.

Mientras, en lenta gradación, el zumbido asociado al haz de luz, que ahora se hizo evidente, iba creciendo en volumen y frecuencia.

Antes de que el volumen se hiciera intolerable -ambos habíamos abierto instintivamente la boca alarmados ante esa posibilidad- su frecuencia superó el límite de lo audible, por suerte para nuestros tímpanos.

Apenas notamos un calor, no muy elevado, que nos rodeaba, y un resplandor blanco azulado que nos abarcaba a los dos y a todo el Anillo, cuando la luz superó nuestra posición estrechándose convergente hacia su centro, en dirección al suelo.

Su ritmo resultaba lento, y su trayectoria y cambios se apreciaban con gran nitidez: Me preguntaba qué estaría contemplando alguien que desde el suelo mirara casualmente hacia arriba, esperando contemplar el cielo estrellado...

Esperaba, con cierto pudor, que aquello no fuera posible.

Mientras, el vértice del cono lumínico del que nosotros formábamos la base, y que se distinguía por un brillo intenso, se alejaba hacia su objetivo, concentrado en una superficie cada vez menor.

De pronto, como en un estallido silencios de luces, los contornos del suelo se dibujaron en leve fosforescencia dentro de un amplio círculo que podría equivaler a la proyección de la burbuja luminosa donde el Anillo, Eugène y yo flotábamos.

La fuente de Venus se destacaba nítidamente dentro de este círculo.

Ese era, pues, el objetivo.

La Venus, en el centro de su octógono, de espaldas a nosotros, destacaba sobre cualquier otra cosa.

Supongo que coincidimos en pensar que se veía venir...

Supongo que -de palabra o en el sencillo intercambio de opiniones, que cada vez nos resultaba más fácil, hasta el punto de que yo a veces no lograba distinguir cuando hablábamos de cuando nos comunicábamos telepáticamente- nos intercambiamos esa información, a modo de comentario.

Parecía un momento crucial.

El Vértice Lumínico se dirigía, deslizándose de abajo arriba, a la espalda de la diosa, en cuyo desnudo hombro derecho se reflejaba con antelación al contacto.

Entonces sucedió algo inesperado, al menos para mí.

En aquella luz, clara pero débil, no había forma de distinguir el mármol de la carne: Nosotros podíamos parecer mármol, y ella podía semejar carne.

Por eso no resultó tan sorprendente como ver que, en gracioso y femenino gesto, la estatua giró hacia nosotros, por su derecha, hasta mostrarnos su espléndido busto desnudo, su faz, de sonrisa enigmática, sus ojos claros y brillantes y su recogido pelo trigueño.

Y, al levantar su brazo derecho, en señal de saludo, se desprendió de la túnica azulada que sostenía su mano izquierda sobre sus caderas, mostrando su grácil y esplendorosa desnudez.

Pero todos estos detalles nos eran mostrados con tanta precisión que solo cabía suponer que nos hubiéramos acercado, descendiendo hacia ella, o hubiera ella subido hacia nosotros sobre el rayo antigravitatorio.

La cercanía del suelo iluminado de la plaza hizo que descartáramos la segunda opción: Ella no había abandonado su pedestal y su fuente, su hogar.

Éramos pues nosotros los que, por su expresión, recibíamos la bienvenida.

(...)

Lentamente, su brazo derecho se iba alzando, aunque lo que mantenía nuestra atención era su cara, su expresión, que hablaba sin voz.

Sus ojos cambiaban de color, siempre brillantes, en coherencia con las variaciones de su tez y el tono de sus cabellos, y su rostro resultaba a veces absolutamente desconocido; pero otras, en lentos ciclos, la faz de alguien familiar, en rara mezcla de óvalos, miradas, expresiones, perfiles...

La mano alcanzó al fin tal posición que, al atravesar el círculo de la Luna llena, refractó sus plateados rayos.

La imagen de mi sueño se confundió con la actual visión, o bien seguía ahora soñando.

Cuando la mano de la diosa se elevó hasta interponerse con la Luna, los plateados rayos se escurrieron por entre el mármol de sus dedos, y la fractal compuesta por la refracción se expandió hasta abarcarnos en un ovillo de hebras luminosas cuyo centro estaba en la palma de la mano de la diosa.

Pero algo sucedía con las proporciones:

Además de que nosotros -incluido el Anillo- estábamos al lado de Venus, frente a ella, de tamaño natural, al principio, cuando la tela de araña de rayos nos abarcó -y dado que podíamos ver sin dificultad la cara y la mano demasiado cercanas- sólo cabía un acercamiento que yo no había percibido... o que la estatua viva había aumentado su tamaño, o que nosotros habíamos sido reducidos, en algún extraño proceso, al tamaño de la palma de su mano, que aunque veíamos de frente, vertical, parecía sostenernos.

Como el resto del paisaje nocturno había desaparecido, se había disuelto en la oscura nada, las proporciones no podían apreciarse por comparación, por lo que finalmente resultaba irrelevante el problema de los tamaños.

Parecíamos flotar sobre el Anillo en un lugar imposible de determinar, que se manifestaba como total oscuridad exterior, dentro de una esfera delimitada por una red de hilos luminosos que nacían de un punto externo -situado en la mano de Venus- y que

avanzaban concentrados desde sus rosados dedos procedentes de un lejano punto del espacio, que pudo ser la Luna, pero que ahora quedaba fuera de nuestro campo de visión, desaparecida en la noche.

Los estrechos y densos rayos parecían seguir caprichosas trayectorias conformando la irregular superficie de la esfera donde se movían en sinuosos arcos de sentido cambiante que se cruzaban en esferoides formas aleatorias.

Estas trayectorias poseían, por otro lado, una extraña calidad sonora, musical, como una partitura elaborada por una antigua civilización perdida que hubiera llegado a conocer el concierto de los astros, la música que las esferas generan en sus desplazamientos. Me percaté de que yo alucinaba, víctima del asombroso espectáculo.

Perdidas definitivamente todas las referencias, aislados del entorno, con el yo debilitado, esperábamos no sabíamos qué.

Mis recuerdos, o intuiciones, no son completos. Como advertí, están llenos de lagunas, y además resultan aún complicados de describir, porque no se ajustan a una lógica humana, siendo difícil describir aquello que no se entiende.

Por otro lado algunos conocimientos, integrados ahora en mis recuerdos, pero sin huella del camino que habían seguido para afincarse allí, de alguna forma tranquilizaban mi espíritu, que de otro modo estaría sin duda alarmado.

Por ejemplo, se aclaraban algunas claves que -aunque en realidad carecían de importancia- aportaban coherencia a un conjunto claramente desquiciado, y la supuesta tranquilidad precisa al caso.

Supe, sin que nadie me lo explicitara, o yo lo hubiera leído, o se me hubiera transmitido por cauces habituales, que el signo V del Anneau-Tournant sobre el que estábamos representaba los cinco dedos de la mano de la diosa. Aunque el conocimiento de tal detalle resultaba completamente inútil.

Supe también que, a la vez, era la “V” de Venus, la diosa que preside el amor, nacida de la espuma del mar...

Pero estos conocimientos espurios no aportaban nada a la situación, salvo la estúpida confianza del que cree saber dónde está.

También supe que Venus no poseía rostro propio: Es decir, los poseía todos.

Sabía que era la guardiana de la puerta, pero que su misión no era autorizar o impedir el paso:

Ni daba permiso, ni solicitaba autorización, aunque ella sabía quién debiera o no entrar.

Esto era lo que transmitía, como advertencia, en el umbral.

Ahora nos recibía a Eugène y a mí.

No como dos individuos, sino como una pareja de seres unidos avalada por el Anillo.

Y entonces tuve conciencia de que la diosa dudaba.

Y pensé, algo alarmado, que, conocida la naturaleza múltiple de Eugène que la aproximaba como ente a aquel extraño mundo, debía ser yo, por tanto, quien la hacía dudar.

Pero no conseguía explicarme la causa.

En un instante dentro de un espacio de tiempo indeterminado, tuve la sensación de un claro cambio de actitud en la faz de la Venus.

Sin duda se dirigía a mí, interrogándome.

La sospecha de que era yo la causa de su duda se confirmó.

Su interrogatorio, suave pero firme, no pretendía impedirme el paso, sino hacer que yo mismo pudiera tomar una decisión basada en los datos necesarios.

Busqué la ayuda de Eugène, pero su actitud no fue clara. La vi también dudar, y eso me resultó extraño.

Comprendí que ahora, ante la Venus, estaba sólo.

Pensé en retroceder, aunque no imaginaba cómo.

Pero en su lengua sin voz, la Venus, finalmente, me animó a continuar.

(...)

-¿Quién se presenta ante la puerta de Venus?

-Juan y Sereira –contestó Eugène.

-¿Qué desean Juan y Sereira?

-Traspasar el umbral del tiempo.

-¿Por qué desean traspasar el Umbral de los Tiempos?

-Para adquirir los conocimientos que allá se guardan.

-¿Estáis preparados para recibir el conocimiento del Tiempo y el Espacio?

Me pareció que Eugène tardaba en contestar más de lo normal.

De nuevo dudaba.

Estuve a punto de contestar en su lugar: ¡Por supuesto que no! Al menos, yo no.

Pero ella se adelanto a mi desesperado pensamiento.

-Sí. Estamos preparados.

¡Qué mentirosa!

Vi en los ojos de la diosa el reflejo de mis ojos, donde destacaban el asombro y la duda que me asaltaban.

Y la duda se materializó en una sombra.

Y era una sombra que no me resultaba desconocida.

Era una sombra que parecía acompañarme: era mi sombra.

Pero en un instante, cuando estaba a punto de descubrir su naturaleza, la sombra desapareció, o se ocultó.

## CAPITULO XLI. *Se me hace un nudo...*

*Se me hace un nudo en el estómago, que no se deshace con nada.*

El alcohol, ciertamente, anestesia.

Pero también hace más vívidas las sensaciones, los sentimientos y los recuerdos: Las imágenes que quedan grabadas como fotografía fija, o como secuencia que se repite sin parar, obsesiva.

Y la profunda impotencia cada vez que me intento justificar. Cuando pienso que no pude hacer nada materialmente.

Y entonces trato de volver atrás, para averiguar dónde, cuándo, cómo pude haber hecho algo que no hice. O hice algo que no debí hacer.

El whisky me dice: No debiste conocerla. Tú eras razonablemente feliz antes de que apareciera para complicar tu vida, que tanto te había costado organizar.

El whisky se contradice: Tienes tanto que echar de menos porque tuviste mucho. Parece que estamos destinados a pagar muy caro cada segundo de felicidad.

El whisky insiste: Olvida. Piensa en otra cosa. Haz planes.

Le cuento mis planes, pero todos se cruzan con Eugène: Propuestas de futuro que ya no serán posibles, que no debieron ser imaginadas siquiera, para no tener que estar a cada momento buscándola.

El whisky me miente: No te preocupes. Cuando vuelvas a casa, ella estará allí para explicarte que todo ha sido una confusión; que aquello no sucedió más que en tu imaginación.

El whisky me sigue engañando: Despertarás, dentro de un rato. Y volverá a amanecer el día. Y no volverá a suceder nada de lo pasado.

El whisky se excede: Despertarás, y nunca habrás estado en este pueblo, no sabes dónde está Aranjuez. No sabes quién es Eugène, ni el Doctor,... ni Mila. No conoces las calles arboladas, ni los estrechos antiguos trazados, ni las corralas, ni los jardines ni las fuentes,...

El whisky me narcotiza, por fin.

No has cenado: Debiste hacerlo.

Ahora lo pagarás con una borrachera inmensa, con una resaca larga y dolorosa.

Y todo seguirá igual que estaba.

El vaso largo, cubierto de rocío generado por el calor de mi mano apretándolo con fuerza, el hielo casi agotado, no dicen nada.

El camarero me sugiere, con amable comprensión, que, puesto que ya sólo queda que yo me vaya para poderse ir él, debiera considerar esa posibilidad.

Ya recogió y apagó casi todas las luces, y la música cesó hace tiempo.

Me invita a tomar otra copa con él, en otro local que cierra aún más tarde.

Su invitación es sincera.

Pero era todavía consciente de mi incapacidad para ingerir una sola gota más de alcohol.

Me abandonó, con una palmadita cariñosa, a la puerta de su local.

De forma automática, tomé el camino a casa ¿A casa? ¿A qué casa?

Hacía frío, o yo lo sentía.

La oscuridad tenía calidad densa.

(...)

Desde el mismo instante en que ella aceptó por los dos nuestra entrada, se desencadenó una secuencia de acontecimientos tan veloz que sólo retazos inconexos del sorpresivo tránsito se mantienen en mi memoria, ya bastante debilitada de por sí.

Creo que fuimos absorbidos con una fuerza irresistible, a una velocidad inimaginable, de forma que atravesando el punto lumínico situado sobre la palma de la mano de la diosa -y tomando necesariamente ese tamaño, es decir ninguno- y con la sensación de haber desaparecido en la nada, atravesamos el umbral, que pareció consistir en ese ínfimo trayecto, abriéndose ante nosotros lo que al principio apareció como una inmensa ventana circular, que se expandió hasta desaparecer (como detrás nuestro).

Noté que, aunque fuertemente abrazada a mí, Eugène miraba al frente, conservando el extraño resplandor azulado, translúcido, que también parecía afectarme a mí.

No quedaba rastro del Anillo -de la nave- que nos había transportado; sólo la V, su vértice en forma de flecha apuntando delante nuestro.

Permanecíamos de pie, aunque con una curiosa sensación de ingravidez -o quizá ausencia de peso, de masa- sobre un suelo de tono rojizo, de la calidad de una arena muy fina, en un paisaje sobre el que un horizonte del que no se veían los extremos

separaba un arriba de un abajo, bañados por la luz de un único astro plateado, liso y brillante, sin rastro de estrellas sobre aquel “cielo” de color azul oscuro uniforme.

Más que un astro, daba la impresión de tratarse de una inmensa luminaria artificial; pero no quise calcular su tamaño ni indagar sobre su funcionamiento.

Por debajo de la línea del horizonte, marcándolo, una ondulada línea en movimiento perpetuo: el mar.

O su equivalente, porque su tono se alejaba del azul que debiera reflejar su superficie, para asemejarse, en más oscuro, al tono rojizo de lo que quise identificar como arena.

En la distancia, y sobre las cercanas olas excesivamente regulares que invadían la arena en forma cíclica para retirarse tras un largo avance, y que no se veían justificadas por el viento, inexistente, se podía apreciar que aquella masa líquida no era agua.

Pero no le encontraba un equivalente que me fuera conocido.

Tuve la sensación de que se trataba de una masa líquida rica en energía y alimento, potente y densa...

Pero tampoco había nada racional que me condujera a esa idea.

Simplemente, estaba implantada en mí.

Sobre su superficie no se apreciaba nada más que los reflejos plateados de aquella luz superior desplazándose sobre las regulares ondulaciones.

Como Eugène, miré a derecha e izquierda, no encontrando nada más que los puntos donde playa, mar y cielo convergían, lejanos, en una difícil confusión de colores incompatibles.

Como la mayoría de mis sentidos humanos parecían anulados, inhabilitados, no soy capaz de describir mis sensaciones térmicas, acústicas, táctiles, sonoras...

Las informaciones llegaban a mi cerebro sin intermediarios materiales.

Los delfines, su mensaje de bienvenida, se anunciaron mucho antes de que la pulida superficie del “mar” se viera quebrada por su aparición, lejana, en nuestra dirección.

La profunda alegría de Eugène -de Sereira- se hizo evidente.

Sin explicaciones ni transición, trató de empujarme hacia la resaca de las olas.

Sin embargo algo me impedía moverme. Algo que a ella, cuando miró al suelo, a nuestra espalda, le produjo una enorme alarma transmutando su alegría en horror.

Lo que fuera, estaba bajo mis pies.

Al girar mi cabeza hacia abajo, a mi espalda, para seguir el objeto de su mirada, empecé a comprender:

Mi sombra, alargada, la única sombra que se podía ver en todo nuestro campo visual, ondulaba en forma extraña, sin justificación, y claramente tomaba forma y vida propias sobre la arena...

Claramente pugnaba -yo lo sentía- por separarse de mí, por obtener su autonomía, su yo particular, sin dejar, de alguna forma, de pertenecerme.

Yo miraba hipnotizado, sintiéndome vaciar, ajeno a lo que sucedía a mi alrededor, el fenómeno siniestro que se iba dibujando y adquiriendo volumen a mis pies.

Eugène, cogida entre dos frentes, parecía paralizada por la sorpresa y el horror.

Los delfines se retiraron a las profundidades, tan veloces como habían aparecido, molestos por el engañoso saludo.

Pareció al principio que Sereira, sin obstáculo visible que se lo impidiera, y en clara metamorfosis acuática, iba a abandonarme a merced de la malvada figura que, partiendo de mis pies, mi sombra, crecía y se elevaba, cercana ya a encararme a mí, inerme y paralizado.

Comprendí, desesperado, que eso es lo que ella debiera hacer: salvarse dejándome abandonado.

Intenté transmitirsele:

Nuestra misión, su misión, a punto de coronar su cima, no tenía por qué verse comprometida por mi inútil persona, que era, al parecer, el objetivo preferente de la informe personalidad negra que, evidentemente, nos había acompañado, oculta dentro de mi interior.

Sin embargo, como un rayo, Sereira se escurrió sobre mi pecho y mi lánguido abrazo, interponiéndose a mi espalda entre mi persona y mi sombra, que ya disponía de una oscura pero reconocible cara: Ahora sabía quién era, o al menos su nombre...

¿¡Marta!?

Pero sólo fue un instante.

En una maniobra que me resultó emocional y físicamente dolorosa, desgarradora, la plateada Sirena arrancó la sombra de mis pies, expulsándola hacia atrás, en confuso y siniestro revoltijo, a la vez que, con una fuerza impensable, precipitaba mi débil y ligero yo, o sus restos, hacia el mar, sin que yo tuviera tiempo de

nada, ni siquiera de volver mi cabeza, retorcida hacia mi espalda, al frente, ni siquiera de pensar o valorar lo que estaba sucediendo.

En absurdo vuelo sobre el líquido ondulante, que pronto fue mi única posible visión, unos lejanos y móviles puntos de luminosidad alternativamente brillante y oscura daban fe de la pugna que quedaba tras de mí, si bien sólo pude entender que eso era lo que pasaba para, inmediatamente -y gratamente ligero, consciente de haberme desprendido de una mitad perversa de mí mismo- recibir noticias desde la profundidad de una posible ayuda que me resultaba sorprendente y familiar, antes de identificarla...

La inconfundible Sirena Mila, en su forma híbrida, me recibió y me condujo hasta traspasar la frontera entre el medio aéreo y el líquido, y nadó arrastrándome hacia las profundidades oscuras, ante la mirada, inquieta como sus gestos, de un grupo de delfines que se limitaban estoicos a observar cómo nos sumergíamos cada vez más profundamente; pronto los delfines quedaron demasiado por encima de nosotros como para saber cuál sería su actitud.

La alta densidad de aquel líquido rojo, ahora anaranjado, como iluminado desde abajo, no impedía nuestro descenso veloz, sino que lo favorecía, tomando Mila y yo, en aerodinámico conjunto, una aceleración que a mí me impedía ya la consciencia, dañada por tantos otros acontecimientos inmediatos, apreciando únicamente que ella, que parecía tener como objetivo un foco luminoso muy por debajo de nuestra posición, descendía rápida y segura dentro de su medio natural, adecuado a sus actuales cualidades...

Sin tiempo para que reflexión alguna alterara mi asombro, lo que había sido un punto un instante antes se convirtió en un vórtice hacia cuyo centro nos dirigíamos.

Antes de verme expelido hacia la puerta, que ella no podía traspasar -como yo sabía sin que nadie me lo dijera- ella me transmitió mentalmente, en un súbito torrente de ideas, lo que yo podía o debía saber una vez atravesado el punto de inflexión que se encontraba al fondo del torbellino espiral que me engulló sin tiempo para comprender la situación.

(...)

Me despertó la fría madrugada, tiritando sobre el suelo húmedo, mojado de rocío y sudor frío, cubierto de nocturnos y diminutos caracolillos, sobre el césped que rodea la torre.

A oscuras aún.

Dolorido y compungido.

Sólo.

(...)

Podía a duras penas tomar el aspecto de un paseante madrugador, aunque excesivamente sucio y desarreglado.

Esperé, semi oculto, semi inconsciente, a que el sol marcara su cenit.

El calor hacía que los paseantes fueran pocos a esa hora.

Y eludiendo la escasa vigilancia de los guardias, logré salir del jardín sin llamar demasiado la atención.

No sé como, llegué a mi apartamento sin tropiezos.

Cerré las persianas, e intenté dormir, o descansar algo.

Todo menos pensar.

Cuando la luz del sol desapareció, me duché y me adecené lo justo para poder salir a la calle.

En la Tetería me proponía reflexionar, pero sólo logré una elevada intoxicación etílica.

## CAPITULO XLII. *Eugène Kaputt*

*Mi sentimiento de culpabilidad era evidente, aunque irracional.*

I

¿Por qué no estaba yo allí? ¿O sí estaba?

Mis recuerdos son vagos, inconcretos, sin embargo empiezo a entender, tarde, algunas cosas importantes.

El control que ha ejercido Eugène sobre mí es la causa de que yo no pudiera entender, de que no pudiera ver: El uso que ella -que ellos- han hecho de mí, me ha mantenido a salvo relativamente, pero también me ha mantenido ciego.

Ahora que ella ya no está, puedo contemplar con claridad el teatro de operaciones y puedo pensar y actuar por mi cuenta; pero ahora que ella ya no está, me importa un pimiento todo lo relacionado con esta locura, con toda esta perversión impía.

El doctor está ilocalizable: Pero no quiero saber nada de él, ya no me cae simpático, no cuenta con mi respeto desde que ella ya no está. Nunca debió caerme bien.

No sé si quiero encontrar dentro de mí un motivo para seguir en esta batalla absurda, ahora que ella ya no está...

Sin embargo, es ahora cuando lo veo todo con perspectiva.

Y vislumbro mi propia implicación, independiente de la de Eugène.

¿Por qué -admitiendo cómo ella me ha estado manipulando- me siento incapaz de culpabilizarla de nada? ¿Por qué me siento culpable de algo que no sé lo que es, si no he hecho ni dejado de hacer nada importante, que yo sepa?

Ni siquiera me siento ridículo, ahora. No me avergüenzo de nada.

Finalmente me es dado entender la misión en la que me han estado utilizando, mi misión, mi cualidad, mi "marca":

Yo soy el catalizador.

El que ha de estar allí, sin hacer nada, sin intervenir en la reacción química, la transformación química motivada por sustancias que no se alteran en el curso de la reacción. El cuerpo capaz de producir la transformación catalítica.

Mila, ahora lo veo, lo entendía muy bien.

Eugène lo sabía, claro. Me buscó para ello. Mi sola presencia atrae y provoca la reacción, pero mi intervención debe ser evitada: no debo pensar por mi cuenta. Tan sólo estar.

Mi intuición, que me lo reveló en su momento, estaba también cegada.

¿Queda algo más, dentro de mí, conmigo, que no esté a la vista? ¿O lo ha habido?

Ahora que ella ya no está para evitar que piense y saque mis propias conclusiones, ¿debo hacerlo? ¿Quiero hacerlo?

Lo único que me ha quedado es un dolor profundo, un profundo vacío. ¿Se puede reconstruir algo desde esa dolorosa nada?

La razón me inclina a abandonar, a huir (es mi naturaleza más elemental), y tratar de olvidar. ¿Qué es lo que me lo impide?

Todo se vuelven preguntas sin respuesta. Es como si, de nuevo, se tratara de algo o alguien externo.

Pero ella ya no está para influirme.

I a

Con la noche, con la oscuridad, retazos de recientes acontecimientos vienen a atormentarme; de modo febril intento, enfrentándome a la resaca, poner por escrito todo aquello que voy recordando, o reconstruyendo, con intención de curarme heridas recién abiertas o que yo creía ya cicatrizadas, más que con objeto de transmitir mis sensaciones:

Me resulta muy difícil.

Aún sabiendo que lo que escribo no está destinado a ser leído. Mis lagunas e incoherencias son tales, que la posibilidad de que alguien leyera todo esto se me antoja arriesgada, porque yo enviaría a visitar al psiquiatra a cualquiera que me pusiera delante semejante colección de insensateces...

II

Sin embargo, al final, para mi sorpresa, mientras releía alguno de los absurdos párrafos que había tratado de entrelazar, con dudoso éxito -manipulando nervioso el olvidado "tubo" entre mis dedos- tropecé con el mensaje olvidado. Un mensaje de desesperada esperanza:

Los últimos apresurados consejos e informaciones de Mila, la Sirena...

II a

Como una revelación, una masa ingente de información irrumpe en mi cabeza, rellenando huecos en mi memoria, ocupando espacios vacíos, aparentemente inútiles, organizando ideas y estructuras...

Mientras contemplaba escéptico mi relato incoherente, apretando con nerviosa suavidad el Tubo, como un soplo mágico, la voz de Mila, transmutada en sirena, pero indudablemente ella, me explicó los cuándoos, los cómoos y los porqués.

Ahora comprendo lo que se ocultaba tras los cuentos de sirenas que Eugène, en la oscuridad, me contaba. También por qué un suave y familiar cosquilleo asciende desde mi mano, que sostiene el Tubo.

Ciertamente, no lo puedo dejar por escrito.

No sólo porque resulta complicado, ajeno al mundo en el que nos movemos; existe además un necesario compromiso de silencio. Existen mundos prohibidos a los insignificantes humanos.

En cualquier caso, y como soy consciente de la imposibilidad de romper por escrito tales secretos, aún intencionadamente (ahora comprendo que la forma críptica de escribir de los alquimistas es simplemente necesaria, impuesta por la imposibilidad de transmitir determinados conocimientos por medios humanos convencionales), dejaré escrito todo lo que pueda sin parecer atacado por la locura.

Intentaré al menos mantener una cierta coherencia, si ello resulta posible.

He de adelantar que no tengo acceso, ni lo tendré, al conocimiento del futuro, y menos aún a la manipulación del tiempo: He de conformarme con el humano devenir, y apoyarme en la fe y la esperanza, como cualquier cristiano.

Por eso me encuentro ahora en la necesidad de tomar una decisión de la que dependerá el decurso de los acontecimientos cercanos; y he de hacerlo sólo, sin ayuda, si logro encontrar dentro de mí un resto de valentía, o de insensatez.

Mi situación interior es crítica, llegada a un punto de inflexión.

El doctor Simón, ahora lo entiendo, no puede ayudarme.

No está.

De alguna forma, nunca estuvo: El doctor y Eugène son, de alguna manera, una misma persona, forman parte de un mismo ser en un nivel superior (eso explica algunas

actitudes de Eugène que me desconcertaban, como la anciana sabiduría que a menudo demostraba, incongruente con su evidente juventud; pero eso antes no lo podía ver, me estaba vedado imaginarlo siquiera). El doctor, en el fondo, sólo ha existido en mi imaginación: Sólo yo podía verlo. Lo he creado para justificar y resolver situaciones que de otra forma serían absurdas.

No es tal como yo lo explico, me doy cuenta, pero no soy capaz de expresarlo de otro modo.

La Teoría de Supercuerdas, que implica doce dimensiones reales (el dodecágono simbólico que el doctor parecía querer descifrar), la escalera cuántica (la escalera de Eugène...), las múltiples variaciones sobre diferentes vibraciones que cambian el aspecto y el valor relativo de las cosas y los seres según un ángulo de visión y una frecuencia de resonancia del sub mundo que ocupan, no son sino infantiles aproximaciones, aunque desvelan una parte de este conjunto inexplicable para nuestra limitada capacidad mental; pero no alcanza a expresar la simbiosis de seres que comparten mente pero coexisten independientes en un mismo mundo, en un cruce inimaginable de tiempos y espacios.

Lo cierto es que, lo sé, el doctor fue arrastrado por Sereira, con ella, sea cual sea su destino actual en el tiempo y en el espacio. O lo será de inmediato, no me cabe duda. Ya está su cara borrándose de mi mente...

Al igual que Mila -creo que lo intuía, y ahora lo sabe- estaba condenada a ser arrastrada por Hugo, por su otro yo, elegido o forzado, como de hecho acabó sucediendo.

Como yo me veo ahora arrastrado por mi oscura sombra, mi otro yo traidor, causante de mi actual ruina:

Reconocí -creí reconocer- a Marta. Pero eso no era todo. Las facciones que reconocí de Marta eran, a un tiempo, la expresión y la mentalidad mezquina de Ángel, y a la vez, lo intuyo, era, soy, yo mismo.

Yo mismo enredándome en mi confusa aventura.

No me sirve de nada saberlo; ni me justifica, ni me consuela.

Ni me siento suficientemente fuerte para rebelarme, para enfrentarme a mí mismo: Sería un empeño, ahora lo sé, inútil.

Sin embargo el conocimiento no cambia los hechos: Si bien no lo puedo probar, siento que Eugène, Sereira, se sacrificó por mí: Luchó por mí contra mi sombra interior.

Quiero pensar que la derrotó. Me lo sugiere la libertad que siento dentro de mí. La libertad que me abruma ahora. La posibilidad de decidir, que tenía limitada, atrofiada. La amarga verdad os hará libres...

La responsabilidad que ahora no puedo eludir.

Su destino, el de Eugène, parece ahora depender de mí. De mis acciones u omisiones: Ahora sí.

El conocer sistemas, formas, teorías, detalles, no me va a ayudar mucho sin embargo; ahora sé lo que tengo que hacer, por otro lado.

Ahí permanece la posibilidad: el margen de seguridad que, sin explicaciones, se tomó el doctor:

Mañana, 24 de Junio, el solsticio de verano repetirá el ciclo de la maquinaria cuyo arranque anticipado desencadenamos ayer.

Es mi segunda oportunidad.

Pero no me decido: Conozco mi debilidad, mi inconstancia, mi ignorancia, mayor cuanto más informado estoy...

Tengo unas horas para meditar. Pero no quiero pensar más. Desearía que el tiempo corriera más deprisa. Escribiré, que es lo único que sé hacer...

### III

Mi intención era plasmar por escrito lo que hasta ahora he podido ir averiguando, o me ha sido mostrado más bien, por ver de clarificar mis ideas; no recuerdo que este sistema me haya dado resultado nunca, pero al menos desahoga y ocupa el ocio inútil.

Pero ahora lo necesito para que me ayude a tomar una decisión que ya no se puede retrasar.

Trataré en la medida de lo posible de analizarlo desde un punto de vista maniqueo, para facilitar la trama, aunque ya adivino que será imposible.

(Nunca he pretendido, ni me apetece normalmente, dialogar con el lector. Mi obligación profesional consiste en gran medida en arrastrarlo, manipularlo, llevarlo donde yo quiero para que observe el punto de vista que yo le muestro, y el lector ha de ser cómplice de ello para que la historia inventada tome visos de realidad; ahora, en cambio, necesito trasladar mis dudas, y, buscando ayuda, necesito que el lector participe, se implique y aporte soluciones y puntos de vista diferentes del mío. Trato de ser objetivo, imparcial, de ofrecer hechos que me son incomprensibles, para obtener un

feedback, un retorno que me aporte la mejor salida. Pido consejo. Sé que es irregular, pero nunca antes había yo penetrado en mis propias novelas sino como narrador. El papel de protagonista me resulta excesivamente duro. Mi editor sin duda estaría en desacuerdo con estos planteamientos...).

### III a

Sucede, sin embargo, que me siento responsable de que ciertas informaciones y circunstancias alcancen a ser develadas, sean cuales sean las consecuencias.

Y para hacerme entender por medios convencionales -que ahora encuentro tan primitivos- he de primero suavizar lo que, por experiencia directa que deseo compartir, ha cambiado mi forma de entender la vida.

Por eso he querido hacerlo pasar por ficción, literatura comercial (...)

### IV

Evidentemente, todo esto está escrito antes de...¿Por qué tengo esta sensación de *déjà vu*, de eterno giro?: Porque, a pesar de todo, soy consciente de que el presente, el pasado y el futuro se mezclan sin posibilidad de separarlos en mi mente, que temo irreversiblemente dañada.

Pero esto ya estaba escrito...

### IV a

“La sensación buscada, de incógnito, impersonal, ha sido claramente superada por la realidad: No solamente no he pasado desapercibido, sino que me he integrado involuntariamente en una trama que enlaza, aún no sé cómo, con la vida interior y anterior de Aranjuez, el pueblo provinciano donde intenté ocultarme para escribir, ajeno a mi mundo particular, neutro.

Ahora por el contrario estoy perfectamente definido como participante en una guerra en la que no creo, en un bando que yo no he elegido, ni comprendo.

Tengo por primera vez implacables oponentes que no he buscado ni me producen rechazo visceral, como debiera hacerlo un enemigo: Contra mi voluntad, he participado en alguna refriega que, por pura chiripa, se ha inclinado a mi favor. Un enfrentamiento ni deseado ni sospechado.

Y sin embargo, no queda mucho más que indiferencia y escepticismo por mi parte.

Aunque he de admitir que esto último no es cierto en la medida en que mi implicación sí es fuertemente emocional, personalizada en Eugène.

Pero estoy casi convencido por mi razón de que ella tan sólo me utiliza para sus fines. A no ser que entienda sus abandonos nocturnos como algo más que un placer mecánico, al que siempre pareció muy dispuesta, por otro lado”.

“Yo sé que actualmente, si desapareciera de mi vida, sería como arrancarme algo más que la mitad de mí mismo.

No estoy seguro de si el sentimiento es recíproco. Pero no me atrevo a plantear el asunto directamente: Sería ponerme, aún más, en sus manos, y prefiero hacer una mínima reserva para usarla cuando sea menester, situación que espero que tarde.”

Pero todo esto ya estaba escrito, (cortar y pegar,... revisar más notas...).



## CAPITULO XLIII. *La diosa*

### *Sobre la pantalla del procesador de textos parpadea...*

...“falta poco para el amanecer.

Antes de que asome el sol, tras la noche más corta”...

V

Un terror irracional me atenaza.

No he logrado asumir la experiencia, cuando de nuevo me veo enredado en la batalla. Las imágenes acuden a mi mente conformando escenarios pavorosos.

De pronto, todo lo que había a mi alrededor, las cosas, las personas, las casas, el mismo pueblo, todo toma un nuevo aspecto, siniestro, como si me hubieran colocado un filtro que me hiciera ver nuevos matices; como si todo hubiera cambiado.

O girara...

Mila, aquella simpática panadera, ya nunca más será la chica de pueblo cotilla que me vendía pan y leche, sino la Sabia Bruja, una Sirena heredera de milenios que intenta, desde otro mundo, incitarme a la refriega.

El pueblo, Aranjuez, no es un diseño arbitrario de antiguos arquitectos, capricho del emperador, sino la fachada exterior, remozada, de la cripta inmensa sobre la que se asienta, donde se ocultan secretos ancestrales.

Eugène no es Eugène, ni Sereira, ni Beatriz. Por momentos no acierto a entender quién o qué era Eugène. La siento tan parte de mí...

Por otro lado me pregunto si no estará acertada mi primera impresión: Eugène es víctima de algún tipo de locura esquizoide, que me ha contagiado. Desde hace unas semanas, habito en un manicomio abierto, sin muros.

Ahora, sólo ante la pantalla del ordenador, dudo de que fuera cierto lo que sentí aquella tarde; me estoy dejando enredar.

Trato de retornar a la realidad:

Ángel diría que me he enamorado ¡Qué estupidez! ¿O es tan sólo eso?

Sea como sea, me gustaría encontrar una explicación racional, porque todo esto me está cambiando por dentro, y siento rabia y ¿miedo?

V Fin.

Sobre la pantalla del procesador de textos, sobre la faz de la diosa, parpadea...

...“falta poco para el amanecer”.

... ¡para el amanecer!

¡Ahí está la discrepancia!

¡Y yo lo tenía escrito!

Lo he tenido siempre delante de las narices.

La discrepancia surge al considerar la noche de San Juan, frontera lunar del solsticio, en lugar del amanecer, solar.

No entiendo cómo ellos no lo vieron: Yo estoy ahora seguro.

La noche ha sido atrozmente larga; la espera angustiosa e inútil. Me siento físicamente derrotado, pero el corazón suplirá mi falta de fuerzas.

Debo apresurarme, para que la salida del sol me encuentre preparado, sobre la Fuente, sobre la V.

No sé como entraré en el jardín, de noche, pero no me preocupa, porque no me importa ser visto.

No tengo tiempo más que para dejar unas notas, porque es difícil que mi persona retorne a este mundo...

La diosa me saluda, desde la pantalla. Afectuosa, su mano me da la bienvenida. Ahora sí es el momento.

Eugène se ha convertido en -o vuelve a ser- Sirena, porque en el cambio la bifurcación del tiempo la ha llevado allí. La vibración de su supercuerda ha producido el tono de una Sirena: Me da pruebas de su existencia, aunque yo no puedo verla en este mundo. Simplemente la esperaré en la playa. Ángel, mi otro yo, ha desaparecido de aquel mundo; permanecerá, preso, en éste. No estoy sólo, siento que mi hija Brigitte está conmigo: Ella es real. No acierto a ver dónde están Marta y Gema..., Mila se ha perdido, pero la buscaremos, nos buscará...

Dejo estas líneas para que conste un final que encuentro feliz.

Un final que es un principio.

Eugène me espera, sin impaciencia: La ansiedad la aporto yo, aunque su muda presencia me tranquiliza. No hay prisa, aunque yo sí la siento.

Envío el texto completo a mi hija Brigitte, para que ella tome la decisión por mí; mis preocupaciones al respecto han desaparecido.

Si el editor decide publicar como novela, al menos que se conozca la posibilidad teórica de su veracidad: Como mis conocimientos técnicos son muy limitados, no puedo, ni quiero, demostrar.

Lo que no puedo garantizar es cómo el texto va a irrumpir en la realidad que voy a abandonar, puesto que las variaciones, aunque sean tan modestas, que voy a imponer van necesariamente a modificarla: Tan sólo creo en Brigitte, y fío en su criterio. Otras personas y circunstancias habrán desaparecido o carecerán de los nexos que actualmente los unen. En el fondo, no estoy muy interesado por la forma, aunque sí por su destino como pista.

Quede, pues, en una cuestión de fe, con final agradable.

Saludos a todos los que sean capaces de entender, y feliz viaje.

SEND.



## CAPITULO XLIV. *¡La física cuántica es algo doméstico!*

*-Haz el favor de mirar en la base de datos: ¿Te suena Juan T. Volta?*

-Espera un momento, ...sí, claro,... ¡no!

-¿Sí o no?

-Un momento, que esto parece que se ha bloqueado...

-¡No jodas!

-Ya vuelve... Aquí no está. Me había parecido...

Sobre la pantalla del ordenador una interferencia en forma de línea blanca que atraviesa lentamente la pantalla, de abajo arriba, actualiza los nombres,... y los recuerdos.

-Debe ser alguna confusión. Ha llegado un correo con un texto –Ángel agitaba despreocupadamente un disco compacto metido en un sobre de correo abierto-... no sé, me sonaba familiar, pero si dices que...

-Vamos, Ángel, estos chismes no se equivocan.

-¡Y una leche! Bueno, lo pasaré a Gema, de todas formas. Aunque, sin referencias, no creo que llegue a ser evaluado por los correctores,... ¿Juan...Volta? ¡Que vuelva a escribir!

-Se te ve alterado: ¿Habéis vuelto por el ginecólogo?

-Marta no quiere. Está desmoralizada. Habrá que esperar.

-Paciencia.

-Si consiguiéramos sacar adelante la inseminación, me gustaría que fuera niña, me gusta Brigitte,... como este remite. Por eso pensé que me sonaba...

Él había asumido su incapacidad para engendrar; a ella parecía que le faltaba algo: No se resignaba a gestar el hijo de un desconocido. Eran ya más de dieciocho años, (la edad de Gema). Su paciencia se agotaba, pero no se decidía a pedirle a él el divorcio; era como dejarle tirado.

Si las circunstancias, los factores, hubieran sido otros,... un mínimo cambio...

(...)

A quien corresponda:

Debido sin duda a una confusión ha llegado a mí un envío postal que, a pesar de tener mi dirección, creo que no me está destinado.

El CD adjunto, al que tan solo eché un vistazo, parece corresponder a un texto novelado que hubiera sido dirigido a su editorial, confundiéndose o cruzándose su dirección con la mía, en Salamanca. Quizá coincida el nombre de la calle, allí en Madrid; el código postal no figura.

Como sea, no reconozco al autor ni a ninguno de los personajes. El remite resulta ilegible, pero como en una breve nota aparece el nombre de su editorial, me he creído obligada a reenviarles el correo perdido.

Saludos, Brigitte.

P.D. (Junto con el envío ha llegado una especie de tubo pequeño, quizá una muestra comercial de algo; no creo que exista ninguna relación con el texto, aunque hayan llegado a la vez. Lo conservaré, si no hay otra indicación por su parte).

L'Anneau Tournant, donde se explica el orden que se aplica definitivamente sobre la plantilla del doctor.

Posición leída sobre la Fuente de las Horas, iniciado en el I		Hipotético orden alfabético español			Orden alfabético francés que se aplica definitivamente sobre la plantilla.		
HORAS	Cifras francés y español.	Orden alfabético en castellano.		Discrepancias	Orden alfabético en francés.		
<b>I</b>	<b>1 Uno (Une)</b>	<b>V</b>	<b>Cinco</b>		<b>Cinq</b>	<b>V</b>	<b>1</b>
<b>V</b>	<b>2 Dos (Deux)</b>	<b>IV</b>	<b>Cuatro</b>	*(4x2)	<b>Deux</b>	<b>II</b>	<b>2</b>
<b>II</b>	<b>3 Tres (Trois)</b>	<b>X</b>	<b>Diez</b>		<b>Dix</b>	<b>X</b>	<b>3</b>
<b>X</b>	<b>4 Cuatro (Quatre)</b>	<b>XII</b>	<b>Doce</b>		<b>Douce</b>	<b>XII</b>	<b>4</b>
<b>XII</b>	<b>5 Cinco (Cinq)</b>	<b>II</b>	<b>Dos</b>	*(2x8)	<b>Huit</b>	<b>VIII</b>	<b>5</b>
<b>VIII</b>	<b>6 Seis (Six)</b>	<b>IX</b>	<b>Nueve</b>		<b>Neuf</b>	<b>IX</b>	<b>6</b>
<b>IX</b>	<b>7 Siete (Sept)</b>	<b>VIII</b>	<b>Ocho</b>	*(8x11)	<b>Onze</b>	<b>XI</b>	<b>7</b>
<b>XI</b>	<b>8 Ocho (Huit)</b>	<b>XI</b>	<b>Once</b>	*(11x4)	<b>Quatre</b>	<b>IV</b>	<b>8</b>
<b>IV</b>	<b>9 Nueve (Neuf)</b>	<b>VI</b>	<b>Seis</b>	*(6x7)	<b>Sept</b>	<b>VII</b>	<b>9</b>
<b>VII</b>	<b>10 Diez (Dix)</b>	<b>VII</b>	<b>Siete</b>	*(7x6)	<b>Six</b>	<b>VI</b>	<b>10</b>
<b>VI</b>	<b>11 Once (Onze)</b>	<b>III</b>	<b>Tres</b>		<b>Trois</b>	<b>III</b>	<b>11</b>
<b>III</b>	<b>12 Doce (Douce)</b>	<b>I</b>	<b>Uno</b>		<b>Une</b>	<b>I</b>	<b>12</b>

